ANA BOLOX

Estricnina para el té



Índice

Estricnina para el té

Carter & West 3

Diseño de portada: Andrea Ansola Fernández-Enríquez

Fecha de edición: Junio de 2023

www.anabolox.com

A Lupe

CAPÍTULO 1

1

Era la hora del té. Roy Jennings, segundo cocinero de Downing Street, salvó con celeridad los últimos peldaños de la escalera de servicio y se encaminó hacia el despacho de Ethan Byrne, secretario de Hacienda, cargado con el servicio de té y una bandeja de sándwiches. Fuera, en las calles, Londres se preparaba para celebrar una nueva noche de Guy Fawkes, pero el ruido exterior no alcanzaba a importunar la paz que el centro neurálgico del poder británico disfrutaba. Jennings, angustiado por las consecuencias que su retraso pudiera ocasionar, deseaba apresurar el paso, pero se contuvo y lo acomodó a la situación. Nadie que no fuera el servicio de seguridad corría por aquellos pasillos.

Avanzó sobre el entarimado de madera sin oír nada más que los crujidos que sus propias pisadas provocaban. Pese al día festivo, en Downing Street nunca se dejaba de trabajar y, aunque parte de los funcionarios se habían tomado unas horas de asueto, algunos despachos continuaban su labor como si se tratara de una jornada normal. El servicio de cocinas también se había visto reducido a causa de la festividad, aunque Callum Hall, el primer cocinero, y él mismo habían acudido a trabajar, así como el número de pinches y camareras necesario para atender cualquier tipo de contingencia. Jennings pensó en Dorothea, la camarera de servicio que, en lugar de atender la hora de la merienda, debía de estar manoseándose con Martin Lloyd en algún rincón escondido antes de escaparse a disfrutar de las hogueras. No estaba seguro de evitar su despido si Callum se enteraba. No era la primera vez que lo hacía, ni la segunda, ni probablemente la vigésima. Antes o después, aquella chiquilla acabaría en la calle, pero, aunque en cierto modo le atañía, no era un asunto que en aquel momento debiera importunarle. Se detuvo frente al antedespacho del secretario de Hacienda, acomodó la bandeja en una mano y llamó con la otra. Alguien le ayudó abriendo la puerta desde dentro.

—Buenas tardes, señor Jennings. —Arlene Paige, la secretaria de Ethan Byrne, lo saludó con una sonrisa que de inmediato trastocó en inquietud al observarle desde detrás de sus gafas de

concha—. ¿Ha subido corriendo?

Jennings se reprochó en silencio no haber sido más cuidadoso. Sí, había subido los peldaños a toda prisa y sólo en el pasillo adoptó la disposición y aspecto que se requería al personal de servicio. Ahora lamentaba no haberse tomado unos segundos de respiro al coronar la escalera. Hasta para los miopes ojos de miss Page resultaba evidente que se había apresurado. Intentó rehacer la compostura que se esperaba de él, levantó el mentón, echó los hombros hacia atrás y saludó.

—Buenas tardes, miss Paige. Traigo el té.

—El señor Byrne no está. —En el rostro de la secretaria se dibujó un gesto de aflicción, un sentimiento que Jennings compartió al notar que un nudo se le agarrotaba al pecho y del que quiso pensar que, en parte, tal vez pudiera deberse al esfuerzo físico. Ya no estaba para aquellos trotes—. Ha venido usted corriendo y… —Hizo un gesto con la mano hacia el interior con el que subrayó el desierto antedespacho—. Lo siento. Hubo de salir de manera inesperada, aunque se marchó antes del almuerzo y tal vez no tarde en llegar.

El leve gesto de contrariedad que se diluyó en el rostro de Roy Jennings mientras se inclinaba para depositar la bandeja sobre la mesa de té pasó inadvertido a Arlene Paige, que se volvió al oír pasos a su espalda.

—¡Aquí está! —exclamó al ver entrar a Ethan Byrne.

—Buenas tardes, miss Paige. Jennings.

—Señor. —Roy inclinó ligeramente la cabeza y se mantuvo impasible mientras Byrne, que se había detenido junto a él, lo observaba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó—. Parece fatigado.

—Son las escaleras, señor.

—Tómese un descanso, Jennings. Hoy es día festivo.

—Gracias, señor. El té y los sándwiches están recién hechos.

—Gracias —Byrne se quitó el sombrero y el abrigo, y se los tendió a su secretaria—, pero he comido demasiado y el estómago me da vueltas.

—¿Desea que retire el servicio?

—No, por favor. Déjelo. Tal vez miss Paige desee una taza de té.

Jennings asintió en silencio mientras observaba cómo Ethan Byrne entraba en su despacho.

—También hay una merienda para usted, miss Paige. He preparado unos sándwiches de queso con salsa de arándanos. Sé que son los que más le gustan.

La vio sonreír.

—Lo sé —dijo la secretaria—, son ellos —Señaló la puerta de Ethan Byrne— quienes parecen desconocer que el resto de los mortales también tenemos necesidades. Muchas gracias, señor Jennings.

El cocinero saludó con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta, que Arlene le sostuvo abierta. Por el pasillo se aproximaba Celestine Burton, otra de las camareras, cargada con una bandeja con un servicio de té para dos y un plato de sándwiches.

—¿Para quién? —Jennings se detuvo un instante junto a ella mientras señalaba la bandeja con el mentón.

—Para el señor Walsh.

Jennings asintió y continuó su camino de regreso a la cocina.

—Celestine —Arlene Paige llamó a la camarera—, ¿de qué son los emparedados?

—De pepinillo y de pasta de anchoas.

Arlene torció el gesto.

—¿Quiere alguno? —Celestine expuso la bandeja ante la secretaria para que eligiera, pero Arlene Paige negó con la cabeza.

—No, gracias. Me resultan indigestos a esta hora. Prefiero los de queso con salsa de arándanos. Son mis preferidos. El señor Jennings está en todo.

Celestine asintió y continuó su camino hacia el antedespacho de Mason Walsh, el secretario de Asuntos Exteriores. Arlene Paige agarró el picaporte y, estaba a punto de cerrar la puerta, cuando su mirada se cruzó con la de Dorothea Cole, que hacía equilibrios sobre uno de los peldaños de la escalera que bajaba a las

cocinas.

—¿No era tu semana de servicio? —le preguntó en un susurro.

Pero la camarera no respondió y echó a correr escaleras abajo. Arlene Paige meneó la cabeza y esbozó un gesto de pesadumbre. Que fuera Celestine Burton quien llevara el servicio de té al señor Walsh y el propio Jennings se hubiera visto obligado a hacer lo mismo con el señor Byrne no pintaba muy bien para Dorothea, a quien sin duda le caería una buena regañina allí abajo, en la *sala de calderas* que alimentaba al personal de Downing Street.

Celestine aguardó en la puerta hasta que mistress Gelbero, la secretaria del señor Walsh, abrió.

—Te has retrasado —dijo Elizabeth Gelbero con tono cómplice.

—Estoy cubriendo a Dorothea. Sabe Dios dónde se habrá metido con Martin, aunque mi intento por encubrirla no valdrá de nada si el señor Jennings se va de la lengua. Acaba de pillarme en el pasillo.

—Esa joven debería sentar la cabeza. Pasa y sorpréndeme: ¿de qué son hoy los sándwiches?

—Los preferidos del señor Walsh: pepinillo y pasta de anchoa.

Mistress Gelbero asintió. Cada tarde, durante el último año, desde que Walsh accediera al puesto que ocupaba, la merienda había consistido en lo mismo: emparedados de pepinillo y de pasta de anchoas. No se podía decir que el secretario de Asuntos Exteriores fuera imprevisible. Tomó la bandeja de las manos de Celestine y se dispuso a llevarla hasta el despacho de Mason Walsh, que estaba reunido con un diplomático.

—Mistress Gelbero… —Celestine se asomó al antedespacho —, ¿ha traído la muestra de ganchillo que le pedí?

—Oh, sí, qué cabeza. Pasa y aguarda un instante. En cuanto les sirva la merienda, te la daré.

Celestine se adentró unos pasos en el antedespacho y

obedeció, mientras la señora Gelbero entraba en el gabinete del secretario de Asuntos Exteriores. Estaba paseando la vista por la cómoda oficina de la secretaria, en la que se observaban los toques personales que esta le había dado, cuando oyó la exclamación.

—¿Qué sucede? —Ethan Byrne abrió la puerta de su despacho e interrogó a Arlene Paige, que se había levantado al oír el barullo de fuera.

—No sé —contestó.

Ambos se asomaron al pasillo, por el que corrían los agentes del servicio de seguridad. La puerta del antedespacho de Mason Walsh estaba abierta y de ella salió Celestine Burton acompañada por un par de hombres.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Byrne.

—Nada. Por favor, señor, vuelva a su despacho y continúe con su trabajo.

Tanto Ethan Byrne como Arlene Paige obedecieron, aunque a la secretaria le costó seguir con sus tareas. La curiosidad le podía. Corrían ciertos rumores acerca de Mason Walsh, de quien se decía que era consumidor habitual de sustancias estupefacientes, además de un gran bebedor. Se preguntó si le habría dado un colapso. Arlene no lo descartaba, aunque no entendía por qué, en ese caso, el servicio de seguridad se había llevado a Celestine de una forma que, aunque sutil, daba a entender que aquella muchacha tendría problemas. Introdujo un folio en la máquina de escribir y comenzó a teclear el informe que el señor Byrne le había pedido. Su mecanografía, sin embargo, no era fluida. El sonido de las teclas se expandía por el antedespacho de forma irregular, como si quien las presionaba estuviera cansado o distraído. Arlene meneó la cabeza al percatarse de ello. La curiosidad por lo que había ocurrido en el despacho del secretario de Asuntos Exteriores, desde luego, era responsable de aquellas pulsaciones fatigadas, pero también estaba lo de su madre. Iban a operarla al día siguiente y, aunque el cirujano le había asegurado que no corría peligro, no podía dejar de experimentar la angustia previa tan habitual como inherente a cualquier tipo de intervención quirúrgica.

Arrancó de la máquina de escribir el documento y lo archivó en una carpeta. Se marcharía a casa. Aunque el jaleo de fuera hacía tiempo que se había calmado, entre el follón que se había organizado en el despacho de Mason Walsh y la operación de su madre no se sentía con ganas de seguir y, al fin y al cabo, el señor Byrne se marcharía también pronto para disfrutar de la noche de Guy Fawkes con su familia.

Llamó a la puerta del despacho y entró cuando el secretario de Hacienda le dio permiso.

—¿Puedo marcharme ya, señor Byrne?

—Por supuesto. Descanse y disfrute de la noche, miss Paige.

¿Disfrutar de la noche? Arlene Paige no movió un músculo que delatara su disgusto. Entendía que un alto cargo como Ethan Byrne llevaba demasiados asuntos en la cabeza como para acordarse de la madre de su secretaria, pero no por ello dejó de escocerle que lo hubiera olvidado.

—Le recuerdo que mañana no vendré, señor.

Ethan Byrne arrugó el ceño un instante antes de abrir los ojos y asentir.

—Ah, sí, su madre —dijo—. La operan mañana en Salisbury, ¿no?

—Sí. Aunque la operación no es hasta la tarde, tomaré el tren de las ocho treinta.

—Espero que todo vaya bien, miss Paige.

—Gracias, señor.

—¿Dijo que pasaría con ella un par de días?

—No, estaré de vuelta para el jueves.

—Muy bien. —Ethan Byrne asintió con la cabeza y Arlene iba a marcharse cuando la detuvo—. Llévese los sándwiches, miss Paige. Le arreglarán la cena y podrá hacer la maleta con más calma.

—Muchas gracias, señor.

Tomó la bandeja y la llevó al antedespacho, donde envolvió los emparedados de Ethan Byrne en unas servilletas de papel que introdujo en su bolso antes de apagar la luz del escritorio y abandonar su puesto de trabajo.

2

El resplandor de las fogatas centelleaba entre las sombras de quienes, en su caminar apresurado, apenas permitían que se esbozaran como siluetas fantasmales sobre las paredes de los edificios. Londres refulgía bajo el cielo despejado de aquella fresca noche de noviembre. El gentío que se había echado a las calles y abarrotaba la ciudad circulaba por las aceras atestadas y sólo se detenía, de cuando en cuando, a contemplar el fulgor de las hogueras que se habían prendido horas antes aquí y allá. Entre las cabezas que lo precedían, Carter observó que el semáforo estaba presto a cerrarse y aceleró el paso para cruzar Parliament Street a la carrera. Por nada del mundo se arriesgaría a llegar tarde. No aquella noche. A un par de yardas de alcanzar la acera opuesta, un pinchazo en el muslo le recordó su invalidez. Notó que la pierna le fallaba y los pies trastabillaron en una especie de baile grotesco que a punto estuvo de arrojarlo al suelo. Oyó el chirrido de los frenos de un taxi, cuyo conductor se desquitó del susto que su imprudencia le había causado con un pitido largo y estridente que el inspector obvió, avergonzado. A su espalda, la voz del taxista aún le recriminaba su osadía cuando logró confundirse entre la muchedumbre que se dirigía hacia el Támesis, ávida por alcanzar un buen sitio en el Victoria Embankment desde el que contemplar los fuegos artificiales.

Carter ralentizó el paso y lo acomodó a las necesidades de su cojera mientras caminaba a lo largo de la verja que rodeaba el Parlamento. Abochornado por la escena, farfulló un juramento contra su propia pierna que la guerra había tullido para el resto de su vida y, al tiempo que la imprecación se le escurría de entre los labios, al contemplar el resplandor bermejo de las chispas que se escapaban de las hogueras encendidas en las calles, su mente evocó el brillo de las balas trazadoras que le señalaban como el objetivo del Stuka que le perseguía. La *dogfigh*t había sido ardua y larga. La aviación británica protegía con denuedo a las tropas que aguardaban en Dunkerque a ser

evacuadas durante la Operación Dinamo. Cuando el piloto alemán lo alcanzó, su Spitfire cayó. Un fallo mecánico impidió que la carcasa de la cabina se desprendiera con tiempo suficiente para que la eyección del asiento le permitiera desplegar el paracaídas en su totalidad. Aún tenía pesadillas en las que el mar se acercaba a él para engullirlo. El impacto contra las gélidas aguas del Canal lo dejó inconsciente. Tras despertar, las heridas le mantuvieron amarrado a la cama de un hospital durante más de seis meses. Se detuvo un instante y se apoyó en la reja del Parlamento con el propósito de arrinconar aquellos recuerdos en algún recodo ignoto de la memoria mientras se frotaba la pierna, que no pareció darse por enterada y continuó recordándole su cojera. A pesar de que el buen hacer de los cirujanos y especialistas habían logrado que caminara de nuevo, la tara seguía allí y permanecería con él hasta el fin de sus días.

Afortunadamente, la guerra había terminado un año atrás y con ella se había llevado la muerte, la desolación y la oscuridad. Los tiempos del *Blackout*, cuando las ciudades se oscurecían a fin de dificultar la misión de los bombarderos alemanes durante el *Blitz*, habían sido olvidados. En aquel otoño de 1946, Londres volvía a llenarse de hogueras cuya luz reverberaba en los escaparates de las tiendas y los bruñidos metales de los automóviles que transitaban por la calzada y que se unían al festejo haciendo sonar sus bocinas en recuerdo de aquel día, tres siglos y medio atrás, en el que se abortó el atentado que un grupo de católicos, que pretendían volar *the Houses of Parliamen*t mediante un alijo de explosivos colocado bajo la Cámara de los Lores, habían proyectado cometer contra el rey Jacobo I y gran parte de la aristocracia protestante. Desde entonces, el frustrado ataque se recordaba con el fulgor de las hogueras que se prendían en las calles cada cinco de noviembre y en la que los chicos quemaban los *guy*s, esos muñecos que representaban a Guy Fawkes, el más célebre de los confabulados de la que, desde 1605, se conocía como la Conspiración de la pólvora.

Carter vio cómo un par de niños corrían hacia él por la acera y, antes de que lo alcanzaran, rebuscó en el bolsillo y sacó unos peniques que depositó en las manos de los críos, que echaron a correr

de nuevo en dirección a un puesto ambulante en el que compraron unas manzanas de caramelo. Sonrió. Se sentía feliz. Día a día, Londres retornaba a la normalidad, a las viejas costumbres y a esas fiestas vetustas que evocaban el pasado. «En efecto, los duros tiempos habían quedado atrás», pensó mientras la dicha que sentía se le reflejaba en el rostro como las llamas de las hogueras en la calzada húmeda. «Felicidad», se dijo al tiempo que reanudaba su camino en dirección al puente de Westminster. Tal era el sentimiento que le asaltaba en aquel instante en el que acudía a una cita que no acertó a definir. Tan única y especial se le antojaba.

No la había visto desde septiembre. Pese a su tenaz insistencia, Kate West continuaba mostrándose renuente a encontrarse con él, una decisión cuyos motivos no lograba descifrar, en especial después de que la relación que los unía se hubiese fortalecido tras la resolución de los asesinatos cometidos en Brougharry. «Nada nuevo bajo el sol», pensó. Había sido así desde el principio, desde que la conoció en el caso Allerton: huidiza, esquiva, incluso enigmática. Negó con la cabeza en un gesto inconsciente. Parecía llevar el misterio en su naturaleza. ¿Qué podía hacer salvo perseverar y dominar su impaciencia? Al fin y al cabo, la constancia acababa por rendir frutos, tal y como demostraba la tarde en que quedaron para pasear en bote, en el Serpentine Lake de Hyde Park, o el hecho de que hubiera conseguido una segunda cita con aquella resbaladiza pelirroja de ojos verdes, con quien había quedado para contemplar la exhibición de fuegos artificiales con que se conmemoraría la Guy Fawkes Night de 1946. Después, se negaba a considerar la posibilidad de que no aceptara porque prefería sentirse optimista, la invitaría a cenar. Nada demasiado *oficial*. Temía que, si se arriesgaba a dar un paso demasiado largo, el bello misterio que Kate West representaba volviera a tomarse su tiempo antes de concederle de nuevo el grato regalo de su compañía. Por eso había pensado que buscar un puesto de comidas y picar algo típico de la fiesta, como las patatas asadas o los guisantes negros con vinagre y el *bonfire tofee*, los caramelos de la hoguera, sería un comienzo adecuado y, sobre todo, cauto para una segunda cita.

Alcanzó la margen oeste del río y se detuvo ante la entrada del puente de Westminster, sobre cuyo pretil, acerado y de arabescos góticos, se apoyó mientras echaba un vistazo al Big Ben. La hora del encuentro había llegado.

3

Si no se apresuraba, llegaría tarde. Había tomado el metro hasta la estación de Waterloo y ahora caminaba a paso rápido por York Road en dirección al puente de Westminster, donde había quedado en encontrarse con Charles Carter. Durante las últimas semanas, la insistencia del inspector por conseguir una segunda cita con ella le había robado minutos al sueño y también al día. Cada llamada, cada nota enviada, cada uno de los recados que había dejado para ella en la recepción y que Betty siempre le entregaba de mala gana, sin que aún hubiera podido comprender la inquina que su secretaria sentía por el policía desde que se vieran por primera vez durante el caso Allerton, cada conato de contacto que Charles Carter había intentado le había supuesto un pequeño quebranto. Notaba que con cada uno de ellos su corazón se aceleraba, de la misma forma que lo hacía en aquel instante, y no precisamente porque anduviera con paso apresurado. Charles Carter se había convertido en ese detonador que hacía saltar su sistema cardíaco en una especie de agradable embeleso que, sin embargo, siempre se veía frenado por la razón. Se detuvo un instante no tanto para tomar aliento como para repasar aquel pensamiento. ¿Había sido una buena idea aceptar la cita? Su corazón decía que sí; su mente, que no.

Charles Carter parecía dispuesto a poner fin a esa huida del mundo a la que el infortunio la entregó tantos años atrás y, en la lucha que ambos habían entablado, aquella tarde la victoria se la había llevado él. La Guy Fawkes Night suponía una derrota en su determinación de guardar una distancia prudencial con el inspector que la mantuviera a salvo, una distancia que, con cada paso que daba en dirección al puente de Westminster, reducía su hasta entonces

decidida voluntad de mantener incólume el destierro social tan largamente autoimpuesto. Cada pulgada que ella retrocedía suponía dos en la cuenta a favor de Charles Carter porque, con cada derrota, su determinación se debilitaba; un hecho del que era consciente, pero al que le resultaba imposible sobreponerse. Suspiró entre la desesperación que le causaba el verse flaquear y el júbilo nacido del arrojo que una decisión, quizá atropellada, la llevaba aquel martes de noviembre al encuentro con él; una ambivalencia que rompió el equilibrio emocional en el que se encontraba y que durante un instante le hizo sentir que los latidos se desacompasaban y adquirían una cadencia discorde, como la del redoble de tambor ejecutado por un aprendiz. El anhelo por encontrarse con él y el rechazo a romper el compromiso al que se obligó hacía ya tanto se zancadilleaban mutuamente. Y, sin embargo, pese a las malhumoradas protestas de su cerebro, en el pecho brincaba una suerte de satisfacción a la que, no obstante, aún se negaba a llamar felicidad.

La riada de personas continuaba desfilando por York Road y Kate se unió a ella de nuevo con un gesto de desesperación al comprobar cómo el gentío que abarrotaba las calles le frenaba el paso. Serpenteó entre el barullo y giró a la derecha en Westminster Bridge Road. Un atisbo de enojo le asomó al rostro al comprobar la cantidad de gente que atestaba la entrada al puente desde la margen este del río. La impuntualidad era un defecto que no se perdonaba. Aceleró el paso y, cuando estaba a punto de cruzar Belvedere Road, oyó que alguien la llamaba. Volvió la cabeza. ¿Acaso la casualidad había querido que cruzara su camino con el inspector antes de llegar al lugar de la cita? ¡No! En su lugar, se encontró frente a un hombre alto, de hombros cuadrados y con el cabello, de color claro, cortado al estilo militar. Sus ojos, tan azules que parecían transparentes, sobrecogían por el brillo acerado con el que la observaban.

—Buenas tardes, miss… —El griterío de alrededor impidió que el apellido se oyera con claridad y, sin embargo, Kate lo leyó en los labios del hombre mientras lo pronunciaba. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Aun así, se obligó a sonreír.

—Se equivoca —dijo, y vio cómo el hombre también

sonreía.

—Claro que no. —Se había acercado tanto a ella que esta vez sí percibió el tono de su voz, grave y sereno, sin llegar a ser amenazador y, sin embargo, inquietante—. Acompáñeme —dijo.

—¿Adónde y por qué?

El hombre miró a su alrededor. El bullicio los rodeaba.

—Este no es un buen lugar para hablar.

Kate dio un paso atrás.

—No. —Movió la cabeza de un lado a otro con firmeza—. No iré con usted a ningún lado.

El hombre sonrió de nuevo y el brillo incisivo de su mirada centelleó. Le vio sacar la mano que tenía oculta tras la espalda y, antes de que pudiera reaccionar, sintió un pañuelo que le tapaba la boca y la nariz. La última imagen que alcanzó a percibir fue la de un segundo hombre que, entre el resplandor de las hogueras, empujaba una silla de ruedas donde se sintió caer.

CAPÍTULO 2

1

—¿Y esa cara? —Miss Yeats lo miró desde detrás de su escritorio, en el que humeaba una taza de té recién preparado—. ¿No disfrutó de la tarde libre? —Él no contestó—. Ya veo que no. ¿Qué mosca le ha picado esta vez? Ayer se mostraba usted eufórico.

Carter ignoró las preguntas de su secretaria. No estaba para batallas dialécticas en las que el premio consistía en ganar la medalla al mejor comentario sarcástico. Sí, claro que el día anterior se sentía eufórico: tenía una cita con Kate West, pero ella le había dado plantón, un plantón que él se había negado a aceptar y que le tuvo de pie, junto al puente de Westminster, durante más de dos horas después de que el último de los fuegos artificiales se hubiera extinguido en la negrura del cielo londinense. Por supuesto, no iba a hacer partícipe de su fracaso a miss Yeats, por quien sentía un sincero afecto, pero de quien sabía que también ella, a su vez, lo sentía por la escurridiza pelirroja que le había dado esquinazo la tarde anterior y que ni siquiera se había dignado a contestar sus llamadas telefónicas.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras colgaba el abrigo en el perchero.

—¡Ya lo creo! —Carter se volvió hacia su secretaria y descubrió en sus ojos el brillo especial con el que refulgían siempre que tenía una información importante que darle—. El jefe de inspectores ha llamado.

—¿Neil Chapman?

—¿Acaso lo han relevado del cargo y yo aún no me he enterado?

—No sea sarcástica, no estoy para juegos.

—Ya lo veo. ¿No me lo va a contar?

—No.

—Entonces no le ofreceré una taza de té. —La vio levantarse y recoger el servicio que tenía preparado para él.

—Es usted una mujer rencorosa.

—Sabe que no.

—Vengativa.

—Tampoco.

—Pues curiosa.

—Eso sí.

—No voy a contárselo.

—Entonces no hay té. —Miss Yeats guardó el servicio en el viejo mueble archivador que le servía de vasar.

—Bien —Carter empotró el sombrero en el gancho de la percha con tanta fuerza que a punto estuvo de perforar el fieltro. Habitualmente disfrutaba de este tipo de ejercicios de retórica al que tanto miss Yeats como Kate West le retaban por el mero placer de poner a prueba el ingenio, pero aquella mañana no se sentía inclinado a la práctica de la sofística. El recuerdo del plante que la pelirroja le había dado aún escocía tanto que el malhumor se extendería al menos durante el resto de la semana. Y, además, estaba Chapman, la guinda con la que coronar la masa informe de un pastel en el que el ingrediente de sabor más delicado era el enojo—, ¿qué pasa con él?

—¿Se refiere al jefe de inspectores?

—¿Qué quiere?

Miss Yeats se encogió de hombros.

—Lo espera en su despacho. —Se levantó el puño de la rebeca y miró el reloj de pulsera—. A las nueve. —El carillón del pasillo comenzó a dar la hora—. Tiene nueve, no, ocho segundos para presentarse ante él. Siete, seis… El tiempo vuela.

Carter abandonó la oficina de su secretaria y se dirigió a paso largo hacia el despacho del jefe de inspectores, mientras contaba las campanadas que el carillón iba desgranando. La pierna volvió a avisarle. Si continuaba taconeando con aquella fuerza, la pequeña punzada que ahora latía levemente en el muslo volvería a transformarse en una cuchillada que le atravesaría el sistema nervioso hasta alcanzar el cerebro en una puñalada final, penetrante y dolorosa. Aun así, no moderó el paso. Sabía que el talante con el que acudía a la cita resultaba inapropiado por demás para mantener una conversación, cualquiera que fuese la razón que la motivara, con el cretino de Neil Chapman, pero no tenía ganas ni intención alguna de

modificarlo. Llamó a la puerta del despacho cuando el carillón dio la última campanada.

—Adelante. —Neil Chapman estaba sentado tras su escritorio, con una taza de té en una mano y un cigarrillo en la otra—. Pase, inspector, y siéntese.

Tras él, el título de Derecho y las dos fotografías en las que Chapman aparecía junto a su equipo de remo de Oxford continuaban colgadas en la pared. Estaba seguro de que el jefe de inspectores no se había olvidado del comentario desdeñoso que le había dirigido la primera vez que se vieron, cuando se befó de que aquellos remeros que mostraban las fotografías habían sucumbido ante Cambridge en su regata anual; como también estaba seguro de que Chapman seguía experimentando la misma inquina hacia él que ya mostró en aquel primer encuentro al sugerir que había alcanzado el rango de inspector por algún motivo extraño a sus méritos. Desde entonces, la relación entre ambos no había mejorado, por el contrario, la participación de Kate West en los asesinatos de Brougharry la había deteriorado aún más después de que lady Olivia lo telefoneara para quejarse. La sibilina alusión que Chapman había hecho entonces acerca de que un posible interés amoroso por Kate West fuera la razón que le empujara a permitirle participar en la investigación lo había sublevado. Chapman era como una astilla clavada en la uña. Lo había sido desde el principio y estaba seguro de que, si no se contenía, aquella mañana la astilla se hundiría hasta la raíz. Obedeció la orden del jefe de inspectores y se sentó frente a él. Tan sólo el ancho escritorio los separaba. Poca cosa para moderar a dos hombres que se detestaban.

—Roy Jennings. —Chapman le tendió una carpeta que contenía un solo documento con la fotografía de un hombre—. Treinta y seis años, cocinero. Gozaba de una salud excelente.

Carter la estudió durante unos segundos antes de apartar la vista del retrato y volver a fijarla en su superior.

—Ha sido asesinado —añadió Chapman.

Carter obvió el ácido comentario de manifestar que ya lo suponía. En su lugar, se preguntó por qué el jefe de inspectores se tomaba la molestia de informarle al respecto y, sospechaba, encargarle

el caso. No era así como funcionaban las cosas en el Yard, a menos que... Escudriñó la mirada de su superior y trató de averiguar qué razón motivaba aquel encuentro, pero los ojos de Neil Chapman permanecieron imperturbables. Carter no se amilanó. Sabía que a Chapman le gustaba jugar con él, ponerse a prueba y demostrar que sabía cómo alterarlo. No se lo iba a permitir.

—Entendido —dijo—. Empezaré a investigar ahora mismo.

Se levantó y se dio la vuelta para salir, pero la voz de Chapman, a su espalda, lo detuvo.

—Aún no he terminado. —Los dos hombres se observaron en silencio durante unos segundos, los que Carter necesitó para convencerse de que debía volver a tomar asiento y aguantar impertérrito hasta que su superior decidiera que ya había tenido bastante ración de jarabe de ricino—. Gozaba de una salud excelente —repitió— hasta que esta mañana su mujer, que volvía de pasar la noche con unas amigas reunidas para celebrar Guy Fawkes, lo ha encontrado muerto en la cama.

—¿Cómo lo asesinaron? —Carter empezaba a cansarse de los juegos de Chapman.

—Estamos a la espera de los resultados de la autopsia, pero, según el forense, el examen preliminar parece bastante concluyente: Jennings fue envenenado.

Carter asintió, anotó en su cuaderno el dato que Chapman acababa de darle y volvió a levantar la vista para fijarla de nuevo en su superior. ¿Por qué un jefe de inspectores le citaba a primera hora de la mañana para encargarle la investigación del crimen de un cocinero? No era el inspector de guardia aquella mañana. Chapman debió de leerle el pensamiento porque lo vio sonreír con aquella mueca desagradable que le era tan propia.

—Contestaré a la pregunta que se está haciendo, inspector —dijo—. Jennings era uno de los cocineros de Downing Street.

Dejó la frase en suspenso y le observó con detenimiento. Carter evitó tragar la saliva que se le había acumulado en la boca. Downing Street. ¿Acaso Chapman estaba insinuando que la muerte del cocinero era un error y que la víctima que el asesino buscaba era ni

más ni menos que el primer ministro?

—Comprenderá que el caso es extremadamente delicado —continuó Chapman.

—Lo llevaré con toda la cautela posible.

El jefe de inspectores volvió a sonreír con aquella mueca desagradable que tanto detestaba, se inclinó sobre el escritorio y juntó las yemas de los dedos mientras la desabrida expresión se ampliaba hasta deformarle el rostro.

—Y también comprenderá —añadió— que el caso Jennings me ofrece una oportunidad extraordinaria para comprobar sus dotes detectivescas. —Entrelazó los dedos y jugueteó con los pulgares.

Ahí estaba la amenaza. Carter volvió a esforzarse por no tragar la saliva que comenzaba a formarle un buche que ya no podía contener. El caso Jennings sería complicado y Chapman estaría ahí para echarle un lazo al cuello en cuanto cometiera el más mínimo error. Por fin, no tuvo más remedio que tragar y sintió cómo la nuez le subía y bajaba en la garganta. Neil Chapman sonrió. Se había percatado de ello.

—Entendido, señor —dijo mientras el carillón daba la media.

—Póngase en marcha y manténgame informado permanentemente.

Se levantó y saludó con una leve inclinación de cabeza. El cuello de la camisa le raspó la piel de la nuca al hacerlo y Carter sintió como si la cuchilla de una guillotina estuviera afilándose sobre su propia carne.

De vuelta al despacho, miss Yeats tenía dos tazas de té sobre el escritorio.

—Lo he perdonado —dijo mientras señalaba una de ellas—. Una conversación de media hora con Neil Chapman bien vale este acto de magnanimidad. —Se acercó a él y le puso la taza en la mano —. ¿Cómo ha ido?

—Me ha encargado un caso.

—Pero usted no es el inspector de guardia esta mañana.

Carter bebió un sorbo de té y sintió que el calor del líquido

lo sosegaba.

—Se trata de un caso especial —dijo.

Miss Yeats frunció el ceño.

—¿Especial por qué?

—Porque cree que con él podrá hundir mi carrera.

2

Tomó el metro hasta Romford. Mientras el sargento Thorton se sentaba ante su escritorio e investigaba los archivos que les habían enviado desde Downing Street acerca de la vida de Roy Jennings, él quería entrevistarse con su mujer, a quien encontró en el apartamento, derrumbada en un sillón junto a la ventana que, pese a estar cerrada, dejaba oír el ruido de los camiones y furgonetas de reparto que a aquella hora de la mañana se encontraban en plena efervescencia. La acompañaba la señora O'Kelly que, tal y como le contó ella misma, era amiga de Emily Jennings desde la infancia. Vivía en un pequeño pueblo de Oxfordshire y había venido a Londres para pasar la Noche de Guy Fawkes y contemplar el festival de hogueras y fuegos artificiales en la capital.

—Nos fuimos a media tarde —relató la señora Jennings— y merendamos en Camden Town, donde habíamos quedado con otras amigas. Merodeamos por los puestos del mercadillo y luego nos dirigimos hacia el Victoria Embankment, desde donde queríamos contemplar los fuegos artificiales.

—Había mucha gente —puntualizó la señora O'Kelly— y apenas encontramos un hueco.

Carter asintió en silencio. Había sido testigo de la marabunta que se formó junto al Támesis mientras esperaba a Kate West.

—Le dije que le dejaría la cena hecha. —Emily Jennings cambió el rumbo de la conversación—, pero me contestó que no, que él mismo se la prepararía. —Se echó a llorar.

—Oímos decir al forense —Mary O'Kelly bajó la voz hasta hacer de ella un susurro, como si temiera que alguien más aparte de

ellos fuera a oír su comentario pese a que estaban solos y únicamente un agente de guardia permanecía en el descansillo de la escalera, aislado de la conversación por la puerta cerrada del apartamento— que Roy fue envenenado.

Carter no dijo nada. Aún no había hablado con el patólogo y, en cualquier caso, cuanta menos información anduviera suelta por ahí, más posibilidades tendría de atrapar al asesino. Sin embargo, le había molestado que se hubieran llevado el cuerpo de la víctima antes de que él llegara. Conocía a Daniel Wood, el forense, y sabía que jamás lo habría permitido. Se preguntó quién habría dado la orden de traslado del cadáver.

—Trajo esos sándwiches de Downing Street. Tiene que ser eso. —La señora Jennings se ahogó en un sollozo.

—¿Qué sándwiches?

—Los que tenía en el plato.

Carter se abstuvo de preguntar también sobre el plato. Comenzaba a sentirse molesto. Parecía un detective con la placa recién estrenada. Al llegar al apartamento, esperaba encontrar allí al menos a parte del equipo forense, así como a algún policía que pudiera ponerle en antecedentes, pero sólo había hallado a la viuda y a una amiga que le hablaban como si él estuviera al tanto de cada detalle.

—No había acabado de comerlos —puntualizó Mary O'Kelly, que volvió a bajar la voz, esta vez como si evitarle oír a la señora Jennings algo que ya conocía lo hiciera menos doloroso—. Debió de traerlos envueltos en el papel encerado que estaba en la cocina, pero el forense se lo ha llevado todo. Aunque supongo que eso ya lo sabe.

Carter asintió de nuevo sin que la mentira que encubría su gesto de anuencia se materializara en forma de rubor. No sabía nada, nada en absoluto. Había telefoneado a Daniel Wood antes de salir del Yard, pero no lo encontró en la morgue. Un doble asesinato lo había llevado hasta Buckhurts Hill.

—A veces lo hacía. —Emily Jennings se sonó la nariz con un pañuelo bordado con ramilletes de flores silvestres—. Cuando sobraba comida, la traía a casa. En ocasiones utilizaba fiambreras, pero otras

usaba papel encerado.

—¿Dónde lo encontraron? —Carter echó un vistazo alrededor del diminuto salón y supuso que Roy Jennings había tomado su última cena en la mesa de comedor arrinconada junto a la entrada, al otro lado de la habitación.

—En el dormitorio. —Mary O'Kelly negó con la cabeza, indicando a Carter que su suposición estaba equivocada—. La mesa estaba puesta —La señaló con el mentón— y los restos de emparedados aún continuaban en el plato, pero Roy debió de sentirse mal y se echó en la cama.

—¡Ese maldito veneno! —Emily Jennings volvió a sollozar —. Debió de sufrir mucho.

Carter miró a Mary O'Kelly, que confirmó con un gesto la aseveración de su amiga.

—Tenía el cuerpo arqueado y el rostro desfigurado en un rictus de dolor —susurró.

—Ya… —Carter supuso que el forense tendría mucho que contarle—. ¿A qué hora lo encontraron?

—Esta mañana, sobre las siete y media —contestó la señora Jennings.

—Hemos pasado la noche fuera, en una casita de campo de una de nuestras amigas. Decidimos celebrar una noche de chicas. —Hizo una pausa y observó a Carter, un tanto sonrojada. Ninguna de ellas era ya una chiquilla, pero Carter obvió el comentario—. Esta mañana volvimos pronto. Yo debería haber tomado el tren de vuelta a Oxfordshire a las nueve, pero al llegar…

Mary O'Kelly no terminó la frase y Emily Jennings naufragó en un mar de llantos.

—Y pensar que mientras él moría —sollozó—, nosotras estábamos entretenidas mirando las hogueras y comiendo patatas asadas y guisantes negros con vinagre. ¡Oh, Roy! Si yo hubiera estado aquí, aún seguirías vivo.

Mary O'Kelly abrazó a su amiga y la arrulló, como si lo que sostuviera entre los brazos fuera un bebé. Carter apartó la mirada de la escena de dolor, en un intento de conceder a aquellas dos mujeres

un momento de intimidad, y dejó que, por un instante, su memoria retornara a la tarde anterior: patatas asadas, guisantes negros con vinagre y caramelos de la hoguera, las tapas típicas de la Noche de Guy Fawkes, la cena informal que él mismo había pretendido tomar con Kate West si ella se hubiera presentado a la cita.

—Si no lo hubiéramos hecho, si hubiéramos venido directas a casa, tal vez Roy aún estaría vivo. —La voz de Emily Jennings repitió aquella vana condicional. Carter la había oído muchas veces. Ante la visión del cadáver, aquellos que amaban a la víctima manifestaban una esperanza estéril en la forma de una condición irreal, un anhelo que ya jamás podría cumplirse.

—Eso no lo sabemos, querida. —Mary O'Kelly le cogió la mano y se la apretó con ternura, un gesto que no causó ningún efecto en su amiga. Había llegado el momento de dejar que Emily Jennings sufriera en soledad su dolor.

—Bien —Carter se levantó—, eso es todo por ahora. Reciba de nuevo mis condolencias, señora Jennings.

La vio asentir y llevarse una vez más el pañuelo a los ojos para enjugar las lágrimas. Mary O'Kelly le acompañó a la puerta.

—¿Atrapará a ese endemoniado asesino?

Carter hizo un gesto ambiguo. Le habría gustado contestar con un sí rotundo a la pregunta de la señora O'Kelly, pero sobre la espalda sentía el peso de la inseguridad que Neil Chapman había sembrado en su mente esa misma mañana. Desde el momento en que abandonó el despacho, notaba cómo su propio cerebro se abría generoso a la duda, brindándole albergue, y cómo la desconfianza acerca de su capacidad para salir airoso del trance en el que el jefe de inspectores le había colocado eclipsaba cualquier intento de recomponer su magullado pundonor. Cuando la puerta se cerró, encontró al agente de guardia, que se cuadró ante él.

—¿Ha estado aquí todo el tiempo?

—Sí, señor.

—¿Desde el descubrimiento del cadáver?

—Fui el primero en llegar.

—Entonces quizá pueda decirme quién ordenó que se

llevaran el cuerpo antes de que yo llegara.

—El juez permitió el levantamiento del cadáver, inspector.

—Pero el forense no lo habría movido hasta después de mi llegada. ¿Quién ordenó el traslado del cuerpo? —Carter llegó a percibir un cierto atisbo de temor en el policía, que tragó saliva antes de contestar.

—Fue el jefe de inspectores, señor.

¡Maldito Chapman! Al salir a la calle, inspiró hondo y una bocanada de aire húmedo le llenó los pulmones. Allí estaba la prueba definitiva de que le iba a poner las cosas muy difíciles con aquel caso. En el recorrido que había efectuado por el pequeño apartamento de los Jennings, no había encontrado nada que le fuera útil. Todo había sido arramblado por el equipo forense y el único policía presente guardaba la puerta en el descansillo de la escalera. Dejó salir el aire lentamente, en un intento de calmar la furia que lo invadía, y se dijo que Daniel Wood le proporcionaría la información que necesitara. Atraparía al asesino y no sólo se haría justicia, sino que le daría una buena bofetada moral al maldito Chapman. Su siguiente parada era Downing Street. Para cuando llegara, miss Yeats se habría encargado de gestionar su entrada en la calle más protegida de Londres, pero antes debía hacer una llamada. Buscó una cabina telefónica y marcó el número de la agencia de mecanógrafas Looper. De inmediato oyó la voz desagradable de Betty Brown, la repelente secretaria de Kate West.

—Buenos días, quisiera hablar con miss West.

Ella debió de reconocerlo, porque la voz se agrió aún más.

—No está.

—¿Cuándo volverá?

—No lo hará.

El silencio que se hizo entre ambos duró apenas unos segundos, pero fueron suficientes para que por la mente de Carter corrieran todo tipo de suposiciones, presentimientos y conjeturas.

—¿Quiere decir que ya no trabaja ahí?

—No, quiero decir que se le ha encargado un trabajo especial y estará algún tiempo fuera.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ella?

—No puede.

—Señorita Brown —Carter se armó de paciencia. Quería esa información y necesitaba que Betty no le colgara—, sabe que soy Charles Carter, sabe que soy policía...

—Y sé que no tiene ninguna orden que me obligue a decirle dónde está Kate —le interrumpió ella—, pero es que, además, no lo sé.

Colgó y Carter salió de la cabina malhumorado. ¿Le había contado la verdad Betty o simplemente se había deshecho de él de una forma sencilla y limpia? Quiso creerla porque, de ser cierto, el plante de la tarde anterior tendría una justificación. Aunque, farfulló para sí mismo, Kate podría haber telefoneado para avisarle. Se consoló al pensar que tal vez el encargo había llegado demasiado tarde y con demasiada urgencia para que tuviera la oportunidad de llamarlo. Se agarró a esa idea y el malhumor se suavizó. Si aquel era el motivo del plantón, estaba dispuesto a masticarlo con paciencia y tragarlo con resignación.

Llamó a un taxi y le pidió que lo llevara a Downing Street.

CAPÍTULO 3

1

Por primera vez desde que trabajaba para él, Ethan Byrne echó en falta a Arlene Paige. Al entrar en el antedespacho, nadie lo había recibido. La sonrisa perpetua de aquella mujer reposada, pacífica e invariablemente atenta, y sus ojos miopes, siempre chispeantes tras las gafas de concha, no se encontraban en el antedespacho para saludarlo y desearle un buen día. Levantó el puño de la chaqueta y miró el reloj de pulsera. Las nueve en punto. Su secretaria debía de llevar media hora en el tren, camino de Salisbury. En un arrebato de conmiseración, olvidó por un instante su propia desventura y expresó un mudo deseo por el éxito en la operación de su madre. El fugaz reproche de que tal vez aquel deseo no era sino la pretensión, disfrazada de buenas intenciones, de que miss Paige volviera pronto lo señaló como el dedo acusador de un fiscal, pero Ethan Byrne lo rechazó de inmediato. No era tan mezquino. ¿O sí? No supo responderse. Se confesaba incapaz de precisar si la ausencia de su secretaria incrementaba la desazón que sentía desde la tarde del día anterior, pero sí comprobó en carne propia que, al repasar con una ojeada el escritorio tras el que encontraba a miss Paige cada mañana, sintió una punzada de soledad. «Nada se echa tanto de menos como aquello que se pierde», se dijo. «Una lección que el ser humano parece no aprender nunca mientras lo posee». Caminó sobre la mullida alfombra y entró en su despacho mientras recordaba la furibunda gripe que padeció unos años atrás. Encamado y consumido por la fiebre, reflexionaba entonces sobre las bondades de la salud y el nulo aprecio que se le otorga cuando se goza de ella y, desde luego, no era tan desmemoriado como para pretenderse ignorante de lo que en aquel dormitorio, cobijo de su sufrimiento, se prometió a sí mismo: que jamás volvería a preterir tal enseñanza. ¡Qué vana presunción! En cuanto se recuperó y la vitalidad retornó a su cuerpo, la lección cayó de nuevo en el olvido.

Se sentó en el sillón.

—Ah, miss Paige, miss Paige, cuán mudable es nuestra

naturaleza —dijo como si ella pudiera oírle.

Tamborileó con los dedos sobre el escritorio y decidió apartar a su secretaria de la mente. Había otros asuntos que requerían su atención, asuntos que le habían robado el sueño durante la noche y que en aquel momento le ocasionaban un incómodo desasosiego que ni siquiera el silencio de su despacho, más denso aquella mañana en que el tecleo de la máquina de escribir de miss Paige que solía acompasarlo asomaba tan sólo como un fantasma del recuerdo, lograba apaciguar.

Reflexionó acerca de los sucesos acaecidos desde el día anterior. El primero llegó con el mensaje inesperado de Yaroslav poco antes del almuerzo. Tras recibirlo, no se entretuvo más que los minutos imprescindibles para ponerse en contacto con Silas Grant e informarle. Salió a toda prisa y pronto se vio caminando por Londres entre una barahúnda de gente que disfrutaba del día festivo. Tomó varios autobuses, siempre con una discreta mirada a su espalda que corroboró lo que pensaba: si alguien lo seguía, había logrado despistarlo, y llegó sin contratiempos al lugar en el que el exagente soviético lo había citado, una pintoresca taberna en Kingston-upon-Thames, al borde el río Hogsmill, desde la que se disfrutaba de una espléndida panorámica del viejo puente Cattern. Pidió una *brown ale* y aguardó la llegada de Yaroslav, pero el antiguo agente de la NKVD no se presentó a la hora indicada y los minutos fueron amontonándose unos sobre otros, acrecentando su inquietud y, debía confesarlo aunque fuera sólo ante sí mismo, su apetito. Con cada uno de esos segundos, el borborigmo que rugía en su abdomen se hacía más audible y sonrojante, de modo que finalmente decidió almorzar en la taberna. Abandonó el tamborileo de los dedos un instante y se llevó la mano al estómago, que presionó levemente. Parte de su insomnio durante la noche se lo debía a él. Había comido demasiado en aquel *pub* de Kingston-upon-Thames: sopa de espárragos, salchichas con puré de patatas, una gigantesca *corniesh pastrie*... Lo que al principio no fue sino la necesidad de alimentarse acabó convirtiéndose en un modo de soportar tanto la espera como la incertidumbre que el retraso de Yaroslav le provocaba. Cuando, al volver a Downing Street,

encontró a Jennings a la puerta del antedespacho con la bandeja de la merienda, experimentó la desagradable premonición de un vómito, anunciado por la náusea que le ascendió desde el estómago hasta la garganta. Pero lo de Downing Street no había sucedido hasta después. En su memoria aún permanecía sentado en la taberna de Kingston-upon-Thames, donde debía dirimirse un asunto del que dependía la estabilidad financiera de la nación.

Ethan Byrne cerró los ojos y se concentró en la mañana del día anterior. Desde la ventana junto a la que estaba sentado, y mientras jugueteaba con una copa de coñac que había pedido al camarero a modo de digestivo, se entretuvo en observar el puente Clattern que, con casi un milenio de vida, se mostraba imperturbable a las miradas de quienes transitaban por él. Sin duda la vetusta pasarela era consciente de los muchos hombres y mujeres, sobre todo estas últimas, que habían sido sometidos al escarnio público desde su pretil cuando, amarrados a la *ducking stool*, una silla que colgaba de una especie de pequeña grúa, eran sumergidos en las aguas del Hogsmill por delitos como la maledicencia, la charlatanería o el uso de palabras malsonantes. Ethan Byrne recordó que había sonreído al pensar en la candorosa naturaleza de algunas de las disposiciones de la *common law* e intentó imaginar una escena parecida en la Inglaterra de 1946. Le resultó imposible. La evolución del derecho anglosajón dejaba para el pasado y los libros de historia prácticas tan disparatadas como esa y, gracias a ello, podía estar seguro de que Silas Grant no lo amarraría a una *ducking stool* para zambullirlo en el Támesis si la empresa que se le había encomendado se malograba.

En su fuero interno admitió que, mientras aguardaba a Yaroslav, la sensación de fracaso fue dilatándose tanto como lo hacía la espera. Llegó a pensar que el ruso no se presentaría y que las promesas que él mismo había hecho a Grant, antes de abandonar Downing Street, acerca de la operación Clairvaux naufragarían como un barquito de papel arrojado por un niño a las aguas del Hogsmill. Finalmente, Yaroslav llegó, pero sólo para darle largas. Las cosas, le había dicho, se estaban complicando. El ruso tenía a la NKVD pisándole los talones y el correo que esperaba de la Unión Soviética

con la información necesaria para detener la operación Clairvaux se había topado con tantos problemas para llegar a Reino Unido que aún no había tenido ocasión de encontrarse con él. Ethan Byrne no disimuló su disgusto. Le había prometido a Silas Grant que aquel mismo día contarían con la información necesaria para evitar la catástrofe que se les venía encima, pero, tras aquellas noticias, su promesa resultaba baldía. Cuando, al salir de la taberna, dio la espalda al puente Clattern, la imagen de sí mismo amarrado a una *ducking stool* volvió a hacerse presente.

Silas Grant no llegó a sentarlo en una, pero no ocultó su desagrado. Se habían visto al anochecer, después del problema con Walsh. Grant le había interrogado al respecto y él le contó que un agente del MI5 se había entrevistado con él y le había interpelado acerca de lo sucedido. «No he debido serle de gran ayuda», admitió ante el hombre que lo había reclutado para los servicios secretos unos meses atrás. «No sé qué ha pasado». Y entonces Silas Grant se lo contó. Ethan Byrne no se molestó en ocultar su sorpresa. En un principio, simplemente creyó que el secretario de Asuntos Exteriores había sufrido unos de *sus* percances, esos que le estaban granjeando una fama poco recomendable dentro de Downing Street, pero lo que Silas Grant había desvelado en la sucinta compañía de una ginebra con hielo, en un viejo *pub* de Victoria Street, muy cerca de Westminster Abbey, constituía lo que tal vez era sólo la parte visible del iceberg. Aun cuando lo en aquel instante presumió asomaba a su mente tan oscuro como un nubarrón invernal cargado de malos propósitos, Ethan Byrne sabía que las posibles repercusiones del envenenamiento de Mason Walsh y Donald Maclean iban mucho más allá de lo que su mente era capaz de concebir.

Silas Grant se interesó por lo que el hombre del MI5 le había preguntado y Ethan no le ocultó que, cuando Roger Pritcher se presentó en su despacho, su primer pensamiento se había dirigido a él. «Me hubiera gustado hablar con usted», confesó. «No sabía si el tal Pritcher estaba al tanto de nuestro asunto ni hasta qué punto consideraba usted admisible que lo detallara, de modo que decidí no contar nada». Ethan Byrne recordó con satisfacción que Silas Grant le

había felicitado por ello. «Me limité a contestar las preguntas que el agente me planteó acerca de mis movimientos en Downing Street desde mi vuelta y, respecto a eso, poco pude aportar». Grant le preguntó si le había contado a Pritcher que, por puro azar, no era él mismo quien se encontraba en el despacho de Mason Walsh aquella tarde y Ethan Byrne negó con la cabeza.

Días atrás, el secretario de Asuntos Exteriores le había propuesto una cita para tratar cierto asunto que competía a sus departamentos y ambos la había fijado para el cinco de noviembre, una jornada que preveían tranquila en lo que respectaba a sus tareas a cuenta de la Guy Fawkes Night. Sin embargo, a media mañana del martes, Mason Walsh apareció por su despacho para anular la reunión. Se le había presentado la visita imprevista de Donald Maclean, primer secretario de la Embajada británica en Washington, y debía atenderla. Poco después, cuando recibió el mensaje de Yaroslav, la presencia de Maclean en Downing Street le pareció providencial: podría ausentarse sin verse obligado a cancelar la cita con Walsh ni dar explicaciones. Ahora, sin embargo, lo sucedido le resultaba doblemente escabroso. Por un lado, Yaroslav no había cumplido con su parte del trabajo y la operación Clairvaux continuaba en marcha sin que pudieran hacer nada para detenerla; por otro, el intento de asesinato de Mason Walsh y su invitado a través de unos sándwiches envenenados le ponían a él mismo en la diana. Silas Grant también le había concedido importancia. El alcance de lo acaecido no podía definirse, al menos de momento, ya que la anulación de su cita con el secretario de Asuntos Exteriores se había producido a última hora y de forma inesperada, por eso la disyuntiva que planteaba aquel envenenamiento no podía sino preocuparlos a ambos: ¿a quién deseaba matar el asesino, a Walsh o a él?

Ethan Byrne tragó saliva. Le disgustaba el cariz que el asunto había tomado. Era un hombre de política, no de acción, y ahora se arrepentía de haber aceptado la propuesta para trabajar en el MI5 que le hizo Silas Grant. El silencio del antedespacho volvió a angustiarle. Lo que más deseaba en el mundo era volver a su cotidianidad, dar los buenos días a miss Paige cada mañana y sumergirse en las tareas que,

como secretario de Hacienda, le competían. Deseó con todo su corazón escuchar de nuevo la máquina de escribir y se reprochó la descortesía que había cometido con su secretaria al no pedirle un modo de contactar con ella a fin de interesarse por el resultado de la operación y la salud de su madre. Sus modales dejaban mucho que desear. Quiso pensar que sus principios, no.

2

Roger Pritcher conocía la importancia que el control de las emociones comportaba a la hora de transitar por la vida de manera estable. Para un agente de inteligencia, además, tal dominio suponía, en determinadas circunstancias, la diferencia entre la vida y la muerte. Por eso el entrenamiento con el que el MI5 instruía a sus miembros comprendía un férreo programa con el que perseguía que todos ellos se adiestraran en esta vertiente tan crítica de la existencia humana. Sin embargo, y pese a su esmerada instrucción, Roger Pritcher estaba de mal humor. La marejada mental que le inundaba el cerebro lo exacerbaba sin que ninguna de las técnicas aprendidas lograra conquistar el apreciado control; por el contrario, los redundantes fracasos a sus reiterados intentos dificultaban a cada instante tanto el dominio sobre sí mismo como sobre el enfado que tiranizaba sus emociones en aquel momento.

Se había encerrado en su despacho de Curzon Street, la central del MI5 en Londres, junto a su segundo, Andrew Wayne, que permanecía sentado frente a él en silencio. Con los codos apoyados en los reposabrazos, entrelazó los dedos y formó una especie de concha en la que hundió los labios. El juramento que escupió en su interior rebotó en forma de aliento. Se sentía frustrado.

Aparte de la investigación en la que un grupo muy reducido de su departamento, encabezado por él mismo, realizaba en aquellos momentos, estaba convencido de que la sección que trabajaba a las órdenes de Silas Grant se traía algo entre manos. Algo sumamente secreto que tan sólo ciertas personas autorizadas del MI6 conocían. No

podía decir que se tratara de un comportamiento desusado, al contrario, sabía que estaba aplicándose el procedimiento correcto: sólo si un número restringido de personas estaba al cabo de una operación de espionaje o de contraespionaje, podía albergarse cierto grado de certeza acerca de la reserva con que debía llevarse. Sin embargo, en ocasiones la colaboración, no sólo entre distintas secciones, sino con los servicios secretos de otros países, era necesaria, vital incluso; un hecho que Silas Grant despreciaba en aquel caso, empecinado como estaba en mantener una discreción extrema respecto a la operación que le ocupaba.

A primera hora de la mañana, Pritcher había hablado con su superior, Adley Fernsby, que a su vez había presionado al superior de Grant para que colaborara con ellos, pero el intento había resultado baldío. La única seguridad con la que contaban, gracias a ciertos informes conseguidos de manera subrepticia algunas semanas atrás, era que el secretario de Hacienda, Ethan Byrne, había sido reclutado por Grant y que trabajaba para él dentro de Downing Street. ¿El motivo?, lo desconocían, pero tanto Fernsby como él mismo estaban convencidos de que, fuera lo que fuese, no alcanzaba a igualar el problema al que ellos se enfrentaban: el descubrimiento y captura de un topo que, según sospechaban, también operaba desde la mismísima Downing Street a fin de hacerse con secretos de estado que podían llegar a comprometer la carrera por el control nuclear del planeta.

Notó que el silencio iba prolongándose demasiado y se dijo que aquella actitud no les llevaría a ninguna parte, de modo que hizo un esfuerzo y, al menos, logró borrar el ceño fruncido que le recorría la frente.

—Veamos —dijo, y buscó a Wyne con la vista—, repasemos lo que tenemos hasta ahora.

Andrew Wayne sacó el cuaderno en el que había ido anotando los detalles atesorados desde el día anterior y leyó. Mason Walsh, secretario de Asuntos Exteriores, y Donald Duart Maclean, primer secretario de la Embajada británica en Washington, se encontraban reunidos en el despacho del primero cuando fueron encontrados por Elizabeth Gelbero, secretaria de Walsh, gravemente

enfermos. El MI5, avisado por el servicio de seguridad de Downing Street, había ordenado su traslado inmediato a un hospital en el que ambos fueron ingresados. Mason Walsh, según el decir de los médicos que le atendieron, padecía una intoxicación molesta, pero que no comprometía su estado de salud. Por el contrario, Maclean, menos afortunado, presentaba un pronóstico que los sanitarios preferían reservarse. La causa de la intoxicación tenía un nombre muy claro: estricnina, tal y como habían confirmado los análisis, y se había producido a través de unos emparedados de queso y *pickle* que nadie sabía cómo habían llegado hasta el despacho del secretario de Asuntos Exteriores.

—Me tiene loco este punto —protestó Pritcher, que interrumpió la lectura de Wayne—. Hay que aclararlo cuanto antes. La camarera encargada de llevar la merienda al despacho llegó a la hora prevista con una bandeja en la que ni el té ni los sándwiches estaban envenenados, pero los que sí lo están ya se encontraban allí.

—Y la secretaria, mistress Gelbero, no ha sabido explicar cómo llegaron. Todo lo que entra en aquel despacho pasa por sus manos antes de alcanzar las del secretario de Asuntos Exteriores.

Pritcher murmuró malhumorado un juramento. Puesto que su estado de salud no corría peligro, los médicos habían dado el alta esa misma mañana a Mason Walsh, que se encontraba de vuelta a su hogar y con intención, según les dijo, de reincorporarse al trabajo por la tarde. De acuerdo con el testimonio de Walsh acerca de lo ocurrido la tarde anterior, Donald Maclean se ausentó un momento para ir al lavabo que él aprovechó para acercarse al archivo, de donde debía coger un documento. Cuando regresó al despacho, Maclean estaba de vuelta y los sándwiches, junto al servicio de té, ya se encontraba allí. Obviamente, había señalado Walsh, pensó que había sido mistress Gelbero quien había servido la merienda. Se volvió hacia su subordinado.

—¿Cree que lo que nos ha contado Walsh es cierto, Wayne?

—Es una posibilidad que no podremos contrastar hasta que no hablemos con Maclean.

Pritcher se frotó los labios con los dedos índice y pulgar. Sí,

tal vez Maclean pudiera aclarar ese punto, pero su presentimiento, no exento de la extrema desconfianza que sentía hacia el secretario de Asuntos Exteriores, le conducía por caminos muy distintos. El archivo al que Mason Walsh se había dirigido durante la ausencia del diplomático era una pieza anexa a su despacho, desde el que se accedía directamente, y que no comunicaba con ninguna otra estancia. A Walsh le habría resultado sumamente sencillo guardar los sándwiches envenenados allí y aprovechar la ausencia de Maclean para servirlos. El servicio de té, sin embargo, así como mantener la infusión caliente representaban una mayor dificultad, aunque no insoluble. Tanteó el bolsillo en busca del paquete de tabaco y sacó un cigarrillo que encendió enseguida. Estaba convencido de que Walsh era el responsable del envenenamiento. Hacía meses que andaban tras él, pero, hasta el momento, sus esfuerzos por conseguir una prueba que demostrara que Mason Walsh trabajaba para los soviéticos habían resultado infructuosos. El intento de asesinato de la tarde anterior le había brindado la oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando. Si lograba probar que Walsh había envenenado aquellos sándwiches para asesinar a Donald Maclean, tan sólo tendría que tirar del hilo y averiguar en qué sucios asuntos andaba envuelto. Sin embargo, la muerte de Roy Jennings lo echaba todo a perder. El hecho de que el cocinero hubiera muerto por unos emparedados que, según la información que les había llegado, también parecían contener estricnina apuntaba a la cocina como el lugar en que el que los sándwiches se habían manipulado. Su teoría del archivo se derrumbaba.

—Él envenenó los bocadillos y los probó a propósito para sufrir una leve intoxicación. —Se negaba a abandonar su teoría. Estaba seguro de que Walsh era culpable—. Tiene que ser él, Wayne.

El agente frunció los labios.

—Su estado de salud así parece indicarlo —admitió su segundo sin convicción y, tras unos segundos de silencio incómodo, Pritcher pensó que era momento de dar su brazo a torcer.

—Y era una buena explicación —dijo—, hasta la muerte de Jennings.

Sintió que de nuevo el enfado se hacía con las riendas de su ánimo. Hasta la aparición del cadáver de Roy Jennings, Mason Walsh había llevado la mejor mano en el juego de sospechosos. Era el único que podría haber introducido los sándwiches envenenados en su despacho sin que pasaran por mistress Gelbero y el hecho de que su intoxicación fuera tan leve que no pusiera su vida en peligro reforzaba la sospecha.

—Salvo que el secretario de Asuntos Exteriores sea el hombre que buscamos y que su teoría del archivo se confirmara —Wayne interrumpió su cavilación—, resulta de todo punto indiscutible que los sándwiches envenenados fueron introducidos en el despacho de Mason Walsh a través de la puerta de entrada directa que comunica con el pasillo. Quienquiera que sea el que ha intentado asesinarlos sabía que, si hubiera hecho pasar los emparedados por el antedespacho, se habría encontrado mistress Gelbero, que le habría visto la cara.

—He identificado —atajó Pritcher, que apartó por un instante sus recelos contra Walsh.

Volvió a sumirse en sus pensamientos. Había pasado la mitad de la tarde del día anterior en el hospital. Sólo cuando los médicos que atendían a los dos pacientes le aseguraron que se encontraban estables, volvió a Downing Street, donde interrogó a todos los que se encontraban allí en el momento de producirse el envenenamiento, en especial al personal de cocina. Respecto a ellos, el propio Roy Jennings había sido el encargado de preparar la merienda, los sándwiches habían estado a la vista en todo momento y cada uno de los integrantes del servicio de cocina se encontraba donde debía estar. Sólo se había producido una anomalía: la camarera Dorothea Cole había faltado a su turno de servicio, razón por la que otra camarera, Celestine Burton, ocupó su lugar. Pritcher debía admitir que inmediatamente saltaron sus alarmas. Dorothea era quien debía servir la merienda a Mason Walsh, pero, tras una investigación concienzuda y un interrogatorio inclemente a la camarera, todo quedó reducido a una explicación tan simple que le exasperaba, la de un estúpido escarceo romántico entre ella y un tal Martin Lloyd, ayudante de

mantenimiento.

Luego había recorrido la sede del gobierno, despacho a despacho, pero en todos ellos se encontró frente a la misma respuesta. La merienda había llegado a su hora y por el cauce habitual. Tan sólo en el caso de Ethan Byrne se había producido una pequeña salvedad, la de que, en lugar de la camarera, la merienda la había llevado Roy Jennings, aunque tal excepción se explicaba, como en el caso de Celestine Burton, a cuenta de la aventura amorosa entre Dorothea Cole y Martin Lloyd.

«Byrne», pensó. Lo había interrogado, tal y como había hecho con el resto del personal que trabajó en Downing Street durante la tarde del martes, sin que Silas Grant tuviera oportunidad de evitarlo, pero el secretario de Hacienda no aportó ningún elemento de interés. Según su declaración, se había visto obligado a salir antes del almuerzo y regresó al despacho cuando el segundo cocinero aún se encontraba allí con la bandeja de la merienda. Su secretaria, Arlene Paige, que fue retenida en el piso bajo por los servicios de seguridad hasta ser interrogada, confirmó las palabras de Byrne. Todo parecía correcto y por la mente de Pritcher atravesó la imagen de esa bandeja en la que se le había servido la merienda a Byrne, con una tetera ya fría y un plato vacío, una imagen similar a la que encontró en el resto de despachos. Por si hasta entonces hubiera podido darse algún atisbo de equivocación, aquello lo echaba por tierra. No cabía duda alguna de que el objetivo del asesino apuntaba a Walsh o Maclean. Se llevó una mano a la barbilla y chasqueó la lengua.

—Walsh, Maclean o los dos —dijo—. ¿Qué opina, Wayne?

El joven se encogió de hombros.

—Esos informes que sostienen su posible connivencia con un servicio de inteligencia extranjero parecen apuntar en la dirección de Walsh —dijo.

Pritcher asintió en silencio. Sí, esa era también su hipótesis. Retomó la teoría en la que basaba sus recelos sobre el secretario de Asuntos Exteriores: si pudiera explicar de una forma razonable el factor que situaba a la cocina como origen del envenenamiento, Mason Walsh resultaba, a sus ojos, el máximo sospechoso de haber

introducido aquellos sándwiches en su despacho sin que pasaran por mistress Gelbero y el hecho de que su intoxicación fuera tan leve que no pusiera su vida en peligro reforzaba la idea. Ahora la cuestión radicaba en encontrar un motivo que sustentase la sospecha y Pritcher tenía una idea acerca de él. El Comité de Política Combinada resultaba una buena razón. Cuando hablara con Maclean, tal vez el diplomático podría confirmarlo.

—¿Han llegado noticias del hospital? —preguntó.

—Todavía no, pero no creo que tardemos mucho en poder hablar con el señor Maclean.

—¿Y el Yard? —Pritcher tenía la intención de mantener a Scotland Yard al margen del envenenamiento de Mason Walsh y Donald Duart Maclean, pero no podía hacer nada con respecto al de Roy Jennings. Su mujer había encontrado el cadáver y dado la voz de alarma antes de que el MI5 pudiera hacerse con el caso de forma discreta. Vio que Wayne consultaba su cuaderno de notas.

—Al parecer, se ha encargado el caso a un tal inspector Carter.

Pritcher enarcó una ceja.

—¿Charles Carter?

Wayne asintió.

—¿Lo conoce?

—Sí.

Claro que lo conocía. Fueron compañeros en el MI5 durante la guerra y no habían transcurrido más de unos meses desde la última vez que tuvo noticias de él, durante el caso Craddock. Si ya de por sí sentía reparos a que el Yard metiera su larga nariz en este asunto, el hecho de que lo hiciera a través del fino olfato de Charles Carter, que contaba además con el bagaje de haber trabajado en el MI5, le provocaba una razón extra de inquietud. Y luego estaba su plan... Respiró hondo y buscó en su interior esas técnicas de control de emociones que tan bien conocía. Se preguntó cómo afectaría la presencia del inspector al proyecto que se traía entre manos. Por supuesto, no consentiría ninguna injerencia. Si era necesario, se ocuparía de Charles Carter cuando llegara el momento. Ahora debía

atender esos otros menesteres. Se volvió hacia Wayne.

—¿Y en cuanto al otro asunto? —Miró a través de los cristales y observó el cielo plomizo. La idea había sido suya. Hacía tiempo que mantenía esa bala en la recámara, en espera del momento adecuado para utilizarla. La tarde anterior, en el hospital, mientas esperaban a que los médicos les informaran sobre el estado de salud de Walsh y Maclean, se la había planteado a Adley Fernsby. Su jefe torció el gesto en un primer momento, pero, tras exponerle las razones que sustentaban su plan, lo aceptó. Únicamente ellos dos y Wayne se encontraban al tanto porque «sólo si un número restringido de personas estaba al cabo de una operación, podía albergarse cierto grado de certeza acerca de la reserva con que debía llevarse», repitió sus propias palabras para sí. Devolvió su atención de nuevo a Wayne que respondió a su pregunta.

—Espera su visita.

Pritcher se levantó.

—Pues vamos a ello. No va a ser un asunto fácil de lidiar.

CAPÍTULO 4

1

Su placa del Yard no le habría abierto las puertas Downing Street, no sin un buen motivo y sin las peticiones oficiales que, sin duda, habría tenido que realizar miss Yeats. A la entrada, le aguardaba un hombre que se presentó como agente Coleman. Supuso que formaba parte del servicio de seguridad o tal vez del MI5, aunque concedía más posibilidades a esta segunda opción. En cualquiera de los dos casos, iba a suponer un callo en el pie. Estaba seguro de que su libertad de movimiento dentro de Downing Street se vería condicionada por las instrucciones que el tal Coleman hubiera recibido, del mismo modo que se iban a ver afectados los interrogatorios que llevara a cabo allí dentro. Lo asumió. No podía ser de otro modo. Siguió al agente Coleman en silencio hacia la cocina, el lugar que le había solicitado visitar.

Había poca gente. Un par de pinches, dos camareras y un jefe de cocina que intentaba hacer el trabajo de dos, el suyo y el del que Roy Jennings ya no podría ocuparse nunca más. Le ofrecieron una taza de té que Carter aceptó y que uno de los pinches preparó mientras él aguardaba sentado a la mesa de la cocina. A su espalda, apoyado en el marco de la puerta, el agente Coleman observaba en silencio. A Carter le habría gustado que se marchara. Estaba convencido de que el personal de cocina hablaría más a sus anchas sin la presencia del MI5, a quien probablemente ya habrían contado todo lo que sabían, pero no se atrevió a pedirle que se fuera. También estaba seguro de que no lo haría, un hecho que le escamoteaba posibilidades de obtener pedazos de información que tal vez alguno de aquellos trabajadores había sustraído a los servicios de inteligencia, pero que habría deslizado hasta los oídos de un inspector del Yard.

—Les acompaño en el sentimiento —dijo cuando el joven pinche colocó la taza de té delante de él junto a una pequeña bandeja de pastas.

—Gracias. —Callum Hall, primer cocinero, se sentó frente a Carter, ante una taza de té que también le sirvió el pinche—. Estamos

muy afectados por la muerte de Roy. ¿De verdad ha muerto envenenado?

Carter levantó una ceja. Al parecer, las noticias volaban. Se preguntó cómo podrían haber llegado tan rápido a aquella cocina, sobre todo teniendo en cuenta la vigilancia a la que la tenía sometida el MI5. Callum Hall debió de leerle el pensamiento, porque le ayudó a resolver el enigma con una simple frase:

—Emily me ha telefoneado —dijo, y miró a Coleman—. Parece que les ha fastidiado el secreto. —Resultaba más que obvio que el cocinero experimentaba cierta inquina por el servicio de inteligencia y Carter se preguntó hasta qué punto el MI5 los habría presionado—. ¿Entonces es cierto? ¿Ha sido envenenado? —insistió.

—No estaremos seguros hasta que el forense realice la autopsia, pero a primera vista parece que así fue.

Hall chasqueó la lengua mientras meneaba la cabeza de un lado a otro, como si aquello no fuera posible o se tratara de un accidente imprevisible.

—No nos han contado mucho —dijo, y señaló con el mentón al agente Coleman—. Se han limitado a freírnos a preguntas. Supongo que las mismas que va a hacernos usted. —Carter no contestó. Era bastante probable que así fuera—. ¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Empecemos por determinar quiénes se encontraban ayer aquí, en la cocina.

—Fácil, los mismos que estamos ahora.

Carter recorrió con la vista las cuatro personas, a excepción del agente de inteligencia y de sí mismo, que se encontraban presentes.

—También estaba Roy, naturalmente —añadió Hall.

—No son ustedes demasiados.

—No. Era día festivo y la mayoría del personal tenía el día libre. Los peces gordos —Hall miró al techo, por encima del cual se elevaba el edificio que contenía las oficinas y dependencias de gran parte del gobierno— estaban en sus casas, preparándose para la Guy Fawkes Night. Por supuesto el personal de cocina y servicio es más numeroso que lo que ve aquí, pero él —Hall volvió a señalar al agente

Coleman— los ha mandado fuera. Dijo que usted estaría interesado únicamente en hablar con quienes trabajamos ayer.

Callum Hall dejó caer la última frase con un tono de voz que a Carter se le antojó un tanto descarado, como si fuera consciente de la atadura que representaba para él la presencia del agente Coleman y quisiera con ella afrentar al hombre del MI5. El servicio de inteligencia probablemente les había sometido a un largo, árido y desagradable interrogatorio. Debería desplegar una considerable porción de sutileza para no causar la misma impresión y ganarse su favor. Por el momento, Callum Hall le observaba divertido desde el otro lado de la mesa, una actitud de la que era más que plausible que el MI5 no hubiera gozado.

—Entiendo… —Volvió a recorrer al personal de cocina con la vista—. Y si los peces gordos —No se amilanó a la hora de utilizar el mismo remoquete peyorativo que había usado el cocinero para referirse a aquellos que trabajaban en la parte noble del edificio— se encontraban en sus casas preparándose para disfrutar de la Noche de Guy Fawkes, ¿por qué era necesario tanto personal?

—Bueno… —Hall bebió un sorbo de té y se limpió los labios con la servilleta—, no todos ellos se habían tomado el día libre. En Downing Street eso nunca pasa. Siempre hay gente trabajando. —Echó una mirada rápida al agente Coleman—. El mundo no para ahí fuera, ¿verdad? —le preguntó, aunque volvió a beber del té y posó de nuevo la vista en Carter. Obviamente no esperaba una respuesta a su pregunta.

—Según tengo entendido, Jennings se llevó de aquí unos sándwiches para la cena.

—Es algo habitual. Lo hacemos todos cuando sobra comida.

—¿Y para quién habían preparado esos sándwiches?

—A decir verdad, para nadie en especial. Salvo el señor Walsh, que está empeñado en repetir cada día los emparedados de pepinillo y pasta de anchoas, el resto se amolda a cualquier cosa, aunque por supuesto también tienen sus preferencias. —Hall hizo una pequeña pausa y Carter intuyó que el cocinero había descubierto en sus ojos la decepción por no encontrar una respuesta clara a su

pregunta. Era obvio que no iba a resultar tan fácil y Callum Hall debió de entenderlo porque siguió—. Mire —dijo—, los tipos de ahí arriba no entienden cómo funciona una cocina. Estoy seguro de que la mayoría de ellos jamás ha pisado una. Simplemente hacen sonar la campanilla y piden algo de comer. Si hay suerte, te dicen que cualquier cosa; si no, realizan un encargo especial que hay que preparar a toda velocidad. No les gusta esperar. Sin embargo, con el tiempo uno va conociéndolos y puede prever con bastante acierto lo que van a demandar, así que ayer preparamos un surtido de emparedados al gusto de la gente que anduvo por aquí.

—¿Quiénes?

De reojo, Carter observó que el agente de inteligencia se había movido, inquieto, y que ya no se apoyaba de forma indolente sobre el marco de la puerta. Confió en que no interviniera. Si de verdad quería contar con una oportunidad para resolver el crimen, necesitaba toda la información que se le pudiera proporcionar, independientemente de los entresijos que recorrieran los pasillos y despachos de los edificios de aquella calle donde se concentraba el poder del país.

—Estaban el señor Walsh y un invitado —Hall comenzó a enumerar—, el señor Myers, el señor Dalton y un caballero que le acompañaba, aunque ninguno de ellos dos merendó. —Hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre la mesa de la cocina—. También se encontraban aquí el señor Byrne y el señor Gordon Bell.

—¿El señor Dalton no merendó?

Hall meneó la cabeza.

—Tengo entendido que el Chancellor se marchó poco antes de comer, junto con el señor Byrne —dijo—, o al menos eso fue lo que comentó Celestine cuando nos disponíamos a preparar el almuerzo, aunque luego este regresó.

Carter observó que Callum Hall volvía a utilizar un tono ligeramente jocoso y se preguntó dónde estaba la broma que tanta gracia le hacía, sin embargo, no dejó que la mente se perdiera en reflexiones insustanciales. De la información que el cocinero acababa de proporcionarle le alegraba el hecho de que Hugh Dalton, el

ministro de Hacienda, se hubiera marchado mucho antes de que la merienda comenzara a servirse. Estaba seguro de que, de haberse encontrado en Downing Street por la tarde, desde el MI5 se le habrían puesto todos los impedimentos imaginables para evitar que el Yard lo interrogara. Pese a la discreción que su trabajo requería, tarde o temprano alguien haría correr la voz acerca de que un ministro de Su Majestad había sido interpelado por la policía, un hecho que habría encantado a los tabloides y probablemente a cierta parte de la prensa más seria. Anotó los nombres que Hall le había proporcionado y luego apartó el lápiz del cuaderno y preguntó:

—Bien, respecto a los sándwiches que se llevó Jennings a casa...

—Eran variados —contestó Hall antes de que Carter terminara de hablar—. Yo me llevé algunos y ellos —Señaló al personal de cocina—, también.

Carter estudió a los pinches y las camareras. Todos se encontraban en perfecto estado de salud. Si los cinco, incluido Jennings, habían tomado los bocadillos que ellos mismos habían preparado, ¿por qué sólo había muerto el cocinero? Las probabilidades de que sólo uno entre seis se llevara a casa los sándwiches envenenados eran tan bajas que ni siquiera cabía la posibilidad de contemplarla. Hall debió de entenderlo, porque apartó el platillo y la taza de té, que ya había apurado, y apoyó las manos sobre la mesa.

—No tiene ninguna explicación, inspector —dijo—. Fue el propio Roy quien preparó los emparedados, que estuvieron a la vista en todo momento. Si esos sándwiches son de verdad la causa de su muerte, alguien los envenenó después de que Roy abandonara Downing Street.

Carter reflexionó un instante. Era una posibilidad. Tal vez aquel crimen no estaba relacionado en absoluto con el gobierno y sus componentes, sino exclusivamente con Jennings. Si tal fuera el caso, esperaba que, a su vuelta al Yard, el sargento Thorton hubiera encontrado una mácula en la vida de Roy Jennings que corroborara esta posibilidad y pudiera conducirles al asesino. El personal de

cocina, que había permanecido en posición de firme conformando una fila, como si de una unidad de soldados se tratara, lo observaba en silencio, al igual que hacía el propio Callum Hall y el agente del MI5, que había vuelto a apoyarse sobre el marco de la puerta. Carter deslizó la vista por ellos y repasó sus nombres en voz alta.

—Timoty Wallace, Anthony Griffin y Dorothea Cole —recitó —, ¿alguno de vosotros vio u oyó algo que considere de interés?

Ninguno habló, pero todos negaron con la cabeza.

—Bien —dijo, y se levantó mientras el agente Coleman abandonaba el quicio de la puerta y salía al pasillo. Tendió la mano a Hall y, cuando este iba a retirarla, Carter la retuvo. Los ojos del cocinero le observaron con extrañeza—. ¿Quién es Celestine —preguntó— y dónde está?

Carter observó que en el rostro de Callum Hall se dibujaba una sonrisa de complicidad y entonces entendió el tono jocoso que había utilizado cuando mencionó el nombre de Celestine. Probablemente había recibido instrucciones del MI5 de no incluirla entre el personal de cocina que se encontraba presente en Downing Street la tarde anterior, una orden que había soslayado de forma inteligente mencionándola de pasada.

—Una camarera —dijo—, Celestine Burton. Se encuentra enferma y ha llamado para avisar de que hoy se ausentaría del trabajo

—¿Qué tipo de enfermedad?

—Nada importante. Un catarro, creo. Supongo que anoche, tras salir de aquí, debió de resfriarse entre las hogueras de Guy Fawkes.

—¿Vamos? —Coleman había vuelto a asomarse a la cocina. Ahora sí, Carter soltó la mano del cocinero y siguió con docilidad a la niñera que el MI5 le había asignado.

—Llléveme a hablar con los señores Myers, Bell, Byrne y Walsh.

—El señor Walsh está de viaje —contestó Coleman. Carter estudió el rostro del agente, pero no observó en él ningún gesto sospechoso.

—Bien, entonces con los otros tres. —Ya se ocuparía de

Walsh más adelante si era necesario.

Siempre acompañado por el agente Coleman, interrogó a Jacob Myers, subsecretario del Home Office, y Gordon Bell, funcionario de la Oficina del Gabinete del Gobierno. Tanto uno como otro habían comido los sándwiches que se les sirvieron en la merienda del día anterior. La entrevista fue rápida. Sí, estaban bien. No, no habían notado ningún tipo de malestar y tampoco un sabor extraño en los emparedados que consumieron. ¿Por qué? ¿Acaso se había servido comida en mal estado? Carter se había abstenido de contestar a la pregunta. Todos conocían la muerte de Roy Jennings que, por los comentarios realizados por el subsecretario del Home Office y el funcionario del Gabinete, se achacaba a algún tipo de alergia del cocinero. No parecía que ni Myers ni Bell fueran el objetivo de los sándwiches ni tampoco que pudieran contarle mucho más de lo que ya habían aportado en su sucinta declaración, de modo que Carter puso fin al breve interrogatorio. Habló después con Ethan Byrne, cuyo estado de salud era excelente, no así su disposición a colaborar con el Yard. El secretario de Hacienda se mantuvo distante y sucinto en sus respuestas. Había visto a Jennings cuando llevó la bandeja de la merienda y parecía absolutamente sano. No, no le había notado nada raro. ¿Miss Paige? Byrne había movido la cabeza de un lado a otro cuando Carter le preguntó por ella. No estaba allí, se encontraba en Salisbury, donde operaban a su madre.

—¿Ha acabado ya? —La voz del agente Coleman sonó apremiante.

Carter no contestó. Se sentía molesto porque su presencia en Downing Street no gustaba y también porque sabía que no se había equivocado: lo que hasta entonces había sido una suposición acababa de convertirse en certeza, la de que Neil Chapman le había encargado la investigación del caso para que fracasara. El camino iba a encontrarse alfombrado de espinas y el jefe de inspectores era consciente de ello. La presencia de Coleman era sólo la primera púa de la raspa por la que el MI5 iba a obligarle a transitar, pero no la única. No se había tragado el repentino resfriado de Celestine Burton, el

segundo aguijón. La orden evidente que Callum Hall había recibido para que ocultara la presencia de la camarera en Downing Street la tarde anterior era demasiado llamativa como para no considerar que su ausencia esa mañana hablaba por sí sola y que lo que daba a entender resultaba de lo más sugerente.

—¡Inspector! —Coleman volvió a sonar áspero—. ¿Ha terminado ya?

—Sí —contestó.

—Entonces le acompañaré a la salida.

«Bonita forma de echarme», pensó mientras le seguía y a su espalda quedaban las silenciosas oficinas del centro neurálgico desde el que se gobernaba la nación.

2

Miró el reloj al salir de Downing Street y vio que se aproximaba la hora de la comida. Imaginó que, para entonces, el forense ya podría aportar algún dato relevante, pero antes de visitarlo se detuvo en una cabina y telefoneó al Yard. Necesitaba que miss Yeats averiguara una dirección. Al colgar, la imagen de sí mismo aquella mañana, mientras intercambiaba el ácido diálogo con Betty Brown que le había puesto de tan mal humor, trajo de vuelta el recuerdo de Kate West y deseó aún con más intensidad que estuviera junto a él. Ya que conseguir una cita con ella que llegara a buen puerto parecía una tarea imposible, al menos disfrutar de su compañía durante una investigación le reportaría no sólo la cercanía que tanto deseaba, sino también esa afinidad que le había llevado a considerarla su compañera.

Cogió el metro en dirección a la morgue y, mientras las estaciones se sucedían, volvió a pensar en ella, en Kate West, en *su Watson*. Sonrió al evocar la conversación que habían mantenido semanas atrás, durante el caso Brougharry, cuando él le preguntó si había bailado con Craig Dawes. Ella se había negado a contestar alegando que tal punto no era relevante para la investigación y él había discrepado pretextando que el detective era él. Kate West se

había echado hacia atrás en el asiento y, mirándolo con una intensidad inusual hasta entonces, le había planteado un interrogante provocador que le turbó: «¿Y yo que soy, inspector?». Si ese diálogo estuviera produciéndose en aquel momento, sabía que habría de hacer un gran esfuerzo para retener en la garganta la respuesta que deseaba darle, pero en Brougharry eligió una respuesta prudente y contestó que ella era su Watson. Por supuesto, Kate West no aceptó el papel secundario que él le otorgaba y le recordó que en el caso Allerton ella había sido su Sherlock. Tenía razón. Gracias a su intervención se había resuelto el crimen del escritor. Abandonó el vagón y se dirigió hacia las escaleras, camino de la salida. «¿Y yo qué soy, inspector?», repitió. Con aquella incitante interpelación, Kate West no sólo lo había turbado, también había logrado desviar la conversación del dato que a él le interesaba conocer: si había bailado con Craig Dawes o no. «Vuelve usted a apartarse de lo que importa», le había reprochado en lugar de responder a la pregunta, pero ella continuaba observándolo con aquella mirada, viva y profunda, que ahondó cuando, acercándose a él, expresó con un tono de voz intencionadamente inequívoco el propósito que perseguía con una conversación que él mismo había comenzado a cuenta de los celos que sentía por su familiaridad con Craig Dawson: «Fijar los términos de nuestra relación». Las palabras no se le habían olvidado. Le acompañaban desde entonces y, con frecuencia, se las oía a sí mismo silabear entre los labios. Alcanzó la morgue recriminándose por no haber atendido el deseo de Kate West y haberse atrevido a precisar los términos sobre los que se basaba la relación que los unía. «Kate West, tú eres…» se dijo al empujar la puerta de entrada al edificio, pero no llegó a terminar la frase.

Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo llevó a la nariz. Por mucho desinfectante que utilizaran, el olor a muerte impregnaba hasta la última pulgada de aquel lugar.

—Buenas tardes, doctor Wood.

El forense se volvió hacia Carter y le tendió la mano.

—¿Qué hay, inspector? Ha llegado por los pelos. Estaba a punto de salir a comer.

Carter echó un vistazo al reloj que colgaba de una de las

paredes de la sala de autopsias.

—Un poco tarde, lo sé —admitió Wood—, pero no he tenido un minuto libre esta mañana.

Carter asintió. El doble asesinato de Buckhurts Hill más el de Jennings eran una carga de trabajo suficiente para mantener entretenido a un forense durante un par de días. Confió en que Daniel Wood hubiera elegido a Roy Jennings como primer *paciente* de la jornada.

—Supongo que viene por lo de su cocinero —aventuró.

—Así es. ¿Tiene algo para mí?

Wood asintió mientras se dirigía a la camilla de autopsias en la que descansaba un cadáver cubierto por una sábana que retiró de un tirón. Carter observó el cuerpo contracturado de Jennings.

—¿Estricnina? —preguntó. No era un especialista, pero los efectos que causaba ese veneno eran demasiado conocidos como para no reconocerlos.

—Sí —contestó Wood—. Aún no he terminado la autopsia, pero ya puedo confirmarle que la muerte se produjo en torno a las diez de la noche y que su causa fue la ingesta de una considerable cantidad de estricnina que sobreestimuló el sistema nervioso. Su cocinero debió de experimentar una subida de la tensión arterial, seguida de una serie de contracturas musculares, convulsiones y, finalmente, la muerte por asfixia cuando los músculos respiratorios dejaron de responder.

Carter observó los sándwiches apilados en una bandeja que reposaba sobre una mesa de metal y cristal próxima a la camilla.

—Y supongo que estos emparedados son el arma homicida.

Wood se acercó a ellos.

—En efecto. Hay una mezcla variada: los tenemos de pasta de anchoa, de queso y salsa de arándanos, y también de queso y *pickle*. Están muy buenos, por cierto. —Daniel Wood llevó el dedo índice al papel encerado en el que Roy Jennings había envuelto los sándwiches, rebañó con la yema los restos del contenido que habían quedado adheridos a él y se la llevó a la boca.

—¿Qué hace? —Carter agarró al forense por la muñeca, pero

Woods sonrió mientras paladeaba los restos de pasta de anchoas que había chupeteado.

—Tranquilo. El único emparedado que ha sido espolvoreado con estricnina es aquel. —Señaló un bocadillo que permanecía apartado, también en una bandeja metálica y en el que se apreciaba un amplio mordisco—. Ese y el que Jennings se tomó y cuyos restos, salvo los que hemos extraído para analizarlos, están ahora mismo en su estómago. Una desagradable mezcla de queso, salsa de arándanos y jugos digestivos —De nuevo el dedo índice de Daniel Wood señaló, esta vez al cadáver, cuyo vientre aparecía recorrido por una larga incisión ya cosida.

—De modo que sólo había dos sándwiches envenenados.

—Así es. El resto son perfectamente comestibles. —Daniel Wood alargó la mano y cogió uno de los emparedados de la pila—. ¿Le apetece uno? —preguntó.

Por toda respuesta, Carter volvió a llevarse el pañuelo a la nariz. El mundo de los forenses era demasiado especial para su estómago y su olfato. Daniel Wood se acercó a él y observó el bolsillo de la chaqueta de Carter.

—Bonito pañuelo. ¿Me permite? —dijo, y lo sacó del bolsillo —. Ch. C. Charles Carter ¿Quién le ha bordado las iniciales? — preguntó al tiempo que se lo arrebataba y las estudiaba con cuidado —. Son perfectas. No he encontrado en todo Londres nadie que haya bordado así los míos.

—Mi tía Mary.

—¿Acepta encargos?

—No, sólo lo hace conmigo porque soy su sobrino.

—¿Y no podría su sobrino pedirle que me bordara alguno?

Carter no contestó. No estaba por la labor de enredar a su tía en una labor que quizá no le apeteciera.

—¿Tiene el informe preparado?

—Aún no. Todavía hay un par de cosillas que quiero comprobar, pero en cuanto lo haya redactado se lo enviaré al Yard. ¿Entonces no se lo pedirá a su tía?

—Es mayor y va teniendo problemas con la vista. Lo siento.

—Wood asintió y le devolvió el pañuelo. Carter no sabía muy bien qué tenía aquel tipo de bordado, pero miss Yeats también solía alabarlo—. Gracias, doctor Wood. Le dejo. Se ha hecho muy tarde y debe ir a comer.

El forense miró el reloj de pared y torció el gesto.

—Demasiado tarde. Aún me quedan los dos cuerpos de Buckhurts Hill. Habré de renunciar a la comida y conformarme con esto. —Echó mano de otro de los sándwiches de la pila y lo mordió. Carter no pudo evitar una nueva interjección de espanto—. Delicioso. Queso *brie* con *pickle*. Es de mis preferidos. En Downing Street saben muy bien lo que se hacen.

—Sí. —Carter se dijo que Daniel Wood no podía imaginar cuánto—. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Claro. Lo encontrará en la oficina.

Marcó el número del Yard y comprobó que miss Yeats había tenido éxito en el encargo que le hizo. Anotó la dirección que le dio y abandonó la morgue con la garganta seca de tanto respirar por la boca.

CAPÍTULO 5

1

Llamó con suavidad, como si por un atavismo importado de su visita a Downing Street temiera que un agente del MI5 escondido en el rellano de la escalera fuera a echársele encima antes de que pudiera hablar con ella. Temió que la joven no lo oyera, sin embargo, al cabo de pocos segundos la puerta se abrió. Celestine Burton, robusta y de estatura baja, lo miró perpleja. Carter observó su pelo rubicundo, recogido en un moño, y sus mejillas sonrojadas por la temperatura cálida de la habitación alquilada en un bloque de apartamentos. En sus ojos, salvo el desconcierto que reflejaban, no asomaba atisbo alguno de ese fuerte catarro que la mantenía guardando cama.

—Buenas tardes, miss Burton. Me llamo Chapman —Carter sonrió. El apellido le había salido sin pensarlo. Si se buscaba un lío, al menos lo haría bajo la identidad del aborrecible jefe de inspectores— y soy agente de seguridad. —Confió en que ella supusiera que se refería a los de Downing Street—. No la molestaré mucho, pero necesito hablar con usted unos minutos.

—Pero ya me han interrogado. —En la voz de Celestine Burton se entremezcló el desconcierto y la duda.

—Lo sé, sin embargo, he de contrastar algunos datos. Quisiera repasar lo que ocurrió ayer. ¿Podría relatármelo desde el principio?

El recelo se intensificó, Carter lo leyó con claridad en el rostro de la muchacha, pero no podía permitir que la renuencia de la joven aventajara a la vacilación y se negara a hablar.

—Soy del servicio de seguridad —repitió, y echó mano a su placa, que sacó y guardó con la misma rapidez con la que un ave rapaz se arroja sobre su presa—, pero, si aún tiene dudas, venga. —La tomó del brazo y la llevó hasta la ventana del cuarto. Apartó unas pulgadas las cortinas y estudió la calle. No tardó en elegir al individuo que le serviría para armar su argucia. Le mostró un hombre que se había detenido ante el escaparate de una tienda, frente al edificio en el que vivía la joven—. ¿Lo ve? Es agente del MI5, el servicio de

inteligencia que le ha pedido que se quede en casa unos días simulando un resfriado. —Estaba echando toda la carne en el asador, pero no podía hacer otra cosa si quería respuestas. En caso de estar equivocado, si de verdad aquella joven no había ido a trabajar por encontrarse enferma, habría perdido la partida. Aun así, no la dejó pensar y continuó hablando—. ¿Cree que me habría dejado pasar para entrevistarme con usted si no tuviera permiso para hacerlo? —Notó que el brazo de Celestine temblaba sutilmente.

—¿Me están vigilando?

Carter murmuró un juramento para sí mismo. La perplejidad y la desconfianza comenzaban a dar paso al miedo.

—No —La apartó de la ventana y la llevó hasta un sofá de dos plazas destartalado en el que la invitó a sentarse—, simple rutina. Se limitan a seguir el protocolo.

El puñado de sandeces que acababa de contarle pareció surtir efecto, porque Celestine Burton se dejó caer sobre los cojines y se hundió en el desfondado canapé.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Todo.

—Pues no es mucho. —Lo miró desde el nido de almohadones en el que se había acomodado—. Llevé la merienda al señor Walsh. Su secretaria, mistress Gelbero, tomó la bandeja para introducirla en el despacho del secretario de Hacienda y yo aguardé en el antedespacho. Hacía unos días que le había pedido una muestra de ganchillo y me dijo que me la entregaría en cuanto sirviera el té. Sin embargo, al momento oí una exclamación y vi salir a mistress Gelbero, que avisó al servicio de seguridad.

—¿Qué es lo que había sucedido?

—No estoy segura. No llegué a verlo, pero cuando mistress Gelbero habló por teléfono dijo que el señor Walsh y su invitado estaban enfermos, caídos sobre la alfombra —dudó—. Un par de agentes acompañados de un médico llegaron enseguida. Uno de ellos me sacó de allí y me llevó a un despacho en el que me obligó a esperar hasta que me interrogaron. No les pude contar más que lo que le he explicado a usted. No vi nada. —Carter se percató de que la

joven apartaba la vista y que la mirada, que recorría sin rumbo las paredes cubiertas con un raído papel de flores, se encontraba ahora entreverada por la angustia y el miedo.

—Tranquilícese. No tiene nada que temer. ¿Qué pasó luego?

—Nada. El hombre que me interrogó dijo que me llevarían a casa y que no debía volver al trabajo durante unos días. Me ordenó que hoy llamara para decir que me encontraba enferma, que me quedara aquí y que no contara a nadie lo que había visto. Luego mandó a un par de agentes que me trajeran y se aseguraran de que llegaba bien. —Hizo una pausa que aprovechó para abrazar unos de los cojines—. ¿El señor Walsh se encuentra bien?

Carter estaba planteándose esa misma pregunta y, también, si la indisposición del secretario de Asuntos Exteriores no se debería a un sándwich envenenado con estricnina.

—¿No sabe quién se encontraba con él?

Celestine Burton negó con la cabeza.

—¿Y en la cocina?

—¿Qué? —preguntó.

—¿Qué pasó ayer en la cocina?

La vio encogerse de hombros.

—Nada —dijo, pero antes de que pudiera disimularlo una exclamación sorda se le escapó de los labios. Carter se sentó a su lado.

—¿Qué pasó? —Bajó la voz.

—Es sólo que Dot volvió a retrasarse y tuve que cubrirla.

Carter repasó con la memoria la lista de empleados que había escrito en la cocina de Downing Street. Afortunadamente, contaba con una buena retentiva.

—¿Dorothea Cole?

Celestine asintió.

—Tiene un romance con Martin y suele escabullirse en las horas de descanso para pasar un rato con él, ya sabe…

—¿Y?

—Cuando estábamos en nuestra hora de descanso, poco antes de servir la merienda, recordé que el señor Hall me había pedido que me acercara al almacén en busca de un bote de melaza. Se me

había pasado por completo y el señor Hall es muy exigente.

—Como todos los jefes —la animó Carter.

—Sí, se enoja cuando no somos eficientes.

—¿Descubrió que habías cubierto a Dorothea y se enfadó con ella?

—Creo que no se enteró. Cuando abandoné nuestra salita de descanso camino del almacén, lo encontré en la cocina, revisando la merienda. El señor Jennings se encontraba fuera, junto al muro trasero del jardín. Estaba fumando un cigarrillo. Al volver del almacén con el bote de melaza, le vi encender otro con la colilla del primero.

—¿Estaba nervioso? —Carter se inclinó hacia ella y percibió un sutil olor a rosas que no había notado hasta entonces. Se habría sonreído por la coquetería de la joven, que se perfumaba incluso cuando no salía de casa, pero la actitud de Roy Jennings le interesaba demasiado como para detenerse en esos detalles.

—Creo que sí. Creo que el señor Jennings también se había dado cuenta de la ausencia de Dot. Consiguió el trabajo por él, ¿sabe?, su mujer y Dot son de Maerdy, pero el señor Hall no está contento con su trabajo y el señor Jennings ha tenido que intervenir varias veces para que no la despidieran.

Carter no evitó una mueca de decepción. Por un momento había pensado que el nerviosismo de Jennings podría deberse a una razón que explicara su asesinato. Sin embargo, y pese al pequeño chasco, Celestine Burton le había proporcionado un dato interesante.

—¿Dices que el señor Hall estaba solo en la cocina revisando la merienda?

—Sí, suele hacerlo él o el señor Jennings.

—¿Se encontraba allí cuando volviste?

—No, a Dios gracias. Me habría visto cargar con el bote de melaza y me habría regañado. Me lo pidió a media mañana —dijo.

—Pero no te acordaste hasta entonces. —Carter se alegró de que hubiera sido así. Ahora podía situar a Callum Hall a solas, frente a la bandeja de los sándwiches, poco antes de que se sirviera el té de la tarde—. ¿El señor Hall había vuelto a la sala de descanso?

—No, allí sólo seguían Timoty y Anthony.

—Los pinches.

—Sí. Charlamos durante algunos minutos sobre los planes que teníamos para esa noche y entonces llegó el señor Jennings. Dijo que era la hora del té. Timoty y Anthony comenzaron a preparar las bandejas. El señor Jennings tomó una y desapareció por las escaleras de servicio. Yo aún tardé en seguirlo. Timoty siempre se hace el remolón y se toma su tiempo para preparar la merienda y, además, se le cayó el juego de té y tuvimos que sustituirlo por otro, rellenar la tetera..., ya sabe. Afortunadamente, el señor Hall no estaba presente. Lo recogimos todo y nos escondimos en la antecocina para preparar un nuevo servicio. Cuando terminamos de arreglar el desaguisado, llevé la merienda al despacho del señor Walsh y vi al señor Jennings a la puerta del despacho del señor Byrne. Entre los dos cubrimos a Dot. Supongo que la habrá reprendido, pero al menos conservará su empleo.

—¿Qué pasó entonces?

—Nada, el señor Jennings se marchó y yo me detuve un instante para hablar con la señorita Paige. Me preguntó de qué eran los sándwiches que llevaba y le ofrecí intercambiar algunos, pero no quiso. Los míos eran de pepinillos y pasta de anchoas y los suyos de queso con salsa de arándanos. Dijo que eran sus preferidos. Supongo que el señor Jennings se los llevó por eso. Es un hombre muy considerado.

—Entiendo. —El uso del presente para referirse a Roy Jennings indicaba que Celestine Burton ignoraba su muerte. Carter consideró la posibilidad de informarle al respecto con la esperanza de que la joven aportara nuevos datos que resultaran reveladores para la investigación, pero no estaba seguro de que supiera nada más de lo que le había contado, de modo que desechó la idea ante el temor de que la noticia causara algún tipo de extravío indeseable en el comportamiento o el ánimo de la muchacha. Además, se dijo, en cualquier caso podía considerar su visita un éxito, como si la providencia hubiera inducido al propio Callum Hall a cometer el error de descubrir la existencia de Celestine Burton. Quizá, después de todo, existía un dios en los cielos que asistía a los desamparados. Tal vez la

justicia divina no siempre aguardaba al más allá para administrarse y Neil Chapman acabaría deglutiendo una cucharada de acíbar tras la resolución del caso que ahora se escoraba amenazadoramente hacia el primer cocinero—. ¿Recuerda algo más? —preguntó sólo por si acaso.

—No, lo siento.

—Bien, lo suponía, pero debía asegurarme. —Carter sonrió, necesitaba ganarse su confianza—. Mantengamos nuestra conversación en secreto. No queremos que el MI5 piense que desconfío de su pericia a la hora de interrogar. —Le guiñó el ojo y se despidió.

Al cerrar la puerta del apartamento tras él, Celestine Burton aún seguía sentada en el sofá y Carter elevó una plegaria para que a la joven no se le ocurriera discurrir sobre el absurdo que suponía el hecho de que, si no deseaba que el MI5 pensara que desconfiaba de su pericia y que por eso le había pedido que no le contara a nadie que había estado allí, cómo era posible que el agente que vigilaba la calle le hubiera dejado pasar. Bajó los escalones de dos en dos. Debía volver al Yard y hablar con Thorton.

2

Cuando llegó al Yard, la tarde comenzaba a caer y miss Yeats acababa de enchufar la tetera eléctrica.

—¿Qué le ocurre? Parece que hubiera caminado desde Edimburgo a Londres.

—No ha llegado a tanto, pero casi. ¿Está preparando té?

—Es la hora. ¿Le apetece uno? —Sacó una taza y la colocó en un platillo—. Tiene cara de famélico. No me diga que no ha comido aún.

—No he tenido tiempo.

—En ese caso, tengo algo mejor que el té, o al menos algo con el que acompañarlo. —Miss Yeats se acercó al archivador que le servía de alacena, donde guardaba la tetera y el juego de tazas y platillos, y sacó una pequeña bandeja de sándwiches—. Son de

ensalada de huevo y de salmón ahumado. ¿Qué prefiere?

Carter cerró los ojos un instante y volvió a echar mano del pañuelo.

—¿No tiene alguna pasta?

Miss Yeats frunció el ceño.

—Hasta ahora nunca le había hecho ascos a mis emparedados.

—Déjelo. Me basta con el té.

—De ningún modo. Siéntese. Anoche hice bizcocho de limón. —Preparó una pequeña bandeja y se la colocó delante, en una mesita auxiliar—. ¿Es por el encargo de Chapman?

Carter asintió.

—Me ha metido en un buen lío. El cocinero de Downing Street fue envenenado con estricnina.

—Que alguien introdujo en unos sándwiches.

—Muy avispada.

Miss Yeats sonrió.

—No era demasiado difícil atar cabos. Le prometo que no le ofreceré ningún emparedado durante una larga temporada. Nos limitaremos a las pastas, tartas y algún que otro *scone*.

—Se lo agradezco. Conocía los estragos que causa la estricnina, pero nunca los había visto en un cadáver. Creo que no podré probar un sándwich en mucho tiempo.

—Espero que al menos haya avanzado algo en la investigación, aunque con la cara de funeral que tiene desde esta mañana me resulta difícil decidir si se trata de una perspectiva factible o de una esperanza baldía.

Carter meneó la cabeza mientras se llevaba a la boca un trozo de bizcocho.

—De momento sólo cuento con un buen puñado de cabos sueltos. Al parecer, Jennings se llevó los sándwiches ayer por la tarde, una práctica habitual entre el personal de cocina cuando sobran. Los tomó para cenar y esta mañana su mujer lo encontró muerto en la cama. La autopsia no ha aportado muchos más datos y, en cuanto a mis pesquisas en Downing Street, puede usted imaginar por qué

Chapman me ha cargado con el muerto.

—¿Por su perenne cara de funeral?

—¡Qué crueldad, miss Yeats! Mofarse de mí en este momento es como hacer leña del árbol caído.

—No sea tan tiquismiquis. No es su estilo. ¿Qué ha pasado en Downing Street?

—He tenido la sombra de un agente de seguridad sobre mi cogote todo el tiempo.

—De modo que no ha sacado nada en claro.

Carter bebió un sorbo de té y volvió a morder el bizcocho, cuyo sabor a limón degustó con placer.

—Yo no diría eso.

—Y yo imaginaba que sería exactamente eso lo que diría. Cuénteme.

—Fue el propio Jennings quien preparó los sándwiches que acabaron con su vida y según Callum Hall, primer cocinero, estuvieron a la vista todo el tiempo.

—O sea, que nadie tuvo oportunidad de envenenarlos.

—Aún no hemos llegado a eso, miss Yeats, no se apresure. Hall ha tenido la amabilidad de informarme de que una camarera que estuvo de servicio ayer por la tarde no se ha presentado hoy en su puesto de trabajo.

—¿A causa de otro envenenamiento?

—Por orden del MI5.

Miss Yeats, que se había sentado junto a Carter, cortó un nuevo pedazo de bizcocho y se lo sirvió en el platillo.

—Tome, me parece que lo necesita.

—¿Cree que el hambre me hace delirar?

—Admito que lo considero una posibilidad, sí. Un cocinero asesinado con los sándwiches que él mismo preparó y que nadie ha tenido oportunidad de envenenar, y una camarera que no acude a su trabajo a demanda del MI5. No negará que suena a una necesidad imperiosa de alimento.

—Pues aún no lo ha oído todo. Según la teoría de Callum Hall, puesto que fue Jennings quien preparó los sándwiches, que los

bocadillos estuvieron en todo momento a la vista de cualquiera que anduviera por la cocina y que el personal al completo se llevó los emparedados sobrantes y ninguno ha sufrido la más mínima intoxicación, es bastante plausible que el envenenamiento de los sándwiches se produjera fuera de Downing Street.

—Tiene sentido.

—En efecto. También yo lo consideré así hasta que descubrí un par de detalles. El primero es que Callum Hall ha mentido: permaneció solo en la cocina durante el tiempo suficiente para envenenar los sándwiches. Y, dos, los emparedados que acabaron con la vida de Jennings no fueran los únicos que contenían estricnina. El mismísimo secretario de Asuntos Exteriores y un segundo hombre que se encontraba con él fueron encontrados enfermos en su despacho.

—Parece que no era hambre, después de todo.

—Sé trabajar, incluso con el estómago vacío. Ahora he de descubrir la naturaleza de la enfermedad que aquejó al secretario de Asuntos Exteriores y su visita. Si se debiera a la estricnina, entonces el origen del envenenamiento volvería a la cocina de Downing Street y Callum Hall tendría que darme algunas explicaciones, entre las que no aceptaría la que ha intentado colarme.

—El tal Hall y también el MI5 —apuntó miss Yeats.

—¿Sabe que *creen* que Walsh está de viaje?

—¿Eso es lo que le han dicho?

—Exactamente eso, sí.

—Bueno, quizá el secretario de Asuntos Exteriores se indispuso debido a alguna causa distinta a la estricnina y el servicio de inteligencia simplemente intenta evitar que se le mezcle en un caso de asesinato.

—Es posible, ¿pero entonces por qué no han tenido la deferencia de informarme al respecto? No soy un caza-noticias del *Daily Mirror*. —Dobló la servilleta y la dejó en la mesita, junto a la taza de té—. A Chapman le ha tocado la lotería con este caso. Me va a hundir hasta el fondo.

—No se desespere. —Miss Yeats le dio unos golpecitos en el brazo para animarlo—. El jefe de inspectores aún no ha comprendido

que es usted uno de los mejores investigadores del Yard y que, por muy ardua que parezca la tarea, sabrá salir adelante. Creo que todavía lleva clavada la espinita del caso de Brougharry. Claro que entonces contó con la ayuda de miss West... —Miss Yeats dejó la frase en suspenso, pero no durante demasiado tiempo y Carter entendió por qué—. ¿Qué tal su cita de ayer?

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Sí, Bien.

Miss Yeats arrugó el ceño. Era obvio que no se lo había tragado, pero él no estaba dispuesto a admitir que Kate West le había dado plantón, no al menos por el momento. Antes de hacerlo tendría que aprender a aceptarlo. Bebió un sorbo de té, con la esperanza de que ella no insistiera, cuando la llegada del sargento Thorton lo liberó de la posibilidad de que miss Yeats no se hubiera dado por satisfecha con su respuesta.

—Buenas tardes.

—Hola, sargento, ¿le apetece un té?

—No, muchas gracias, miss Yeats. Señor.

—Buenas tardes, Thorton, ¿tiene algo?

—No demasiado. La vida de Roy Jennings parece no guardar ningún secreto. Sus rutinas eran tan predecibles como el sonido de las campanas del Big Ben. Cumplía sus horarios de trabajo y volvía a casa exactamente en el tiempo que le lleva llegar a ella. A veces salía con su mujer al cine o a dar un paseo, pero normalmente pasaba su tiempo libre en casa, leyendo el periódico o cuidando de sus periquitos. Tan sólo se ausentaba una vez cada quince días.

—¿Y eso?

—No se haga ilusiones. Tampoco aquí hay nada anormal. Solía acudir a un *pub* del muelle de Limehouse para jugar a los dardos.

—¿Limehouse? —Carter no ocultó su extrañeza—. ¿Por qué allí? No queda cerca de su casa.

El sargento se encogió de hombros.

—Me pasaré por el *pub* y veré qué averiguo.

—Sí, hágalo, pero antes tengo otro trabajo para usted.

Necesito que investigue los hospitales de Londres. Quiero saber si el secretario de Asuntos Exteriores ha ingresado en alguno de ellos.

—Tal vez no sea necesario que investigue. Antes de venir, he pasado por Old Jewry.

—¿La policía de la City de Londres? ¿Está pensando en abandonarnos, sargento?

—No, miss Yeats. Un viejo amigo va a retirarse y quería saludarlo. Cuando salía, oí a un agente que patrulla el distrito de Lambeth preguntar a su superior si ocurría algo en los entornos del Saint Thomas. Al parecer, había detectado movimientos no habituales desde la tarde de ayer: coches sin distintivos, pero que son a todas luces oficiales, hombres que parecen agentes del servicio secreto y que guardan las puertas del hospital con discreción…

—El Saint Thomas, claro, un hospital cercano a Downing Street. —Carter se llevó la mano a la barbilla y la acarició con el dedo pulgar y el índice. De modo que era allí donde los tenían. Todo apuntaba a que así era, sin embargo, debía no sólo asegurarse sino descubrir la dolencia exacta que aquejaba a Mason Walsh y al hombre que lo acompañaba en el despacho.

—Parece que el destino está de su parte. —Miss Yeats comenzó a recoger los restos de la merienda.

—Tan sólo un poco. —Estaba seguro de que nadie le dejaría acercarse tanto como para investigarlo. Si el MI5 le había ocultado ese detalle, no iba a proporcionarle ningún tipo de facilidad ahora. Debía encontrar otra forma de hacerse con la solución y creía saber cuál era —. Gracias, sargento. Siga investigando a Roy Jennings. Quiero saber con quién se encontraba en ese *pub* del muelle de Limehouse para jugar a los dardos. Ah, y vea qué puede averiguar de Callum Hall.

Carter no perdió un minuto. Apenas salió Thorton, se puso el abrigo y agarró el sombrero.

—Me marcho, miss Yeats. Voy a la morgue. Hay algunas preguntas que quiero hacer al forense.

—Le está cogiendo gusto a ese lugar. Luego se quejará porque haga burla de su aspecto, que cada vez se asimila más al de un sepulturero.

—Hablar con el forense forma parte de mi trabajo, ¿de verdad he de recordárselo?

—En absoluto, pero acaba de venir de allí, no creo que el doctor Wood haya obtenido información nueva sobre Jennings. Así que, ¿qué trama?

—Nada. Se llama investigar.

—No soy una anciana estúpida. Recuerde que es inspector del Yard y que no está autorizado para meter la nariz en los asuntos de los servicios de inteligencia.

—Usted no es anciana, miss Yeats.

—¿Pero sí estúpida?

—Oh, vamos, intento echarle un piropo y comienza una discusión dialéctica como las de...

—¿Miss West? Sigue sin contarme nada de ella y a estas alturas de nuestra relación debería saber que nada se me escapa. Algo ha ocurrido que no quiere que sepa.

—Me voy. —Carter agarró el pomo de la puerta y la abrió.

—Márchese, haga lo que tenga que hacer y, mientras va y viene, vaya pensando qué cuento va a intentar colarme sobre esa jovencita encantadora.

3

El pañuelo volvió a salir del bolsillo y ocupar su lugar, bajo la nariz, en cuanto entró en la morgue.

—Buenas tardes, doctor.

—¿De vuelta tan pronto? No tengo nada nuevo sobre Jennings.

—No vengo por él.

Carter vio que Daniel Wood enarcaba una ceja.

—¿Se ha producido otro crimen?

—No, que yo sepa, pero tal vez sí otro envenenamiento. Necesito que me ayude a corroborarlo.

—¿Cómo? Si no me da un cuerpo, que además esté muerto,

poco puedo hacer.

—¿Conoce a alguien en el Saint Thomas?

Daniel Wood ladeó ligeramente la cabeza.

—Sí. Tengo un par de amigos que estudiaron conmigo y trabajan allí.

—Me pregunto si sería posible que me consiguiera cierta información.

Carter se sentó en un taburete giratorio, en la sala de autopsias, mientras esperaba a que Daniel Wood telefoneara desde su despacho. Con el pañuelo en la nariz, tenía una certeza casi completa de que la jugada le iba a salir bien y de que sus indagaciones le darían a conocer pistas que el MI5 se había encargado de ocultar. No tardó mucho en comprobar que no andaba equivocado.

—¿Cómo lo sabía? —Daniel Wood salió de su despacho y Carter sonrió. De modo que estaba en lo cierto, pensó—. Sí, un colega me lo ha confirmado: ayer por la tarde ingresaron dos pacientes con síntomas de envenenamiento por estricnina.

—¿Conoce sus identidades?

El forense meneó la cabeza.

—Al parecer el asunto se está llevando con mucha cautela, pero uno de ellos ha sido dado de alta hoy mismo. Mi colega lo vio salir y lo identificó sin ninguna duda.

—El secretario de Asuntos Exteriores.

—Vaya, creí que iba a sorprenderlo. En efecto, se trataba de Mason Walsh.

—¿Y el otro?

—Lo siento —Wood se encogió de hombros—, mi colega no conoce la identidad del segundo paciente. Ambos fueron ingresados al mismo tiempo y llevados a una zona reservada. Sólo el personal médico que lo atiende y el personal de seguridad que les han asignado tienen permitido el acceso. ¿Necesita ese nombre? Es probable que sea difícil de conseguir.

Carter meneó la cabeza.

—De momento me vale con esto. Me vale muchísimo. Gracias, doctor, no sé cómo podré pagárselo.

Daniel Wood permaneció callado y Carter lo observó con extrañeza.

—¿Qué? —preguntó.

—El pañuelo.

Carter lo apartó de la nariz y lo miró, sorprendido, sin saber a qué se refería. Entonces vio las dos iniciales.

—¿Dijo que su tía se las había bordado? —Daniel Wood planteó la pregunta al mismo tiempo que se llevaba la mano al bolsillo superior de la chaqueta.

Carter extendió la mano y tomó el pañuelo que el forense le tendía. Debería pedirle un favor a tía Mary.

Se detuvo en la primera cabina que encontró y llamó a miss Yeats.

—Necesito que realice una gestión de manera rápida y discreta. —Miró el reloj, la tarde avanzaba y, si no se apresuraba, tal vez se haría tarde—. Corre prisa. ¿Puede llamarme a este número cuando lo tenga? —Le dictó el de la cabina telefónica.

Media hora después, miss Yeats le devolvía la llamada.

—No estaba en casa. Me han dicho que ha ido al despacho.

—Bien —dijo—, entonces llame a Downing Street y consígame la cita.

—Ya lo he hecho Le recibirá dentro de cuarenta minutos.

Carter volvió a consultar su reloj de pulsera. Debería darse prisa si quería entrevistarse con Mason Walsh.

—No me ha conseguido demasiado tiempo —protestó mientras abría la puerta de la cabina y llamaba a un taxi.

CAPÍTULO 6

1

Pritcher tenía prisa. Los escalones de la entrada secundaria del hospital Saint Thomas habían quedado atrás sin que apenas hubiera posado los pies en ellos. La situación le parecía preocupante y, desde que se produjeran los envenenamientos, apenas había avanzado. Las pesquisas de Charles Carter, según el parecer de Coleman, tampoco parecían fructíferas, aunque conocía la inteligencia del inspector del Yard y sabía que tarde o temprano acabaría por asir un cabo que le condujera por el camino correcto. Debía adelantarse. Llegó a la puerta de la habitación donde estaba ingresado Donald Maclean, el primer secretario de la embajada británica en los Estados Unidos, y abrió sin llamar. Lo encontró recostado en la cama, con mala cara. Sin embargo, el doctor le había comunicado que estaba fuera de peligro y que podía entrevistarse con él.

—Buenas tardes —saludó. Maclean posó en él una mirada desvaída, como si le costase un gran esfuerzo fijarla—. Soy el coronel Pritcher, agente del MI5. El doctor me ha dicho que ya se encuentra lo suficientemente bien como para que podamos hablar.

Maclean emitió un leve quejido, pero asintió en silencio mientras le señalaba una silla cercana a la cama. Pritcher se sentó.

—No voy a engañarle, señor Maclean, supongo que, por su estado, ya se habrá dado cuenta de que alguien ha intentado matarle. Envenenaron la merienda que tomó ayer en el despacho de Mason Walsh y creemos que el asunto está relacionado con su pertenencia a la Comisión Conjunta de Política sobre el Desarrollo Atómico. —Pritcher observó que el diplomático parpadeaba un par de veces y se preguntó si se debía a la sequedad de los ojos o a un repentino interés—. No es necesario que me detalle el motivo de su visita al secretario de Asuntos Exteriores ayer por la tarde, el ministro ha tenido la deferencia de contármelo, pero sí me gustaría que me explicara cómo llegaron aquellos sándwiches al despacho.

—¿La Comisión Conjunta? —preguntó con un murmullo apenas audible.

Pritcher asintió. La historia se remontaba a 1944, cuando Donald Maclean fue nombrado jefe de la cancillería de la Embajada británica en los Estados Unidos. Por aquel entonces, nadie en el mundo podía hacerle sombra al programa atómico norteamericano. La Unión Soviética se hallaba muy lejos no sólo del potencial estadounidense, sino también de sus conocimientos. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas llevaba una década de retraso con respecto a los norteamericanos, eso sin contar con que no tenían capacidad para hacerse con el uranio que necesitaban y que Washington siempre les había negado. Por eso no era un secreto para los servicios de inteligencia que los soviéticos estaban realizando un enorme esfuerzo por adentrarse en las entrañas del programa atómico estadounidense con el fin de atajar el camino gracias a la sustracción de conocimiento a través de una nutrida red de espías. Sin embargo, cada uno de los científicos que trabajaba en el proyecto tan sólo conocía una mínima parte de él. Con este sistema, los norteamericanos procuraban asegurarse de que, si la U.R.S.S. compraba información, se hiciera únicamente con fracciones ininteligibles de ella. Sólo un reducidísimo número de personas conocían el proyecto en su totalidad y Pritcher estaba seguro de que, para salvar este obstáculo, los soviéticos estaban centrando sus esfuerzos en ese grupo. No hacía falta ser muy inteligente para sospechar que los rusos necesitaban a alguien que tuviera acceso a ese diminuto círculo que contaba con una visión global del programa atómico, como tampoco era necesario serlo para imaginar los esfuerzos norteamericanos para evitarlo.

En agosto de 1943, Roosevelt se había comprometido con Winston Churchill a compartir tanto la información acerca del desarrollo atómico norteamericano como a consultar con el Reino Unido antes de utilizar la bomba. Para ello utilizaron el Comité de Política Combinada, del que Donald Maclean acababa de ser nombrado no sólo miembro, sino secretario. Maclean, pues, era uno de esos hombres con acceso libre a los archivos de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos y probablemente el suyo era uno de los cerebros que más información poseía al respecto, una pieza muy apetecible para los soviéticos. Las investigaciones secretas a las

que se le había sometido, sin embargo, arrojaban un expediente impecable. Maclean era de fiar. Y aquí era donde entraba en juego Mason Walsh.

Pritcher sabía que el secretario de Asuntos Exteriores tenía problemas de adicción al alcohol y a las drogas, y que en algún momento su economía familiar, a la que además sometía a gastos que no podía permitirse, se había tambaleado precisamente por ello. Hacía tiempo que el MI5 venía siguiéndole la pista. Habían detectado la presencia de topos en algún punto del sistema y apostar a que Walsh era uno de ellos se convertía en un envite casi seguro, aunque hasta el momento no se había encontrado ninguna prueba tangible sobre la que basar unas certezas que hasta entonces eran sólo sospechas.

Maclean carraspeó y Pritcher salió de sus cavilaciones. Le acercó un vaso de agua en el que el diplomático apenas mojó los labios.

—Tenemos ciertas sospechas sobre Mason Walsh —dijo, y observó la reacción de Maclean, en cuyos ojos le pareció atisbar durante un instante un brillo singular—. ¿Le ha interrogado respecto a su participación en el Comité de Política Combinada?

Maclean asintió al tiempo que extendía el brazo en un gesto que Pritcher interpretó como la solicitud de que no se apresurara en sus conjeturas.

—Pero es normal —dijo—. Es el secretario de Asuntos Exteriores. Es frecuente que en nuestras conversaciones se mencione al CPC.

—¿Hasta qué punto se menciona?

—Nunca más allá de lo que la discreción exige. Toda información delicada se la comunico directamente al ministro.

Pritcher asintió. Era de prever, aun así, no podía quitarse a Mason Walsh de la cabeza.

—Mistress Gelbero, la secretaria del señor Walsh, ha declarado que la camarera llevó el té y los sándwiches de media tarde con un poco de retraso, pero despreciable. Sin embargo, cuando entró en el despacho del secretario de Asuntos Exteriores y les encontró a usted y al señor Walsh tumbados en la alfombra, con evidentes signos

de haber sido envenenados, se topó con una bandeja de sándwiches que no había pasado por sus manos y cuya presencia no ha sabido explicar. —Pritcher hizo una pausa y observó al diplomático, que le escuchaba en silencio y con un interés que no se molestó en ocultar—. ¿Puede decirme cómo llegó al despacho del señor Walsh?

Maclean se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Salí un instante al aseo y, cuando volví, la bandeja de sándwiches estaba allí.

—El señor Walsh ha declarado que él también salió y que, al volver, lo encontró a usted y a los sándwiches.

—Sí —admitió Maclean—, cuando entré en el despacho, Mason no estaba. Me dijo que se había acercado un instante al archivo en busca de un documento.

Pritcher asintió. Es lo que Mason Walsh les había contado.

—¿No le cree? —Maclean tosió y Pritcher volvió a acercarle el vaso de agua.

—Sólo trato de encajar las piezas —contestó, y vio cómo Maclean sonreía.

—Una respuesta muy diplomática.

—¿Y ese documento que había ido a buscar al archivo...? —Pritcher no remató la pregunta. Maclean volvió a sonreír.

—Lo llevaba con él cuando volvió.

El agente del MI5 no movió un músculo. Que Walsh portara el documento no invalidaba las sospechas que recaían sobre él. Pese a la muerte de Jennings, a la que aún no había logrado encontrar una explicación, su cerebro se negaba a abandonar la convicción de que Walsh era un traidor y, en su mente, continuaba anidando la imagen del Secretario de Asuntos Exteriores en el archivo, tomando la bandeja con los sándwiches envenenados y depositándola en su propio despacho al albur de la ausencia de Maclean.

—¿Qué ocurrió después?

—Hicimos una pequeña parada para merendar.

—¿Los dos probaron los sándwiches?

Maclean asintió. Era una pregunta retórica. Pritcher sabía, por las pruebas realizadas a Mason Walsh, que él también los había

comido. Sin embargo, su recuperación se produjo de forma tan rápida que inducía a la sospecha. Aquella misma mañana le habían dado el alta y, por la información que obtuvo unas horas antes, cuando introdujo a su confidente en Downing Street, había vuelto a su despacho esa misma tarde. El problema, Pritcher se esforzó por no reflejarlo en su rostro, radicaba en encontrar un motivo: por qué Mason Walsh querría asesinar a Donald Maclean.

—¿El MI5 me recomienda un especial cuidado en mis conversaciones con el secretario de Asuntos Exteriores? —preguntó el diplomático, que interrumpió así sus reflexiones.

—De momento, las recomendaciones que debe seguir proceden de los médicos que le atienden, señor Maclean. —Pritcher se levantó y le tendió la mano—. Cuídese —dijo al abrir la puerta. Y abandonó la habitación.

Encontró que uno de sus hombres lo esperaba a la salida.

—Hemos recibido una llamada de Downing Street —dijo.

Pritcher escuchó de manera aparentemente imperturbable las novedades que llegaban desde el centro de gobierno. Sólo cuando subió al coche y cerró de un portazo se permitió mascullar un juramento entre dientes.

—¡Carter! —exclamó.

2

Coleman no lo estaba aguardando. Había pillado al MI5 con el pie cambiado y no lo esperaban. Se felicitó por su diligencia. Por primera vez en el día, se adelantaba a los planes que el servicio de inteligencia tenía preparados para él. Un agente de seguridad de Downing Street lo acompañó hasta el antedespacho de Mason Walsh, frente a cuya puerta lo dejó. Carter golpeó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Tras repetir la llamada un par de veces, abrió unos centímetros y se asomó. No había nadie. Entró y cerró la puerta tras él.

De frente y ante una ventana, una mesa de oficina parecida

a la de miss Yeats señalaba el lugar de trabajo de mistress Gelbero. Una fila de voluminosos archivadores recorría la pared de la izquierda y, en la de la derecha, una puerta de madera noble que se encontraba semiabierta debía de dar acceso al despacho de Mason Walsh. Carter la observó en silencio un instante, el preciso para dominar su indecisión. Miss Yeats le había asegurado que Walsh lo esperaba y, además, tras un día decepcionante, las tornas habían cambiado y la Fortuna parecía sonreírle, de modo que alcanzó la puerta y entró. Sin embargo, tampoco allí había nadie. Se entretuvo un momento en estudiar el *sanctum sanctorum* del secretario. Puro lujo, pensó. Aquel era un reino que se encontraba mucho más allá de lo que la concepción de los simples mortales pudiera imaginar.

Sobre la amplísima mesa de trabajo descansaba una pila de carpetas muy similar a la que miss Yeats solía amontonar para él en su escritorio. Al reparar en ella, esbozó una ligera sonrisa. Quizá, al fin y al cabo, el Olimpo de Downing Street no difería tanto del de un simple inspector del Yard. La alfombra gruesa y mullida, los sillones de cuero, los óleos, que más de un coleccionista ambicionaría, colgados en las paredes revestidas de madera y las llamas de un reconfortante fuego encendido en la chimenea, sin embargo, indicaban lo contrario. Aquel no era el mundo de la gente normal, sino el de los escogidos y, por si cupiera aún alguna duda, un monóculo abandonado sobre la mesa del despacho confirmaba la diferencia. Carter recordó las gafas diminutas que miss Yeats hacía cabalgar permanentemente sobre el puente de la nariz, unas lentes que mostraban la practicidad y funcionalidad del pueblo llano frente a los opulentos apetitos y el aparatoso sibaritismo de las clases pudientes. Cogió el monóculo con cuidado, con excesivo cuidado, como si por el mero hecho de tomarlo fuera a romperse en mil pedazos sobre la palma de la mano, y lo observó con detenimiento preguntándose si Mason Walsh obtendría de aquel objeto una ayuda cierta, una mejoría en la visión. Lo dudaba. Sin poder resistirse al deseo de probarlo, se lo llevó al ojo y lo encajó en la órbita. Todo a su alrededor se emborronó.

—Disculpe…

Una voz sonó a su espalda. Una voz femenina. Una voz…

Carter se dio la vuelta.

—¡Miss West!

Pese a vislumbrarla desdibujada por el efecto de la lente, notó que parpadeaba, perpleja.

—¿Inspector?

El monóculo se le resbaló del ojo y apenas tuvo tiempo de atraparlo antes de que cayera al suelo. Allí estaba. Esbelta, distinguida, inescrutable bajo aquellos ojos verdes y un rostro no por bello menos misterioso, enmarcado por un elegante recogido de los cabellos que parecían aureolar el impenetrable enigma que representaba Kate West.

—¿Qué hace aquí? —preguntó sin poder evitar que el rubor le subiera a la cara después de haber sido sorprendido en el despacho de un alto cargo del gobierno con cuyo monóculo se encontraba jugando como lo haría un niño.

—¿Y usted?

—¿Yo?

La vio entornar los ojos. Se observaron en silencio durante unos segundos. Era obvio que ambos tenían una buena razón para encontrarse allí. Nadie sin esa buena razón entraría en el despacho del secretario de Asuntos Exteriores, sin embargo, en las miradas que cruzaban la interrogación trascendía las preguntas que acababan de plantear y alcanzaba el plano personal. En ellas se leía la cita malograda de la tarde anterior así como las explicaciones que tal hecho requería y Carter optó por darles vida.

—De modo que este es el trabajo urgente y secretísimo por el que no se presentó a la cita —dijo, y al instante se arrepintió. No era el momento ni el lugar para plantear un reproche. No obstante, por más que la situación requiriera otro tipo de conversación, como la de explicarse mutuamente su presencia en aquel lugar, el escozor que el plantón le había producido se hizo presente en aquella frase y entonces fue consciente de que la malhadada cita, más que malestar, le había ocasionado un dolor profundo y aún vivo.

—Lo siento. —La vio bajar los ojos y posarlos en algún lugar indeterminado de la mullida alfombra—. No tuve tiempo de avisarlo.

—Al menos podría haberme telefoneado después. ¿O tampoco ha tenido tiempo?

Los ojos de Kate West chispearon. Ella lo miraba ahora de frente, retándolo, como si se dispusiera a emprender una de esas batallas dialécticas que tanto parecía disfrutar y de las que solía salir vencedora. Sin embargo, en su lugar un breve parpadeo le indicó a Carter que la aguda mente de Kate West había cambiado de opinión.

—¿Qué hace aquí? —repitió.

—He venido a ver al señor Walsh.

—¿Y a probarse su monóculo?

Volvió a sentir que el rubor le cubría la piel del rostro. Lo dejó sobre la mesa, sin mirar, y experimentó de nuevo la misma sensación que había padecido durante su conversación con Neil Chapman, cuando la saliva se le acumulaba en la boca y él se esforzaba por no tragar a fin de no mostrar un gesto que pudiera ser interpretado como pusilanimidad. El sonido de unos pasos, amortiguados por la gruesa puerta que daba acceso directo desde el pasillo al despacho de Mason Walsh, puso fin al momento embarazoso. Carter vio que una sombra de inquietud recorría el rostro de Kate West cuando ella se acercó y lo tomó por el codo.

—Venga —dijo mientras con la otra mano empujaba el monóculo hasta colocarlo en el mismo lugar y posición en los que él lo había encontrado. Si algo podía admirarse de aquella mujer era su asombrosa capacidad de observación y atención a los detalles aunque, desde luego, él pondría por delante en la lista un buen montón de características mucho más sugerentes, pensó al sentir cómo ella tiraba de él.

Salieron del despacho y volvieron a la oficina que, ahora lo sabía, ya no era la de mistress Gelbero, sino la de Kate West.

—Siéntese ahí. —Le indicó con el dedo un sillón de cuero donde las visitas debían de aguardar a que Mason Walsh las recibiera. La vio rodear su escritorio y tomar asiento tras él. Antes de que se diera cuenta, el sonido de la máquina de escribir invadió la estancia. Kate West tecleaba a buen ritmo, ignorándolo. La luz de la lamparita de mesa se reflejaba en su cabello rojizo, algunos de cuyos mechones

le caían por la nuca hasta rozarle el cuello del traje sastre que vestía. Carter se entretuvo en observarla con detenimiento, ahora que ella no podía devolverle la mirada. Volvió a esos mechones y los envidió porque acariciaban la piel de un cuello estilizado que se unía a unos hombros finos y elegantes, pero que sostenían sin aparentar el más mínimo esfuerzo el cuerpo refinado de aquella mujer.

—Buenas tardes, miss West. —Un hombre apareció por la puerta del despacho que él y Kate acababan de abandonar. Carter intuyó que se trataba de Mason Walsh. No se equivocó al oír la voz de la joven.

—Buenas tardes, señor Walsh. —Abandonó la escritura y se giró hacia él—. El inspector Carter, de Scotland Yard, precisa hablar con usted.

Carter sintió la mirada interrogativa de ella prendida de la de él. No habían tenido oportunidad de explicarse y en el rostro de Kate West, que él comenzaba a leer como si fuera la página de un libro, se reflejaba la duda: ¿había hecho bien en presentarlo como inspector de Scotland Yard? ¿Quería entrevistarse con Mason Walsh por alguna razón relativa a su trabajo? El secretario de Asuntos exteriores disipó la duda.

—Ah, sí. —Walsh le tendió la mano—. Su secretaria me llamó hace un rato.

—Disculpe si lo importuno, señor, pero el asunto que me trae hasta aquí es de vital importancia.

—¿Es por ese cocinero? —preguntó.

Carter asintió y de reojo percibió que el desconcierto asomaba al rostro de Kate West, que se entretenía papeleando con los documentos apilados sobre su escritorio sin duda para no volver a la máquina de escribir, cuyo sonido la habría privado de escuchar la conversación. «Siempre la misma», se dijo, y una oleada de felicidad lo recorrió de arriba abajo.

—Bien, no sé en qué puedo ayudarle, pero pase. —Walsh se adentró en el despacho y Carter lo siguió, sintiendo los ojos de Kate West pegados a su espalda. Estaba seguro de que ella se las arreglaría de alguna forma para encontrarse con él e interrogarlo acerca de su

visita, una oportunidad que también él aprovecharía para sonsacarle sobre su presencia allí y, si le era posible, conseguir una nueva cita.

CAPÍTULO 7

1

—No tengo ni idea de por qué ha muerto ese cocinero. —Con un gesto, Mason Walsh invitó a Carter a sentarse—. Me lo han contado hace un rato, pero sin demasiados detalles, ya sabe… —El secretario de Asuntos Exteriores bosquejó un mohín que Carter creyó interpretar correctamente como el desdén que sentía por el excesivo rigor que sin duda mostraba el servicio de seguridad respecto de ese tipo de información—. ¿Dicen que fue envenenado? —Lo dejó caer como si el envenenamiento no resultara un hecho significativo, pero Carter percibió en sus palabras un tono inquieto que evidenciaba algo más que la aparente indiferencia que pretendía representar. Walsh lo miró con la interrogación aún abierta y Carter no dudó en contestar.

—Como a usted —dijo.

—Así que se ha enterado. Creí entender al MI5 que tras esta serie de incidentes perturbadores se oculta un sombrío asunto que afecta a la seguridad nacional.

—Y es presumible que así sea.

—¿En el que incluyen al Yard?

Carter decidió ser franco.

—Obviamente no, señor secretario. Creo que el MI5 no ha andado muy listo en esta ocasión y la información ha llegado a mis oídos sin su conocimiento.

—De modo que es más que probable que esta conversación también esté teniendo lugar a espalda de ellos.

—Casi seguro.

—¿Es, pues, correcto que la mantengamos?

—Desde el punto de vista policial, sí. Parece evidente que alguien ha intentado asesinarlo, señor, al igual que al cocinero, aunque hasta ahora, afortunadamente —Carter dio una especial entonación al adverbio que, por el gesto de Mason Walsh, no le pasó inadvertida—, sólo han logrado alcanzar un objetivo: Roy Jennings.

—Del cual, como ya le dije al entrar, no puedo referirle nada, salvo lo que he oído contar.

—Sin embargo, posee una información valiosa que podría resultar de estimable provecho para la investigación.

Mason Walsh arqueó las cejas. Sin duda, estaba calculando hasta dónde le era dable aproximarse en su declaración. Carter necesitaba una aclaración concreta y confiaba en que el secretario de Asuntos Exteriores se mostrara dispuesto a proporcionársela.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Cómo llegaron hasta su despacho los sándwiches envenenados.

Walsh respiró hondo. Parecía haber recibido la palabra *envenenados* como si se tratara de un disparo, pero reaccionó pronto.

—Francamente, inspector, no lo sé. Desde luego no por el canal habitual.

—¿Puede detallar cuál es ese canal?

—Mi secretaria recibe en el antedespacho a la camarera que trae la bandeja y es ella quien la introduce luego aquí.

—¿Y no sucedió así ayer por la tarde?

—Yo creía que sí, pero al parecer no fue así.

—Me ha dado una respuesta muy críptica, señor.

Walsh sonrió.

—Necesitaba unos documentos del archivo y me ausenté un momento. —Señaló con la barbilla la puerta lateral por la que Kate West había salido unos minutos antes, cuando lo sorprendió jugando con el monóculo, que continuaba sobre el escritorio en el lugar exacto en el que ella lo había dejado—. Cuando volví —continuó—, los sándwiches y el servicio de té estaban sobre la mesita. Naturalmente creí que había sido mi secretaria quien había depositado allí la merienda. Luego he sabido que fue ella quien me encontró desmayado sobre la alfombra al traer la bandeja que había tomado de las manos de la camarera, es decir —explicitó—, al servir el tentempié que llegó al antedespacho por el canal habitual.

—Entiendo, pues, que alguien que no fue su secretaria introdujo los sándwiches mientras usted se encontraba en el archivo.

—Eso parece.

Carter estudió el despacho del secretario de Asuntos

Exteriores. Frente a él, detrás de Mason Walsh, que se encontraba sentado ante su escritorio, se abría un amplio ventanal. En cada una de las paredes laterales había una puerta. La de su izquierda daba al antedespacho donde trabajaba la secretaria y la de su derecha era la del archivo. A su espalda había otra que, por su orientación, se abría al pasillo; la puerta por la que había entrado Mason Walsh pocos minutos antes, cuando estuvo a punto de sorprenderlos a Kate y a él.

—Quien trajera los sándwiches tuvo necesariamente que acceder al despacho por ahí. —Carter señaló la puerta del pasillo—. ¿Es un acceso de uso común?

—No. Sólo lo utilizo yo. Las visitas pasan siempre por el antedespacho donde mi secretaria las recibe antes de introducirlas aquí.

Carter asintió y se volvió un instante para observar la puerta de acceso directo al despacho. Alguien había entrado por allí con una bandeja de sándwiches envenenados, esquivando así a la secretaria y, por tanto, la posibilidad de que esta pudiera identificarlo. El dato no entrañaba interés alguno. ¿Qué otra actitud cabría esperar de una persona que está a punto de cometer un asesinato sino la de sortear la eventualidad de ser reconocido? Y, sin embargo, el hecho planteaba una pregunta sustancial por la relevancia que su respuesta podría acarrear: ¿cómo sabía esa persona que, en el momento de introducir la merienda, el secretario de Asuntos Exteriores se encontraba en el archivo y tampoco podría identificarlo?

—¿Algo más?

Carter se volvió, sorprendido por la voz de Mason Walsh. Sí, claro que había algo más. Algo que tal vez satisficiera el interrogante que acababa de formularse.

—Cuando volvió del archivo y encontró la bandeja con el té y los sándwiches —dijo—, ¿el hombre que lo acompañaba se encontraba aquí?

Pese al esfuerzo que Mason Walsh realizó por conservar la impasibilidad con que había revestido el semblante desde el momento en que lo recibió en su despacho, a Carter no le pasó inadvertido el rictus de contrariedad que le cruzó el rostro de un lado a otro.

Probablemente su cerebro calculaba en aquellos momentos las implicaciones que pudieran derivarse de su respuesta y, acaso, también se preguntaba cómo era posible que conociera la presencia de un segundo hombre en el despacho. Dejó que los segundos transcurrieran sin apremiarlo. Le interesaba la respuesta a su pregunta, pero también estudiar la reacción del secretario de Asuntos Exteriores.

—Sí —dijo finalmente—, estaba aquí.

—Luego debió ver a la persona que trajo la bandeja.

—No. Había salido un momento al aseo que yo aproveché para ir en busca de un documento que necesitábamos.

—Por tanto, el despacho estuvo solo durante unos minutos.

—Así es.

—Bien —Se levantó y le tendió la mano—, muchas gracias por recibirme a una hora tan intempestiva como esta. Ha sido usted muy amable.

—Gracias a usted. Espero que atrape al asesino.

—Yo también, señor.

Alcanzó la puerta que daba al antedespacho en un par de pasos. Al agarrar el pomo, se volvió. Mason Walsh lo observaba con interés mientras con los dedos palpaba el escritorio en busca de su monóculo.

Cerró con cuidado y se dio la vuelta. Kate West esperaba sentada tras su escritorio.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No. —Carter se acercó. Tenía mucho que preguntarle y ella mucho que explicar. Sin embargo, ni siquiera contó con el tiempo suficiente para emitir la primera sílaba. La puerta del antedespacho se abrió y apareció Pritcher.

—Vaya, vaya, Charles… —dijo—, debo de estar perdiendo facultades. No imaginé que llegarías tan pronto hasta aquí.

—Roger Pritcher. —Carter no ocultó su asombro.

—De entre todos los inspectores del Yard, tenías que ser tú el que viniera a meter la nariz.

—¿Disgustado por mi visita? —El comentario de su antiguo compañero en el MI5 le había escocido, de modo que no le restó acidez a su pregunta.

—¿Qué haces aquí? —La voz, fría y afilada, manifestó a un Pritcher molesto y, por la rápida mirada que dirigió a Kate West, Carter dedujo que no se debía a la acritud con que le había hablado. Se preguntó si ella desempeñaba algún papel en la obra de teatro que Pritcher representaba tras su inesperada entrada en escena, pero optó por relegar la cuestión a un segundo plano. Ya encontraría tiempo de ocuparse de ella. En aquel momento tenía delante a un agente del MI5 que hacía su trabajo. Bien, también él debía cumplir con el suyo. Decidió no amilanarse.

—Intento resolver un asesinato y ahora, además, entender por qué el MI5 me ha ocultado una información fundamental que tal vez podría ayudarme a solucionarlo.

Pritcher se acercó a la puerta del antedespacho y la abrió.

—¿Te importa? —dijo.

Carter obedeció la orden que se le daba bajo el aspecto de una invitación y salió sin mirar atrás. Se preguntó que estaría pensando Kate West y se respondió que, sin duda, algo inteligente. Una vez fuera, aplicó la vieja estrategia de defender sus posiciones con un buen ataque y trató de arrinconar a Pritcher antes de que el agente del MI5 intentara hacer lo mismo con él.

—¿Por qué el hombre que me colgaste de niñera esta mañana no me puso al tanto, cuando interrogué al personal de cocina, de que se había producido un intento de envenenamiento sobre la persona del secretario de Asuntos Exteriores?

—Porque no es asunto tuyo.

Carter sintió la respuesta de Pritcher como un puñetazo en el estómago.

—Te recuerdo que estoy aquí por un caso de asesinato, de modo que sí es asunto mío.

—Tu caso se llama Roy Jennings. Cíñete a él.

—No, si ha estado a punto de producirse otro crimen que, probablemente y aunque quizá de una forma remota, esté relacionado

con Jennings.

El volumen de voz había ido subiendo y Carter observó que su antiguo compañero del MI5 echaba un vistazo por encima del hombro, sin embargo, en aquel pasillo sólo estaban ellos dos. Aun así, Pritcher bajó la voz.

—Mason Walsh no te incumbe —dijo—. Se trata de un asunto que afecta a la seguridad nacional.

—¿He de recordarte que yo también he sido miembro del MI5? ¿Y que se acudió a mí hace no demasiado tiempo para resolver un *asunto* —recalcó la palabra con desdén— que afectaba a la seguridad nacional?

—Por lo cual se te está muy agradecido.

Pritcher no daba su brazo a torcer y Carter notó que el enojo volvía a tomar las riendas de su cerebro. Aspiró hondo y se sosegó.

—Venga, Roger, soy yo. Sabes que jamás traicionaría a nuestra patria. Cuéntame qué está pasando.

—Con respecto a tu crimen, nada. Acabo de decírtelo: céntrate en averiguar quién mató a Roy Jennings y no vuelvas a sobrepasar esa línea.

—Una línea que has bloqueado desde el principio. Esto se llama obstrucción a la justicia y es un delito.

Oyó la risa de Pritcher y se sintió humillado. Su grotesco discurso en forma de amenaza había sonado ridículo, risible incluso. Aunque cada una de las palabras pronunciadas tenía un significado jurídico que a cualquier otra persona le habría resultado conminatorio, Pritcher era un agente del MI5 envuelto en un turbio asunto que, como acababa de decir, tal vez estuviera poniendo en jaque la seguridad nacional. Las disertaciones legales que expusiera para fundamentar su derecho a estar allí y a realizar su trabajo con las garantías precisas resultaban por completo prescindibles para él y para el servicio de inteligencia que lo respaldaba.

—No te interpongas en mi camino. —Oyó su propia voz como un conato de rugido que no llegaba a alcanzar la cota de simple ronquido. Sabía que el MI5 era un hueso imposible de roer y que la encerrona formaba un círculo perfecto. Dos nombres cruzaron su

cerebro como centellas: Chapman y Pritcher, y notó que se enfurecía. Estaba empezando a sentirse como en el caso Craddock, un simple muñeco al que manejaban. Pritcher se acercó un paso y bajó aún más la voz.

—Anda con cuidado, Charles. No estamos jugando a policías y ladrones. Recuerda lo que acabo de decirte: no rebases la línea.

Carter hizo un esfuerzo por mostrarse impasible ante las palabras del agente del MI5, por más que la evidencia exhibiera con palmaria tozudez la debilidad de la posición en la que se encontraba. Pritcher acababa de servirle una amenaza en bandeja, y no por el canal habitual.

Observó cómo se marchaba por el pasillo, acompañado de uno de los agentes del servicio de seguridad. Apenas lo vio entrar en el ascensor, abrió la puerta del antedespacho.

—¿Por qué no me avisó de que Charles Carter tenía una cita con el secretario de Asuntos Exteriores?

—Porque no lo sabía.

Pritcher se acercó a Kate, apoyó las manos en el escritorio y se inclinó sobre ella.

—Está usted aquí para saber estas cosas. ¿Cómo es posible que no se haya enterado?

—Porque el señor Byrne le pidió permiso al señor Walsh para que tomara unas cartas al dictado y las mecanografiara. Su secretaria está ausente por un asunto familiar.

Pritcher clavó una mirada grávida en los ojos de Kate, una mirada que no admitía apelación y que ella, sin embargo, desafió pese a que del mensaje que transmitía se infería una admonición categórica.

—Limítese a hacer lo que se le ha ordenado —dijo—. Ya sabe lo que se juega.

Se apoyó en la pared de un edificio cercano a la puerta por donde había de salir. Con el sombrero calado hasta las orejas y las manos en los bolsillos, procuraba protegerse de la humedad que, llegada desde el río, comenzaba a envolver la ciudad. La bruma fajaba con un halo vaporoso la calle y deformaba a las personas que caminaban hasta transformarlas en bultos oscuros. Sombras de contornos indefinidos y perfiles deshilachados transitaban al anochecer en una y otra dirección sin reparar en él y, sin embargo, sabía que, desde algún lugar que no había logrado identificar, era observado por ojos vigilantes. No se alteró. Chapman y Pritcher carecían de toda trascendencia en aquel momento. El mundo se había reducido a una sola persona: Kate West.

Reflexionó sobre su presencia en Downing Street. Si el MI5 había contratado sus servicios para que trabajara como secretaria de Mason Walsh, la habría investigado de arriba abajo y estaba seguro de que en la investigación habría salido su propio nombre. Era imposible que los servicios de inteligencia desconocieran la relación que existía entre ellos. La esperaba, pues, sin esconderse, indiferente a las miradas acechantes que sin duda lo vigilaban, mientras especulaba acerca de la conversación que acababa de mantener con Roger Pritcher. El agente del MI5 había puesto sobre el tapete un hecho incontestable que ya conocía, el de que deseaban mantenerlo lo más alejado posible de Mason Walsh y del hombre desconocido que se encontraba con él cuando fueron envenenados, pero también había mostrado otro elemento interesante: Pritcher se sentía molesto porque fuera él el inspector encargado del caso y la única razón plausible que explicaba su enojo se llamaba Kate West. La mirada torcida con que los había estudiado cuando los encontró en el antedespacho del secretario de Asuntos Exteriores había sido suficientemente elocuente como para que la lectura que hizo de ella no diera lugar a la duda: Pritcher no deseaba que él y Kate se encontraran. En su análisis de situación, quizá el MI5 hubiera considerado improbable que esta contingencia se diera, pero el aborrecimiento de Chapman había arrojado por tierra esa posibilidad al encargarle un caso que no le correspondía por no ser el inspector de guardia y ahora Pritcher se encontraba con que el

elemento distorsionador que todo servicio de inteligencia desea evitar se había producido.

La vio salir. Pese a la bruma, la figura estilizada y elegante de Kate West resultaba tan inconfundible como un cisne de St. James's Park.

—Hola. —La alcanzó cuando estaba a punto de cruzar la calle. Ella se detuvo.

—No sé por qué imaginaba que lo encontraría aquí —dijo.

—¿De verdad no lo sabe?

Ella amagó una sonrisa que en seguida abortó. Inclinó el cuello y sus ojos, prácticamente velados por los párpados, escurrieron la mirada por el adoquinado de la calle, diluido para entonces entre las sombras del anochecer. Carter sintió la tentación de tomarla por la barbilla y elevar el rostro que ella intentaba hurtarle, pero no lo hizo.

—Tal vez no sea una buena idea que hablemos —la oyó susurrar.

—¿Quién es usted y qué le ha hecho a miss West? —bromeó.

—No se burle.

—No lo hago. Zafarse de una buena batalla dialéctica no es una actitud propia de ella, de modo que insisto, ¿quién es usted y...

—No es momento para escaramuzas retóricas. Creo que nos...

—¿Vigilan? ¡Claro que lo hacen! Los hombres de Pritcher están por ahí —Señaló con el dedo alrededor, sin dirigirlo a ningún lugar en concreto—, observándonos. ¿Acaso la perturba?

—¿Cree que es conveniente que les mostremos que conversamos como si nos conociéramos?

—Estoy seguro de que ya saben que nos conocemos, con lo que probablemente no contaban era con que nos encontráramos, pero, ya que lo hemos hecho, ¿qué puede importarnos?

Kate West no contestó.

—¿Nos importa? —Carter imprimió de forma deliberada un tono burlesco a su pregunta. La vio elevar la cabeza ligeramente y mirarlo de soslayo, pero continuó sin contestar—. ¿O es que a usted le incomoda? —aventuró ya en un tono serio.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Carter no respondió enseguida. La mujer que tenía enfrente era Kate West. Su voz, su mirada, su pelo rojizo y su cuerpo esbelto eran los de ella incluso su manera de replicar, salvo por el elocuente detalle de que ahora no lo hacía.

—Eso es lo que me gustaría saber. ¿Pritcher la ha intimidado tras mi marcha?

—Creo que ha sido con usted con quien lo ha intentado.

—De modo que escucha tras las puertas.

—Estaban en el pasillo y, si me permite la apreciación, han descuidado el volumen de la voz con el que hablaban, de modo que cómo podría haberlo evitado.

Ahí estaba de nuevo la mujer que conocía. Kate West siendo Kate West, pensó, y algo en su corazón se apaciguó.

—Bien —dijo—, en cualquier caso, estoy aquí para preguntarle por qué me dio plantón ayer por la tarde, una razón que no les incumbe a ellos. —Volvió a señalar alrededor, sin darle ninguna importancia al gesto.

—Ya lo sabe.

—No del todo. ¿Cómo es que ha llegado a Downing Street?

—La secretaria del señor Walsh ha enfermado y alguien del gobierno que conoce al señor Looper habló con él. Necesitaban una secretaria eficiente y discreta.

—Y su jefe pensó en usted.

Ella se encogió de hombros.

—¿De qué ha enfermado la secretaria de Walsh?

—Creo que se trata de una afección cardíaca.

—¿Un ataque al corazón?

—No estoy segura.

Carter asintió. Desde luego, encontrarse al secretario de Asuntos Exteriores tirado sobre la alfombra de su despacho y a punto de morir debió de causarle una fuerte impresión. Tenía sentido. Como lo tenía el que el MI5 hubiera acudido al tal Looper, si es que alguien del servicio mantenía una relación lo suficientemente estrecha con él, para solicitarle una secretaria de total confianza. Kate West era una

buena elección. No conocía al señor Looper, pero podía apostar a que su recomendación había sido la correcta. No obstante, todo ese cúmulo de casualidades no era motivo suficiente para excusar que ella no lo hubiera telefoneado.

—¿Por qué no me llamó?

La vio mover la cabeza de un lado a otro, en una especie de gesto negativo con el que, creyó, tal vez pretendía sacudirse el sentimiento de culpa. Un mechón rojizo de pelo le cayó sobre la frente que seguía fruncida.

—No he tenido tiempo. Lo siento.

Carter sintió la necesidad de tomar el mechón que le cruzaba el rostro y ocultaba la mirada a sus ojos, y devolverlo a su lugar, pero se contuvo.

—No ha tenido tiempo. —El reproche fue tan obvio que ella levantó la cara y le enfrentó con la mirada.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Ni siquiera para enterarse de lo que está sucediendo ahí dentro?

—¿A qué se refiere?

—¿De verdad no se ha enterado?

—No.

—¿De verdad? —insistió.

—¿Me está interrogando?

Carter estudió el rostro de Kate West. Volvía a sentirse incómoda.

—No —contestó—. Quiero invitarla a cenar. Me debe una cita.

—Hoy no es posible. —Se zafó de su mirada y echó a andar.

—¿Por qué no? —La siguió—. Podemos tomar algo rápido camino de su casa. No tardaríamos mucho y podría hablarle de Roy Jennings.

—Lo siento, no puedo.

—Kate… —La tomó del brazo y ella se detuvo y lo miró directamente a los ojos.

—Ya habrá otra ocasión —dijo.

El tono tajante fue suficientemente indicativo y Carter la dejó ir. Los primeros jirones de niebla que comenzaban a levantarse se enroscaron en torno a las piernas de Kate West, el sonido de cuyos pasos iba apagándose a medida que se alejaba, y envolvieron su figura que fue diluyéndose como un espíritu que, enfundado en su sudario, vuelve al sepulcro tras los momentos de libertad que brindan las horas en que los vivos se entregan al sueño. Rememoró su propio pensamiento de hacía sólo unos minutos: la mujer que tenía enfrente era Kate West; su voz, su mirada, su pelo rojizo, su cuerpo estilizado eran los de ella, pero, entonces, ¿por qué no se había interesado por la muerte de Roy Jennings?, se preguntó.

CAPÍTULO 8

1

Dorothea Cole llamó con suavidad para anunciar su llegada y entró sin esperar respuesta.

—Buenos días, miss West. —La camarera empujó la puerta con el hombro y se adentró en el antedespacho cargada con la bandeja del desayuno—. Me llamo Dorothea Cole y soy la camarera de servicio durante esta semana.

—Buenos días, Dorothea. —Kate se levantó y ayudó a la muchacha a colocar la pesada bandeja sobre la mesa—. ¿Dos servicios de té? —preguntó al verlos dispuestos de forma ordenada, uno junto a otro. Acababa de revisar la agenda de Mason Walsh y el secretario de Asuntos Exteriores no tenía señalada ninguna reunión para esa mañana.

—Uno para el señor Walsh y otro para usted.

Kate asintió. Todo un detalle, pensó, aunque habría preferido una taza de café bien cargado. Apenas había pegado ojo durante la noche, que se había transformado en una travesía lenta y, por momentos, abrumadora. El encuentro con Charles Carter la había desconcertado tanto como conmovido. Era la última persona con la que esperaba toparse en Downing Street y, sin embargo, pese a la ambivalente naturaleza de sus emociones, la que más deseaba encontrar. Destino, ventura, hado, ¿acaso simple azar? Comenzaba a plantearse la posibilidad de que la fortuita confluencia de sus caminos tuviera más de divino que de humano y no tanto de anómalo como de extraordinario. Con o sin premeditación, la realidad no cejaba en su porfía a causa de la certeza que personificaba y, aunque tras la sorpresa del encuentro creía haber logrado rehacerse, sospechaba que en aquel momento decenas de preguntas conformarían un enmarañado vellón en la mente del inspector. A sabiendas de su tenacidad, estaba segura de que Charles Carter no se detendría hasta desenredarlo y transformar la bola de lana en hebras abordables con las que iría urdiendo una trama que acabaría por resultar comprensible. Se percató de que Dorothea Cole la observaba con

cierta perplejidad. El desayuno continuaba sobre la mesita, enfriándose. Separó el servicio de té que le estaba destinado y cogió la bandeja que debía introducir en el despacho de Mason Walsh, pero no se movió, antes bien se giró hacia la camarera.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo.

—Claro.

—Acabas de decir que eres la camarera de servicio en esta planta durante esta semana. ¿Es que no sirves siempre los mismos despachos? —No era esa la información que le había proporcionado el agente del MI5, que le había hablado de una tal Celestine Burton.

—No. Cada lunes el señor Hall presenta el plan de la semana. A veces lo hacía el pobre señor Jennings.

Kate se mordió el labio inferior. *El pobre señor Jennings* era la causa que había llevado a Charles Carter hasta allí la tarde anterior y que había enfurecido tanto al coronel Pritcher. Se preguntó por qué el agente de inteligencia no la había informado de la muerte del cocinero, más aún si, tal y como indicaba la presencia del inspector en Downing Street, se trataba de un asesinato. Le había costado un enorme esfuerzo no interpelarle respecto a Jennings la noche anterior, cuando la abordó en la calle a la salida del trabajo. Pritcher tenía ojos en todas partes y probablemente también oídos, y ella debía andarse con sumo cuidado. Sin embargo, Dorothea Cole representaba una presa mucho más asequible. Devolvió la bandeja a la mesa y la interrogó de nuevo.

—¿El cocinero que ha muerto? —preguntó.

La camarera asintió.

—Ha sido tan inesperado que aún no nos hemos repuesto. Dicen que murió intoxicado por unos sándwiches que se llevó de la cocina.

—¿Sándwiches en mal estado aquí, en Downing Street? —Kate bajó la voz y se aproximó a la joven para que pudiera oírla.

—¿Verdad que parece imposible? El señor Jennings se ha llevado esos sándwiches docenas de veces, como el resto del personal de cocina, y a nadie, que yo sepa, le han sentado nunca mal. Es todo muy raro.

—¿El martes también?

—Sí, yo misma me llevé algunos y míreme —La joven dio una vuelta sobre sí misma—, me encuentro perfectamente.

—Sí —dijo. No podía negarlo. Dorothea Cole presentaba un aspecto de lo más saludable.

Pensó que el té debía de estar ya frío y que, cuando se lo sirviera a Mason Walsh, el secretario de Asuntos Exteriores protestaría. La conversación había derivado por un camino distinto al itinerario por el que deseaba conducirlo, si bien le había proporcionado una pizca de información valiosa, la de que el personal de cocina se llevaba a casa la comida que sobraba al acabar la jornada y la de que, hasta el momento, ninguno de ellos había sufrido ningún tipo de reacción. El hecho de que la muerte de Jennings no se debía a una intoxicación por causa de unos sándwiches en mal estado, sino al veneno que sin duda contenían y que con seguridad coincidía con el que había enfermado a Mason Walsh y Donald Maclean, era tan obvio que cualquier otra inferencia resultaba absurda, y de ella se deducía una circunstancia significativa, la de que la muerte del cocinero situaba el envenenamiento de los sándwiches en la cocina de Downing Street, una coyuntura de la que Pritcher no la había informado; bien porque no deseaba hacerlo, bien porque lo desconocía cuando le trasmitió las pautas por las que debía regirse en el cometido que le había encargado: pegarse a Mason Walsh como una lapa y dar con la prueba irrefutable que demostrara que había sido él quien envenenó los emparedados que le condujeron a él mismo y a su acompañante hasta el hospital. Sin embargo, una vez acaecida la muerte del cocinero, la segunda opción resultaba más plausible: Jennings aún estaba vivo cuando Pritcher decidió encargarle que espiara a Mason Walsh.

Frunció el ceño, se llevó el pulgar a los labios y lo mordisqueó mientras ahondaba en su reflexión. ¿Por qué Pritcher insistía en mantener la vigilancia sobre el secretario de Asuntos Exteriores, ahora que conocía aquella información? Habría de reflexionar concienzudamente al respecto, sin embargo, en aquel momento su interés se centraba en un punto diferente que debía

esclarecer antes de que Dorothea se marchara. La joven seguía de pie, ante ella, sin duda extrañada porque aún no la hubiera despedido y servido el desayuno a Mason Walsh. No debía despertar su recelo.

—De modo que esta semana te toca a ti servir esta planta.

—Sí.

—¿Entonces por qué fue Celestine Burton quien trajo la merienda el pasado martes por la tarde?

Planteó la pregunta de modo tan natural que en cualquier otra circunstancia habría pasado como una más, sin embargo, el rostro de Dorothea se sonrojó y Kate vio que la joven hacía un esfuerzo por tragar la saliva.

—Bueno, eso fue —Bajó los ojos y pareció seguir con ellos las líneas paralelas que conformaban el entarimado del suelo— un favor que me hizo. —Acabó la frase levantando la mirada y posándola en la de Kate, que la acogió con benevolencia.

—No estabas en tu puesto —aventuró.

—Miss West, si el señor Hall se entera, puedo perder mi empleo. —El tono de la muchacha sonó angustiado.

—Celestine te cubrió.

—Sí —admitió Dorothea—. Me había entretenido con Martin en... —No acabó la frase y Kate le hizo un gesto de inteligencia. No era necesario que explicase esa parte—. Cuando me di cuenta, se había hecho tarde. Bajé por la escalera de servicio y vi... —Calló.

—¿Qué viste? —Kate se acercó a ella. El gesto que se había dibujado en el rostro de la camarera encubría algo y quería saber qué.

—Vi que Celestine ya traía la bandeja de la merienda. Supongo que se dio cuenta de mi ausencia y quiso cubrirme. Si el señor Hall o el señor Jennings se hubieran enterado, me habría caído una buena bronca.

A Kate le pareció extraño que Callum Hall, el primer cocinero, no se hubiera enterado de que fue Celestine y no Dorothea quien sirvió la merienda, pero supuso que el servicio de seguridad le había ordenado no remover el asunto y probablemente tal era el motivo que había salvado de una regañina a la ingenua Dorothea.

—¿No dirá nada? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

—Claro que no. —Kate sonrió y tomó de nuevo la bandeja para llevarla al despacho de Mason Walsh.

—Gracias, miss West. Hasta esta tarde.

—Hasta luego. —Kate contempló las pastitas que acompañaban al té y se preguntó si Mason Walsh reuniría el valor necesario para tomarlas. Sobre la mesa de servicio del antedespacho, quedaba el té que Dorothea había traído para ella y que dejaría enfriar convenientemente antes de derramarlo en uno de los tiestos con los que mistress Gelbero adornaba la oficina. En su bolso, un termo con café preparado por ella misma y unas galletas envueltas en papel le servirían de desayuno.

Al volver al antedespacho, tras servir a Mason Walsh, Kate encontró a Roger Pritcher esperándola junto a su escritorio.

—Buenos días, coronel.

El agente del MI5 no contestó. Se limitó a saludar con una inclinación de cabeza y esperó a que ella se sentara ante la máquina de escribir.

—¿De qué hablaba ayer por la noche con el inspector Carter cuando salió del trabajo?

No esperó siquiera a que colocara los dedos en las teclas y Kate experimentó de nuevo sobre ella la mirada escrutadora de un halcón que sobrevuela los cielos en busca de presa. No iba a concederle la satisfacción de contemplarla desmoronada, pese a que sus sentimientos yacían desplomados sobre tal emoción desde el día anterior, e hizo un esfuerzo por no amilanarse. Recordó el comentario de Charles Carter respecto a ellos dos y a la certeza de que el MI5 ya sabía de su relación. Puede que fuera el conocimiento de esa información o tal vez el recuerdo del inspector, pero en aquel momento, y aun no siendo más que una muñeca rota en manos de Pritcher, resolvió que, si había de someterse a su juego, lo haría con dignidad no exenta de sarcasmo.

—¿De verdad es necesario que responda a esa pregunta?

—No planteo interrogantes gratuitos. —La voz de Pritcher

adquirió un tono grisáceo con tintes admonitorios, pero Kate seguía decidida a aceptar la batalla hasta el límite exacto, y ni una pulgada menos, que el agente del servicio secreto le permitiera.

—Según sus propias palabras, me trajo aquí por mis *dotes detectivescas* —pronunció la expresión con un tono deliberadamente mordaz— y, por tanto, estoy segura de que conoce la relación que me une con el inspector; de modo que, sí, se trata de un interrogante gratuito, una vacua pregunta retórica.

—Mis palabras también la advirtieron de que se encuentra aquí a causa de un asunto sumamente delicado y que no puede compartir ningún tipo de información con nadie, ni siquiera con su amigo el inspector.

Kate notó que la palabra *amigo* revolvía sus emociones, no tanto por el modo con el que Pritcher la había pronunciado, en el que percibió cierta aspereza, como por el fondo que la sustentaba. Un pensamiento efímero le cruzó el cerebro y la estela que dejó tras él reavivó el interrogante, siempre pendiente de respuesta, que la acechaba de forma recurrente: ¿qué eran, en realidad, Charles Carter y ella?

—No lo hice. —Se giró hacia él y lo enfrentó, cara a cara—. No he hablado del secretario de Asuntos Exteriores con nadie.

Pritcher entrecerró los ojos y Kate se sintió como una cobaya a punto de someterse a una vivisección. Aquel hombre de apariencia insensible y distante estaba calibrando hasta qué punto decía la verdad.

—Sabe que puedo destruirla. —No movió un músculo al hablar, como si las palabras concebidas en su cerebro pasaran a través de los dientes sin haber sido moduladas por las cuerdas vocales—. Ándese con cuidado y haga el trabajo que se le ha encargado.

Kate sintió que le temblaban las manos. Las posó sobre las teclas y ese contacto tan habitual para ella la tranquilizó. Se esforzó por mantenerle la mirada.

—Pues facilíteme la labor —dijo—. He pasado media mañana trabajando para el secretario de Hacienda. ¿Cómo quiere que así tenga controlado al señor Walsh?

—¿Byrne?

—Por lo que sé, el señor Ethan Byrne sigue ocupando ese puesto. —Kate supo que el pequeño sarcasmo de su respuesta ni siquiera había llegado a arañar el desdén con el que el miembro del MI5 la estaba tratando, pero se dijo que, al menos, aquel diminuto mordisco de cachorro enfurruñado con el que le había contestado la ayudaba a preservar el pundonor y resarcirse, en parte, por el temblor que aún experimentaba en las manos.

—¿Ha vuelto a solicitar sus servicios?

—Su secretaria todavía no ha regresado.

—Pues no tiene permiso para trabajar para él. Además —Se acercó a la puerta del antedespacho, pero no la abrió—, tiene otro trabajo del que ocuparse. Quiero que baje a la cocina y averigüe todo lo que pueda sobre Callum Hall.

2

El *pub* se encontraba junto a la ribera del Támesis, entre el East End y Canary Wharf. Limehouse y el cercano Stepney Green seguían mostrando su vieja apariencia de pueblos pesqueros, por más que formaran ya parte del Gran Londres, aunque tanto uno como otro no hubieran subido más que un peldaño en el escalafón de la ciudad. Considerados como barrios bajos, ninguno de ellos se aproximaba siquiera una pulgada al tipo de lugar que resultara del agrado de los hombres que trabajaban en Downing Street, y entre esos hombres Carter incluía a Roy Jennings. Desde que Thorton le hablara de su visita quincenal a aquel *pub* de Limehouse, no había dejado de preguntarse por qué el cocinero se tomaba la molestia de desplazarse hasta una taberna tan distante de su casa como inapropiada para un hombre cuyo empleo lo situaba muy por encima de la mayor parte de las personas que la frecuentaban.

—Es ese. —Thorton señaló un *pub* que llevaba por nombre The Cormorant, muy cercano a la entrada de la cuenca que lamía los muelles de Limehouse y en la que se alzaba la casa del jefe del puerto,

un lugar privilegiado desde el que se controlaba la entrada a la red de canales de Inglaterra. En el cielo, gaviotas y cormoranes volaban a lo largo del río y, en la orilla, un grupo de fochas picoteaba el suelo a la caza de esas lombrices perezosas que, bajo la hojarasca, aún labraban la tierra en busca de un cobijo que las guareciera hasta la remota primavera.

—Pensé que, con un poco de suerte, me llevaría a The Grapes, sargento —bromeó Carter, que conocía una vieja historia según la cual The Grapes era la taberna que Dickens había llamado The Six Jolly Fellowship Porters en su novela *Nuestro común amigo*—, pero ni siquiera en esto me sonríe la fortuna. —Y, en verdad, no lo hacía, visto el aspecto deteriorado de The Cormorant—. Vamos —dijo, y entraron.

El *pub* no se encontraba muy concurrido a aquellas horas de la mañana y Thorton señaló una sala anexa en la que una mesa de billar ocupaba el centro y varias dianas colgaban de la pared del fondo.

—Juegan allí. —señaló.

Carter echó un vistazo desde la puerta, pero se dirigió hacia la barra.

—Hablemos con el camarero —dijo.

Le mostró una fotografía de Roy Jennings y el hombre asintió. Lo conocía.

—No mucho —dijo—, no venía demasiado. Un par de veces al mes. Pedía una pinta y se iba a jugar a los dardos. —Señaló con el mentón la sala que había mencionado el sargento.

—¿Con quién jugaba?

—Siempre con el mismo tipo.

—¿Lo conoce?

—No, venía sólo cuando lo hacía ese tipo. —Tocó con el dedo la fotografía que aún seguía sobre la barra—. Pero no era inglés. Hablaba raro.

—¿A qué se refiere con raro?

El camarero se encogió de hombros.

—Si fuera un experto en lenguas, no estaría sirviendo pintas.

Sólo sé que es uno de ellos. —Señaló a un grupo de hombres que bebían cerveza junto a una de las grandes grúas en el muelle, apuntalado de madera, al que permanecían amarradas algunas barcazas—. Vienen de todas partes.

Carter asintió. El Támesis aún era el punto tanto de llegada como de partida para multitud de barcos de la más variada procedencia y no resultaba extraño que en Limehouse se mezclaran acentos de todas partes del mundo. Observó al grupo de hombres. Al entrar los había oído hablar en una lengua desconocida que, sin embargo, le pareció procedente de alguna parte de la Europa Oriental. El atisbo de un nexo tomó forma en su cerebro: Downing Street, el centro de poder del Reino Unido, el MI5 y un hombre que hablaba un idioma que muy bien podría ser el de la Unión Soviética daban para una teoría más que sugerente. Sin embargo, apartó el pensamiento. Necesitaba establecer la relación que Roy Jennings mantenía con el hombre desconocido con el que jugaba a los dardos.

—¿Y este hombre —Volvió a señalar la fotografía del cocinero— sólo jugaba con él?

—Sí.

—¿Eran amigos?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Ya le he dicho que venían poco, pero aprovechaban bien las sesiones. Apostaban en serio.

—¿No jugaban por placer? —Carter se inclinó sobre la barra. Que Jennings fuera jugador podía ser interesante para el caso o no, pero era una nueva pizca de información.

—Eso creo, aunque el extranjero no debía de ser muy bueno. Siempre perdía.

—¿Y dice que apostaban fuerte?

—Para ser franco, nunca llegué a ver la cantidad de dinero, pero debía de ser bastante por cómo el de la foto guardaba los billetes con rapidez y llamaba a un taxi para volver a casa.

—Piense un poco. ¿No puede darnos algún dato sobre ese extranjero? ¿No sabe dónde vive o al menos desde qué zona de la ciudad llegaba?

—No sé nada de él, salvo que no bebía. No me gusta la gente

que viene y no consume. Al jefe le molesta y lo que molesta al jefe me molesta a mí.

Una ráfaga de aire frío y húmedo les golpeó el rostro cuando salieron del bar.

—Un extranjero de nombre desconocido que jugaba a los dardos con Jennings por dinero ¿y que no bebía? ¿Ni siquiera una pinta? —Carter no ocultó su extrañeza—. ¿Usted echa una partida de lo que sea en un *pub* y no se toma siquiera una cerveza, sargento?

—Si entro en un *pub* y no tomo una cerveza es porque estoy de servicio.

—Está de servicio —repitió Carter, que continuó andando ensimismado. Al llegar a la parada de metro, se volvió hacia Thorton —. Vaya a visitar de nuevo a la señora Jennings y pregúntele sobre esas apuestas. Yo tengo algo que hacer antes de pasarme por el Yard.

Carter observó pensativo cómo Acker Thorton bajaba las escaleras del metro, mientras una idea se repetía machaconamente en su cerebro: estar de servicio. Chasqueó la lengua. La pensaría más tarde. Ahora debía acercarse a Curzon Street y conseguir que le permitieran entrar en Leconfield House, el cuartel general del MI5. El caso no avanzaba y la única forma que se le ocurría de que lo hiciese era fumar la pipa de la paz con Pritcher.

A su espalda, oculto tras un gran montón de redes de pesca, Andrew Wayne lo contemplaba desconcertado. Aquel *pub* de Londres era el último lugar en el que habría esperado encontrar al inspector del Yard.

3

Pritcher fumaba un cigarrillo tras otro junto al coche aparcado en Curzon Street mientras esperaba la vuelta de Andrew Wayne, a quien había enviado a Limehouse con el cometido de hacer una pequeña batida entre los contactos de Callum Hall, un conocido propagandista del Partido Comunista. En el MI5 conocían sus simpatías por el CPGB y los sectores sindicales más revolucionarios desde antes de que

comenzara a trabajar en Downing Street como cocinero y, precisamente por ello, desde los servicios de inteligencia se le había dado el plácet para que consiguiera el puesto. Hall no era más que un activista, un agitador de bajo nivel que se limitaba a participar en protestas y levantar la voz de vez en cuando en las asambleas a las que concurría como mero espectador. Estaba limpio y por esa razón se encontraba al mando de los fogones de Downing Street. Hasta ese momento, Hall no había supuesto ninguna amenaza, pero sí un cebo muy apetecible para la NKVD. En el MI5 estaban seguros de que, antes o después, los servicios de inteligencia soviéticos contactarían con él y le ofrecerían trabajar para ellos. Pritcher desconocía cuál sería la respuesta de Hall llegado el caso, pero, de ser afirmativa, el MI5 lo tendría cazado desde el principio y podría utilizarlo para suministrar a los soviéticos la información, cierta o falsa, que conviniera a los intereses del Reino Unido. El objetivo era laudable, desde luego, pero no por eso disminuía su inquina hacia Callum Hall.

Encendió un pitillo con los restos del que acababa de fumar y arrojó la colilla a la acera con desprecio. No le gustaban los comunistas, una aversión que no radicaba tanto en el aspecto ideológico, pese a que abominaba de sus ideas, como en la profunda repulsa que sentía por su disposición a transigir con las órdenes que se les dictaba desde la cúpula, por más que estas chocaran frontalmente con lo que habían defendido tan sólo diez minutos antes. El sometimiento de los partidos comunistas de las distintas naciones a los mandatos del PCUS resultaba sonrojante, incluido el de su propio país. Y a las pruebas se remitía, pensó.

A lo largo de los años treinta, el Partido Comunista de la Gran Bretaña se había opuesto a la política de apaciguamiento dictada por el partido conservador, arguyendo que debía darse la batalla contra la Alemania nazi y la Italia fascista. Sin embargo, cuando el veintitrés de agosto de 1939 se firmó el Pacto Ribbentrop-Molotov, el CPGB se adhirió a la nueva línea dictada por el Komintern, que justificó el pacto y ordenó acatar las órdenes de Stalin en lo referente al cese de la propaganda en contra del fascismo, por una parte, y al recrudecimiento en el ataque contra las democracias occidentales que

se oponían a la Alemania nazi, por otra. Desde la perspectiva comunista, la guerra, a partir de ese momento, se transformó en un fruto más del imperialismo del que, a su parecer, hacían gala ambos bandos y en el que la clase obrera no debía formar parte. Desde ese instante, el Partido Comunista de la Gran Bretaña abogó por la concordia, se posicionó del lado de Chamberlain y comenzó a hacer campaña por la paz.

Aspiró una honda calada del cigarrillo, que dejó colgando de los labios. Esa mutabilidad de que hacía gala el CPGB y su capacidad para metamorfosearse de acuerdo con los dictados del Komintern le resultaban irritantes. En Francia, los militantes del Partido Comunista se negaron a luchar cuando su país declaró la guerra a Alemania, una actitud que imitaron sus compañeros de partido en Reino Unido y que constituía la constatación de una perfidia inexcusable. A sus ojos, un británico debía serlo en todo momento y circunstancia, y, por supuesto, por encima de cualquier ideología. Se preguntó hasta qué punto coincidiría con él Callum Hall respecto de esta idea. Sospechaba que sus posturas distarían un holgado trecho de esa imaginable posición afín, pese a que, hasta aquel momento, el cocinero se había limitado a vocear consignas que ningún daño ocasionaban al país.

Su mente volvió a Andrew Wayne. Confiaba en que la pericia del muchacho diera con una pista fiable que seguir. Las tabernas que el cocinero frecuentaba en Limehouse constituían un nido de revolucionarios. Cada día, tras la jornada laboral, se transformaban en el punto de reunión donde sindicalistas y simpatizantes del Partido Comunista se congregaban para planificar sus actividades subversivas y programas de agitación política. El Reino Unido era una democracia que podía permitirse ese tipo de insurrección local, de igual forma que podía tolerar la presencia de un cocinero revolucionario en el mismísimo centro de poder del país. A lo que no estaba dispuesto el gobierno y, desde luego tampoco él mismo, era a consentir que se extendieran más allá de lo admisible: la colaboración con una nación extranjera que buscaba destruir la propia.

Callum Hall podía ser un simple simpatizante o un activista

que gozaba de una posición envidiable, como cocinero en Downing Street, para los soviéticos y por eso resultaba de importancia vital asegurarse de que Hall seguía limpio o, de no estarlo, descubrir hasta qué punto alcanzaba su compromiso con los rusos. Procedía de Maerdy, un pueblo galés del valle del Rhondda que, junto a Chopwell, constituían dos de las comunidades que integraban lo que se conocía como el Pequeño Moscú debido a sus tendencias comunistas. No eran los únicos. Glasgow o, mucho más cerca, el propio East End londinense, que en las elecciones de 1945 había elegido a Phil Piratin como diputado al Parlamento por el Mile End, formaban parte de ese rosario de comunidades conocidas por sus inclinaciones prosoviéticas. Y tampoco el propio Hall poseía la exclusividad en lo que a simpatías comunistas se refería. También Emily Jennings, que procedía de Maerdy, como el propio Hall, congeniaba con ellas, pero, al igual que él, de manera inocua para los intereses británicos.

La imagen de la mujer de Roy Jennings llevó hasta su mente al segundo cocinero, cuya muerte lo complicaba todo aún más, en especial porque no participaba de los atractivos que su propia esposa y su compañero de fogones sentían hacia las ideas revolucionarias. Una tarde los había acompañado a Limehouse, pero las actividades rebeldes y agitadoras de su mujer y de su compañero no lo conquistaron. Su pequeña excursión al Londres más subversivo acabó en una inocente partida de dardos con un exiliado rumano que había huido, en 1941, tanto de la Wehrmacht como del Ejército rojo, y había pasado de ser agricultor en la meseta transilvana a estibador en los muelles de Londres. Desde entonces, Jennings y el rumano mantenían la costumbre de encontrarse cada quince días para echar su partida. Esa era toda la relación que mantenía con las zonas calientes en lo que a apoyo a la Unión Soviética respectaba. Pritcher meneó la cabeza. A Roy Jennings había que eliminarlo de la ecuación soviética porque jamás se sintió seducido por la causa comunista, pese a que Hall y su propia esposa lo habían tentado en numerosas ocasiones. El segundo cocinero de Downing Street era un hombre tranquilo y su vida tan rutinaria y sencilla que la labor de vigilancia por parte del MI5 debía de resultar aburrida para los agentes que la llevaban a cabo.

La llegada de Andrew Wayne lo distrajo de sus pensamientos. Lo vio bajar de un taxi cuando se disponía a encender un nuevo pitillo.

—Dígame que trae algo jugoso, Wayne.

—Lo traigo, pero no le va a gustar.

El humo del cigarrillo no habría alcanzado a enturbiar su mirada tanto como lo hicieron las palabras del joven agente. Pritcher expulsó una bocanada encrespada y tortuosa entreverada con un ataque de tos que certificó su perplejidad al escucharlas. El hecho de que Wayne hubiera sorprendido a Carter y a su sargento en Limehouse mientras seguía la pista de Hall resultaba asombroso. ¿Qué diantres había descubierto el endemoniado inspector del Yard que le había llevado hasta allí antes que a ellos?

—Suba al coche —ordenó a su subalterno con voz aún cavernosa por la tos. Acomodado en el asiento del copiloto, se esforzó por regular la respiración.

—¿De dónde saca ese hombre la información? —preguntó Wayne, que aceleró al entrar en una calle despejada, pero Pritcher contestó con una pregunta.

—¿Ha averiguado qué hacían allí?

Wayne negó con la cabeza.

—No quise entrar en el *pub* e interrogar al camarero después de que se marcharan. Pensé que tal vez levantaría aún más polvo.

—Hizo bien. —Pritcher volvió el rostro hacia la izquierda, dejó que la vista atravesara el cristal de la ventanilla, por el que los objetos se deslizaban a gran velocidad, y se sumió en sus pensamientos.

El hecho de que Roy Jennings hubiera muerto a causa del mismo veneno que se utilizó para atentar contra la vida de Walsh y Maclean situaba al asesino en la cocina y, desde ese preciso instante, Callum Hall, pese a que los informes que constantemente se presentaban de él aseguraban la ausencia de contacto alguno con la NKVD, se convertía en sospechoso. Puesto que tanto él como Emily Jennings solían reunirse con afiliados del Partido y con sindicalistas en los *pubs* de Limehouse, había ordenado a Wayne esa mañana que

realizara una discreta investigación entre la chusma comunista en busca de un nexo que uniera a Hall con el intento de asesinato de Walsh y Maclean. Pero Wayne había vuelto con las manos vacías, o casi. Entre ellas traía, una vez más, a Charles Carter.

Cerró la mano y apretó el puño hasta hacerse daño. Seguía de muy mal humor. La relación entre Kate West y el inspector del Yard le molestaba. Pensó en la bella pelirroja. Su condición de mecanógrafa, su inteligencia y su habilidad para resolver casos constituían las características precisas que necesitaba para colarla en el despacho de Mason Walsh, aunque la segunda de ellas fuera, obviamente, desconocida para el secretario de Asuntos Exteriores. Eso y el misterio que recorría su pasado, que le permitía contar con su ayuda ineluctable, hacían de ella la candidata ideal para ocuparse de aquel feo asunto. Sin embargo, el vínculo que la unía a Charles Carter lo preocupaba y temía que, llegado el momento, ella pudiera flaquear ante el inspector del Yard e irse de la lengua. Farfulló un juramento. Una casualidad imprevista los había reunido y ahora los tenía juntos. Ella indagando para él y Carter rastreando un camino que no quería que explorara. Debía hacerse con los mandos de esa inesperada trabazón y la única forma que vislumbraba recaía sobre eslabón débil: Kate West.

—¿En qué piensa? —preguntó Wayne, que sorteaba con habilidad el tráfico que transitaba en aquel momento por las calles de Londres.

—En Arlene Paige —mintió Pritcher, que al momento volvió a la realidad. Dejaría a la parejita de sabuesos para más tarde. En aquel instante debía centrar su atención en la secretaria de Ethan Byrne. Aquella misma mañana, tras su conversación con Kate West en la que ella le dijo que había vuelto a trabajar para el secretario de Hacienda porque su secretaria seguía sin aparecer, se había entrevistado con él. Quería saber dónde estaba Arlene Paige, pero Byrne no supo contestar a la pregunta. La joven se había marchado el martes por la tarde un poco antes de lo habitual porque debía preparar la maleta para un corto viaje. Iban a operar a su madre, pero tenía previsto reincorporarse al trabajo el jueves. Sin embargo, no lo

había hecho.

Pritcher se había movido con rapidez. Había entrevistado a Arlene Paige la tarde del martes, antes de que abandonara Downing Street. Su narración de los hechos no había aportado gran cosa y no había vuelto a pensar en ella hasta que Kate West le recordó que esa mujer existía y que no había acudido al trabajo. Tras dejar a Byrne, se había puesto en contacto con el hospital donde habían operado a la madre. La respuesta le había preocupado: miss Paige no había aparecido por allí y no conseguían ponerse en contacto con ella. Su madre, según le había relatado la voz con la que habló por teléfono, se encontraba muy intranquila. No era propio de su hija actuar de ese modo. Tras colgar el teléfono, en su mente comenzaron a saltar las alarmas. Debía encontrar a Arlene Paige, pero la tarea se había retrasado al verse obligado a esperar la vuelta de Andrew Wayne de Limehouse.

—Acelera, Andrew —dijo—. Esto no me huele bien.

Tampoco olía bien el apartamento de Arlene Paige, cuya puerta había abierto Andrew Wayne con una ganzúa. Dentro, la estufa estaba encendida y el ambiente muy caldeado. Nadie había ventilado el pequeño piso en los dos días que la secretaria llevaba fuera de Downing Street y el olor de la muerte comenzaba a impregnarlo.

Pritcher había visto todo tipo de cadáveres. En algunos, la apacibilidad con que los había sorprendido la muerte proporcionaba una especie de promesa, la de que tras el último umbral se hallaba un mundo armónico, erigido sobre el sosiego y la felicidad. No era el caso de Arlene Paige. Tendido sobre el suelo de la salita, el cuerpo exhibía la imagen de convulsión grotesca. Contraído por una muerte que no debió de ser dulce, la secretaria mostraba los efectos evidentes de la estricnina. Frente a ella, en la mesita baja, le retaba un plato sobre el que aún quedaban los restos de unos sándwiches que la joven probablemente había envuelto en las servilletas arrugadas que descansaban junto a él.

—¿Estricnina? —preguntó Wayne, que se había inclinado para observar el cadáver desde cerca.

—Apostaría mi reino a que sí. Llame al equipo. Hay que

sacar el cadáver de aquí cuanto antes. Quiero que se peine el apartamento de arriba abajo, se recojan las pruebas y todo quede limpio como una patena.

CAPÍTULO 9

1

Tras llevarse el cuerpo de Arlene Paige, recoger las pruebas y dejar su apartamento en perfecto orden, Pritcher se dirigió a Downing Street. De repente, Ethan Byrne había entrado en la ecuación. A la intoxicación de Maclean y de Walsh, se unía ahora el más que probable intento de asesinato del secretario de Hacienda. Mientras viajaba en el coche, junto a Andrew Wayne, había sopesado diversas explicaciones, pero ninguna lo convencía. Cuando entró en el despacho de Byrne y habló con él, su relato de los hechos confirmó las sospechas que albergaba desde el descubrimiento del cadáver de Arlene Paige: Roy Jennings había llevado la bandeja con los sándwiches para la merienda el martes, cinco de noviembre. Él se había visto obligado a comer fuera. Cuando volvió, no tenía hambre y le dijo a su secretaria que podía llevarse los emparedados para la cena, de modo que Arlene Paige había envuelto los bocadillos en una servilleta y se los había llevado a casa, firmando con ello su sentencia de muerte.

Walsh, Maclean, Byrne. Mientras bajaba las escaleras, Pritcher se preguntó qué relación unía a los tres hombres. Al principio no dudó de que la intoxicación de Walsh y Maclean había sido un intento de asesinato por parte del primero. Hacía tiempo que sospechaba de Walsh, su vida disipada y algunos gastos excesivos que no podían justificarse con su sueldo despertaron los recelos sobre el secretario de Asuntos Exteriores y, por otra parte, la circunstancia de que el puesto que Maclean ocupaba en el Comité de Política Combinada lo situara en una posición muy apetecible para cualquier servicio de inteligencia incrementaba la desconfianza sobre Walsh, de quien Pritcher estaba convencido que trabajaba para los soviéticos. El hecho, conocido posteriormente, de que el origen del envenenamiento de los sándwiches parecía situarse en la cocina de Downing Street alejaba las sospechas sobre Walsh, sin embargo, Pritcher se negaba a eliminarlas. Las dudas sobre la inocencia del secretario de Asuntos Exteriores se mantenían intactas. Su instinto le decía que Mason Walsh

no era trigo limpio.

Pero de repente Ethan Byrne había entrado en escena con la muerte inesperada de su secretaria. Pritcher y su superior, Adley Fernsby, conocían la colaboración que el secretario de Hacienda estaba prestando al MI6, a las órdenes de Silas Grant, en una operación altamente secreta de la que, desafortunadamente, no sabían nada. Ni siquiera las presiones que Fernsby había ejercido sobre Grant lograron que este abriera la boca al respecto. En cualquier caso, y fuera lo que fuese aquello que se traían entre manos, los sándwiches envenenados con estricnina que se sirvieron en los despachos de ambos secretarios los vinculaban de forma obvia. La mano que había acabado con la vida de Roy Jennings y Arlene Paige era la que pretendía asesinar a Walsh y a Byrne por una razón que, Pritcher masculló un juramento, se le escapaba. ¿Cómo podía resolverse un misterio si no se contaba con la información necesaria para hacerlo? ¿Cómo podía deshacerse un nudo gordiano si las puntas de la cuerda se encontraban ocultas en su interior? Se acarició la barbilla con las yemas de los dedos y un suspiro le acarició los labios, por donde se escapó un nombre: Alejandro Magno. Cortándolo, se dijo emulando al rey macedonio. Cortando el dichoso nudo, pero ¿cómo? Y entonces creyó dar con la solución.

Encontró a Kate West a la entrada, cuando volvía de tomar el almuerzo. Llevaba una gabardina que probablemente no le abrigaba lo suficiente y se cubría la cabeza con un pañuelo que apenas lograba guarecerla de la lluvia.

—No hay ninguna novedad con respecto al señor Walsh —dijo cuando él la apartó lo suficiente de la entrada, de modo que pudieran hablar con tranquilidad— y tampoco he hallado atisbo alguno de culpabilidad en Callum Hall.

—Lo sé. Si la hubiera, habría utilizado el cauce que le indiqué para comunicármelo de inmediato. —Sonrió. Que le hubiera obligado a meterse en aquel lío a cambio de no revelar su secreto no implicaba que no pudiera ser amable con ella. Le caía bien Kate West y, a medida que iba conociéndola personalmente, entendía mejor el interés que Charles Carter sentía por aquella atractiva mujer. Sin

embargo, ella estaba empeñada en mantener las distancias y también lo entendía. Aun así, no borró la sonrisa—. Tengo un nuevo trabajo para usted. —La observo con detenimiento, pero no halló en su rostro gesto alguno que le indicara cómo le habían caído sus palabras—. Quiero que siga ayudando a Ethan Byrne. —Ahora sí, su perplejidad apareció en un leve movimiento de las cejas, que se arquearon ligeramente.

—¿Quiere que vigile al secretario de Hacienda?

—Sí.

—¿Y cómo voy a hacer para controlar al señor Walsh y al señor Byrne al mismo tiempo?

—Estoy seguro de que encontrará la forma.

La vio llevarse el pulgar a los labios y mordisquearlo. Tenía el ceño fruncido y, sin duda, estaba pensando.

—¿Qué he de encontrar?

—No lo sé.

Kate West no ocultó esta vez su incomodidad.

—¿Cómo quiere que halle algo si no me dice qué es?

—¿Y cómo quiere que se lo diga si no lo sé?

—¿Qué ha pasado con el señor Byrne? ¿Por qué quiere que lo vigile?

Buena pregunta, se dijo. Levantó la cabeza y miró al cielo, comenzaba a atardecer. ¿Hasta dónde podía confiar en aquella mujer? No lo sabía y no tenía tiempo para sopesarlo. En apenas un par de días habían muerto dos personas por simple azar. Si no se apresuraba en descubrir qué estaba ocurriendo, era probable que el próximo intento resultara fructífero y que el asesino alcanzara su objetivo que bien podía desencadenar algún tipo de incidente que pusiera en peligro a la nación. Bajó la mirada y la posó en Kate West, mientras recordaba a Alejandro Magno en Frigia, retado a deshacer el nudo gordiano. Había llegado el momento de cruzar su propio Helesponto y cortarlo de un tajo.

—Alguien intentó asesinar a Ethan Byrne —dijo—. No lo consiguió por simple azar. En su lugar, ha muerto su secretaria, Arlene Paige.

Un rayo cruzó el cielo londinense de un lado a otro, dividiéndolo en dos, y de nuevo la imagen de Alejandro Magno retornó. Como entonces, más de dos milenios atrás, también él quiso pensar que aquello era una señal de Zeus, que admitía su decisión como correcta. A diferencia del gran Alejandro, ante él no se abría un oriente que conquistar, pero sí, tal vez, una nación que salvar. Observó a Kate West, que lo estudiaba con interés.

—¿Qué está pasando ahí dentro?

—Para ser franco, no tengo ni idea, pero confío en que usted me ayude a descubrirlo.

Ella se llevó de nuevo el pulgar a los labios y volvió a mordisquearlo. Pritcher pensó que se trataba de un gesto delicioso y no le habría disgustado prolongar el momento, pero el recuerdo de Charles Carter lo interrumpió. Pese a su enconada batalla contra Mason Walsh, no podía dejar de admitir que aquel que había intentado cometer los asesinatos en Downing Street se encontraba, probablemente, en la cocina y que, de ser así, todas las sospechas apuntaban a Callum Hall. La muerte de Arlene Paige había sido un accidente, pero comenzaba a creer que la de Roy Jennings, no. No resultaba demasiado difícil imaginar que el segundo cocinero había sorprendido a Hall en algún tipo de actitud sospechosa y que este hubiera decidido acabar con él envenenando los bocadillos sobrantes que Jennings se llevó para cenar. Desconocía cómo, pero la presencia de Carter y su sargento en el *pub* de Limehouse ponía de manifiesto que el inspector del Yard había llegado a la misma conclusión. Tal y como se encontraba de embarullado el asunto, Pritcher necesitaba conocer la información con que contaba el policía y sólo encontraba un modo de hacerse con ella. Bajó la mirada hasta encontrar la de Kate West, que ya no se mordía el pulgar, pero seguía observándolo con curiosidad.

—Hay algo más de lo que debe ocuparse —dijo. Percibió un único movimiento en el cuerpo de aquella mujer, el de los ojos, que se entrecerraron con un ademán interrogante no exento de rechazo—. Quiero que averigüe lo que el inspector Carter sabe de este caso.

El relámpago esta vez no rasgó el cielo, sino la mirada

conturbada de Kate West, en la que brilló la repulsa junto a un breve atisbo de resistencia que desapareció tan rápido como la centella que acababa de recorrerla. Pese a su evidente rendición, no prescindió de la protesta:

—Eso no entraba en el trato —dijo.

Pritcher hizo un esfuerzo por no sonreír. Algo en su interior le obligaba a respetar a aquella mujer. No deseaba herirla. Sin embargo, la envergadura del asunto al que se enfrentaba no daba opción a la delicadeza. Le ahorraría el sarcasmo, pero no la obligación a la que se debía.

—No hay ningún trato, miss West. Yo ordeno y usted obedece.

2

Hacía rato que había pasado la hora de comer, Pritcher aún no había llegado y Carter empezaba a impacientarse. Tal y como esperaba, en Leconfield House no le habían permitido el paso, pero al menos tuvieron la deferencia de ofrecerle un asiento donde aguardar a que Roger Pritcher volviera. Estaba a punto de desistir cuando lo vio aparecer. Carter entrecerró los ojos y lo observó con minuciosidad antes de que el agente de guardia le comunicara su presencia. Aunque Pritcher sabía cómo dominar sus emociones, a Carter no le pasó inadvertido que llegaba preocupado. Cuando el guardia le indicó con el dedo que alguien le esperaba, el relampagueo que recorrió sus ojos al verlo le indicó que su visita no sólo era inesperada, sino también inoportuna, pero precisamente a Carter eso le hizo sentirse mejor. Fuera lo que fuese lo que había perturbado a Roger Pritcher, debía de tratarse de algo importante y, aunque no llegara a conocer el motivo, el hecho de sorprenderlo en aquella actitud ya era una pequeña pizca de información a la que, confiaba, tal vez podría dar explicación más tarde.

—¿Qué quieres, Carter?

—Fumar la pipa de la paz. —Se levantó y se acercó a él

renqueante. El frío y la humedad del otoño le estaban pasando factura a su pierna—. ¿Podemos hablar un momento?

Pritcher se tomó unos segundos antes de responder con un gesto de asentimiento. Echó a andar hacia el interior de Leconfield House y lo llevó a una oficina vacía cuya puerta cerró.

—Entiendo tu preocupación. —Carter había estado ensayando mentalmente su discurso—. Yo también he trabajado para el MI5 y sé cómo funcionan las cosas aquí. —Levantó la mano e hizo un semicírculo con el brazo que abarcó media oficina—. Si el asunto que te traes entre manos está relacionado con la seguridad nacional, convengo en que la cautela máxima es imprescindible. Sin embargo, yo ya no pertenezco a este mundo. Sólo soy un policía que intenta resolver un caso de asesinato. Si la muerte de Jennings está relacionada con el asunto que proteges y pone en peligro la seguridad de la nación, estoy dispuesto a hacer ciertas concesiones.

—¿Como dejarlo correr? —preguntó Pritcher, que hasta entonces no se había permitido realizar el más mínimo movimiento.

—Incluso eso, sí. Si es así, dejaré que vosotros arregléis el asunto.

—Veo que estás entrando en razón. Bien. —Pritcher sacó un cigarrillo y se lo ofreció a Carter, que rehusó y, en su lugar, llenó la pipa con hebras de tabaco.

—Ya te he dicho que vine a fumar la pipa de la paz. —Por primera vez, Pritcher esbozó un atisbo de sonrisa que a Carter le dio cierta esperanza—. Una vez establecidas las bases de nuestra nueva relación —continuó—, ¿qué información puedes darme sin que se ponga en riesgo la seguridad nacional?

—Muy poca. —Pritcher aspiró con fuerza del cigarro—. Seguramente nada que no sepas.

—Prueba. —Carter se llevó la boquilla de la pipa a la boca y la mordió, mientras el humo del tabaco que se quemaba dentro de la cazoleta impregnaba la habitación con su agradable olor.

—Celestine Burton llevó la merienda para Mason Walsh a la hora acostumbrada el pasado martes, cinco de noviembre. La secretaria de Walsh, mistress Gelbero, la recibió en el antedespacho,

cogió la bandeja y la pasó a la oficina de Walsh, donde encontró que el secretario de Asuntos Exteriores estaba tumbado sobre la alfombra, sufría dolorosos espasmos y estaba a punto de perder la consciencia. Mistress Gelbero avisó al servicio de seguridad y al personal sanitario, que de inmediato trasladó a Walsh a un hospital, donde pudieron salvarle la vida. Pero todo esto ya lo sabes, como también sabes que había un plato de sándwiches envenenados en el despacho del secretario y que nadie aún ha podido averiguar cómo llegó allí.

—Mason Walsh me contó que se ausentó un instante. Se dirigió al archivo anexo a su despacho en busca de un documento y asegura que, a su vuelta, los encontró sobre la mesa de centro, donde habitualmente los deja su secretaria. Pensó que había sido ella quien los depositó allí.

—Pero mistress Gelbero no lo hizo.

Carter asintió. La historia era siempre la misma. Repetirla una y otra vez no iba a llevarle a ninguna parte.

—Alguien los introdujo a través de la puerta del despacho de Walsh que da directamente al pasillo.

—Es obvio —apostilló Pritcher. Ambos permanecieron en silencio un instante, hasta que el hombre del MI5 lo rompió—. Si vas a preguntarme quién, no puedo contestarte, y no porque sea un asunto de seguridad nacional, sino porque no lo sé.

Carter meneó la cabeza, mientras posaba la mirada en el suelo, como si así fuera a concentrarse mejor, y aspiraba por la boquilla de la pipa.

—No, Roger, no es esa la pregunta que quería plantear. —Levantó la cara y lo miró directamente—. Lo que más llama mi atención en este punto es cómo sabía la persona que introdujo los emparedados en el despacho que Mason Walsh se encontraba en el archivo en ese preciso momento y que, así, podía aprovechar esta ausencia para dejar los sándwiches envenenados sin que nadie lo descubriera.

Pritcher permaneció en silencio, sosteniéndole la mirada, y Carter supo que tras ella se encontraba el nombre del segundo hombre, el que se hallaba en el despacho junto a Mason Walsh.

—Estoy seguro de que tú también lo has pensado —añadió, pero el agente del servicio secreto continuó mostrando una imperturbabilidad que Carter interpretó como la callada aquiescencia a su suposición.

—Sí, lo he hecho —dijo finalmente—, pero no tengo respuesta para ello.

Carter asintió. Debería conformarse con esa respuesta por el momento, pero había algo más sobre lo que deseaba interrogarlo. Algo que debía preguntar ya, antes de que Pritcher decidiera que el tiempo de tregua concedido había finalizado.

—¿Qué le ocurrió a mistress Gelbero? —dijo.

—Tuvo un amago de ataque cardíaco. —La respuesta de Pritcher en este caso fue inmediata. Tal vez demasiado, pensó Carter —. Fue ella quien descubrió a Mason Walsh, que estaba agonizando. El *shock* debió de ser tremendo.

—De modo que está de baja. —Carter aventuró un comentario casual que le diera tiempo a pensar. La respuesta de Pritcher no podía ser verdad. A ningún agonizante le dejan salir del hospital al día siguiente de haber ingresado y reincorporarse a su trabajo con una salud tan envidiable como la que mostraba cuando se entrevistó con él.

—Creo que es evidente. Su lugar lo ocupa ahora tu amiga miss West.

El tono que empleó Pritcher sonó demasiado elocuente como para no darse por aludido.

—Es una mujer muy inteligente —dijo— y discreta.

—Lo primero lo sabíamos —contestó Pritcher—, de ahí que la eligiéramos para ocupar un puesto tan delicado. En cuanto a lo segundo, nos hemos asegurado de que así es, en efecto.

Carter estudió el rostro de Pritcher, intentando encontrar en él las señales necesarias para interpretar sus palabras. Le parecía encontrar en ellas un trasfondo que no supo descifrar.

—Espero que esta pipa de la paz que hemos fumado —Pritcher apagó el cigarrillo en un cenicero y se volvió hacia él— suponga que no intentarás traspasar los límites marcados. Miss West

es una simple secretaria, no trabaja para nosotros, sino para Mason Walsh, y tampoco lo va a hacer para ti. Confío en que sepas respetar esa línea roja. Podrías ponerla en un aprieto.

La mirada de acero volvió a refulgir. Pritcher había lanzado el mensaje con toda claridad y a él no le quedó más remedio que asentir.

—No lo haré —dijo—. Te he prometido que, si el asunto afecta a la seguridad nacional, lo dejaré en tus manos.

—Puedes comenzar a hacerlo ahora mismo. ¿Qué has averiguado que pueda ayudarme?

Pritcher dio un paso adelante y Carter sintió que invadía su espacio personal, pero no retrocedió. Hizo un esfuerzo por liberar la tensión que le agarrotaba los dedos desde que entró en el despacho y se encogió de hombros.

—Nada que no sepas ya —contestó.

Salió de Leconfield House y caminó por la acera. Pese a que continuaba cayendo una lluvia fina, daría un paseo hasta donde su pierna le permitiera antes de tomar el autobús para volver al Yard. Pritcher le había ocultado información. Por la razón que fuera, deseaba no sólo que no conociera la identidad del hombre que acompañaba a Mason Walsh cuando se produjo el intento de asesinato, sino también su propia existencia. Pero, y esto le preocupaba desde un aspecto personal, también le había hecho una advertencia: Kate West debía quedar fuera del juego. Carter lo asumió. Lo último que deseaba era buscarle problemas, ponerla en un aprieto, tal y como Pritcher había expuesto. Sin embargo, nada de ello le impedía seguir indagando y su siguiente parada en la investigación tenía un nombre: mistress Gelbero, el único personaje en el drama al que estaban asistiendo que habría podido saber que Mason Walsh se había ausentado del despacho y abría, así, la oportunidad para introducir los sándwiches envenenados. Pasaría primero por el Yard para conocer su dirección y luego acometería esa siguiente parada.

Roger Pritcher se acercó a la ventana en cuanto Carter salió y miró a través de ella. La tarde se había echado encima y comenzaba a

lloviznar. Oscuras nubes tapizaban el cielo, ahogando las últimas luces del atardecer. Apoyó la frente sobre el cristal y dejó que la tensión acumulada fuera diluyéndose con las gotas que resbalaban sobre él, mientras observaba cómo Carter se alejaba por la acera. Charles Carter, el hombre que acababa de mentirle al ocultarle su visita al *pub* de Limehouse. Mascculló un juramento en el que entremezcló las palabras *pipa* y *de la paz*.

Charles Carter y Kate West, musitó. Una pareja que creía tener controlada, pero que en cualquier momento se le podía escapar de entre las manos. Conocía bien a Carter, no en vano habían trabajado juntos en el MI5 antes de que él decidiera optar por el Yard, y sabía que era un hombre de principios, indomable a la hora de perseguir a un criminal y hacer justicia. Apartó la frente del cristal y dejó que la mirada vagara, vacía, por entre las gotas de lluvia que caían sobre la ciudad. Justicia, repitió para sí mismo, una bella palabra que la seguridad de la nación exigía embarrar más veces de las que le gustaría. Él también había sido un hombre recto, con principios, mucho tiempo atrás en su pasado y aunque aún los sentía lo suficientemente arraigados como para experimentar remordimientos, los tiempos convulsos que vivían y esa guerra tan reciente los habían vuelto laxos cuando el interés general se presentaba exigiendo su preeminencia. Pensó en Roy Jennings. ¿Estaba su muerte por encima del interés de la nación? Meneó la cabeza, con la que dio una respuesta negativa a la pregunta. No, no lo estaba. Lo que había sucedido en Downing Street se superponía a cualquier otro hecho, incluso si este costaba la vida a una persona.

Se alejó de la ventana y se dejó caer sobre una silla de la diminuta oficina. «Lo que había sucedido en Downing Street…». El pensamiento quedó en suspenso, a la espera de que la mente se sacudiera de encima la confusión. Cerró los ojos y se los frotó con los dedos. El descubrimiento del cadáver de Arlene Paige lo había complicado todo. En ese momento debían de estar haciéndole la autopsia en una morgue a la que sólo el MI5 tenía acceso. Era posible que se equivocara y que los resultados de la necropsia desautorizaran su primera impresión, pero no lo creía. El aspecto del cadáver,

contracturado en una especie de crispación generalizada de los músculos, hablaba de una causa de la muerte bien clara, una muerte por estricnina. Respiró hondo y dejó salir el aire lentamente. Sus nervios iban calmándose y, aunque la situación a la que se enfrentaba no cambiaba por ello, al menos le permitía una mayor claridad mental. Su cerebro pasó del cuerpo de Arlene Paige al plato en el que aún quedaban apilados unos cuantos sándwiches. También aguardaba el análisis que el patólogo haría de los emparedados, pero tampoco en este caso dudaba de su hipótesis. Esos emparedados contenían la estricnina que había acabado con la vida de Arlene Paige.

Estiró el brazo y tomó un cigarrillo del paquete que había dejado encima del escritorio. Lo encendió con un fósforo y aspiró con ansia, como si en aquel pitillo se encontrara la calma que tanto anhelaba.

3

Ante la puerta del Yard, se llevó la mano al bolsillo y acarició el trozo de lienzo que llevaba siempre consigo desde que Ruth se lo entregara a la puerta de Cricket's Lodge con la petición expresa de que se lo devolviera al inspector Carter. Nunca llegó a hacerlo y, en secreto, le pedía perdón a Ruth cada vez que sacaba el pañuelo para mirar las iniciales o cuando, como en aquel preciso instante, se limitaba a recorrerlo con el tacto. El agente de guardia la observó en silencio desde su puesto ante la puerta. Tenía cierto parecido a Evans, el policía enamorado de Ruth y que la joven correspondía con un secreto romanticismo tierno y sentimental. Reservó para ellos un último pensamiento, con el mejor de sus deseos, antes de respirar hondo, subir los escalones y explicar al agente que deseaba entrevistarse con el inspector Carter.

—¡Oh, querida! —A Kate le resultó singular, aunque agradable, la cálida acogida de miss Yeats cuando el agente que la había acompañado la introdujo en el despacho de la anciana secretaria, al fin y al cabo sólo se había visto una vez. Miss Yeats la

abrazó y la invitó a que se quitara la gabardina, húmeda por la llovizna que no había dejado de caer desde antes de la hora del almuerzo—. Venga, siéntese, le prepararé un té mientras me cuenta a qué se debe su visita, tan grata como inesperada.

Kate se desanudó el pañuelo que le cubría la cabeza y lo enrolló entre los dedos, dándose un tiempo para contestar a la pregunta que sabía que la anciana iba a formularle. Tras la marcha de Pritcher, había decidido visitar el Yard, no sabía si en busca de Charles Carter o de miss Yeats. Pese a la dificultad que representaba el dar una explicación verosímil a su presencia y, pese a las muchas vueltas que le había dado durante el viaje en autobús, allí estaba, sin una respuesta que ofrecer. Encerró el pañuelo en el puño y se volvió hacia miss Yeats.

—Quería disculparme con el inspector —dijo.

La secretaria, que abría en aquel momento un viejo archivador que se reveló como un vasar, se volvió hacia ella.

—¿Disculparse por qué, querida?

—Por no haberme presentado a nuestra cita del martes.

La anciana permaneció inmóvil, con la tetera eléctrica entre las manos que acababa de sacar del archivador y una sonrisa que se le dibujó en el rostro y que fue expandiéndose hasta acabar en carcajada.

—Así que era eso —dijo.

Kate parpadeó, sin hacer esfuerzo alguno por ocultar una perplejidad que no llegó a expresar porque miss Yeats no le dio ocasión.

—¿Sabe qué contestó cuando le pregunté qué tal había ido la cita?

—¿Que había ido bien? —Kate comenzaba a comprender.

—Exactamente eso. Aunque fue *exactamente* —recalcó el adverbio con un tono jocoso— lo contrario lo que pensé. —Se dio la vuelta y enchufó la tetera—. ¿Té o café? —preguntó

—Café, si no le importa.

Miss Yeats colocó una cucharada de café en la cafetera de émbolo y la colocó junto a la tetera, en la que se calentaba el agua.

—Oh, querida, ahora lamento haberme burlado de él,

aunque no debió mentirme. Porque estoy segura de que usted tuvo una buena razón para no presentarse a la cita. —Se dio la vuelta y Kate se sintió observada por encima de las gafas que miss Yeats dejaba escurrir sobre la nariz para que la inteligencia de su mirada quedara suficientemente patente, de manera que no pasara inadvertida.

—Surgió un trabajo inesperado —respondió aliviada. La conversación había tomado unos derroteros por los que se sentía más cómoda al caminar. La explicación del porqué de su presencia ya estaba dada y, al parecer, había sido aceptada con naturalidad—. No tuve tiempo de advertirle.

—Pobre hombre. —Miss Yeats sacó del archivador un par de tazas y un plato con bizcocho de limón—. Primero usted le dio plantón y luego el jefe de inspectores le encargó ese caso endemoniado.

Kate tragó saliva. De la forma más natural, se le había presentado la oportunidad de indagar acerca de la muerte de Roy Jennings. Las palabras de Pritcher le taladraban el cerebro. No quería traicionar la confianza de Charles Carter y, por supuesto, tampoco deseaba aprovecharse del afecto y familiaridad con que miss Yeats la había acogido. En su pecho, luchaba la orden recibida con la fidelidad que creía deber. Finalmente, triunfó un tercer elemento con el que tal vez nadie, salvo su propia naturaleza, contaba: la curiosidad. Al fin y al cabo, se dijo, estaba segura de que cuando miss Yeats le hablara a Charles Carter de su visita, él le contaría que el destino les había llevado a encontrarse sin que ninguno de ellos lo forzara.

—¿Se refiere al asesinato del cocinero en Downing Street? —preguntó.

La tetera tembló en las manos de miss Yeats, que se volvió una vez más hacia ella.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—El trabajo inesperado... —Las palabras se le apilaron en la garganta, como si no quisieran salir de ella. La incomodidad que sentía por rodear el embuste al que se estaba entregando era la causa de ello— es en Downing Street.

—¡Santo Dios! —Sirvió el café y se sentó junto a ella—.

¿Cómo puede la casualidad entregarse a estos juegos? No me diga que se han encontrado allí.

Kate asintió.

—Si Neil Chapman se entera, le dará un colapso.

—¿El jefe de inspectores? —Kate creyó recordar el nombre.

—El mismo. ¿Sabe que le ha encargado el caso a nuestro común amigo pese a que no era el inspector de guardia? Quiere destruirlo.

—¿Destruirlo? —Kate dejó la taza de café en el platillo, que colocó sobre la mesa al comprobar que le temblaba en las manos. El dominio de sí misma caminaba sobre un fino hilo que amenazaba con romperse—. ¿Por qué?

Miss Yeats hizo un gesto de reconvención hacia sí misma. Sin duda pensaba que se había ido de la lengua.

—No debería haberle contado esto.

—Pero, ya que lo ha hecho, no puede dejarme sin el final. —Se inclinó hacia la anciana y le tomó las manos, que sintió cálidas y acogedoras—. ¿Acaso se encuentra en apuros?

Miss Yeats chasqueó la lengua, como si quisiera ahogar con ese sonido las voces que debían de estar gritándole en su cerebro.

—Durante el caso Brougharry —dijo—, Neil Chapman recibió una queja por parte de lady Olivia. A sus ojos, la investigación del inspector resultaba ofensiva para con ella y su familia, más aún cuando... —Hizo una pausa y revolvió las manos hasta hacer que fueran las de Kate las que quedaran dentro de las suyas, arrulladas por su afecto— la había introducido a usted, una persona ajena a la policía, en ella.

Kate abrió la boca, pero la cerró al instante. La confesión que miss Yeats acababa de hacerle abría un amplio espectro de interpretaciones entre las que destacaban los problemas que era más que probable que hubiera sufrido Charles Carter por su injerencia en los asesinatos de Cricket's Lodge.

—¿Le regañó?

—Hizo más que eso, pero no se preocupe, querida —Miss Yeats le dio un golpecito de ánimo en el brazo—, Neil Chapman es un

hombre resentido que envidia el hecho de que nuestro amigo haya alcanzado el rango de inspector a pesar de su juventud. Sospecha que tiene un padrino que le ha ayudado y no lo soporta.

—Pero si es inspector será por una buena razón.

—Estoy segura, aunque, entre usted y yo, se trata de un caso insólito. Nadie lo ha hecho tan joven y se oyen rumores de que, efectivamente, ese padrino existe. —Miss Yeats la observó de hito en hito, intentando quizá sorprender en ella un gesto de disgusto, pero no lo encontró. Kate se dijo que tendría tiempo de pensar en ello más tarde, pero ni por un instante aceptó la posibilidad de que Charles Carter fuera un trepa—. Si Chapman se entera de que usted y él vuelven a estar juntos en un caso...

—¿Pero de qué forma piensa destruirlo encargándole este caso? —Kate cambió el rumbo de la conversación. Necesitaba saber en qué enredo se encontraba Charles Carter. Ya tendría tiempo de pensar cómo sortear a Neil Chapman.

—Bueno, querida, no es difícil imaginarlo. Un asesinato en Downing Street topará con todo tipo de dificultades por parte del...

—Servicio secreto —la interrumpió.

Miss Yeats asintió.

—Pero la Fortuna está de parte de nuestro inspector. Al menos la tiene a usted allí y podrá ayudarlo —dijo la secretaria, que partió un trozo de bizcocho de limón e hizo ademán de servirlo, pero Kate lo rechazó.

—No, gracias —dijo—, se hace tarde y he de volver al trabajo.

—Pero es la hora del té. ¿No les dan un ratito en Downing Street para descansar?

—Sí —Miró el reloj de pulsera—, pero el viaje hasta aquí se ha llevado la mitad. —Se levantó y cogió la gabardina, pero no llegó a ponérsela. Se dio la vuelta y se acercó de nuevo a la anciana—. Miss Yeats, creo que tal vez sería una buena idea que no le dijera al inspector que he estado aquí para disculparme por no haber asistido a la cita del martes. Si lo hace, sabrá que usted se ha enterado y tal vez se sienta avergonzado por haberle mentido.

—¿Es consciente de lo que me está pidiendo, querida?

—Que no se burle de él, sí, pero, después de lo que me ha contado, ¿no cree que ya tiene las cosas bastantes difíciles como para verse obligado también a bregar con el bochorno?

La oyó suspirar, como si el verse obligada a renunciar a la burla le costara un mundo.

—Tal vez tenga razón —dijo—. Además, no sé qué tal será su humor cuando vuelva de Limehouse. Cualquier muerte es una tragedia, incluida la del tal Roy Jennings, pero un hombre que pasa su tiempo libre en ese hervidero de comunistas no puede ser bueno.

Cuando salió del Yard, llevaba consigo un buen montón de nuevos datos, muy diferentes a los que Pritcher deseaba conocer, salvo por las palabras Roy Jennings y Limehouse, unidas a la descriptiva exposición de miss Yeats: un nido de comunistas, algo que estaba decidida a olvidar ante Pritcher. Respecto a lo demás, tenía mucho sobre lo que reflexionar en profundidad.

CAPÍTULO 10

1

Mistress Gelbero vivía a las afueras de Londres, en una zona residencial que, por su aspecto, se había salvado en su mayor parte de los efectos devastadores del Blitz. Aun así, algunas calles mostraban las heridas del conflicto en forma de pequeños zarpazos que los trabajos de reconstrucción se esmeraban en arreglar. La casa de Elizabeth Gelbero parecía un pequeño *cottage* que hubieran trasladado desde la campiña hasta la ciudad. Lo circundaba un jardín bien cuidado y en su interior brillaba alegre la luz de una lámpara que, sin duda, iluminaba la salita de estar. Carter miró a un lado y otro de la calle. La noche había caído y el lugar se encontraba desierto. Llamó a la puerta y aguardó expectante. No acertaba a imaginar la reacción que experimentaría mistress Gelbero cuando se encontrara ante un inspector del Yard que le interrogaba por lo que había visto en Downing Street, dos días atrás, y sobre lo que seguramente el MI5 le habría advertido que mantuviera en secreto, pero el caso no avanzaba y sobre él se inclinaba la sombra de Neil Chapman.

—Buenas noches, mistress Gelbero. —Carter se quitó el Fedora de ala plana que lo había protegido de la llovizna y saludó con una inclinación de cabeza al tiempo que sacaba la placa—. Soy inspector del Yard y quisiera hacerle algunas preguntas acerca de Roy Jennings.

El gesto de extrañeza de la mujer le dio a entender que Pritcher le había ocultado la muerte del cocinero. La pregunta que ella le planteó corroboró su suposición:

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha muerto.

Elizabeth Gelbero dejó caer la mano, que hasta entonces había sostenido apoyada en el pomo de la puerta, y el rostro perdió el color sonrosado que la estufa de la salita había coloreado hasta unos segundos antes.

—¿Muerto?

—Con el mismo veneno con el que intentaron asesinar al

secretario de Asuntos Exteriores. —Lanzó la información como un medio para abrirse puertas. Pensó que, al mostrarle que conocía lo que había pasado con Mason Walsh, no era descartable que Elizabeth Gelbero supusiera que estaba al tanto de todo lo demás y en ese *demás* esperaba encontrar parte de lo que Pritcher le ocultaba. Sin embargo, se equivocó. No había contado con que aquella mujer entrada en años llevaba demasiado tiempo trabajando en Downing Street y probablemente atisbando entre bastidores informaciones confidenciales de todo tipo como para caer en una trampa tan burda.

—Lo siento, inspector —dijo—, pero no tengo permiso para hablar de lo que sucedió en el despacho del señor Walsh. Si necesita alguna información al respecto, le sugiero que pregunte al servicio de seguridad de Downing Street. Estoy segura de que estarán encantados de colaborar con Scotland Yard. —Una leve sonrisa le asomó a los labios y Carter no pudo sino imitarla. Era una mujer inteligente.

—Es usted una profesional muy competente —la alabó.

—Admito el cumplido sin temor a pecar de engreída. Debo de serlo, si he logrado trabajar durante más de treinta años para el gobierno.

Ahí estaba la declaración, cuya traducción no era otra que la de: no voy a abrir la boca ante ningún inspector, por muy de Scotland Yard que sea, mientras no se me dé permiso para hacerlo. Sin embargo, aún contaba con una carta más que jugar.

—¡Treinta años! —Carter silbó.

—Probablemente más de los que usted ha vivido.

—En efecto. —Aquella mujer llevaba más tiempo trabajando para el gobierno de lo que él había vivido. Se encontraba ya en Downing Street durante la Gran Guerra—. Supongo que se ha ganado su confianza a pulso.

—Así lo creo. Ninguno de los hombres para los que he trabajado ha presentado jamás una queja contra mí.

—Y, sin embargo, el martes ocurrió un suceso inesperado que usted no supo cómo impedir.

Esta vez Carter adivinó que su estocada no había pinchado en hueso. Elizabeth Gelbero no admitió la recriminación con

deportividad.

—Cómo podría haberlo hecho si… —Calló.

—Si los sándwiches envenenados fueron introducidos en el despacho del secretario de Asuntos Exteriores de forma irregular. —Carter acabó la frase que Elizabeth Gelbero dejó en suspenso ante el temor a decir algo que no debiera contar. La mujer permaneció quieta, observándolo en silencio, sin pestañear. Probablemente su cerebro reflexionaba hasta dónde podía llegar con aquel inspector del Yard. Al finalizar la frase que ella no había terminado, Carter reforzaba la idea que había expuesto al principio de su conversación, la de que estaba al tanto de todo lo acontecido en el despacho de Mason Walsh dos días atrás. Si este pequeño empujón no era suficiente para que ella hablara, al menos le había abierto la jugada para poder depositar sobre el tapete la carta ganadora que creía llevar. Elizabeth Gelbero dio un pequeño paso atrás y agarró de nuevo el pomo de la puerta.

—Pese a la ofensa con que acaba de abofetearme, inspector, reitero lo que ya le dije: hable con el servicio de seguridad. Tienen mi declaración y estoy segura de que se la trasladarán sin demora.

—El problema que tengo, mistress Gelbero, no puede resolvérmelo el servicio de seguridad. Confían tanto en usted, después de esos treinta años de fiel servicio, que probablemente ninguno de sus miembros le ha planteado una pregunta crucial. —Carter sacudió con la mano las gotas de lluvia que aún quedaban prendidas del ala del Fedora que sujetaba con la otra desde que se descubrió con deferencia ante la mujer—. La persona que introdujo la bandeja con los bocadillos envenenados en el despacho del señor Walsh lo hizo cuando el secretario de Asuntos Exteriores se encontraba en el archivo, en busca de un documento, y su visita se había ausentado al aseo. La pregunta que me hago y que espero que usted pueda contestar es cómo sabía el asesino que el despacho estaba vacío y podía entrar a dejar la bandeja sin que nadie lo sorprendiera.

Elizabeth Gelbero se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Carter no contestó. Las gotas de lluvia le mojaban el cuello por detrás y comenzaba a sentir que la pierna se le anquilosaba, pero

debía permanecer con la mirada fija en los ojos de color azul desvaído que le observaban desde la puerta. Sabía que Elizabeth Gelbero no tardaría en atar cabos. No se equivocó.

—¿No estará insinuando que fui yo? —El tono de su voz se volvió agudo, como el de una gata que maúlla de dolor.

—¿Se le ocurre alguna otra explicación?

—¡Váyase! —El color encarnado había vuelto a tintar las mejillas de mistress Gelbero, pero esta vez de una indignación que le pareció sincera—. ¡Váyase ahora mismo de mi casa!

—Comprenda usted que, pese a los treinta años de servicio, debía asegurarme. Disculpe mi atrevimiento. —Carter volvió a inclinar la cabeza, esta vez para despedirse, pero, cuando ya daba la espalda a la mujer, se giró sobre sí mismo—. Por cierto —dijo—, tiene muy buen aspecto. ¿Ya se ha recuperado?

Ella parpadeó y entonces supo que, en efecto, Pritcher le había mentido. Elizabeth Gelbero no había sufrido ningún *shock* que pusiera en peligro su salud. Ese amago de infarto jamás se había producido. Ella debió entenderlo y reaccionó, pero tarde. Carter ya tenía una nueva pieza de información.

—Estoy mejor, gracias —dijo.

—Me alegro. —Carter volvió a inclinar la cabeza, esta vez a modo de despedida, se caló el sombrero y se marchó.

Se resguardó en una parada, en espera de que el autobús pasara. La lluvia continuaba cayendo, el tiempo transcurría. Era jueves por la noche y seguía prácticamente en el mismo punto que el martes por la mañana cuando, tras hablar con Chapman, comenzó la investigación entrevistándose con la señora Jennings y su amiga Mary O'Kelly. Cada pizca de información que lograba atrapar no era sino una más de las piezas de un enorme rompecabezas que resultaba imposible encajar con las otras que ya tenía. El autobús llegó y, tras pagar el billete, subió al segundo piso que encontró, tal y como esperaba, desierto. Se acomodó en uno de los asientos traseros y continuó cavilando.

Era obvio que Elizabeth Gelbero no había sufrido ningún conato de infarto. Se encontraba perfectamente y ella, a diferencia de

Celestine Burton, llevaba, como acababa de explicar, treinta años trabajando para el gobierno. Sabía, pues, muy bien cómo guardar un secreto y a quién le debía lealtad. Entonces, ¿por qué Pritcher la había sacado de escena? El caso de Celestine se entendía; pero de Elizabeth Gelbero, no. La lluvia había arreciado y una ráfaga de viento arrojó cientos de gotas sobre el cristal trasero del autobús. El otoño se presentaba frío y su cerebro derivó hacia el invierno anterior, cuando la nieve había azotado Londres sin piedad y Laura Craddock se cruzó en su vida. También entonces se había visto envuelto en un asunto que amenazaba la seguridad nacional, como ahora, al parecer, pese a que lo único que él tenía era un cocinero muerto. La imagen de la bella Laura recorrió su memoria una vez más y su cerebro se complació en contrastarla con Kate West. Para cuando su antiguo superior en el MI5, Arthur Dwaight, requirió su ayuda en el caso Craddock, la existencia de Kate West todavía le era desconocida. Cerró los ojos. ¿Por qué pensaba en ella? ¿A qué venía? Su reflexión, antes de que Laura Craddock la interceptara, envolvía los difusos contornos de Elizabeth Gelbero y su ausencia de Downing Street. ¿Por qué Pritcher la había sacado de allí y puesto en su lugar a...?

Se levantó de un salto, como si el mecanismo de eyección de su Spitfire se hubiera activado. ¡Kate West!, ese era el motivo. Pritcher había obligado a Elizabeth Gelbero a ausentarse de su puesto para que lo ocupara Kate West. ¿Pero por qué? Notó que el autobús comenzaba a frenar y se apresuró en llegar a la escalera, cuyos peldaños bajó de dos en dos. Saltó a la parada, donde la lluvia lo recibió azotándole el rostro, y estudió las líneas de autobuses que podía tomar en ella. Respiró aliviado cuando descubrió que uno de ellos le llevaría hasta el piso de Kate West. Se resguardó en el interior de la marquesina y esperó impaciente.

2

Silas Grant se limpió los labios con la servilleta y bebió un sorbo de vino. Frente a él, Ethan Byrne masticaba su chuletón de buey. El

silencio se había hecho entre ellos durante unos minutos. Lo que el secretario de Hacienda acababa de contarle preocupaba a Grant. Observó a su alrededor por encima de la copa. El comedor del Boodle's Club se mostraba tranquilo. La noche lluviosa había invitado a la mayoría de componentes del club a quedarse en casa, lo que era una suerte para ellos. Silas Grant necesitaba silencio para pensar.

—No podemos descartarlo —dijo retomando el punto en el que la conversación había quedado cuando Byrne se introdujo el bocado de buey en la boca—. Nadie, excepto Mason Walsh y usted mismo, sabía que la reunión que ustedes dos tenían prevista se había cancelado a causa de la inesperada visita de Donald McClean. —Grant observó que Byrne tragaba el bocado con dificultad y sonrió para sus adentros. La posibilidad de que fuera él, el propio Ethan Byrne, el objetivo del asesino y no Mason Walsh debía de deglutirse con dificultad, en especial para un hombre para quien las amenazas de muerte no formaban parte de su existencia.

—Cuando ese coronel del MI5 me informó de la muerte de mi secretaria, lo tuve claro: yo era el objetivo de esos sándwiches. El asesino debió de llevarlos al despacho de Mason y, al percatarse de que era McClean quien se encontraba allí, preparó otra bandeja y la trajo al mío.

Ethan Byrne se detuvo y dejó que la mirada se le vidriara durante un instante, el necesario para culparse por la muerte de Arlene Paige. Si él no hubiera acudido al encuentro frustrado con Yaroslav ni hubiera comido hasta hartarse en aquel *pub* de Kingston-upon-Thames, la merienda que se había servido en Downing Street habría acabado en su estómago y ahora sería él, y no la infausta Arlene Paige, quien reposaría sobre la camilla del forense. Notó que palidecía.

—La Fortuna nos ha sonreído —dijo Grant.

—Estoy seguro de que miss Paige, allí donde se encuentre, no opina del mismo modo.

—Ethan —Silas Grant se inclinó un tanto sobre la mesa y llamó la atención de su compañero de cena—, es inútil enfangarse en estériles lamentaciones. Ya no podemos hacer nada por su secretaria,

pero sí por usted y por la operación Clairvaux. Pese a que no estemos seguros, los hechos nos obligan a contar con la posibilidad de que alguien está al tanto de nuestros avances y ha reparado en usted como objetivo para detenerlos. Eso nos pone un paso por delante que debemos aprovechar.

—¿Cómo?

Silas Grant tomó de nuevo el cuchillo y el tenedor, y los dirigió hacia el plato que acababan de servirle.

—Si el asesino sabe que usted es el enlace, cambiemos la persona que ha de encontrarse con Yaroslav.

Ethan Byrne no parpadeó mientras Grant saboreaba el *magret* con frutos rojos que humeaba bajo su nariz.

—¿Va a dispensarme de la colaboración?

—En absoluto.

Esta vez, Ethan Byrne sí parpadeó.

—¿Entonces?

—Ha mencionado que Mason Walsh tiene una nueva secretaria que ahora comparte con usted, ¿no es cierto?

Ethan Byrne asintió.

—Pues no se hable más.

Una ráfaga de viento empujó la lluvia hacia el cristal emplomado de la ventana, sobre el que repiqueteó, pero el interior del restaurante se mantuvo impertérrito en su silencio ante las inclemencias del tiempo.

—Me encanta el Boodle's Club —dijo Grant—. Es un remanso de paz.

3

No fue la indecisión quien lo obligó a detenerse ante la puerta, sino el desasosiego que le producía esa especie de ambivalencia sentimental que experimentaba. El gozo se mezclaba con el abatimiento y creía entender la razón que motivaba ambas emociones. Frente a la entrada, con los nudillos a unas pulgadas de la plancha de madera, dudaba.

Nunca antes había estado allí y se preguntó cuál sería la reacción de Kate West, tan reservada siempre para su vida, cuando lo encontrara a la puerta de su apartamento. Había levantado un par de veces la mano para llamar y otras tantas las había dejado caer, pero no podía pasar la noche envuelto en tal vacilación. O se decidía a abordar su intimidad sin previo aviso y se arriesgaba a ser rechazado o se marchaba en silencio sin que ella jamás supiera que lo había tenido al otro lado de su privacidad. *Alea iacta est*, se dijo, y los nudillos al fin se encontraron con la madera.

Su mirada la delató. No lo esperaba, eso ya lo sabía, pero el rostro de Kate West le mostró que lo que experimentó al verlo sobrepasaba la sorpresa, el desconcierto incluso, y rozaba la conmoción; una impresión mucho más aguda que la que a él se le antojaba la esperable en esas circunstancias. Se quitó el sombrero y un reguero de agua de lluvia cayó al suelo, sobre el felpudo. El abrigo mojado le pesaba y la pierna le dolía a rabiar.

—Buenas noches, miss West, siento molestarla sin haber avisado. —Un picotazo en el muslo le obligó a torcer el gesto.

—¿Se encuentra bien?

—Un poco de molestia en la pierna.

—Está empapado. Pase.

—No es necesario que me invite a entrar, sólo quiero hablar con usted un momento. —Carter se sintió cohibido. Anhelaba penetrar en aquel apartamento y desvelar el mundo que Kate West protegía con tanto ahínco, pero hacerlo se le asemejaba a violar un templo en el que, presumía, no acababa de ser bienvenido.

—Pase —insistió, y abrió más la puerta.

El pequeño piso estaba limpio, ordenado y, como le había ocurrido la primera vez que entró en su despacho, en la agencia Looper, le pareció que lo habitaba un ser especial. Percibía algo que no sabía definir, pero que resultaba único.

—¿Le apetece un té? Le ayudará a entrar en calor.

Carter negó con la cabeza. Le apetecía un té eterno con ella en aquel apartamento, sentado en el sofá tapizado en tela de color burdeos, al amor del calor de una estufa de leña y con Kate West

sentado a su lado, pero sabía que aquel anhelo se encontraba fuera de su alcance. Se dijo que debía ser práctico e ir al grano.

—No, gracias. Sólo estaré un momento.

Ella asintió y lo invitó a sentarse, pero Carter también rehusó.

—He visitado a mistress Gelbero —dijo.

—¿La secretaria del señor Walsh?

—No está enferma.

Kate apartó la mirada.

—Está usted empapado —repitió—. Deme el abrigo.

Carter no hizo amago de quitárselo. Por primera vez desde que la conocía, Kate West había perdido el dominio y su acostumbrada seguridad se mostraba titubeante. La veía nerviosa y la invitación a que se quitara el abrigo no era más que la necesidad imperiosa de moverse, de hacer algo con las manos y de alejarse de él, de su mirada.

—Usted me dijo que Elizabeth Gelbero había enfermado y que el servicio de seguridad había contactado con su jefe, el señor Looper, con quien tienen buena relación, para encontrar una secretaria de confianza que la sustituyera, pero mistress Gelbero no está enferma. —Se detuvo y la estudió. Ella lo observaba en silencio, con ese tipo de mirada que adoptaba cuando quería interponer entre ambos un muro infranqueable. ¿Por qué?, se preguntó. Aguardó aún unos segundos por si ella hablaba, pero no lo hizo y decidió continuar —. Fue mistress Gelbero quien descubrió el envenenamiento de Mason Walsh. También estaba allí Celestine Burton, aunque ella no vio nada. El MI5 las ha mandado a las dos a casa con la orden expresa de no hablar con nadie. Lo entiendo en el caso de la camarera, pero Elizabeth Gelberto es una apuesta segura. Lleva treinta años trabajando para el gobierno, debe de conocer más secretos que el propio primer ministro y, si continúa en su puesto, es porque sabe guardarlos. —Hizo una nueva pausa y esta vez notó en Kate West que la incomodidad que experimentaba la obligada a hablar. Lo hizo con una pregunta escueta:

—¿Y?

Carter se sintió defraudado. Por supuesto que había entendido lo que aquello implicaba, pero se negaba a transformar la idea insinuada en una idea real, compuesta de palabras pronunciadas en voz alta. No iba a darle más vueltas al asunto. Directo y al grano, se dijo una vez más.

—Que Elizabeth Gelbero fue apartada de su puesto para que usted lo ocupara. —La voz sonó ronca y grave, y Kate West se estremeció—. ¿Por qué? —preguntó.

El apartamento continuaba iluminado por la lámpara de mesa que estaba encendida junto al sofá, pero una sombra lo cruzó de lado a lado. Una sombra no real, una sombra emocional. Permanecieron en silencio. Él, con la vista fija en aquella cabellera rojiza y el rostro pálido por la emoción; ella, con la mirada perdida en el suelo del recibidor.

—Sabían que había trabajado con usted —dijo al fin, y lo miró—. Me dijeron que tenía las habilidades que necesitaban para descubrir a un posible topo que actuaba en Downing Street y me pidieron que trabajara para ellos.

—¿Qué clase de topo? ¿Para quién espía y qué información quiere conseguir?

Ella agitó la cabeza de un lado a otro, negando, y los mechones de pelo encarnado le cayeron sobre la cara, que volvía a inclinarse hacia abajo, escondiéndole la mirada.

—No lo sé —contestó.

—¿Entonces cómo puede hacer el trabajo que le han encargado? ¿Y, en concreto, qué trabajo es ese?

—He de espiar a Mason Walsh.

—¿Sospechan de él?

Ella volvió a levantar el rostro y esta vez su mirada se asemejaba a la habitual. Carter se sintió estremecer al recibirla en la suya.

—Supongo que sí. —La vio morderse el labio inferior—. ¿Qué otra posibilidad habría si no?

—¿Y qué ha descubierto? —Ella movió la cabeza de nuevo y Carter insistió—. Vamos, Kate, no voy a salir corriendo a la embajada

rusa a venderles el secreto.

—Nada.

La observó con detenimiento. ¿Decía la verdad? Ella insistió:

—Nada, créame. No he descubierto absolutamente nada.

Y él la creyó.

—Está bien —dijo—. ¿Puedo contar con su colaboración?

—No creo que sea correcto, aunque no vaya a salir corriendo a la embajada rusa a vender secretos.

Carter volvió a estudiarla con detenimiento. Aquella no era la Kate West que conocía, no del todo.

—¿No hay nada más que pueda contarme?

Ella negó con la cabeza y esta vez él no la creyó.

CAPÍTULO 11

1

El fin de semana se había mostrado cruel con él. Encerrado en su apartamento debido al mal tiempo, Carter había caminado arriba y abajo del escueto pasillo dándole vueltas al caso, pero también a la extraña actitud de Kate West. La llegada del lunes lo liberó de su cautiverio y, una vez en el Yard, a primera hora de la mañana, encontró a Thorton sentado en la oficina de miss Yeats, conversando con ella ante sendas tazas de té. El sargento llevaba unos binoculares colgados del cuello y sobre las rodillas sostenía una caja de zapatos.

—Señor —saludó, y se levantó al verlo entrar.

Carter observó la caja y elevó una plegaria a los cielos. Necesitaba que en ella se encontrara un pedazo de hebra de la que pudiera tirar.

—Pensé que tal vez no viniera directo al Yard —dijo el sargento—, pero decidí esperar por si acaso. —Dio un par de pasos hasta el escritorio de miss Yeats y colocó sobre él la caja de zapatos.

—¿Qué es? —preguntó Carter.

Thorton la abrió.

—Dinero, mucho dinero.

Carter silbó al ver los paquetes de libras bien ordenados y sujetos con gomas elásticas. Miss Yeats enarcó las cejas.

—Vaya si lo es —dijo—. ¿Cuánto puede haber ahí?

—No lo he contado —contestó el sargento.

Carter sacó uno de los fajos de billetes y lo estudió.

—Parecen auténticos.

—Eso he pensado yo también.

—¿El botín de las apuestas? —Carter enarcó una ceja y Thorton se encogió de hombros—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—En la cocina de los Jennings. Muy bien escondido, por cierto. —El sargento señaló los anteojos que le bailaban sobre el pecho de la guerrera.

—¿Ha necesitado eso para encontrarlos?

Thorton asintió.

—Anoche no podía dormir, de modo que fui a dar una vuelta y descubrí un depósito de agua desde el que imaginé que tendría buenas vistas del apartamento de los Jennings. No me engañé. Esta mañana, cuando subí, las vistas eran espléndidas. Poco después de amanecer, Emily Jennings preparó el desayuno y, tras acabarlo, se subió a una silla, tanteó la parte superior de uno de los armarios de la cocina y sacó la caja. Cogió un par de fajos de billetes, devolvió la caja a su lugar y salió.

—¿La ha seguido?

—Sí, señor. Ha tomado el autobús hasta Limehouse y allí se ha encontrado con Callum Hall, a quien ha hecho entrega del dinero. Después se ha marchado a hacer la compra. He aprovechado para adelantarme a ella y he entrado en su apartamento para hacerme con la caja.

—No ha hecho bien, Thorton. Si vuelve en su búsqueda, se dará cuenta de que se la han birlado.

—Sólo si decide contar el número de cajas, señor.

Carter lo miró perplejo y miss Yeats se le adelantó en la pregunta:

—¿Es que había más?

—Conté nueve.

—Eso suponen muchas partidas de dardos —dijo miss Yeats.

—Demasiadas. —Carter frunció los labios y se golpeó la palma de la mano izquierda con el par de fajos que aún sostenía con la derecha antes de devolverlos a la caja—. Llévela a Custodia —dijo—. Quiero que la guarden bajo siete llaves y que no la registren de momento.

—Pero eso no es posible, señor —se quejó Thorton—. Todo lo que se lleva a Custodia debe quedar registrado.

—¿No tiene usted un amigo allí?

—Sí.

—Pues pídale el favor.

Cuando el sargento se marchó, miss Yeats se acercó a él por la espalda hasta colocarse a su lado.

—¿Qué es lo que sospecha?

Carter se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Todo está aún muy oscuro, pero no quiero más interferencias en este caso. Si ese dinero sale a la luz, tendré el aliento de Pritcher sobre mi cuello y esa no es una forma cómoda de trabajar.

—Esta mañana, antes de que usted llegara, le ha telefoneado Daniel Wood.

Carter se volvió hacia miss Yeats.

—¿Ha descubierto algo nuevo?

—No me informó al respecto. Simplemente dijo que quería hablar con usted. —Miss Yeats le tendió el abrigo y el sombrero que había colgado en la percha al entrar.

—Parece que las cosas empiezan a moverse, miss Yeats, —Carter los tomó y se los puso mientras caminaba hacia la puerta— y que los dioses comienzan a otorgarme su favor.

2

Ethan Byrne dio un golpe con el puño en el escritorio de su despacho. Como siempre, el correo había llegado por conducto seguro, pero la muerte de Arlene Paige lo cambiaba todo y, tras su conversación con Silas Grant la noche del jueves, su pundonor se tambaleaba. El hecho, prácticamente irrefutable, de que los sándwiches que habían acabado con la vida de su secretaria estuvieran dirigidos a él era una complicación añadida con la que no habían contado y que dificultaba la buena resolución de la operación Clairvaux. Hasta el momento, su relación con Yaroslav se había mantenido en estricto secreto y no acertaba a imaginar cómo el NKVD había logrado ponerse tras la pista de su exagente y conocer que él, el mismísimo secretario de Hacienda, era su enlace con el MI6.

Tras recibir el mensaje, se había escapado a primera hora de la mañana para hablar con Silas Grant. Quería cerciorarse de que la orden recibida en el Boodle's Club seguía en vigor. Su honor confiaba en que Grant la retirara, pero el hombre que le había fichado para el

MI6 la confirmó sin que el más mínimo atisbo de turbación le moviera un sólo pelo del bigote. Ethan Byrne no deseaba pertenecer a aquel mundo en el que el deshonor, la traición y la vileza eran norma común. El ardid urdido para encontrar un modo seguro de reunirse con Yaroslav y recoger el sobre con el que esperaban descubrir los planes soviéticos y poner fin a un plan que podría arrojar al Reino Unido al oscuro pozo de la bancarrota durante décadas podría dar resultado, pero eso no le restaba ni una sola pizca de indignidad.

Tamborileó con los dedos sobre la pulida superficie del escritorio. Su subconsciente hacía un último intento por revocar la concesión que su honor le había otorgado a Silas Grant. La conciencia se lo pedía a gritos y Ethan Byrne chasqueó la lengua con el propósito de sofocarlos. No le gustaba el plan, pero el deber se imponía. Se levantó y arrojó su integridad por el albañal.

—Buenos días, miss West. —Asomó la cara y echó un vistazo al antedespacho del secretario de Asuntos Exteriores. Salvo su secretaria, no había nadie más—. Disculpe que la interrumpa, pero la necesito. —Estudió a la mujer, esbelta y pelirroja, que lo observaba desde detrás de su máquina de escribir, y creyó percibir un gesto de desconfianza que cambió rápido por una sonrisa.

—Por supuesto. —La oyó decir.

Vio que se levantaba y tomaba su cuaderno de notas. Ethan Byrne negó con la cabeza.

—No —dijo—, no necesito dictarle una carta. Se trata de algo diferente.

3

Carter volvió a llevarse el pañuelo a la nariz cuando entró en la sala de autopsias. Junto a una camilla de disección sobre la que descansaba un cuerpo abierto en canal, encontró al ayudante del patólogo, que estaba pesando un hígado. Notó cómo se le revolvía el estómago.

—Buenos días, inspector. El doctor Wood le espera en su

oficina.

Asintió en silencio por miedo a abrir la boca y que las náuseas que sentía se hicieran realidad en forma de vómito y cerró la puerta de la sala con rapidez, aliviado porque el encuentro con Wood tuviera lugar fuera de ella. Llamó con los nudillos al despacho del forense y esperó a oír su voz, dentro, que le invitaba a pasar.

—Buenos días. —Se levantó y le ofreció una taza de café bien cargada.

—¿Cómo sabía que la necesitaría?

—Imaginé que pasaría primero por la sala de autopsias.

Carter se quitó el sobrero y el abrigo, y tomó la taza de café, de la que dio un largo sorbo para empapar las papilas gustativas y el olfato en el sabroso sabor.

—¿Qué hay de nuevo con Jennings? —dijo después de tragar y mientras se sentaba en la silla que le ofrecía el patólogo.

—Nada. —Wood acompañó su respuesta con un gesto negativo—. No lo he llamado por eso.

Carter dejó la taza de café sobre la mesa del despacho y apoyó los antebrazos en el borde. No había nada misterioso en el tono con el que Wood había contestado, pero sí en su mirada.

—Después del sigiló con el que me encargó que investigara a los dos tipos que estaban ingresados en el Saint Thomas, pensé que la información que tengo para usted debía comunicársela de forma confidencial. Por eso le he hecho venir. —Hizo una pausa y jugueteó durante un instante con las yemas de los dedos, haciéndolas chocar entre sí—. No puedo revelarle la fuente —dijo—, espero que lo comprenda. —Carter asintió. Si después de saber lo que fuera a comunicarle necesitaba encontrar esa fuente, ya se ocuparía de ello. Ahora sólo quería conocer el misterio que Wood mantenía aún en suspenso—. Un colega con el que cené el sábado por la noche y al que comenté los últimos casos que había tenido, entre ellos el de Roy Jennings, me contó que el pasado jueves le encargaron realizar la autopsia de una mujer y que también él encontró que la causa de la muerte fue la ingesta de estricnina.

—¿Qué mujer? ¿Quién es ese colega? ¿Dónde y cuándo se

ha realizado la autopsia? —Carter sacó su cuaderno de notas y el bolígrafo—. ¿Y quién la encargó? No he sabido nada sobre un nuevo asesinato cuyas características concuerdan con el de la víctima que estoy investigando.

—Ni lo sabrá. —Daniel Wood tomó su taza de café, que Carter vio que estaba vacía, y se la llevó a los labios. El forense estaba intentando ganar tiempo—. Por eso lo he llamado.

—¿A qué se refiere, Wood? No se ande con rodeos. No tengo tiempo ni ganas de jugar a las adivinanzas.

El forense sonrió.

—Mi amigo trabaja en ocasiones para el servicio secreto —respondió.

Carter dejó caer el bolígrafo sobre el cuaderno y permaneció quieto y en silencio, con la vista fija en Daniel Wood, que se removió inquieto en la silla.

—No debería estar contándole esto, de la misma forma que mi colega tampoco debería haberse ido de la lengua conmigo. Pero el hecho de que en el transcurso de tan poco tiempo se hayan producido dos muertes por envenenamiento de estricnina le llamó la atención.

—Cierto —admitió Carter—, no debería contármelo; pero, ya que ha empezado, tendrá que narrar hasta el último detalle.

—No hay mucho que decir al respecto. Tan sólo conozco la causa de la muerte, que la víctima es una mujer cuyo cadáver fue encontrado el pasado jueves y que a él lo llamaron para que realizara la autopsia ese mismo día.

Carter apoyó los codos sobre la mesa y reposó la barbilla en las manos, mientras dejaba que el aire de los pulmones saliera poco a poco.

—¿Una mujer, dice? —preguntó. Wood asintió—. ¿Y no sabe nada más?

Ahora fue el patólogo el que respiró hondo y dejó salir un chorro de aliento del interior de su boca.

—Su nombre era Arlene Paige. ¿Le dice algo? —Daniel Wood miró a Carter—. Supongo que sí —dijo—, por la cara que ha puesto al oírlo.

—Gracias, Wood —Se levantó y le tendió la mano—, acaba de hacerme un favor cuya importancia no puede ni imaginar.

—¡Espere! —Wood no le soltó la mano y le retuvo—. Tengo algo más. —Carter ladeó ligeramente la cabeza y escudriñó con mirada expectante al forense—. El nombre del tipo que acompañaba al secretario de Asuntos Exteriores la tarde que los envenenaron es Donald Duart Maclean.

—¿Sabe quién es? —preguntó Carter a quien aquel nombre no le decía nada.

—No, pero estoy seguro de que sabrá apañárselas para averiguarlo.

De vuelta al Yard, pidió a miss Yeats una taza de té. Necesitaba sosegar los pensamientos que le habían agitado el humor hasta agriárselo durante el trayecto de vuelta.

—Esa cara no augura nada bueno —dijo la secretaria cuando le llevó la taza de té.

—Tenemos otro cadáver, aunque no quieren que lo sepamos.

—¿Con *no quieren* se refiere a ese amigo suyo del MI5?

—Retire la palabra amigo, miss Yeats, y averigüe quién es Donald Duart Maclean.

La anciana anotó el nombre en su cuaderno de notas y se sentó junto a él.

—¿Qué ha ocurrido?

—Daniel Wood me ha contado que un colega realizó una autopsia el pasado jueves por encargo de los servicios de inteligencia. Se trataba de una mujer que había muerto a causa de una intoxicación por estricnina.

Miss Yeats meneó la cabeza.

—No creo que los operarios del control de plagas sean tan eficientes con el raticida como el asesino tras el que anda. Dos muertes en menos de una semana —dijo.

—Y dos muertes en Downing Street —añadió Carter.

—El caso se complica. ¿Ha informado a Chapman de esto?

—No, ni pienso hacerlo. Al menos de momento.

—No es una buena idea. —Miss Yeats meneó la cabeza de

un lado a otro—. Ya sabe que aguarda paciente en su madriguera la mínima ocasión para comérselo vivo.

—Pues tendrá que seguir esperando. De momento, la muerte de Arlene Paige se quedará entre nosotros. —Se levantó y cogió el abrigo y el sombrero, pero no salió del despacho. Antes de hacerlo se volvió hacia miss Yeats—. Entre usted y yo —dijo—, y cierto coronel.

—¿Dónde va? —Miss Yeats también se levantó y posó la mano sobre el brazo de Carter.

—El MI5 ya ha jugado suficiente conmigo. Esta vez Roger Pritcher y yo hablaremos en serio.

—No creo que sea buena idea. No me gusta esa mirada y menos si es la que va a llevar para entrevistarse con alguien del MI5. Debería sentarse, tranquilizarse y sólo luego mantener una conversación que podría traerle consecuencias...

—No —Carter la interrumpió—, Pritcher ya me ha hecho dar muchas vueltas. Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

4

Montaría un escándalo si en Curzon Street le impedían el paso, aunque estaba seguro de que en Leconfield House sabían cómo hacer las cosas. Si no deseaban que se entrevistara con Roger Pritcher, lo echarían de allí de forma civilizada, cortés y, sobre todo, discreta. En ningún caso permitirían un alboroto que perturbara la reserva con que siempre se actuaba en la central del MI5. Pero no lo hicieron. Cuando llegó, lo sentaron de nuevo y le pidieron con amabilidad que esperara. No hubo de aguardar durante demasiado tiempo. Al cabo de unos minutos lo invitaron a pasar a la oficina en la que se había entrevistado con Pritcher el jueves anterior, probablemente cuando el agente del MI5 ya conocía la muerte de Arlene Paige. La pipa de la paz que ambos fumaron entonces con cierta cordialidad resultó tan falsa como una moneda de una libra, pero Carter no iba a reprochárselo. Cuando abandonó Curzon Street con la intención de ir a entrevistarse con Elizabeth Gelbero, sabía que Pritcher le había

ocultado información, la del hombre que había sido envenenado junto a Mason Walsh. Ahora intuía que también lo había hecho con la muerte de Arlene Paige y esto sí merecía una severa recriminación. Cuando entró en la oficina, Pritcher ya estaba allí, de pie, junto a la ventana, serio, como siempre, y marcial.

—¿Qué se te ofrece ahora, Carter?

Carter lo observó con detenimiento y supo que Pritcher se sentía desconcertado. No lograba imaginar por qué se encontraba allí y, por un instante, se permitió el lujo de sonreír para sus adentros. Sólo un instante. Lo que *se le ofrecía* era demasiado importante como para andarse con pequeñas *vendettas*, por muy satisfactorias que resultaran. Durante el trayecto en autobús, camino de Leconfield House, había proyectado su plan de ataque. No era sofisticado, pero sí, o al menos eso creía, impactante. Sólo tenía que pronunciar dos palabras.

—Arlene Paige —dijo, y la reacción de Pritcher, aunque disimulada, le indicó que había sido una elección correcta—. ¿Por qué no me dijiste que un nuevo empleado de Downing Street había sido asesinado con estricnina?

—¿Cómo te has enterado?

—No respondas a mis preguntas con interrogantes que no voy a contestar. Cuéntame todo lo que hayas averiguado de ella.

—Te dije que estabas pisando terreno resbaladizo, Carter.

—Y yo que debía resolver un caso de asesinato.

—¡Vete!

—No sin que hables conmigo. —Se acercó a la ventana, hasta colocarse a sólo unos centímetros de Pritcher.

—¡Guardia! —Pritcher alzó la voz y al momento alguien abrió la puerta—. Acompañe al inspector Carter a la salida.

—No te vas a deshacer de mí así como así, Pritcher. —Se volvió hacia la puerta—. Márchese, guardia, y déjenos solos.

Carter notó que el rostro comenzaba a encendérsele por la ira, pero nada pudo su furia contra el MI5. El camino de regreso a las puertas de Curzon Street lo realizó en compañía de dos guardias de seguridad, que sólo lo abandonaron cuando pisó la calle. Para

entonces, la cólera se había aplacado un tanto y, aunque avergonzado por haber sido expulsado con educación, pero sin atención ninguna, se sintió más humillado que enfurecido y más perdido que enojado. Chapman supo muy bien lo que hacía cuando le encargó el caso. Caminó hasta la parada del autobús y tomó uno que le llevara de vuelta al Yard. Se lamería las heridas en su despacho y, sólo cuando se tranquilizara, tal y como le había recomendado miss Yeats, reflexionaría con la frialdad suficiente como para que su inteligencia, en lugar de su furia, comenzara a trabajar para él.

Se apartó de la ventana desde la que lo había estado observando, se acercó al escritorio y descolgó el teléfono. La conversación fue breve. Cuando colgó, no se sintió mejor por ello, no era ese tipo de hombres, pero supo que el daño infligido no le gustaba. Pritcher meneó la cabeza de un lado a otro, en un gesto de desaprobación que suspendió de inmediato. Era lo que había que hacer.

Había comenzado a llover de nuevo cuando alcanzó la entrada de Scotland Yard. Evitó las escaleras y subió en el ascensor. La pierna volvía a molestarse.

—¡Maldito tiempo! —exclamó entre dientes.

Abrió la puerta de la oficina de miss Yeats y se la encontró sentada tras su escritorio, quieta y con la mirada puesta en él. Le sorprendió no verla trabajando, pero más aún el rostro preocupado que mostraba.

—¿Qué ocurre? —Los saludos estaban de más. Algo había sucedido.

—El jefe de inspectores ha llamado. Quiere verlo —Hizo una pausa— de inmediato.

Podía tratarse de cualquier cosa, incluso de una nimiedad, pero cuando Carter llamó a la puerta del despacho de Neil Chapman estaba seguro de que tal posibilidad se presentaba remota. Le aguardaba sentado tras su escritorio, con un cigarrillo en la mano y un gesto de prepotencia que confirmó sus sospechas.

—Lo imaginé al leer su expediente —dijo— y lo hablé con usted en nuestra primera conversación. —Sacudió el cigarro sobre el cenicero y las pavesas brillaron en el metal bruñido antes de caer sobre él y apagarse—. Su ascenso a inspector nada tenía que ver con su destreza y competencia como policía. El caso de Brougharry ya lo reveló: giró sobre los asesinatos como una peonza hasta que la suerte le sonrió. El de Roy Jennings lo ha confirmado.

Neil Chapman se recostó sobre su sillón y dio una larga calada al cigarro, sin quitarle la vista de encima, pero Carter se abstuvo de hacer cualquier tipo de comentario. No iba a darle esa satisfacción. Lo vio acercarse de nuevo al escritorio y apagar el cigarrillo. Sólo cuando se hubo asegurado de que en el cenicero no quedaba ninguna pavesa encendida, levantó la cara y lo miró.

—Queda usted relegado del caso —dijo— y suspendido de empleo y sueldo hasta nueva orden.

CAPÍTULO 12

1

Había que ser muy ciega para no darse cuenta de que tras el encargo que le había confiado el secretario de Hacienda se escondía algo más que un simple recado. Miró el reloj y vio que la hora del encuentro se aproximaba. Aunque todavía había luz natural, el hecho de que los días fueran cortos hacía que la tarde sobreviniera con rapidez y la lluvia que había caído durante los últimos días humedecía las frías temperaturas que el otoño ya no se molestaba en ocultar. Se ajustó el cuello del abrigo y caminó ante el primer número de Wimpole Street, la calle en la que la mayor parte de los médicos londinenses de postín pasaba sus consultas privadas. El lugar del encuentro se encontraba próximo, tan cercano como el siguiente número. Ethan Byrne había sido muy claro al respecto: «Sea puntual y, llegada la hora, pasee ante el número 3 de Wimpole Street. Alguien saldrá del café y se encontrará con usted. Recoja el paquete que le entregará y tráigamelo, por favor». Ese *por favor* había sonado a un *de inmediato*. La razón del encargo, expuesta inmediatamente después y que aludía a un sobre con sellos para la colección de su mujer que un amigo iba a entregarle, reforzaba la idea de que aquello no era un recado ordinario. ¿De verdad creía el secretario de Hacienda que era tan necia como para no darse cuenta de que la cita aglutinaba por sí misma un misterio? Sin duda su mirada debió de alertar a Byrne, que se había excusado alegando que estaba muy ocupado y no podía ir él mismo a recoger los sellos.

Paseó ante los amplísimos ventanales del café que ocupaba parte de la fachada del número 3, tal y como se le había indicado, pero no lo hizo como, estaba segura, Byrne esperaba de ella: el paseo despreocupado de una simple secretaria que aguarda a que se le entregue un inocente sobre que ha de llevar a su jefe. Por el contrario, sus sentidos estaban en alerta. En una de sus pasadas, echó un largo vistazo al interior de café, donde algunas personas tomaban un té vespertino un tanto tardío. Le resultó imposible descubrir un detalle sugerente que le indujera a construir algún tipo de elucubración. Bajó

el ala del sombrero lo suficiente para que le ocultara la mirada, pero no tanto que no pudiese ver, y atisbó alrededor. Su encuentro con Charles Carter, a la salida de Downing Street, había confirmado lo que hasta entonces habían sido meras sospechas, aunque creídas con una certeza radical, las de que Roger Pritcher la hacía seguir. Examinó el perímetro a su alrededor tanto como su vista era capaz de reconocer y no encontró ningún hombre que se adaptara a las características que su subconsciente confería a un agente del MI5, ni siquiera el tipo bajo y rechoncho, vestido con un abrigo color castaño que leía los titulares de los periódicos vespertinos en un quiosco, pero tal resultado no significaba nada. Estaban ahí, no tenía ninguna duda al respecto. ¿Y acaso no existía la posibilidad, asimismo, de que Ethan Byrne le hubiera asignado un *guardaespaldas*? Y, de ser así, ¿se darían cuenta los unos de la presencia de los otros? Sonrió para sí misma. La contingencia abría un buen abanico de posibilidades, alguna de ellas incluso jocosa.

Volvió a ajustarse el abrigo y pasó de nuevo ante los ventanales del café. Su reflexión había traído hasta el cerebro el nombre de Charles Carter y se preguntó qué sería de él. Lo había visto el jueves, al anochecer, cuando se presentó de forma imprevista en su apartamento. Su reacción de extrañeza se había mostrado de forma tan notoria que estaba segura de que a él no le había pasado inadvertida. Recordaba cada una de sus últimas palabras, estructuradas en una pregunta, «¿No hay nada más que pueda contarme?», a la que ella había respondido faltando a la verdad.

Maldijo a Pritcher con un fugaz pensamiento. Aquel hombre había trastocado su vida, a la que, tras mucho esfuerzo, había llegado a calificar de apacible, y la había obligado a traicionar a un hombre... Cerró los ojos un instante al recordar lo que pensaba de Charles Carter y la razón por la que se sentía tan fascinada por él. «Un hombre bueno», pronunció en voz baja, e inmediatamente se reprochó la benevolencia que mostraba para consigo misma. No, no lo había traicionado en aquel momento. Al menos no por primera vez. La adulteración y el artificio eran una forma de deslealtad tan alevosa como la propia mentira. La palabra revoloteó en torno a su cerebro

como una abeja indecisa ante una flor u otra.

«No darás falso testimonio ni mentirás», recitó. Desde su conversión al catolicismo, sobre el octavo mandamiento se enraizaba su propia cruz, aquella que Cristo había mandado tomar antes de seguirlo. Sólo en Francia, el día previo a su embarque secreto en Dunkerque, había podido hablar con un sacerdote francés con el que se confesó. Él la había creído y le había dado la absolución con la recomendación de que no tuviera cargo de conciencia. Su vida, le había dicho, no era una mentira, sino la tabla de salvación que Dios le había proporcionado para redimirla. Su alma se había tranquilizado y con ella sosegada había cruzado el canal de polizonte en uno de los barcos empleados para llevar a cabo la Operación Dinamo. Luego, conocer a Charles Carter lo había vuelto todo del revés. La amistad que aquel hombre bueno le profesaba le revolvía la conciencia que, no obstante, permaneció adormecida bajo los vapores del afecto y la seducción a los que ambos se entregaban entre las bambalinas de sus juegos retóricos; una conciencia cuyos reproches había estimulado la aparición de Pritcher quien, con su encomienda, había devuelto su vida a una realidad que creía olvidada y la rectitud de lo que hasta entonces había creído nobleza, a un albañal de indignidad e indecencia.

—¡Sígame!

El susurro de un hombre envuelto en un fino impermeable que pasó a su lado la sorprendió. Aturdida durante unos segundos, lo vio marchar por la acera de Wimpole Street. Lo obedeció.

Al cabo de algunos minutos, alcanzaron el número cincuenta, la casa en la que vivió Elizabeth Barret, la poetisa victoriana que había llegado a disputarle al mismísimo Tennyson el *poet laureate* tras la muerte de Wordsworth, pero el hombre no se detuvo, como si huyera de aquel edificio, igual que hizo la propia Elizabeth cuando se casó en secreto con Robert Browning, un hombre al que su padre no aceptaba y por cuyo matrimonio la desheredó. El tipo del impermeable aceleró el paso, como si pretendiera tomar un autobús que pasaba en aquel momento a su lado. Kate lo imitó y no dudó en adentrarse en un callejón cuando el hombre, apartándose

bruscamente del autobús, se introdujo en el sombrío pasadizo. Sólo entonces se detuvo y se giró hacia ella. Vio cómo se llevaba la mano al interior del impermeable y por un fugaz instante imaginó que agarraba una pistola y la apuntaba. Sin embargo, en su lugar sacó un sobre y se lo tendió. Iba a tomarlo cuando una sombra salida de algún lugar que no supo precisar se abalanzó sobre ellos. Lanzó un puñetazo al pómulo de Kate y, con un fuerte empujón, derribó al hombre del impermeable, que cayó sobre el empedrado húmedo. Kate se agachó y cogió el sobre que el hombre con el que Ethan Byrne la había citado soltó en su caída. Para entonces, el agresor se había arrojado sobre él y lo golpeaba. Kate se preguntó qué debía hacer. ¿Ayudar al tipo del impermeable, llamar a la policía? Antes de que pudiera contestarse, un tercer hombre apareció en escena. El tipo vestido con el abrigo de color castaño que leía los periódicos del quiosco se arrojó sobre el agresor y dio unos segundos de respiro al del impermeable, que rodó sobre el pavimento. Tras él quedó impreso un reguero de sangre en los adoquines. Una mancha oscura le empapaba la gabardina. Kate se arrodilló junto a él. Tenía una herida profunda en el pecho. Se llevó la mano al bolsillo de la falda y extrajo esa tela tan querida que solía acariciar. No tenía nada más a mano y la colocó sobre la herida, que presionó con fuerza, pero el empeño por contener la hemorragia resultó inútil. La navaja con la que le habían acuchillado debía de haber seccionado una arteria y la sangre manaba a borbotones. El tipo del abrigo color castaño resopló cuando el otro le propinó un puñetazo en el estómago. Durante un momento, pareció quedarse quieto, como si el movimiento lo hubiera abandonado, pero pronto reaccionó y, probablemente con la última reserva de aliento que le quedaba, se dirigió a ella.

—¡Huya! —dijo mientras se agarraba al asesino que había apuñalado al hombre del sobre y lo retenía con un esfuerzo que parecía próximo a acabarse. A su espalda, el silbato de un agente uniformado sonó como el de un tren que avisa al imprudente que cruza la vía cuando la locomotora se le echa encima. Kate no esperó a que el policía llegara. Echó a correr por el callejón y se escabulló entre las sombras del atardecer, ya completamente desplomado sobre la

ciudad.

2

Alguien llamó a la puerta del apartamento y Carter pensó que sería miss Yeats. Su relevo del caso ya de por sí habría sido un suceso que trastornaría a los integrantes de su pequeño grupo de trabajo, miss Yeats y el sargento Thorton, pero el que Chapman le hubiera suspendido, además, de empleo y sueldo sobrepasaba la sorpresa y se sumergía de lleno en el estupor. Tras el cese, y mientras recogía sus cosas, miss Yeats le había seguido por el despacho murmurando palabras de consuelo que, sin embargo, no habían logrado el efecto que perseguían. La vida le había maltratado en numerosas ocasiones, pero aquella, quizá por ser la más reciente, quiso consolarse con ese adverbio de duda, aparecía ante sus ojos como la más lacerante.

Se levantó cuando los toques en la puerta volvieron a sonar, esta vez más fuertes y seguros. No era miss Yeats. Su delicadeza no le habría permitido golpear de modo tan vehemente, de manera que fuera imposible no oírla y, por tanto, contar con la alternativa de no abrir. Estaba seguro de que, de ser ella, lo habría hecho con el sigilo suficiente como para ofrecerle la excusa de no haberla oído y cubrir con ella su deseo de mantener indemne su privacidad. Pensó que tal vez se tratara de Thorton y cuando la imagen del sargento, su compañero de investigación, acudió a su mente, un nuevo ataque de ira contra Pritcher y Chapman lo recorrió. La puerta arrancó un suspiro al aire cuando la abrió con una fuerza desmesurada fruto de la rabia. Ante él, Giles Culpepper, un compañero del Yard, se sorprendió por la furia de su apertura.

—Supongo que no vengo en buen momento —dijo—. Miss Yeats me ha contado lo tuyo —Culpepper frunció los labios y Carter adivinó tras el gesto un sincero lamento por su situación—, pero he de hablar contigo, Charles.

—Pasa. —Le indicó una butaca junto a la estufa de carbón, pero el detective se detuvo ante la mesa en la que llevaba años

montando una maqueta de tren.

—¡Qué preciosidad! —Había admiración en sus palabras—. No sabía que te gustaban los trenes.

Era una afición que venía de lejos. Siempre le habían gustado, desde niño, pero había comenzado a aficionarse en serio durante su larga estancia en el hospital. La enfermera Jefferson le proporcionó un tablero que ajustaba a la cama y en el que podía trabajar. Aquellos largos meses de inmovilidad le habían dado para comenzar a construir la maqueta que ahora Culpepper observaba con detenimiento. La estación, las casitas del pueblo, la iglesia, el puente... Todo un pequeño universo iba cobrando vida poco a poco, con el paso de los meses y los años. Se trataba de un trabajo minucioso que requería tiempo y paciencia que iba realizando en sus ratos de ocio.

—¿Quieres tomar algo? —La pregunta sorprendió al detective, que se volvió hacia él.

—No, gracias. He de volver al Yard enseguida.

Carter asintió en silencio y se dejó caer en un sillón.

—¿Te han encargado mi caso?

Culpepper negó con la cabeza.

—No —dijo—, Chapman ha tenido buen cuidado de buscar a alguien incompetente.

—¿Evenson?

—¿Quién si no? —Culpepper tomó asiento en la butaca, pero aún se entretuvo unos segundos con la vista puesta en la maqueta. Carter sabía que era bella y que llamaba la atención, como sabía que Evenson era un detective incapaz que nadie quería como compañero en Homicidios. Su elección no era gratuita. Chapman, como muy bien acababa de decir Culpepper, sabía lo que hacía—. Supongo que ese caso de Downing Street tiene lo suyo —continuó, pero Carter se abstuvo de animarlo a seguir. No quería hablar de ello y su amigo lo advirtió—. Bueno, no estoy aquí por eso y tampoco por tu cese, aunque sabes que lo siento, sino por algo que me preocupa mucho más.

Carter entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante.

—¿De qué se trata? —preguntó con interés.

—Esta tarde se produjo un asesinato en una pequeña trasversal de Wimpole Street. Un hombre ha sido apuñalado.

—¿Muerto?

—Casi en el acto. La navaja con la que le acuchillaron perforó la arteria pulmonar.

—¿Y está relacionado con mi caso? —Se negaba a admitir que ya no lo fuera.

—No lo creo. Aún estamos dando los primeros pasos, pero pienso que se trata de un ajuste de cuentas. Un agente descubrió a una mujer que huía de un callejón en el que dos hombres estaban peleando y tocó su silbato. Al oírlo, ambos echaron a correr, pero sobre la calzada quedó el cuerpo de un tercer hombre. No hemos logrado identificarlo todavía, pero por su aspecto diría que no es inglés. Si me obligaran a apostar, lo haría por una nacionalidad eslava. Aunque puedo equivocarme.

Carter arrugó la nariz.

—¿Un ajuste de cuentas entre bandas en una zona como la de Wimpole Street? —Meneó la cabeza—. No lo creo.

—Yo tampoco —admitió Culpepper—. No es lugar para que unos extranjeros vayan a matarse. —Hizo una pausa y Carter observó que el rostro de su compañero se ensombrecía.

—Venga, suéltalo ya, Giles, ¿qué pasa?

—He visto muchas veces los pañuelos bordados por tu tía —dijo, y echó la mano al bolsillo, del que extrajo una bolsita de papel que abrió con cuidado— y son iguales a este. —Culpepper volvió a callar mientras Carter observaba el pedazo de tela manchado de sangre ya seca que le mostraba y en el que, bordadas de forma primorosa, aparecían sus iniciales—. ¿Qué hacía tu pañuelo en la escena de mi crimen, Charles?

Carter seguía sin encontrar respuesta para la pregunta incluso cuando Culpepper se marchó. No podía negar que aquel pañuelo era suyo, pero ¿cómo había acabado en la escena de un crimen en Wimpole Street?

Pensó en Pritcher. No cabía otra explicación. Roger Pritcher, el agente del MI5, el pitbull capaz de cualquier cosa con tal de cumplir

con su deber de perro de presa. ¿Estaba intentado implicarle en una muerte? ¿Pero para qué? ¿Qué sentido tenía? Estaba seguro de que la decisión de Chapman de apartarle del caso no la había tomado el propio jefe de inspectores, sino que había sido impuesta desde Curzon Street después de su bronca con Pritcher a causa de Arlene Paige. Probablemente, y aprovechando la ocasión, Neil Chapman había ido un paso más allá de lo ordenado y le había suspendido de empleo y sueldo. Bien, ambos conseguían su objetivo: el MI5 se lo quitaba de encima y Chapman se cobraba la venganza que le había prometido tomar cuando el caso de Brougharry. Punto, no había más. Se frotó la frente con los dedos. Comenzaba a dolerle la cabeza. «¡Punto!», repitió para sí mismo, pero no logró detener las especulaciones en las que se había sumergido. Lo habían dejado fuera de juego, de modo que para qué molestarse en construir una prueba falsa, abandonado uno de sus pañuelos en la escena de un crimen. ¿Acaso la humillación de arrebatarle un caso e incluso de colocar su vida profesional sobre el filo de la navaja no era suficiente? Para Chapman, sí, pero para Pritcher… «¡Pritcher!», susurró con ira. Aquello era cosa de Pritcher. Retornó a su primera sospecha: estaba intentado implicarle en un caso de asesinato. ¿Pero por qué?

Apretó las sienes con las yemas de los dedos. Debía pensar y debía hacerlo con rapidez y claridad. Le había pedido a Culpepper que no hablara sobre el pañuelo y el detective había aceptado, pero con la advertencia de que no podría retener la prueba durante demasiado tiempo.

Presionó aún más fuerte. Debía pensar y debía hacerlo con rapidez y claridad, se repitió.

3

Había tomado un taxi con la esperanza de despistar a los hombres del callejón o a cualquier otro que la acechara por orden de Pritcher o de Ethan Byrne. Le había pedido al taxista que callejeara y varias veces le había visto observarla por el espejo retrovisor, como si quisiera leer en

su rostro la razón de aquel absurdo vagabundeo. Durante el largo y estúpido trayecto, sopesó las diversas posibilidades que se le ofrecían, pero ninguna era buena, ni siquiera la de buscar a Charles Carter y contarle todo, porque ese *todo* comprendía secretos que debían permanecer enterrados. Finalmente, y pese a que sabía el riesgo que implicaba la decisión, le dio al taxista la dirección de su apartamento. Tras alcanzar el último rellano y acceder al pasillo, descubrió que el *riesgo* la aguardaba.

—Cuando le ordenen que huya, hágalo —dijo Pritcher, que la aguardaba junto a la puerta—, pero no trate de volver a perderse otra vez.

Kate metió la llave en la cerradura y abrió sin dirigirle la palabra. Aquel hombre era el origen de todos sus problemas.

—¿Se encuentra bien? —Él la había seguido dentro del apartamento y cerrado la puerta. Se encontraban en el pequeño recibidor y Pritcher señalaba el puñetazo que el asesino le había asestado en el pómulo que, a aquellas horas, se mostraba inflamado. El tono amigable de Roger Pritcher suavizó el momento.

—Es sólo un golpe —contestó.

—¿Es esa la cocina? —Pritcher no esperó la respuesta y encendió la luz de una de las habitaciones que se abrían al recibidor y que, en efecto, lo era. Volvió al cabo de algunos segundos con un paño en el que había envuelto algunos cubitos de hielo—. Siéntese y déjeme ponerle esto en la cara.

Pritcher se sentó en el brazo de la butaca donde ella se había dejado caer y sostuvo el paño contra su mejilla. A Kate le extrañó que él no hablara de inmediato y comenzara a interrogarla sobre lo sucedido. Se preguntó si bajo aquel cuerpo musculado, la mirada acerada y el porte militar no se encontraría un espíritu que, de vez en cuando, se abría paso entre tanta disciplina para hacer ver su humanidad. Aliviada por el efecto del frío sobre el pómulo, fue ella quien habló.

—¿El tipo del abrigo color castaño era uno de sus hombres? —Levantó la vista y cruzó la mirada con la de Pritcher, que esbozó una ligera sonrisa—. Entiendo que sí —dijo traduciendo el gesto como

una respuesta afirmativa—. ¿Me seguía para mi seguridad o para espiarme?

Esta vez Pritcher no sonrió.

—¿Dónde está el sobre? —preguntó.

Kate cerró los ojos y, bajo la oscuridad que los párpados le proporcionaban, observó cómo se evaporaba la imagen de ese espíritu benevolente y caritativo que había imaginado. Su seguridad le importaba muy poco. El hombre del abrigo color castaño era el naipe seguro, el as que Pritcher se guardaba en la manga para cerciorarse de que las cosas funcionaban tal y como las tenía planteadas, el que vio cómo cogía el sobre y trasladó la información a Pritcher. No se lo reprochó. Ella no significaba nada para él. En el mundo de los servicios secretos, probablemente nada que no fuera el triunfo de la operación que se perseguía era importante para nadie.

—En el bolsillo interior de mi abrigo —contestó.

—Sujete. —Pritcher le cogió la mano y la obligó a agarrar el paño y a mantenerlo pegado a la mejilla. Se dirigió al recibidor y extrajo el sobre del bolsillo. Pasó un dedo por el borde y comprobó que la solapa estaba rasgada. Torció el gesto y la miró con severidad.

—Yo no lo abrí —se excusó ella—. Debió de desgarrarse durante la lucha.

—¿Y no ha echado ni siquiera un vistazo?

—No.

Pritcher ladeó la cabeza y ella insistió:

—No, no lo he hecho. ¿Cree que el contenido de ese sobre es más importante que mi vida? —Los cubitos de hielo comenzaban a deshacerse y un reguero de agua se escurrió cuello abajo, hasta perderse en el interior de su blusa. Vio que Pritcher se guardaba el sobre y le quitaba el paño, que llevó a la cocina.

—Séquese —dijo, y le tendió otro seco—. Y ahora cuénteme lo que pasó. Desde el principio.

—El secretario de Hacienda me pidió que acudiera a una cita para recoger un sobre con sellos curiosos que su mujer deseaba contar entre su colección. Dijo que había pensado pasarse él, pero el trabajo se le había echado encima y no le daba tiempo. Debía

encontrarme con alguien.

—¿Con quién? —Pritcher la interrumpió.

—No lo sé. El señor Byrne dijo que un amigo acudiría a la cita y se encontraría conmigo.

—Y usted, naturalmente, no sospechó.

—¿Importa algo lo que yo piense? —Su mirada, al posarla en la de él, debió de acerarse tanto como la de Pritcher, porque por primera vez Kate pensó que el agente secreto había dado un paso atrás, aunque fuera metafórico.

—Siga —ordenó.

—Debía encontrarme con él en el número tres de Wimpole Street. Llegó sin que me diera cuenta y me dijo que lo siguiera. Obedecí. —Volvió a observar Pritcher con mirada desafiante. Desde que lo conociera, no hacía más que obedecer. Pero en esta ocasión el espía no dio la sensación de recular, ni siquiera como metáfora—. Un autobús se acercaba y el hombre echó a correr, como si quisiera tomarlo. Yo hice lo mismo, pero en el último momento se adentró en una travesía que desemboca en Wimpole Street. Tan sólo habíamos recorrido unos pasos cuando se giró hacia mí y me tendió un sobre. Iba a cogerlo cuando un segundo hombre apareció y se abalanzó sobre él. Lucharon y el atacante logró apuñalar al tipo con el que debía encontrarme. Un tercer hombre, que unos minutos antes echaba un vistazo a las publicaciones que se exhibían en un quiosco de prensa, apareció en escena y se enfrentó al atacante. Sobre el pavimento, el hombre herido respiraba con dificultad. Me acerqué a él y traté de contener la hemorragia, pero era inútil. Entonces su hombre —Kate vio que Pritcher sonreía—, que seguía luchando con el atacante, me ordenó que huyera.

Pritcher asintió en silencio mientras desviaba la mirada y la dejaba irse por la ventana del salón, cuyos visillos estaban echados.

—¿Qué hizo luego? —preguntó.

—He estado recorriendo la ciudad en un taxi.

—¿Nada más? —Volvió a mirarla y aquellos ojos azules la traspasaron.

—Absolutamente nada.

—Bien —Pritcher se acercó a ella hasta colocarse junto al brazo del sillón donde había estado sentado—, ha tenido un día duro. Será mejor que descanse.

Kate señaló el bolsillo en el que Pritcher se había guardado el sobre.

—¿Qué voy a decirle al secretario de Hacienda? —preguntó.

—Yo me ocuparé de eso. Usted tómese el día libre mañana. —Se dirigió al recibidor, de donde cogió su sombrero y su abrigo—. Y, por supuesto —dijo antes de abrir la puerta—, no hable de esto con nadie.

4

Nunca se había sentido tan solo. Desde que Culpepper se marchara, se había enrollado en sí mismo dejándose envolver por los pensamientos y, a pesar de revisar cada detalle del caso, a pesar de saber que Pritcher le había hecho la cama con la complaciente colaboración de Chapman, a pesar de pensar que era un buen policía, se sentía vencido. La información que le había transmitido Culpepper lo enlodaba todo aún más y conducía el caos en el que estaba sumido al mismo punto de origen: Pritcher. Nadie, salvo él, tenía motivos para imputarle un asesinato. Desde que trabajaran juntos en el MI5, Pritcher lo conocía y sabía que, pese a estar retirado del caso, no cejaría en la investigación, de modo que no le había bastado con apartarle de los crímenes cometidos en Downing Street, quería buscarle un gran problema que consumiera todos sus recursos, de manera que no quedara ninguno que dedicar a los asesinatos de Arlene Paige y Roy Jennings. ¿Pero de dónde había sacado su pañuelo? Uno de sus hombres debía de haberse colado en su apartamento para robarlo. Echó un vistazo a su alrededor. No había notado nada. El que hizo el trabajo, sabía cómo no dejar rastro. Las paredes y los muebles, testigos mudos del robo, le devolvieron la mirada en silencio mientras la noche se filtraba a través de los cristales de la ventana. Dejó caer los hombros y hundió la cabeza en el

pecho. En efecto, nunca se había sentido tan solo.

Fuera la lluvia volvía a caer y la calle, que a aquellas horas solía transmitir un mutismo reparador, se había vuelto una muda insolente que, con su sigilo, parecía querer recordarle el fracaso de los últimos días. Sentado en el sillón de la salita, con una de sus pequeñas locomotoras en la mano, se mordió los labios con rabia hasta hacerse sangre. Aquel gesto le llevó a ella, a Kate West, que solía atrapar con los dientes el labio inferior cuando se sumía en una de sus reflexiones o llevarse el dedo pulgar y mordisquearlo. El sentimiento de soledad se intensificó y subió hasta la garganta como una náusea áspera y seca. Se levantó de improviso, sin pensarlo. Su subconsciente estaba al mando. Se puso el abrigo y el sombrero, cogió un paraguas y salió.

Ante él, la puerta del apartamento de Kate West volvía a alzarse como una muralla infranqueable, pero en esta ocasión llamó sin esperar a que la duda atajase su propósito. Oyó los pasos de ella acercándose al recibidor, el sonido del pestillo al ser descorrido y atrapó con la vista el brillo de la cálida luz de la salita reflejada en su cabello rojizo. Carter iba a sonreír cuando descubrió el pómulo hinchado. Frunció el ceño en un gesto de perplejidad que se tornó en colérico en el breve instante que le llevó dar un paso al frente y tomarla por la barbilla.

—¿Quién la ha golpeado? —Ella trató de zafarse y volver la cabeza para ocultar la mejilla tumefacta, pero él la retuvo—. Responda. ¿Quién? —Y entonces la claridad se hizo en su mente. La mujer que había huido de la escena del crimen, el pañuelo... Abrió la boca, como si le costara respirar, aunque tan sólo sentía desconcierto y, sin embargo, no podía ser más que ella—. ¿De dónde sacó mi pañuelo? —Adivinó el asombro en el rostro de Kate, que esta vez logró apartar la cabeza de la mano de él y esconder la mirada agazapándola en el hombro—. ¿Se lo ordenó Pritcher? —Le habría gustado que su voz sonara fría, pero retumbó ronca, como si el dolor la ahogara en una especie de estertor. Ella se volvió hacia él y le encaró. Había entendido la amarga sospecha que se ocultaba tras aquella pregunta.

—¡Claro que no!

Quería creerla, necesitaba confiar en Kate West, contarla entre sus partidarios, sentirla a su lado. Insistió:

—¿Entonces qué razón hay para que mi pañuelo acabara en la escena de un crimen? Pritcher, Chapman y ahora también usted...

Dejó la frase en suspenso mientras observaba la reacción de ella, que mostró su extrañeza. Estaba desorientada. Carter sintió que la piedad le invadía. No quería hacerle aquello. Estaba herida y sabría Dios por qué experiencia acababa de pasar, pero era preciso cerciorarse. Tragó saliva. ¡No!, se trataba de algo aún más perentorio para sus emociones: necesitaba oír que ella estaba de su parte. La vio bajar la cabeza y hundir el mentón en el pecho, derrotada. La siguió en silencio hasta la salita, donde ambos se sentaron, frente a frente, con la lluvia que azotaba los cristales de la ventana como único testigo.

—La doncella de Cricket's Lodge me dio el pañuelo que usted le prestó cuando la invadió el llanto, mientras la interrogaba. Me pidió que se lo devolviera —dijo sin levantar la mirada.

De modo que así era como lo había conseguido. Carter se preguntó por qué no se lo había devuelto. ¿Acaso por un olvido? Pero si así fuera, ¿por qué lo llevaba en aquel callejón en el que fue asesinado el tipo cuyo crimen investigaba Culpepper? Uno se olvida de algo porque lo guarda en un cajón con intención de devolverlo y no vuelve a acordarse, pero si lo lleva encima... Su mente galopaba por diversas interpretaciones y pasaba de una a otra sin que pareciera importarle que la lógica las cohesionara. Tal vez, reflexionó, lo llevaba consigo porque esa era su intención, la de devolvérselo la primera ocasión que volvieran a verse, aunque su corazón lastimado por tantos golpes prefería pensar que el motivo era distinto, uno que reflejara la necesidad de sentirse cerca de él, aunque fuera a través de un recuerdo. En cualquier caso, y por más que le hubiera gustado ahondar en ello, no era momento para dilucidar ese tipo de cuestiones, había otras mucho más apremiantes.

—¿Y cómo llegó mi pañuelo hasta aquel callejón y se empapó en la sangre de un hombre asesinado?

—¿Cómo lo ha sabido?

Ella levantó la vista y la posó en él. Su curiosidad se impuso por un instante al momento difícil por el que estaba pasando y Carter notó que sus propios labios hacían un esfuerzo por no sonreír ante la fugaz aparición de la naturaleza entrometida de aquella mujer, ante la Kate West de siempre. Sin embargo, no le permitiría a su corazón transitar por aquellos caminos. Debía devolver la conversación a la senda por la que deseaba que caminara.

—Conteste.

La oyó respirar hondo.

—El señor Byrne me hizo un encargo. —Antes de que él pudiera preguntar qué tipo de encargo, ella levantó la mano, pidiendo silencio. Parecía dispuesta a hablar y Carter rogó a los cielos que lo hiciera con sinceridad. No podría soportar una Kate West que le mintiera—. Debía ir a recoger un sobre con, según dijo, unos sellos que su mujer deseaba para su colección. Un amigo se encontraría conmigo y me lo entregaría.

Carter no pudo evitar un gesto de duda, pero ella no permitió que la expresara.

—Yo tampoco lo creí —dijo—. Ethan Byrne debe de pensar que soy idiota.

—Pero como no lo es, ¿qué elucubró acerca de ese sobre?

La vio encogerse de hombros.

—Nada en especial. Todo está tan embarullado que no supe darle una explicación lógica, pero por supuesto sabía que el paquete que iba a recoger no contenía los sellos que la señora Byrne anhelaba para su colección y que, probablemente, el hombre que me lo iba a entregar no era amigo del secretario de Hacienda.

—¿Qué ocurrió?

Kate West lo narró con un tono confidencial, como si estuviera arrodillada ante un confesionario arrepentida de sus pecados. El hombre que se acerca a ella y le pide que lo siga, la lucha, el golpe en su mejilla, el apuñalamiento del hombre que portaba el sobre, el tipo del abrigo color castaño...

—La herida sangraba en abundancia —dijo al llegar a ese punto de la narración— e intenté contenerla con su pañuelo. Entonces

oímos el silbato de un policía. El hombre de abrigo marrón me ordenó que huyera —Volvió a mirarlo— y obedecí.

—¿Vino aquí directamente?

—No, di vueltas por la ciudad en un taxi.

—¿No la siguió nadie? —Ella negó con la cabeza y Carter no dudó de que tenía razón. Era demasiado inteligente para no haberse dado cuenta. Ahora la cuestión era saber qué había hecho con el encargo de Byrne—. ¿Y el sobre? —La vio desviar la mirada de nuevo y comprendió lo que había ocurrido—. Se lo entregó a Pritcher —dijo, pero no necesitaba su respuesta. Sabía que era así.

—Vino a buscarlo.

—Supongo que el tipo del abrigo color castaño era uno de sus hombres. —La vio asentir—. Y el del sobre, un tipo de apariencia eslava —dijo.

Kate lo observó con curiosidad.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, pero él no respondió. En su lugar, pareció dar rienda suelta a sus pensamientos:

—Parece que el señor Ethan Byrne se dedica al espionaje.

—No podemos estar seguros de eso.

Él enarcó una ceja.

—Estoy seguro de que usted está segura de estar segura de ello —dijo.

Sintió una oleada de ternura al verla sonreír. El objetivo de su enrevesada broma se había alcanzado, pero ella abortó el gesto de inmediato y se llevó una mano al pómulo.

—¿Le duele?

—No.

—Seguro que sí.

—Se pasará.

Carter asintió.

—¿Qué le va a contar a Byrne?

—No lo sé. Pritcher me ha dicho que mañana me quede en casa.

—Supongo que se encargará él mismo de arreglar el entuerto —aventuró, pero Kate se limitó a encogerse de hombros.

Carter sintió una pequeña punzada en el pecho. La Kate West de siempre volvía a desvanecerse en el aire y la mujer que la sustituía no parecía mostrarse dispuesta a acotar distancias. Se preguntó por qué. ¿Tal vez se sentía avergonzada por su colaboración con Pritcher? ¿Y qué misterio ocultaba esa colaboración? ¿Por qué el MI5 había apartado a Elizabeth Gelbero y había puesto a Kate West en su lugar? La observó con detenimiento y ella apartó la mirada. «¿Qué me ocultas, Kate?», se preguntó al tiempo que sentía el escozor de los celos. Ella no le debía nada al agente del MI5, era su compañera. Suya. Buscó consuelo en el sucinto regocijo que le produjo imaginar el altercado que se produciría entre Ethan Byrne y Roger Pritcher cuando el primero descubriera que el segundo se había hecho con aquel misterioso sobre por el que había puesto en peligro la vida de Kate West. Respiró hondo y cerró los ojos durante un momento al imaginar la escena en la que ella le entregaba a Pritcher el botín que pertenecía a otro hombre. Resopló avergonzado de sí mismo. Sabía que sus reflexiones eran absurdas. Fuera lo que fuese lo que contenía aquel sobre, la reacción lógica no podía ser sino la que tuvo: entregárselo a Pritcher. Sin embargo, la conocía demasiado como para abstenerse de plantear una pregunta:

—¿Qué contenía el sobre?

La vio sonreír por primera vez.

—¿Tan curiosa me cree?

—Mucho más de lo que imagina. ¿Llegó ver su contenido?

—No lo abrí, pero en la lucha la solapa se desgarró…

—¿Y?

—Era un mensaje cifrado.

CAPÍTULO 13

1

Después de toda una noche de lluvia, las nubes continuaban aliviando su carga como si el cielo quisiera derramar sobre la tierra las aguas inagotables del diluvio universal. Miss Yeats apretó contra el pecho el paquete con bollitos que acababa de comprar en una pastelería y bajó el paraguas hasta que el fieltro de su sombrero rozó las varillas. Un hombre salía del portal cuando ella llegaba y mantuvo la puerta abierta para que pasara, un gesto que agradeció con una sonrisa. Subió las escaleras sin prisa. Un minuto más poco importaba y tenía tantas cosas que contar que deseaba conservar el aliento. Llamó a la puerta y un Charles Carter vestido de manera informal le abrió.

—No sé por qué imaginaba que era usted —dijo al tiempo que tomaba el paraguas mojado y el paquete de bollos.

—¿Quizá porque estaba observando por la ventana?

—No se le escapa nada.

—No me vanaglorio de mi inteligencia, pero poco más puede hacer aquí encerrado, salvo masticar su enfado y mirar por la ventana. ¡Oh! —dijo mientras colgaba el abrigo del perchero— y construir esa preciosa maqueta de tren de la que tanto me habla y que por fin puedo ver.

—¿Un té?

—Por supuesto.

—¿De qué son los bollitos?

Miss Yeats apartó un momento la vista de la maqueta y la posó en él.

—Deje de parlotear y vaya a hacer ese té. Yo estoy helada y usted seguramente ha desayunado mal, si es que lo ha hecho, además de que —Se volvió un instante hacia él y le dirigió una mirada significativa— tengo mucho que contarle.

Cuando volvió con la bandeja, miss Yeats ya se había sentado y jugueteaba con sus guantes de lana. Carter sirvió el té y se arrojó sobre los bollitos. La perspicacia de aquella anciana era proverbial: aparte de un café, no había desayunado.

—¿Y bien? —dijo cuando tragó el primer mordisco.

—En primer lugar, tome. —Miss Yeats le tendió una carpeta —. Aquí tiene la información acerca de Donald Maclean que me pidió. Lo encontrará muy interesante. Y, en segundo lugar, el sargento Thorton ha estado esta mañana en la oficina. —Miss Yeats tomó un bollito, pero lo abandonó sobre la servilleta que tenía sobre las rodillas—. Quería preguntar por usted.

—Muy amable por su parte, pero supongo que no ha venido hasta aquí para transmitirme el pesar del sargento por mi situación.

—No, aunque ha de saber que lo siente y también que es un hombre leal.

Carter dejó de masticar y ladeó ligeramente la cabeza. Ahí comenzaba la parte importante de la conversación.

—¿Recuerda la caja de zapatos repleta de dinero que le pidió que llevara a la sala de pruebas, pero que no registrara aún?

—Sí, el producto de las apuestas que Jennings ganaba jugando a los dardos con un hombre que no hemos logrado identificar. ¿O sí? —preguntó.

—No, o al menos el sargento no me ha informado de ello.

—Thorton no debería estar trabajando en el caso. Chapman se lo ha entregado a Evenson y, si se entera, probablemente seguirá el mismo camino que yo. Dígale que lo deje.

—No lo haré, aunque de todas formas sería inútil. Ya le he dicho que es un hombre fiel. No parará hasta encontrar la forma de devolverle el caso, el empleo y el suelo; y yo, tampoco.

El pedazo de bollito que tenía en la boca a medio masticar se le atascó en la garganta. La soledad de la noche anterior, esa intensa negrura en la que el alma se ahoga, se había visto paliada por la visita a Kate West. Su sola presencia bastaba para extinguir la oscuridad. Ahora, la demostración de amistad que tanto Thorton como miss Yeats le brindaban avivaba la luz que Kate West había prendido.

—No se me haga el tierno y cierre ese martirologio particular por el que navega.

Las palabras de miss Yeats le arrancaron una sonrisa. Perspicacia, se repitió mentalmente, agudeza, intuición, sagacidad,

ingenio... Aquella bendita anciana andaba sobrada de todo ello.

—Siga —dijo sin dejar de sonreír.

—No creo que Thorton haya descubierto la identidad del hombre con el que Jennings jugaba a los dados o me lo habría comunicado para que se lo transmitiera, sin embargo, se ha hecho con una información que puede resultar muy jugosa y no sabía qué hacer con ella, de modo que espera órdenes.

—No puedo dárselas. Estoy fuera del caso y ambos lo saben.

—Por eso le hablaba de su lealtad. —Miss Yeats apartó los guantes que había dejado al borde del reposabrazos y se apoyó sobre él, inclinándose hacia delante como una profesora que va a regañar a un alumno díscolo—. Espero que usted corresponda con la misma fidelidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que Thorton se encuentra en una duda que usted debe resolver.

—Miss Yeats, no siga dando vueltas y vaya al grano. ¿Qué ha ocurrido?

—El encargado de custodia de las pruebas al que el sargento pidió que no registrara la caja con el dinero se ha percatado de algo curioso. Resulta que el dinero de Jennings es falso, pero no sólo eso, parece ser que se trata de una falsificación de una calidad extraordinaria.

—Dinero falsificado... —Carter dejó sobre el platillo el bollito que había estado mordisqueando y se sumió en sus pensamientos—. ¿Jennings era un falsificador? —dijo al cabo de unos minutos—. No puede haber otra explicación. Nunca he creído que pudiera ganar tanto apostando a los dardos. ¿Y esto de qué forma afecta a su muerte? —Miró a miss Yeats, que se encogió de hombros.

—No lo sé, pero recuerde que la mujer de Jennings le entregó parte de ese dinero a Callum Hall.

—¿Cree que los tres estaban en el negocio?

—Es posible.

—Y, si así fuera, tal vez Jennings no quería repartir el dinero con Hall, con quien es posible que su mujer mantuviera una relación

romántica clandestina, de modo que ambos decidieron acabar con él. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que situando el origen del asesinato en Downing Street? La apuesta era arriesgada, pero la investigación se complicaría tanto que sus probabilidades de salir indemnes aumentaban.

—Es una bonita historia.

La voz de miss Yeats sonó mordaz y Carter arrugó el ceño.

—¿No la cree posible?

—Jennings obtenía el dinero del hombre con quien jugaba a los dardos.

—Entiendo lo que quiere decir. —Carter asintió con la cabeza—. Jennings no era el falsificador, pero mi divagación aún podría sostenerse. Roy Jennings blanqueaba dinero falsificado. Su mujer y Callum Hall estaban al tanto y exigieron su pellizco, una parte del botín que tal vez Jennings no deseaba repartir con ellos...

—Que además mantenían una relación adúltera. Verdaderamente le hacía falta comer.

—Suena rocambolesco, lo sé —admitió Carter.

—Demasiado incluso para una mala novela policíaca. Acabe el desayuno y descanse. Estoy segura de que entonces su mente abandonará el cráneo del escritor de folletines en el que se ha acomodado y volverá a pensar como el inspector que es. Además... —Miss Yeats le guiñó un ojo—, hay una idea que me ronda la cabeza, pero que no soy capaz de capturar. Voy a repasar los informes del caso, tal vez pueda encontrarla allí.

—Pero los informes debe de tenerlos ya Evenson.

—Los originales, sí; pero las copias están en el vasar de mi oficina, debajo de la tetera.

Carter esbozó una mueca de burla.

—¿Cómo no voy a incluirla en mi martirologio particular, miss Yeats?

—Espero que sea en el apartado de santos y no en el catálogo de mártires.

El reloj de St. Mary-le-Bow dio la media y la anciana se levantó.

—Debo irme. Aún he de ocuparme de otro asunto.

—¿Cuál?

—Uno que no es de su incumbencia. ¿Qué he de decirle a Thorton? No sabe si ha de trasladar la información sobre el dinero falsificado al detective Evenson de inmediato o aguantarla en secreto para concederle a usted un tiempo extra.

—No estoy investigando el caso por mi cuenta, si es lo que quiere decir con esa frase rebuscada.

—Pero sí continúa pensando en él. Bien, ¿qué le digo?

—Que espere. —Carter pensó que, de no tener tanta confianza con miss Yeats, se habría sonrojado—. Necesito ese tiempo extra.

Resguardada de la lluvia bajo el paraguas, miss Yeats apresuró el paso camino de la parada de autobús. Antes de salir del Yard, había efectuado una llamada telefónica que la había sorprendido y, desde entonces, la curiosidad la abrasaba. Quería comprobar si lo que le habían dicho era cierto, pero sobre todo necesitaba conseguir una ayuda complementaria que multiplicara ese tiempo extra que Thorton iba a ganarle a su jefe.

—De modo que es verdad. —Miss Yeats levantó las cejas, sorprendida, cuando Kate abrió la puerta de su apartamento—. ¿No se encuentra bien? —La anciana no esperó a que la joven la invitara a entrar. Cerró la puerta y se quitó el abrigo, que colgó en el perchero —. Llamé a su oficina esta mañana, pero me dijeron que se había tomado el día libre porque se sentía mal. Pensé que se habría resfriado —Se volvió hacia Kate y en sus ojos chispeó un destello de ternura—, pero jamás habría imaginado esto… —Le acarició la mejilla—. ¿Le duele?

—Un poco.

—¿Quién la ha golpeado?

—Nadie. Me caí en la calle.

Miss Yeats torció el gesto.

—¿De verdad cree que me voy a tragar eso, querida?

—Necesito que lo haga.

La anciana dudó.

—No creo que sea lo adecuado. —Meneó la cabeza como si quisiera expulsar de ella la decisión de dejar pasar el asunto—. En circunstancias normales, tenga la seguridad de que no tardaría ni un minuto en llamar al inspector y ponerle al corriente de este feo asunto. Él, de una u otra forma, le arrancaría la verdad, pero el momento no se presta a ello. De hecho, he venido por él.

—¿Le han...?

Kate no acabó la frase. No podía preguntarle si le habían detenido. Por el comentario que acababa de hacer respecto de su pómulo hinchado, resultaba obvio que la anciana no se encontraba al corriente de la visita que Charles Carter le había hecho la noche anterior, pero desconocía si miss Yeats estaba al tanto del hallazgo del pañuelo que parecía inculparlo de un crimen sobre el que, por otra parte, debía callar. No quería ni imaginar lo que Pritcher haría con ella si se fuera de la lengua.

—¿Ya lo sabe? —La anciana entrecerró los ojos y la observó con mirada inquisitiva.

—¿Qué?

Kate vio que miss Yeats enarcaba una ceja. Era una mujer demasiado sagaz para no percatarse de que le ocultaba algo de suficiente envergadura como para hacer sonar todas las alarmas que aullaban no mucho tiempo atrás cada vez que los bombarderos alemanes se acercaban al cielo londinense. Sin embargo, debió de considerar que, fuera lo que fuese, podía esperar, porque continuó la línea trazada por el propósito que la había llevado hasta allí.

—Que Neil Chapman le ha relevado del caso —contestó.

—¿Pero por qué? —Kate dejó caer los brazos y notó que las palmas de las manos se frotaban inquietas contra la lana de la falda—. La investigación apenas lleva unos días en curso. —Recordó el comentario que miss Yeats le había hecho, cuando la visitó en el Yard, acerca del motivo por el que el jefe de inspectores había encargado el caso de Downing Street a Charles Carter—. Por mucho que quiera hundirle, no le ha concedido el tiempo suficiente. Estoy segura de que el comisario jefe así lo entenderá y le devolverá el caso si se acude a

él. Usted podría hacerlo.

Miss Yeats la hizo callar con un gesto de la mano.

—Intuyo que tras esta destitución se oculta un incidente de mayor calado que la inquina personal de Chapman, pero el inspector no ha querido contármelo. Algo grave ha debido de suceder. No sólo le ha quitado el caso, también le ha suspendido de empleo y sueldo.

Kate apartó la mirada y se alejó de miss Yeats. Fue a refugiarse en la ventana de la salita, salpicada por las gotas de lluvia. En efecto, algo muy grave había ocurrido y era obvio que miss Yeats lo desconocía. Si hubiera devuelto el pañuelo que Ruth le entregó, nada de aquello habría sucedido. Notó que se le humedecían los ojos y que la mente no hacía esfuerzo alguno por evitar derrumbarse por una escarpadura de pensamientos trastornados. Entre ellos, las palabras que Charles Carter había pronunciado en esa misma salita, la noche anterior, atronaron en sus oídos con meridiana claridad: «¿De dónde sacó mi pañuelo? ¿Se lo ordenó Pritcher?». Extraviado el dominio de sí misma entre aquellas amargas preguntas, dos recias lágrimas resbalaron descuidadas por las mejillas hasta alcanzar, con su sabor salado, la comisura de los labios y evocaron en un susurro la recriminación del inspector: «Pritcher, Chapman y ahora también usted…». Charles Carter se había sentido traicionado por ella. Un dolor insondable le retembló en el corazón de nuevo, un dolor que se le había prendido al alma desde que él articuló aquel reproche desolador. A su espalda, miss Yeats continuaba hablando. Oyó que la interpelaba, pero no entendió respecto a qué.

—¿Lo haría?

La voz de la anciana sonó inquisitiva en esta ocasión. Se secó la cara con el dorso de la mano y se volvió.

—¿Qué?

—Que si lo haría. ¿Lo ayudaría, querida?

Kate pestañeó, perpleja. Claro que podía ayudarlo. Podía plantarse en el despacho de ese tal Neil Chapman y contarle que había sido ella quien dejó el pañuelo ensangrentado junto a la víctima del callejón que desembocaba en Wimpole Street. Le diría que Charles Carter nada tenía que ver en aquel asunto, le llevaría hasta el mismo

despacho de Pritcher si hiciera falta, aunque aquello supusiera para ella el final. Se dirigió al dormitorio y comenzó a vestirse mientras miss Yeats continuaba hablando en la salita.

—El sargento Thorton le ha ganado un poco de tiempo extra y yo tengo una pequeña intuición sobre lo que se traía entre manos ese tal Jennings, pero ahora que al inspector le han relevado del caso, sólo contamos con usted dentro de Downing Street.

Kate, que acababa de ponerse las medias, levantó la cabeza y dejó que la mirada recorriera durante un instante las paredes del dormitorio. Sumida en sus reflexiones, no había prestado atención a las pretensiones de miss Yeats. Cómo no se le había ocurrido a ella misma. Chapman podía esperar. Se sentó ante el tocador, se desabrochó la blusa y dejó al aire la parte superior del escote. Existía una pequeña posibilidad y no iba a desaprovecharla.

—¿Se me nota mucho? —preguntó de vuelta a la sala. Vio que miss Yeats sonreía.

—En absoluto, querida. —Se acercó a ella y le estudió la cara con detenimiento—. Nadie diría que, bajo esa capa de maquillaje, tiene el pómulo del color de la berenjena.

2

Carter volvió a sentir el mordisco de la soledad cuando miss Yeats se fue. Se percató de que se había olvidado los guantes sobre el reposabrazos del sillón y los cogió. Hasta la nariz le llegó el olor a rosas con que los perfumaba y hubo de hacer un esfuerzo por no llevárselos al pecho y colocarlos junto al corazón. Cuánto apreciaba a aquella anciana que trabajaba a espaldas de Neil Chapman para devolverle su empleo y que lo conocía demasiado bien como para no saber que, pese a estar fuera del caso, seguía sin apartarse de él, al menos mentalmente.

Las últimas veinticuatro horas las había pasado revisando cada detalle de los que conocía e intentando establecer conexiones, algunas de las cuales se le antojaban tan fantasiosas que sólo podrían

adquirir visos de verosimilitud en las novelas policíacas que tanto atraían a miss West. Se preguntó si alguna de sus cábalas podría interesarle al ídolo literario de Kate, Agatha Christie. Sonrió al pensarlo. Una vez le había dicho que su sueño platónico era trabajar para ella, al menos en una de sus novelas. De realizarse, probablemente la reina del crimen tendría problemas para derrotar al ingenio de su secretaria. Volvió a sonreír, pero los labios pronto adoptaron el rictus severo que la gravedad de la situación requería.

Pensó en Ethan Byrne y en por qué le habría pedido a Kate que recogiera un paquete para él. Chasqueó la lengua. No era ningún misterio. Lo habría sido si el colega de Daniel Wood, dada la coincidencia de que un nuevo caso de envenenamiento por estricnina se hubiera producido en el personal de Downing Street, no se hubiera ido de la lengua y le hubiese contado la autopsia clandestina que había practicado para el MI5. Byrne habría sido avisado por el servicio secreto de que los sándwiches envenenados que acabaron con la vida de su secretaria iban, con toda probabilidad, destinados a él. ¿El motivo? Sin duda ese mensaje cifrado que Kate West había llegado a atisbar y por el que el infame secretario de Hacienda no había tenido reparo alguno en ponerla en peligro. Se trataba de una maniobra temeraria de la que, de un modo u otro, le pediría cuentas. Si de la sonrisa que antes le recorrió el rostro quedaba algún resto, se convirtió en sombra. Byrne se las vería con él. Se levantó y fue a la cocina a prepararse otro té. Al volver al saloncito, cogió el último pastelillo que quedaba y lo mordió. Lo masticó lentamente mientras su cerebro saltaba a Roy Jennings.

De acuerdo con la información que había logrado recopilar, Jennings llevaba al despacho de Ethan Byrne una bandeja con la merienda poco antes de que se descubriera que Mason Walsh y el diplomático Maclean habían sido envenenados. El secretario de Hacienda no estaba en su despacho, había salido de forma inesperada, tal y como después declaró Arlene Paige que le estaba contando al cocinero justo cuando el propio Byrne llegó.

Bien, se dijo, hasta ahí el relato de los hechos parece indiscutible. Las declaraciones del resto del personal lo habían

confirmado. Poco después, la camarera Celestine Burton había realizado la misma operación, pero en esta ocasión el destino era el despacho del secretario de Asuntos Exteriores. Su secretaria, Elizabeth Gelbero, la había recibido en el antedespacho y, al introducir la merienda en el despacho de Mason Walsh, había descubierto a su jefe en el suelo, junto al hombre con quien se entrevistaba en aquel momento, con evidentes síntomas de envenenamiento. Tras dar la voz de alarma, el servicio de seguridad se había hecho cargo de la situación y probablemente había descubierto detalles que le habían ocultado. Meneó la cabeza, enfadado. Pritcher nunca había jugado limpio con él. Se forzó a beber un sorbo de té y calmarse de nuevo. No podía hacer nada contra eso. Tan sólo contaba con sus propios descubrimientos y estos seguían un camino que hasta entonces no le habían conducido a ninguna parte, pero por el que estaba dispuesto a transitar de nuevo en busca de ese diminuto fragmento de la realidad acontecida que pasa inadvertido hasta que se hace presente y da la clave que lleva hasta la resolución del caso. Hizo un esfuerzo por concentrarse y continuó.

El MI5 había ordenado a Celestine Burton que permaneciera en casa durante unos días y que, como excusa, adujera un fuerte resfriado. Era comprensible, querían sacarla de escena y asegurarse de que no se iba de la lengua. Un mínimo comentario emitido en el lugar equivocado podía estropear la investigación que Pritcher estaba llevando a cabo. La misma orden se había dado a Elizabeth Gelbero, una decisión que sería comprensible si la secretaria de Mason Walsh no hubiera demostrado su lealtad y absoluta discreción a lo largo de los treinta años que llevaba trabajando para el gobierno. La razón que había llevado a Pritcher a apartar a Gelbero era, pues, muy distinta a la que le condujo a hacerlo con Celestine Burton, y el único motivo lo suficientemente potente como para prescindir de una mujer de estricta confianza en el cumplimiento de sus deberes sólo podía explicarlo el nombre de Kate West. Habían apartado a Gelbero para que ella ocupara su lugar. Carter detuvo un instante su reflexión para dejarla correr por otros derroteros. Era una apuesta arriesgada. ¿Por qué Pritcher no había utilizado a la propia Gelbero para que realizara el

trabajo que le había encomendado a Kate? ¿Acaso profesaba una fidelidad a Mason Walsh que le hubiera impedido llevar a cabo las tareas de investigación que sin duda Pritcher había encargado a miss West? Era una posibilidad, aunque no lo creía. Elizabeth Gelbero había trabajado durante tres décadas para el gobierno, pero sólo poco más de un año para Walsh, según había comprobado miss Yeats para él. O Gelbero y Walsh compartían algún secreto, un hecho que Carter no creía probable pero que tampoco descartaba, o Kate West desempeñaba un papel en este drama que no era capaz de aprehender por completo.

Aparcó a la joven pelirroja que tantos desvelos le causaba y volvió a centrarse en el caso. Gracias a Daniel Wood y a los informes que miss Yeats acababa de entregarle, ahora sabía que el hombre que se encontraba con el secretario de Asuntos Exteriores cuando se produjo el intento de envenenamiento era Donald Duart Maclean, un diplomático británico destinado a la embajada en los Estados Unidos que ocupaba el puesto de secretario en el Comité de Política Combinada y disponía de acceso total a los archivos de la Comisión de Energía Atómica norteamericana. Comenzaba a disponer de una visión panorámica de lo que se jugaba en Downing Street y, pese al resentimiento que sentía por Pritcher, entendía la preocupación del agente del servicio secreto e imaginaba el estrés al que debía de haberse visto sometido. Ese nombre, Donald Duart Maclean, explicaba por sí mismo el extraordinario interés del MI5 por el caso. La noticia de que Walsh y Maclean habían sido encontrados con evidentes signos de envenenamiento en el despacho del secretario de Asuntos Exteriores debió de hacer saltar todas las alarmas. Mason Walsh había sido dado de alta el mismo día, pero Maclean hubo de permanecer en el hospital con, según le había contado Daniel Wood, pronóstico reservado. Se detuvo en este detalle. Walsh y Maclean habían sido envenenados, más el segundo que el primero, se dijo, y su cerebro silenció los pensamientos durante un instante, como si quisiera llamar la atención sobre ello. Sopesó ese *más el segundo que el primero* que acababa de asomar entre sus reflexiones. Ahí radicaba sin duda la razón por la que Pritcher quería mantener a Walsh vigilado. El hecho

de que el secretario de Asuntos Exteriores no hubiera sufrido más que una leve indigestión que le había permitido reincorporarse a su trabajo un día después, mientras que Maclean había estado a punto de morir, cargaba las sospechas sobre Walsh, más incluso cuando aún no se había dilucidado cómo llegaron los sándwiches envenenados a su despacho. En su conversación con Mason Walsh, el día que encontró a Kate en Downing Street, el secretario de Asuntos Exteriores había admitido, sin explicitar el nombre, que el hombre que se encontraba con él se ausentó al aseo y encontró los sándwiches a su vuelta. Lo mismo que le había ocurrido al propio Walsh que, a su vez, declaró que se encontraba en el archivo en busca de un documento y que, cuando regresó al despacho, tanto Maclean como la bandeja estaban allí. Ambos podían estar diciendo la verdad o quizá uno de ellos mentía. Carter, como imaginó que hacía Pritcher, se inclinaba por Mason Walsh. No le habría resultado demasiado difícil ocultar un servicio de té y unos sándwiches envenenados en el archivo, desde el que los podría haber sacado durante la ausencia de Maclean, a quien le habría resultado imposible realizar esa misma acción. ¿Dónde iba a esconder la bandeja, el servicio de té y los sándwiches?

Si tales eran las suposiciones de Pritcher, tenía que admitir que resultaban acertadas y quizá la elección de Kate West para sustituir a Elizabeth Gelbero también, si esta se hubiera mostrado renuente a espiar a su propio jefe, un hecho que explicaría la presencia de su venerada pelirroja en Downing Street, de cuyas dotes detectivescas habría sabido Pritcher de alguna forma que no llegaba a imaginar. Su cerebro hizo un amago de adentrarse de nuevo por los complicados vericuetos por los que la joven le conducía, pero lo rechazó de inmediato. No era el momento. Debía centrarse en el caso.

Se llevó los dedos a las sienes y las masajeó. Hasta ese momento de la tarde del martes, cinco de noviembre, lo tenía más o menos claro, pese a los puntos oscuros sobre los que aún no había logrado arrojar ni un poco de luz. Una luz escasa que menguaba con los acontecimientos sucedidos después. Primero, la muerte de Jennings. En un principio parecía obvio que se debía a un terrible error. El cocinero, tal y como hacía el resto del personal de servicio, se

llevó a casa unos sándwiches de los que habían sobrado. Su mujer iba a pasar la noche fuera con unas amigas y esos emparedados bien podían solucionarle la cena. Su última cena. Roy Jennings había tenido la desgracia de elegir los bocadillos que aún quedaban envenenados y que le habían provocado una muerte que jamás llegó a imaginar. El mismo caso que el de Arlene Paige, cuyo jefe, Ethan Byrne, no había querido merendar y le había dado permiso para quedarse los emparedados que Jennings le había llevado para la merienda. ¿Una simple coincidencia? Carter meneó la cabeza. En el caso de Arlene Paige, sí; pero la reciente información acerca del dinero falsificado abría una nueva puerta para explicar las razones del asesinato de Jennings, un crimen que era probable que no desempeñara ningún papel en lo devanado hasta ahora en su larga reflexión, salvo la de complicarlo todo.

Carter jugueteó con los guantes de miss Yeats, que aún tenía entre las manos. Llegados a este punto, el problema se complicaba tanto que no le veía solución. ¿Quién era el objetivo de los sándwiches envenenados con estricnina: ¿Walsh? No lo creía. ¿Maclean? Era una posibilidad bastante más sugerente. El diplomático resultaba una buena pieza a cazar, pero no la única, al parecer. Byrne se unía al club de los envenenados, aunque el intento de asesinato del secretario de Hacienda lo hubiera pagado Arlene Paige con su muerte. El asunto del sobre y el asesinato del callejón reforzaban esta tesis, pero seguía sin encontrar una línea de puntos que le permitiera unir el caso en un todo con una lógica explicable y verificable.

Walsh, Maclean, Byrne... ¿Cada uno por separado? ¿Todos juntos? Carter sintió que la exasperación comenzaba a nublarle el entendimiento. Kate West volvió a su mente, pero no como un elemento reparador, sino como una especie de pomada vesicante que le cubrió la piel, no de ampollas, sino de temor. Byrne la había puesto en peligro. Byrne temía ser asesinado, por eso la envió a ella a recoger el paquete.

—¡Maldito seas, Byrne, podían haberla matado! —bramó, como si el secretario de Hacienda estuviera allí y pudiera oírle. Se golpeó una mano con los guantes de miss Yeats para calmar la furia—.

Arriesgaste la vida de una mujer para poner la tuya a salvo, cobarde.

La lluvia repiqueteó sobre el cristal de la ventana y el sonido hizo que su atención se volviera hacia ella. La observó caer furiosa, entre las ráfagas de viento que la agitaban en remolinos. Hipnotizado por las gotas de agua, y aún con el recuerdo de Byrne en la memoria, hacia el sobre que Kate West había arrancado al cadáver del callejón, el mensaje cifrado que Pritcher se había llevado con él. ¿Acaso el interés del agente del servicio secreto se había trasladado de forma repentina desde el despacho del secretario de Asuntos Exteriores al del Hacienda? Bajó la vista y la posó sobre los guantes de miss Yeats, donde quedó pensativa y perdida.

¡Los guantes de miss Yeats!, se dijo. El dilema de Thorton con respecto a la caja en la que Roy Jennings guardaba dinero falsificado se hizo de nuevo sitio entre la nubosidad de su mente. Ethan Byrne, el secretario de Hacienda, unos billetes falsificados con tanta fidelidad que sólo un experto podría distinguirlos de los legales y, ahora sí, la muerte de Jennings.

Se levantó de un salto y corrió al dormitorio para vestirse con ropa de calle. Debía visitar a Benedict Jones, su antiguo compañero en el MI5, y pedirle un favor. Un enorme favor. Pero antes debía hablar con Mason Walsh.

CAPÍTULO 14

1

Antes de acceder al edificio donde se encontraba su despacho, Kate sacó un espejo de bolso y se estudió el rostro. El maquillaje hacía su trabajo y, salvo por el dolor que sentía, en especial cuando realizaba algún movimiento brusco con los músculos faciales, el cardenal que le cubría el pómulo quedaba perfectamente camuflado. Saludó al guardia que custodiaba la entrada y comenzó a subir las escaleras camino de su despacho. Trabajar en Downing Street para resolver un entuerto como en el que se veía envuelta habría sido, sin duda, una experiencia que, de haber llegado de forma diferente, le habría excitado la curiosidad y emocionado. Sin embargo, las cosas se habían complicado tanto, en especial en lo tocante a Charles Carter, que lo único que deseaba era liberarse de todo y volver a su rutina habitual, si es que, tras lo acontecido durante la última semana, era posible.

A primera hora de la mañana, antes de que miss Yeats la visitara, Pritcher la había telefoneado y le había contado una versión de los hechos ocurridos la tarde anterior que debía repetir si Ethan Byrne se ponía en contacto con ella, claro que, entonces, el agente del MI5 presuponía que obedecería sus órdenes y se quedaría en casa. Cuando alcanzó el pasillo en el que se encontraban los despachos de Mason Walsh y Ethan Byrne, notó que las piernas le temblaban. No deseaba encontrarse con el secretario de Hacienda. No quería mentirle ni que, desconfiado, la interrogara. Tan sólo, se repitió, ansiaba retomar la normalidad de una vida corriente, aun cuando ello condujera a una existencia soporífera. Pero esos planes habrían de esperar. Antes debía encontrar el modo de ayudar a Charles Carter.

Mason Walsh no se encontraba en el despacho, pero había dejado una nota con una larga lista de tareas que esperaba, según dejó escrito al final del listado, estuvieran acabadas para cuando llegara, entre ellas la de reorganizar su agenda personal para el día siguiente. Entró en el despacho de Mason Walsh y anotó en su dietario las indicaciones que le había dejado en la lista de tareas. Ojeó la libreta, bellamente encuadernada en piel, y descubrió que la mayor parte de

los días aparecían en blanco. Notó cómo en los labios se le perfilaba un gesto de desdén. Al parecer, el secretario de Asuntos Exteriores mimaba su tiempo y optaba por mantener un programa de trabajo relajado. Pasó las páginas de la agenda hacia atrás mientras reflexionaba sobre las exigencias laborales que se demandaba a la clase política y las que se reclamaban al pueblo llano. Septiembre, octubre, noviembre... Salpicadas aquí y allá en las páginas del dietario, aparecían algunas reuniones y poco más. Su mirada se detuvo en el cinco de noviembre. Una breve nota escrita con letra apresurada señalaba que, para la tarde de ese día, Mason Walsh tenía prevista una reunión con Ethan Byrne que no debía de haberse producido, porque aparecía tachada con una línea, junto a las que Walsh había escrito la palabra *anulada*. No recordaba haber visto esta cita en su propia agenda. Volvió al antedespacho y comprobó el dietario en el que llevaba el día a día del secretario de Asuntos Exteriores. Buscó el cinco de noviembre y comprobó que tenía razón. Elizabeth Gelbero no había anotado en su agenda la cita entre Walsh y Byrne. La única razón que explicaba aquel error en la duplicidad de las anotaciones radicaba en que Walsh no hubiera comunicado a su secretaria la reunión. Tal vez porque se había acordado en el último momento o quizá porque no deseaba que nadie, salvo él mismo y el propio Byrne, tuviera conocimiento de ella. El hecho, en cualquier caso, resultaba sugerente y exigía una reflexión a la que se entregaría más tarde. En ese momento, debía aprovechar la libertad que le brindaba la ausencia de su jefe para explorar de nuevo la zona más privada del entorno laboral de Mason Walsh.

El archivo al que se accedía directamente desde el despacho del secretario de Asuntos Exteriores le estaba vetado. Sólo podía entrar en él con una autorización expresa de Mason Walsh, pero, puesto que este, según le había informado en la nota, iba a pasar la mañana en su club, reunido con alguien del Foreign Office, tenía tiempo de sobra para volver a repasarlo de arriba abajo. Sonrió al pensar en ello, porque sólo aquellos que no la conocieran a fondo serían tan ingenuos de pensar que no lo había hecho ya.

Sin embargo, el teléfono sonó cuando se disponía a entrar en

el archivo. Era miss Yeats. Quería saber dónde se encontraba Mason Walsh. No le explicó el porqué, pero Kate le dio la información. Luego, se dispuso a penetrar en el archivo del secretario de Asuntos Exteriores.

Examinó de nuevo cada estante y cada carpeta de aquellas a las que tenía acceso. Tan solo un armario se había escapado a su registro. Estaba cerrado con llave y jamás había dispuesto del tiempo necesario para revisarlo. Miró hacia la puerta. El silencio llenaba el despacho de Mason Walsh. Se arrancó una horquilla del pelo y jugueteó con la cerradura. Le parecía sorprendente que, fuera lo que fuese aquello que guardaba el armario, no estuviera custodiado tras las fuertes paredes de una caja fuerte. Imaginó que, en realidad, allí tan sólo se guardarían documentos muy secundarios y que tal era el motivo de que ella, tras oír un clic, pudiera abrirlo con una simple horquilla del pelo. Volvió a prestar atención al despacho. Seguía tan silencioso como un mausoleo. Abrió el armario y escudriñó su interior. En efecto, había documentos a los que echó una ojeada. Se preguntó si Pritcher aprobaría aquella licencia que se estaba tomando. No obstante, tampoco sacó demasiado en claro. No eran documentos que se pudieran entender de un solo vistazo, al menos no alguien como ella, que no estaba al tanto de los hechos a los que hacían referencia. Tanto daban, pues, los documentos archivados en los cajones a los que tenía libre acceso como los guardados bajo llave. Si en aquel archivo había algo que pudiera implicar a Mason Walsh en el intento de asesinato de Maclean, Pritcher debería haberle dado al menos una pista para saber qué buscar. Iba a cerrar el armario cuando algo llamó su atención. Parecía el pico de un sobre. Levantó las carpetas bajo las que estaba oculto y se percató de que no era un sobre en realidad, sino varios y muy pequeños, como los que se utilizan para introducir una tarjeta de presentación que acompaña a un ramo de flores. Cogió uno de ellos y lo abrió. Su contenido la sorprendió. Un polvo blanco se le escurrió entre los dedos. Tomó una pequeñísima porción en la yema del dedo índice y se la llevó a la lengua. No era tan experta como para definir con absoluta certeza la naturaleza de aquellos polvos, pero sí lo suficiente como para corroborar que Mason Walsh consumía drogas y

que, probablemente, aquellos instantes en que se ausentó de su despacho, mientras Maclean acudía al aseo, no tuvieron otra razón que la de esnifar una cantidad del contenido de aquellos sobrecitos.

Volvió a su oficina decepcionada. El descubrimiento no hacía sino corroborar una información que, estaba segura, Pritcher no sólo conocía, sino que ya tenía comprobada. La mañana se acercaba a su final y no había averiguado nada. Tomó uno de los expedientes que el secretario de Exteriores le había ordenado teclear y lo miró con desgana. No estaba allí para hacer el trabajo de Elizabeth Gelbero. Se encontraba en aquel despacho para encontrar la pieza que diera sentido al rompecabezas en el que Charles Carter se hallaba perdido y que le había costado el puesto. Pasó el dedo de forma inconsciente por la superficie pulida de su mesa de trabajo y, sin querer, empujó la grapadora, que cayó al suelo de madera con un golpe seco, pero sonoro. Se agachó para recogerla.

—De modo que finalmente ha venido.

Kate dio un respingo y se volvió. Bajo el marco de la puerta, se encontraba Ethan Byrne.

—Discúlpeme si la he asustado —añadió—. Oí un ruido y como sabía que el secretario de Asuntos Exteriores no estaría aquí esta mañana...

No acabó la frase. La insinuación era lo suficientemente clara como para evitar el final. Kate notó que el corazón se le agitaba en el pecho al imaginar lo que habría ocurrido si Ethan Byrne hubiera entrado sólo unos minutos antes y la hubiera sorprendido en el archivo.

—Sí —contestó, y esta vez buscó la mesa para apoyarse en ella y controlar el estremecimiento que le recorría de arriba abajo—. Me encontraba bien y tengo mucho trabajo por hacer. —Señaló la pila de expedientes que Mason Walsh había dejado para ella.

El secretario de Hacienda se acercó hasta ella y le estudió el rostro.

—Ha hecho un buen trabajo con el maquillaje —dijo—, pero aun así se nota la hinchazón.

Kate no contestó. Aún tenía la grapadora en la mano y se

limitó a hacerla girar entre los dedos. Si Ethan Byrne la interrogaba respecto a lo sucedido la tarde anterior…

—Lo siento.

La voz del secretario de Hacienda se cruzó en sus pensamientos y los interrumpió. Kate lo observó perpleja.

—Siento haberla enviado allí —dijo—. Nunca podré reparar el deshonor al que me rebajé ni el peligro en el que la puse. Por favor, acepte mis disculpas, ya que no hay modo en que pueda ofrecerle una reparación. —Inclinó la cabeza, a modo de despedida, y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Byrne —Kate notó que la voz con que lo había llamado sonaba decidida. Aquel hombre honorable también merecía una disculpa, una explicación que, además y en cierto modo, le serviría a Charles Carter de reparación—, hay algo que he de contarle.

2

La hora de la comida había pasado y sentía que las tripas le rugían. Los bollitos que miss Yeats le había llevado para el desayuno hacía ya tiempo que los había digerido y de ellos sólo quedaba un agradable recuerdo. Llevaba desde media mañana recorriendo arriba y abajo la esquina de Pall Mall con Waterloo Place, frente a The Athenaeum, el club de Mason Walsh donde, según le había informado miss Yeats, se encontraba, pero el secretario de Asuntos Exteriores continuaba sin aparecer. Comenzaba a desesperar. Tenía una cita con Benedict Jones y el secretario de Asuntos Exteriores no salía.

—Maldita sea, Walsh, ¿cuándo vas a asomar la nariz? —dijo en voz alta.

—¿Puedo saber a qué se debe su interés por mi apéndice nasal, inspector?

Carter se volvió y se encontró frente a Mason Walsh. No se sonrojó por haber sido sorprendido con aquella fea exclamación escurriéndosele con rabia de los labios. Se limitó a contestar la pregunta que el secretario de Asuntos Exteriores le había planteado:

—Llevo media mañana esperándolo. No me han dejado entrar para hablar con usted.

—Si no es miembro del club, en natural que así sea.

Carter lo agarró por el brazo y lo apartó de las escalinatas de entrada al Athenaeum.

—He de hablar con usted —dijo.

—Y parece que el asunto ha de resultar de consideración, dadas la libertad que se toma para conmigo —señaló el secretario, levantando el brazo por el que Carter lo tenía asido.

—Disculpe. —Lo soltó—. Sí, es importante. Dígame, señor Walsh, ¿cómo puede explicar que, habiendo tomado los mismos sándwiches que su invitado, usted padeciera sólo una leve intoxicación mientras que él llegó a llamar a las puertas de la muerte?

—¿Está insinuando que me tomé la molestia de envenenar esos emparedados y darles un mordisquito, de manera que resultara creíble un conato de asesinato, mientras contemplaba cómo moría mi interlocutor?

Sin apartar la mirada de él, Carter levantó una ceja y respondió de manera sucinta.

—Sí —dijo—. No puede negar que se trata de una teoría bastante plausible.

—Supongo que es lo que tanto el Yard como el MI5 sospechan, sí.

—¿Y no tiene una buena explicación que esclarezca ese punto oscuro de la investigación?

—Por supuesto —contestó Walsh—. ¿Quiere oírla?

—Si es tan amable.

—Cuando salí del archivo —dijo— y encontré los sándwiches, pensé que mistress Gelbero los había dejado allí. Al probar uno de ellos, me percaté de que se trataba de un emparedado de queso con *pickle*. Pensé que, puesto que tenía una visita, desde la cocina habían preparado una variada selección de bocadillos, porque tanto Callum Hall como Roy Jennings eran conocedores de que sólo como los de pepinillos y pasta de anchoas. Detesto la cebolla picada en vinagre —Hizo un gesto de repugnancia—, pero, por respeto a mi

visita, tragué el pedazo que ya tenía en la boca. Busqué uno de mis emparedados; sin embargo, admito que me resultó insólito, no los había. De modo que tomé uno de queso con salsa de arándanos. No es que me entusiasmen, pero al menos no llevan esa dichosa *pickle*. ¿He satisfecho su curiosidad?

Carter no respondió. Absorto en sus pensamientos, tenía la mirada prendida de la estatua ecuestre del duque de Wellington.

—Bien, si no la he satisfecho, al menos espero haber esclarecido ese punto oscuro de la investigación. —La voz de Mason Walsh lo sacó de su ensimismamiento—. Ahora, si me disculpa, he de marcharme.

Lo vio bajar por Waterloo Place en dirección a The Mall, camino probablemente de Downing Street.

De modo que los sándwiches envenenados eran los de queso con *pickle*, se dijo cuando Walsh desapareció de su vista. Si creía a Mason Walsh, y lo hacía —Callum Hall le había mencionado esa particularidad en cuanto a los gustos de Mason Walsh para los bocadillos de la merienda—, el asesino desconocía la preferencia del secretario de Asuntos Exteriores por los emparedados de pepinillo con pasta de anchoas y eso orientaba el caso desde un nuevo prisma, pero no tenía tiempo para pensar en ello en ese momento. Si no se apresuraba, llegaría tarde a su cita con Benedict Jones.

3

Andrew Wayne se sentó junto a Pritcher y tomó uno de los cigarros que este le ofrecía. Ambos fumaron en silencio durante algunos minutos. Pritcher estaba contento con el trabajo de Wayne. Cuando se lo asignaron, le pareció demasiado joven, pero el muchacho había demostrado valía, inteligencia y personalidad. El día había ido transcurriendo con lentitud y, para hacerlo más llevadero, habían salido a comer juntos, en lugar de hacerlo en Curzon Street, pero la tarde iba avanzando y los resultados del mensaje que Kate West había conseguido el día anterior continuaban sin llegar.

Pritcher se preguntó qué escondería bajo ese cifrado. Miró el reloj de pulsera cuyas agujas parecía desgranar segundos con una lentitud sólo soportable en la Eternidad. Se preguntó qué estaría pensando Byrne. No le habían comunicado la interceptación del mensaje. Tras tomarlo de las manos de Kate West la noche anterior, se había dirigido directamente a su jefe, Adley Fernsby, que había decidido ocultarle tanto Byrne, como a su superior en el MI5, Silas Grant, que eran ellos quienes estaban en posesión del sobre y del mensaje. De inmediato, Fernsby había hablado con Grant y le había contado un cuento que podía pasar por cierto: «Deberíamos reunirnos, Silas», le había dicho. «El asunto ha llegado a un punto en que el secretismo entre nuestros departamentos está perjudicando a la nación». Se había hecho entonces el silencio y Pritcher observó cómo su superior escuchaba con atención lo que Silas Grant le contestaba por teléfono. No llegó a oírlo, pero podía imaginarlo con la seguridad de no equivocarse. Silas Grant no estaba dispuesto a colaborar, no al menos de momento. Solía ocurrir cuando los distintos departamentos andaban inmersos en una operación vital que podía irse al traste si alguien más entraba en el asunto. Entonces su jefe había jugado la carta que tenía en la manga. Sabía que Grant no iba a abrir la boca de momento y también que él y Byrne continuaban esperando la vuelta de Kate West con el paquete que le debía haber sido entregado. El que la joven no llegara, haría saltar todas las alarmas, así que Pritcher y su superior habían concebido un plan que, confiaban, les otorgaría el tiempo suficiente para descifrar el mensaje, y Adley Fernsby lo ejecutó a la perfección en aquella llamada telefónica: «Escucha, Silas, como es natural, debido tanto a la importancia de los hechos acaecidos como a su reciente incorporación a Downing Street, miss West estaba siendo seguida por uno de nuestros hombres». Fernsby le había hecho entonces un gesto cuya interpretación resultaba inequívoca: Silas Grant se había mostrado curioso y le apremiaba a que continuara. Adley Fernsby no tuvo ningún inconveniente en hacerlo. Formaba parte de su plan. «Nuestro hombre vio cómo un tipo se acercaba a ella y le decía algo momentos antes de que otro se le echara encima y pelearan. Miss West huyó mientras el recién llegado apuñalaba al tipo

que había hablado con ella. ¿Era de los vuestros?». Silas Grant no había contestado y Fernsby se lo indicó a Pritcher con un gesto: se llevó el dedo índice y pulgar a los labios y los recorrió de lado a lado, como una cremallera que se cierra. «No», había seguido diciendo, «no sabemos nada más. Nuestro hombre siguió a miss West hasta su apartamento y dio parte a Pritcher, que la visitó. Al parecer se había llevado un golpe en la cara y tenía el pómulo hinchado». Silas Grant le había interrumpido y Fernsby le había hecho otro gesto a Pritcher: se agarró el cuello con la mano y apretó. Pritcher había sonreído. Grant debía de estar alarmado. «Le ha ordenado que se quedara en casa, pero le pidió a Pritcher que se ocupara de comunicar a Ethan Byrne que no había podido realizar el encargo. Por eso te he llamado. ¿De verdad no puedes contarme nada?».

Entonces se había hecho otro silencio en el que Fernsby escuchó mientras Pritcher trataba de imaginar lo que Silas Grant estaba contándole. «Sospecho que habéis enviado a miss West a buscar un paquete que contenía algo muy distinto a los sellos de la mujer de Byrne y que lo habéis perdido. Si no quieres contarme nada, Silas, no podré ayudarte». De nuevo un largo silencio tras el que Fernsby volvió a hablar: «No, Silas, no sé nada más». Y había colgado tras una escueta despedida. «No van a soltar prenda», le había dicho su jefe tras asegurarse de que el teléfono estaba correctamente colgado. «Y tampoco van a creerse este cuento durante mucho tiempo. Esperemos que se prolongue lo suficiente como para que la treta surta efecto». Y por esto estaban esa tarde ahí él y Andrew Wayne, esperando a que los resultados del descifrado del mensaje llegaran.

—De modo que es ruso —dijo para entretener el tiempo. Hablaba del hombre que había intentado pasar a Kate West el sobre que esperaba Ethan Byrne.

Wayne asintió.

—Eso parece —contestó—. Llevaba un documento de identificación con el apellido Yaroslav.

Pritcher había asentido. Podía tratarse de una identificación falsa, aunque no creía que lo fuera.

Entonces llamaron a la puerta y los dos se pusieron de pie.

Un agente pidió permiso para entrar. Traía un sobre que entregó a Pritcher.

—Lo acaban de dejar en conserjería. Es para usted.

Pritcher le dio las gracias y esperó a que saliera antes de abrir el sobre. Cuando el agente se marchó, introdujo el dedo en la solapa y la rasgó.

—¿Qué? —preguntó Wayne.

—Operación Clairvaux. —Fue todo lo que le dio tiempo a decir. Antes de que pudiera seguir leyendo, Silas Grant abrió la puerta y entró junto a un par de sus hombres.

—Creo que eso me pertenece, Pritcher. —Se lo arrebató de un manotazo— y también creo que habré de mantener una seria conversación con Adley Fernsby. Entre los dos han puesto en peligro al Reino Unido.

Pritcher no contestó. Sería Fernsby quien se ocuparía del asunto, aunque daba por hecho que la sanción recaería sobre él. Era lo que solía suceder: los peces gordos siempre sabían cómo ponerse a salvo, pero no iba a reprochárselo. El plan lo habían urdido entre los dos y él tenía más que asumido su puesto varios escalones por debajo de Fernsby.

—No se moleste en contactar con el Departamento de cifrado, Pritcher —dijo Grant—. El hombre que le envía esto —Le dio un par de golpecitos al sobre— se encuentra en arresto temporal bajo mi custodia.

Había perdido la partida. Pritcher se encogió de hombros y Grant salió sin cerrar la puerta, seguido de sus dos hombres.

En el pasillo, Benedict Jones se detuvo al ver a Silas Grant salir del despacho de Pritcher con cara de muy pocos amigos. Agarraba con fuerza un sobre e iba escoltado por dos hombres. Dentro de la oficina, oyó la voz de Wayne que protestaba y cómo Pritcher le calmaba. Le conocía lo suficiente para saber que estaba haciendo un esfuerzo por mantenerse sereno. No se detuvo a mirar. Pasó por delante del despacho y se dirigió hacia la salida. También él, como Silas Grant, portaba un sobre, pero en su caso iba oculto bajo la camisa.

Charles Carter lo esperaba en un *pub*, varias calles al este de Curzon Street. Estaba ante una pinta de cerveza, intentado aparentar una despreocupación que no sentía. Benedict Jones lo sabía porque siempre se frotaba el muslo de la pierna herida en la guerra cuando se sentía impaciente.

—Ya estoy aquí. —Se sentó a su lado, de frente a la puerta. Quería vigilar a todo aquel que entrara.

—¿Lo tienes?

—¿Acaso lo dudas? —Jones estiró las piernas y se dejó caer unas pulgadas en el asiento para sacar con mayor facilidad el documento que llevaba escondido bajo la camisa—. Toma —dijo una vez que lo hubo extraído.

Carter extendió las manos por debajo de la mesa y se hizo con el sobre.

—Te debo una —dijo.

—Me debes muchas, Charles. No estoy seguro de haber hecho lo correcto.

—Sólo se trata de un informe forense. No te he pedido que me desveles los secretos más reservados de la seguridad nacional.

Jones rio.

—Y, aunque lo hubieras hecho, eso no está en mi poder. Demasiado bajo en el escalafón para tener acceso a ellos. Sin embargo, unos oídos bien abiertos siempre pueden obtener información. Este documento —Señaló el informe forense— está relacionado con el asunto que Pritcher se trae entre manos, ¿no?

—Muy listo.

—Pues no debe de irle muy bien. Acabo de ver cómo Silas Grant entraba en su despacho y le arrebataba un sobre. Pritcher ni siquiera ha abierto la boca.

Carter enarcó una ceja.

—Y supongo que no tienes ni idea de qué contenía el sobre.

—Supones bien.

—¡Lástima! Me habría encantado saberlo.

Jones hizo una mueca.

—No te dé lástima. De conocer su contenido, tal vez eso no

hubiera podido contártelo.

4

La tarde avanzaba y el antedespacho comenzó a cubrirse de sombras. Encendió el flexo y observó los expedientes mecanografiados. Al día siguiente, Mason Walsh encontraría el trabajo hecho. El futuro de Charles Carter, sin embargo, continuaría suspendido del fino hilo que el jefe de inspectores quisiera tejer para él. Sentada frente a la máquina de escribir, quieta y en silencio, con la vista fija en las teclas, dejó que el cerebro paseara por sendas que la maleza de información parcelada y segada de la que disponía entorpecía.

Volvió atrás en su memoria y recordó la conversación que había mantenido con Dorothea Cole. Ella era la encargada del servicio de esa planta el martes, cinco de noviembre, pero se había entretenido en una escaramuza amorosa con un tal Martin. Cuando se dio cuenta de la hora que era y trató de remediar su error, se percató de que Celestine estaba haciendo su trabajo para cubrirla. Eso fue lo que contestó cuando, tras dejar una frase inconclusa que recordaba muy bien, «Bajé por la escalera de servicio y vi...», la interrogó al respecto.

Carter le había contado la declaración de Arlene Paige. Según la secretaria de Ethan Byrne, tras dejar la bandeja de la merienda en el despacho, Jennings se había cruzado con Celestine en el pasillo, de modo que el cocinero sabía que Celestine había cubierto a Dorothea, una información de la que probablemente el primer cocinero, Callum Hall, se habría enterado al ver que era el propio Jennings el que hubo de ocuparse de subir la merienda a Ethan Byrne. Colocó las manos sobre el teclado, como si se dispusiera a comenzar a escribir, pero no lo hizo. Se limitó a acariciar las teclas con las yemas. Si esto era así, se dijo, ¿por qué Dorothea se interrumpió en mitad de aquella frase: «Bajé por la escalera de servicio y vi...»? ¿Y por qué, cuando ella le interrogó al respecto, Dorothea contestó que vio que Celestine la cubría pero omitió decir que Jennings también lo había visto? ¿Y por qué le había insistido tanto en que no dijera nada

porque si el primer cocinero se enteraba la amonestaría e, incluso, podría llegar a perder su trabajo?

Era una mentira absurda, una mentira que acaba de desmontar con una simple reflexión. Movió los dedos sobre las teclas y escribió, sin llegar a pulsarlas, las palabras *por qué*. Asintió en silencio. Había una explicación: puesto que ella no se encontraba en Downing Street la tarde del envenenamiento y a su llegada, a la mañana siguiente, no sólo todo le resultara nuevo sino que, a consecuencia de las muertes acaecidas, el personal se abstuviera de comentar a la ligera y se andara todo con mucho secretismo, Dorothea debió de pensar que resultaba bastante probable que la nueva secretaria de Mason Walsh no estuviera al tanto de lo sucedido el día anterior y que, por tanto, ignorara que Callum Hall se habría enterado de que la camarera que estaba de servicio no se encontraba en el lugar que le correspondía. ¿A qué se debía, pues, aquella mentira?

«Bajé por la escalera de servicio y vi....», recordó de nuevo las palabras que había pronunciado Dorothea Cole y las paladeó mentalmente una a una. Sus dedos recorrieron de nuevo el teclado, sin llegar a pulsarlo, y escribieron una nueva palabra: *mintió* y supo la razón: Dorothea dejó la frase en suspenso porque había ocultado información. No fue a Celestine Burton a quien vio desde la escalera de servicio. Esa respuesta no fue sino el modo de llenar el vacío que su frase inacabada había dejado. La deducción a la que había llegado, planteaba ahora un nuevo interrogante: qué fue lo que Dorothea Cole vio aquella tarde y la respuesta sólo podía dársela la propia Dorothea. Se giró en la silla y cogió el teléfono, desde el que marcó el número de la cocina. Pidió un tentempié y rogó a los cielos para que fuera Dorothea quien los subiera.

Tuvo suerte, fue ella quien apareció.

—Buenas tardes, miss West.

—Hola, Dorothea. —Kate se levantó y la ayudó a posar la bandeja sobre la mesita del café—. Muchas gracias. Sé que es tarde para la merienda.

—No se preocupe. No saldré hasta dentro de un buen rato. ¿Necesita algo más?

Kate sonrió.

—Sí. —Se acercó a la puerta del antedespacho y la cerró—. Necesito hablar contigo y que me cuentes la verdad. —Vio cómo el rostro de la muchacha pasaba en cuestión de segundos de la perplejidad al temor y tal visaje le confirmó que en aquella cabecita coronada por una cofia se escondía un secreto que debería conseguir que le revelara—. ¿Recuerdas nuestra última conversación? ¿Aquella en la que me contaste que el día de Guy Fawkes Celestine hubo de cubrirte porque llegabas tarde al turno de merienda? —Hizo una pausa no muy larga, la suficiente para obligar a la muchacha a que se humedeciera los labios con la punta de la lengua, señal inequívoca de que su paladar se había quedado seco. Estaba nerviosa—. Hay algo que me quita el sueño. Estabas narrándome lo que sucedió hasta que llegaste a la frase: «Bajé por la escalera de servicio y vi…». La cortaste y, cuando te pregunté qué viste, te saliste por la tangente y me pediste que no dijera nada porque si el señor Hall se enteraba, te echaría una buena regañina.

—Y es cierto, miss West. Podría llegar a perder mi empleo.

Kate ladeó la cabeza y la observó con ternura. La joven temblaba de pies a cabeza.

—No lo es. Sé que el señor Jennings se vio obligado a subir la merienda al despacho del señor Byrne, de modo que sabía que no estabas en tu puesto y, si lo sabía él, también debía de saberlo el señor Hall. Es más, en su declaración, antes de morir, miss Paige afirmó que el señor Jennings se había cruzado con Celestine, que llevaba la bandeja al despacho del secretario de Asuntos Exteriores. Si tú viste a Celestine en aquel momento, también debiste ver al señor Jennings.

La joven apartó los ojos y comenzó a balancearse sobre los pies, mientras se estrujaba los dedos. Una lágrima le rodó por la mejilla hasta alcanzar la comisura de los labios.

—¿Qué es lo que viste, Dorothea?

CAPÍTULO 15

1

—Ese sobre —dijo Carter para sí cuando Benedict Jones se marchó—, es el que Ethan Byrne quería y que miss West entregó a Roger Pritcher ayer por la noche, pero eso, querido amigo, tampoco yo puedo contártelo.

Abrió el que el agente del MI5 acababa de entregarle y comenzó a leer. Se preguntó qué diría Pritcher y qué haría Chapman si supieran que entre sus manos tenía el informe forense de Arlene Paige. Con seguridad, su trabajo en el Yard estaría acabado para siempre y no descartaba una más que probable larga temporada en prisión. Obvió la infausta posibilidad y se centró en el informe. No era demasiado largo, pero eso ya lo imaginaba. Arlene Paige había muerto envenenada al ingerir unos sándwiches envenenados con estricnina. En su estómago se habían encontrado restos ya digeridos de queso y salsa de arándanos, probablemente consumidos varias horas antes de su muerte, y una mezcla de queso *brie* con *pickle* que era la que le había provocado el óbito. Dejó el informe sobre la mesa y observó a los parroquianos del *pub* mientras se sumergía en sus pensamientos. Según David Wood, los sándwiches que habían matado a Roy Jennings eran de queso con salsa de arándanos y, de acuerdo con el informe forense de Arlene Paige, ella también había consumido esos bocadillos, pero horas antes de su muerte, probablemente durante la merienda que se sirvió en Downing Street. El patólogo amigo de Wood que había realizado la autopsia de la secretaria señalaba a los de queso *brie* con *pickle* como los causantes de su fallecimiento. Mason Walsh había probado los de *pickle*, pero puesto que odiaba la cebolla en vinagre, optó por merendar los de queso con salsa de arándanos. Sacó su cuaderno de notas y escribió:

- Arlene Paige: bocadillos de queso con salsa de arándanos inocuos; de queso con *pickle*, envenenados.
- Roy Jennings: sándwiches de queso con salsa de arándanos, envenenados.
- Mason Walsh: prueba ambos, pero sólo un pedazo de los de *pickle* y sufre una intoxicación leve.

- Maclean: ¿toma los de *pickle* y por ello está a punto de morir?

Estudió sus anotaciones y llegó a una conclusión: el fuerte sabor de la cebolla en vinagre ocultaría el de la estricnina. Sin duda el asesino había tenido en cuenta ese detalle a fin de alcanzar su objetivo. Un objetivo que, sin embargo, seguía sin poder definir. Dado que la historia que Mason Walsh le había contado era cierta, de ella se deducía que, puesto que en la bandeja que apareció en su despacho no había sándwiches de pepinillo con pasta de anchoa, la persona que envenenó los emparedados desconocía este hecho, de modo que Mason Walsh aún podía contarse como posible objetivo del asesino.

¿Y?, se dijo. Meneó la cabeza, enfadado. Aquel caso estaba volviéndolo loco. Cogió de nuevo el informe forense de Arlene Paige y retomó la lectura.

El relleno que había impregnado las servilletas donde la secretaria de Ethan Byrne los había envuelto también contenía restos de estricnina, de modo que la suposición era más que obvia: alguien en Downing Street había envenenado los sándwiches. Carter chasqueó la lengua y gruñó. ¡Por supuesto que la mano que había espolvoreado la estricnina dentro de los bocadillos pertenecía a alguien que trabajaba o tenía acceso a las cocinas de Downing Street! No avanzaba. En aquel informe no había nada que le pusiera tras la pista del asesino.

Inclinó el cuello hasta que la barbilla tocó el esternón y permitió que la decepción lo abrazara. Había puesto en un aprieto a Benedict para nada. Ninguno de los datos que aportaba el informe forense abría un camino que le condujera hacia la resolución del caso. Guardó el documento en el sobre y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Lo mejor que podía hacer por sí mismo era volver a casa y olvidar el asunto. Tal vez, si Culpepper lograba solucionar el caso de Wimpole Street sin que su pañuelo fuera llamado a escena y una vez que Chapman considerara que había penado suficiente culpa y sintiera su vanidad reparada, podría recuperar su trabajo y ocuparse de los casos insignificantes que, estaba seguro, el jefe de inspectores le asignaría a partir de entonces.

Abandonó el *pub* con una profunda sensación de derrota y

con el cráneo haciendo de caja de resonancia para un pensamiento indefinido respecto a su naturaleza e irritante, como el enojoso aleteó de las moscas a finales de verano, cuando los primeros fríos comienzan a llegar y barruntan el final de su existencia, que su propio desaliento apartó, como se hace con las moscas, de un manotazo.

2

—Supongo que viene a pedirme que la invite a cenar.

Si Charles Carter se había sorprendido al verla ante la puerta de su apartamento, supo disimularlo con una broma a la que ella correspondió con una sonrisa. Frente a frente, con el dintel a modo de frontera entre ambos, parecían volver a encontrarse en el preámbulo de esa contienda que tanto disfrutaban y en la que las inteligencias de ambos se batían por hacerse con el laurel de campeón del ingenio. Desde su encuentro en el despacho de Mason Walsh, echaba de menos aquel vínculo que les unía y en el que nadie más participaba. Era un mundo propio, un mundo que les pertenecía sólo a los dos. Posó una mirada tierna en los ojos de aquel hombre bueno y advirtió que él le correspondía con otra igual. Sintió que el corazón cabriolaba y, sin embargo, el cerebro pronto lo aquietó. Le habría gustado continuar la broma, enzarzarse con él en un cruce de frases ocurrentes que recuperara para ambos el universo en el que se sumergían en los tiempos felices y reconstruir con él los cimientos de su insólita relación, pero el asunto que la había llevado hasta allí requería apearse de la estela ensoñadora trazada por las emociones y exigía que se otorgara el mando al pragmatismo.

—He venido a contarle algo que cambia las cosas —dijo, y sintió que el corazón se le hacía trizas en el pecho al romper de forma tan fría el hechizo en el que se habían sumergido bajo aquel dintel. Observó que el gesto de Charles Carter cambiaba y llegó a atisbar una sombra de desilusión que recorrió con rapidez sus facciones. En la salita, se detuvo ante la maqueta de tren—. Es una preciosidad —dijo fascinada por lo que veía.

Alguna vez le había hablado de ella, pero nunca imaginó el mundo diminuto que él estaba creando en su salón. Se habría pasado horas admirando cada uno de los pequeños detalles que la componían, como la pequeña mansión que, colocada en la mitad de lo que simulaba ser un prado, parecía Cricket's Lodge. A poca distancia, un pueblo que aún estaba en construcción muy similar a Brougharry la condujo de nuevo a tiempos pretéritos en los que no llegó a sumergirse. No había ido hasta allí para eso y Charles Carter se lo recordó con su pregunta:

—¿Pritcher le ha proporcionado algún dato?

La voz sonó escéptica, como si el interrogante no esperara más que una respuesta negativa que ella confirmó.

—No —contestó—, no ha sido él. Ha sido Dorothea Cole.

—¿Ha ido a trabajar? Creí que Pritcher le había ordenado que hoy se tomara el día libre.

—Lo hizo.

—Pero usted no obedeció —aventuró él—. Suele ser su costumbre.

—Lo cierto es que sí lo hice, pero esta mañana una conversación en la que se me puso al tanto de ciertos aspectos que desconocía me obligó a cambiar de opinión. —Dio la espalda a la maqueta y se encaró con él—. ¿Por qué no me contó que su jefe de inspectores le había relevado del caso y suspendido de empleo y sueldo?

—De modo que de eso trataba el asunto que no era de mi incumbencia al que se refirió miss Yeats cuando vino a verme esta mañana. —Kate sabía que, en otras circunstancias, Charles Carter le habría sacado punta al chismorreo de su secretaria. El tono de su voz, sin embargo, sonó aséptico—. Es demasiado habladora. No debería haberla molestado con esas cosas.

—¿Por qué no me lo contó? —insistió ella. Se miraron durante unos segundos, pero Carter no contestó—. ¿Porque no era de mi incumbencia?

El silencio respondió a su pregunta. Charles Carter se sentó en una de las butacas, cogió una pequeña máquina de tren de la

mesita del salón y le dio algunas vueltas entre los dedos. Kate comprendió que él no iba a abordar ese asunto, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Se sentó frente a él.

—¿O porque yo soy la causa de su despido?

Carter levantó la cabeza y posó en ella una mirada perpleja.

—¿Por qué dice eso? Usted no tiene nada que ver con Chapman.

—Sé que le llamó la atención durante el caso de Brougharry.

—¡Dichosa miss Yeats! —La imprecación interrumpió a Kate, que reaccionó ante el exabrupto.

—No hable así de ella. Es una mujer que le aprecia y se preocupa por usted.

—Y una chismosa sin medida que no debería meter la nariz en asuntos que no le conciernen.

—¿También piensa eso de mí?

—Claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque no hago más que meter la nariz en asuntos policiales y porque dejo tras de mí pañuelos ensangrentados junto a una víctima de asesinato que le acusan directamente a usted. Puede que su jefe de inspectores sea un cretino, que le tenga celos y que desee ponerle la zancadilla, pero quien le ha colocado entre la espada y la pared por un asesinato soy yo.

—¿Cree que Chapman me ha retirado del caso por lo de Wimpole Street? Pero si ni siquiera se ha enterado.

Kate pestañeó desconcertada.

—¡Pero le ha suspendido!

—Lo ha hecho porque Pritcher se lo pidió. Me entrometí demasiado en ese negocio que se traen entre manos usted y él, y decidió cortar por lo sano. Llamó a Chapman para que me revelara del caso y el jefe de inspectores aprovechó para incluir en el paquete la suspensión, pero no sabe nada del pañuelo, al menos de momento. La investigación del caso la lleva Giles Culpepper. Es un buen amigo y retendrá la prueba todo el tiempo que le sea posible.

—De modo que es cosa de Pritcher… —Kate frunció los labios en un gesto de desagrado—. ¿Qué ha hecho para enfadarlo

tanto?

—Descubrí que Arlene Paige había muerto, que Pritcher ocultó el asesinato y que encargó una autopsia clandestina que demostró que la secretaria de Ethan Byrne había sido asesinada con unos sándwiches envenenados con estricnina.

—Lo imaginaba.

Carter se inclinó y acortó la distancia que los separaba.

—¿Imaginaba que Arlene Paige había sido asesinada con estricnina? ¿Es que sabía que había muerto?

—Pritcher me lo contó. La muerte de la secretaria de Ethan Byrne enmarañaba el caso de tal modo que supongo que se vio superado, de modo que me ordenó que, además de vigilar a Mason Walsh, espiara a Ethan Byrne.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Iba a hacerlo...

Kate calló y se echó hacia atrás, distanciándose de él, en busca del respaldo de la butaca como un refugio en el que cobijarse. Aquello había ocurrido el jueves y ella había acudido al Yard para cumplir otra de las órdenes que Pritcher le había dado: averiguar qué sabía Charles Carter.

—¿Pero?

Ella lo observó como si acabara de salir de un universo distinto. Él insistió:

—Iba a hacerlo, pero...

—Fui al Yard, pero usted no estaba.

—Miss Yeats no lo mencionó.

Kate dibujó el esbozo de una sonrisa.

—Adivinó que le había mentido respecto a nuestra cita la noche de Guy Fawkes.

—Y usted le pidió que no mencionara su visita para que yo no me supiera descubierto y humillado. ¡Jesús!, cuánto nos habríamos ahorrado si hubiera contado con esta información entonces —dijo.

Ella bajó el rostro y ocultó la mirada. Le avergonzaba recordar que él también formaba parte del grupo integrado por Mason Walsh y Ethan Byrne, y que el motivo de su paso por el Yard no era

sino el de servir de espía para Roger Pritcher. Quiso animarse al pensar que, al fin y al cabo, no le había obedecido, pero no halló el aliento que buscaba. Pese a sus dudas respecto de la exigencia de Pritcher, lo cierto es que había acudido al Yard sin llegar a decidir si acataría la orden o se rebelaría.

—Bien —dijo él, devolviéndola a la salita de estar—, eso ya no importa. Lo hecho, hecho está, incluida mi bronca con Pritcher a causa de Arlene Paige.

—Entonces agradezca a miss Yeats que viniera a hablar conmigo.

—¿Por habérselo contado?

—La deducción de que la decisión de Chapman estaba relacionada con el pañuelo la hice yo. Consideré la posibilidad de ir a hablar con su jefe y explicarle que usted no tenía nada que ver con el crimen de Wimpole Street.

—¿Pensaba ir a ver a Chapman y contarle el barullo en el que está metida? Pritcher la habría encerrado en la Torre de Londres de por vida.

Kate esbozó una sonrisa amarga ante la broma. De haber hablado con Chapman, el destino que Pritcher le habría buscado no sería la Torre de Londres, sino la prisión de Holloway, pero eso Charles Carter no podía saberlo. Notó que él le cogía la mano, como si, pese a ser incapaz de descifrar sus pensamientos y trasladarlos a una oración con sentido, hubiera leído en ellos el pesar, y sintió por él un nuevo arrebato de ternura al descubrir en su rostro la luz de la compasión, ese movimiento del alma que sólo acompasan los corazones limpios y misericordiosos.

—Pritcher no le hará ningún daño mientras yo pueda evitarlo —dijo.

Kate volvió a sonreír, esta vez forzando un simulado regocijo que no llegó a emerger. Bajó el cuello y le ocultó el rostro. Charles Carter no imaginaba cuánto daño podía causarle Pritcher y cuánto la odiaría él si el agente del MI5 desvelara el misterio que envolvía su existencia. Hurgó en su interior hasta encontrar la templanza que necesitaba y sólo entonces levantó el rostro y mantuvo la mirada del

inspector.

—Pritcher es sólo un molesto dolor de cabeza que se palía con una aspirina —Se esforzó en bromear—, pero ahora nosotros vamos a proporcionarle una buena jaqueca.

Las comisuras de Charles Carter se elevaron en un gesto de agradecimiento.

CAPÍTULO 16

1

—¿Qué ha descubierto? —preguntó.

—¿Recuerda que la tarde del cinco de noviembre Dorothea Cole se había retrasado en su turno? —Vio que Carter asentía—. Cuando se dio cuenta, bajó por la escalera de servicio con la intención de llegar a la cocina antes de que Callum Hall o Roy Jennings se dieran cuenta.

—Pero, por lo que sabemos, no lo consiguió. Al menos no del todo. De acuerdo con lo que me contó Celestine Burton el día que la interrogué, entre ella y Jennings se ocuparon de cubrir a Dorothea. Resulta que la joven procede del Maerdy, el mismo pueblo del que es la mujer de Jennings, y gracias a eso consiguió el puesto de camarera en Downing Street. Sin embargo, Callum Hall no parece estar muy satisfecho con su trabajo, así que Jennings se ha ocupado de encubrir los errores de la muchacha para que no perdiera el empleo.

—Maerdy… —le interrumpió Kate.

Carter asintió.

—Miss Yeats también pensó en eso —dijo él, que debió de leerle la mente—. Ha pasado el día repasando los informes y me ha telefoneado para facilitarme esa información respecto a la procedencia de Callum Hall y de Emily Jennings, lo que nos permite cuadrar cierto aspecto sospechoso que Thorton y yo no sabíamos encajar. Luego se lo contaré.

Kate arrugó el ceño y él rio.

—De acuerdo —dijo—, se lo contaré ahora. Descubrimos que Roy Jennings guardaba en casa una suma considerable de dinero falsificado.

—¡Caramba! —Kate pensó que las cosas comenzaban a ponerse interesantes—. ¿Y ya saben de dónde lo obtenía?

—Creemos que sí. Cada quince días jugaba partidas de dardos que siempre ganaba a un desconocido con el que se encontraba en un *pub* de Limehouse.

—Por eso estaba usted allí el día que le visité en el Yard.

—¿Miss Yeats también se lo contó?

—Lo comentó por encima. —Kate hizo una pausa. De repente había recordado algo que la anciana mencionó—: «Un hervidero de comunistas» —repitió en voz alta las palabras de miss Yeats. Miró a Charles—. Eso es lo que dijo. Ahora habla usted de que Roy Jennings estaba casado con una mujer que procede de Maerdy.

—Eso es lo que ha descubierto miss Yeats, pero hay más. Mi sargento sorprendió a Emily Jennings dándole parte del dinero falsificado a Callum Hall.

—Maerdy y Chopwell son conocidas como el pequeño Moscú —dijo Kate.

—Dos pueblos galeses de afamadas tendencias comunistas, sí —admitió Carter.

—Y Limehouse es el lugar en el que se reúnen los revolucionarios aquí, en Londres.

—Parece que nuestros amigos cocineros escoran a la izquierda.

—Y que utilizan dinero falsificado para sabe Dios qué.

—Sin embargo —Vio que Carter negaba con un gesto de escepticismo—, me resulta imposible creer que el MI5 haya permitido que tanto Jennings como Hall trabajaran en Downing Street si tuvieran la más pequeña sospecha de que colaboran con la Unión Soviética.

Kate se llevó la yema del pulgar a los labios y la mordisqueó. Todo aquello debía encajar de algún modo en el rompecabezas que Charles Carter y ella trataban de recomponer, pero no encontraba cómo hacerlo. Meneó la cabeza, irritada.

—Bien —dijo—, nos habíamos quedado en que Jennings jugaba a los dardos en un *pub* de Limehouse y que siempre ganaba.

—Según la declaración del camarero, en cuanto acababa la partida, recogía el dinero y tomaba un taxi. El *pub* queda lejos de su casa y la zona no es muy recomendable, de modo que supongo que lo haría para proteger sus ganancias.

—¿Jugaba siempre con el mismo hombre?

—Sí, suponemos que era quien le entregaba el dinero

falsificado que luego Jennings blanqueaba, pero no lo hemos identificado. El camarero nos contó que era extranjero y que tenía un acento similar a otros hombres que se encontraban allí. Les oí hablar y parecían de la Europa del Este.

—Como el tipo del sobre que se encontró conmigo en Wimpole Street. —Kate arrugó el entrecejo—. El hombre con el que Byrne me envió a encontrar tenía acento ruso.

—Le he dado vueltas a ese asunto. Byrne es el secretario de Hacienda y, por el encargo que le hizo a usted, podemos presuponer que trabaja para el servicio secreto. Jennings, por su parte, parece colaborar con una organización que falsifica dinero y lo introduce en el mercado.

—¿Y por eso alguien quiere matar a Byrne y acaba asesinando a Jennings?

—Si me dieran la posibilidad de elegir, Pritcher sería sin duda a quien escogería para desempeñar el papel de asesino estúpido en tal despropósito —dijo Carter, y Kate vio que sonreía y le guiñaba un ojo.

—Encontraremos la forma de devolverle el golpe. —Estiró el brazo y posó la mano en la rodilla de Carter, que acarició con los dedos. Notó que él hacía un esfuerzo por no corresponderle con el mismo gesto.

El silencio los rodeó cuando callaron para sumergirse en sus pensamientos.

—¡Demonios! —exclamó enfadado Carter al cabo de un rato —, ¿cuál es el maldito hilo de unión?

Kate le apaciguó con un movimiento de la mano.

—Lo encontraremos —dijo—, ahora continúe su relato. Decía que Celestine Burton y Roy Jennings se encargaron de ocultarle a Hall la ausencia de Dorothea Cole, pero eso ya lo sabíamos. ¿Podemos darle un sentido dentro de esa historia de espionaje que hemos creado a partir de unos cuantos datos y de cuya realidad no estamos seguros?

—No lo sé, pero Celestine aportó un par de observaciones que me resultaron interesantes. Dijo que la tarde del martes, poco

antes de que se sirviera la merienda, encontró a Roy Jennings junto al muro trasero del jardín. Parecía nervioso y fumaba un cigarrillo tras otro. También me contó que Callum Hall estuvo a solas con los sándwiches preparados para la merienda durante unos pocos minutos.

—De modo que Hall contó con la oportunidad para envenenar los sándwiches.

—¿Cree que Hall es nuestro estúpido asesino? Le propuse a miss Yeats una deliciosa posibilidad en la que Hall y la señora Jennings, amantes en secreto, mataban a Roy, de manera que su amor pudiera desarrollarse sin ese pequeño impedimento y, de paso, quedarse con el dinero falsificado. Hay nueve cajas llenas en la cocina de Emily Jennings.

—La historia suena a...

—No lo diga.

—¿Miss Yeats también pensó en la palabra folletín?

—No sé por qué se burlan de mi hipótesis. No es tan descabellada.

—Bueno, dos de ellos proceden de Maerdy y tienen simpatías comunistas mientras que el tercero parece sufragar la causa revolucionaria con dinero falsificado, o al menos la señora Jennings se permite la libertad de disponer de ese dinero para entregárselo a Callum Hall. Pero, y volvemos a nuestro problema, ¿por qué, en ese caso, Callum Hall habría de asesinar a Ethan Byrne?

—¿Porque es estúpido? Recuerde que ese papel ya se lo hemos otorgado a Pritcher.

Kate rio.

—Seamos serios y volvamos al caso. En circunstancias normales, el nerviosismo de Jennings junto al muro del jardín y esa oportunidad con la que contó Hall para envenenar los sándwiches serían llamativas, pero contamos con un dato más que hemos de encajar en la historia.

—¿El que ha conseguido hoy en Downing Street y que ha venido a contarme? —Carter no disimuló la esperanza depositada en la pregunta que acababa de plantear.

—Sí. La primera vez que hablé con Dorothea me pareció que

ocultaba información, de modo que hoy la arrinconé y acabé consiguiendo que me contara un detalle que puede cambiarlo todo. Antes de que viera a Jennings dejar la bandeja de la merienda en el despacho de Ethan Byrne y se cruzara con Celestine, que cargaba con la que Dorothea debería haber llevado a Mason Walsh, la joven vio algo más.

Notó que Carter aspiraba hondo.

—Dígame que esto va a ayudarnos a resolver el caso.

Kate sonrió. Había utilizado el plural, como en los viejos tiempos. Ese mundo común en el que había pensado unos minutos antes, cuando llegó a su apartamento, se hizo realidad de nuevo por un instante en su mente y se dejó llevar.

—Vamos —insistió él—, no me tenga en ascuas.

—Vio a Jennings que cargaba con otra bandeja en la que llevaba el servicio de té para dos personas y un plato de emparedados.

Escudriñó el rostro de su compañero, que había abierto los ojos como si estuviera nadando en aguas oscuras y quisiera penetrar más allá de la negrura.

—¿Fue Jennings quien llevó los sándwiches envenenados al despacho de Mason Walsh?

Kate se regocijó ante la perplejidad de su compañero. Le gustaba jugar con él al gato y al ratón.

—No —dijo, y sonrió—, aún hay algo más. También vio cómo Maclean, que volvía del aseo, le arrebataba la bandeja a Jennings y la introducía en el despacho de Walsh.

—Pero eso no fue lo que me contó Pritcher.

Kate asintió.

—Pese a que me cueste decirlo, no se lo tome en cuenta. Maclean ha debido de mentirle también a él —dijo.

—Entonces el envenenador es Maclean. —Carter arrugó el entrecejo y se sumió en sus pensamientos durante unos segundos—. Pero no tiene sentido —dijo. La voz seguía sonando ronca—. Si hubiera sido él, se habría cuidado mucho de probar los emparedados o, de hacerlo, habría ingerido lo justo para enfermar, pero no tanto como para acariciar el borde de la tumba. Es lo que pensábamos que

hizo Mason Walsh.

—Lo sé y probablemente eso es también lo que piensa Pritcher. Mason Walsh bebe demasiado, consume sustancias estupefacientes y, créame porque he visto algunas de sus facturas, gasta más de lo que puede permitirse. Todo ello es razón suficiente para que el MI5 cuelgue un interrogante sobre él. Por otra parte, el hecho de que sufriera una leve intoxicación le acusa aún más.

—Esa suposición queda descartada. La bandeja que dejaron en su despacho contenía dos tipos de sándwiches: los de queso con salsa de arándanos y los de *brie* con *pickle*. Sólo los segundos estaban envenenados y Walsh detesta la cebolla en vinagre, de modo que se limitó a probar un bocado y consumió los primeros, a falta de los de pepinillos con pasta de anchoas, que son los que habitualmente consume.

—¿Eso se lo ha contado él?

Carter asintió, pero Kate no se dio por convencida.

—Podría estar mintiendo —dijo.

—Con respecto al último detalle, no. Callum Hall lo comentó cuando hablé con él y Celestine Burton me contó que los que ella había llevado al despacho de Walsh eran de pepinillo y anchoa. Al cruzarse con Jennings a la puerta del despacho del secretario de Asuntos Exteriores, le ofreció a Arlene Paige intercambiar alguno, pero la secretaria de Byrne rehusó. Prefería los de queso con arándanos, que eran sus favoritos. Al parecer, el propio Jennings se los había preparado por eso. Según Celestine, era un hombre muy considerado.

—Si los sándwiches que el asesino dejó en el despacho de Mason Walsh no incluían los de pepinillos, debemos deducir que el objetivo no era él, sino Maclean.

—O que desconocía que Walsh sólo merienda emparedados de pepinillo con pasta de anchoa.

—¿Ha dicho queso con *pickle*? —Kate había retrotraído su reflexión hacia el despacho de Mason Walsh. Frunció el ceño. Allí había algo que se le escapaba—. Debe de haber algún tipo de vínculo que ponga orden en todo este caos de sándwiches. Volvamos sobre

ellos. Veamos, en la bandeja…

—Tengo algo mejor —la interrumpió Carter, que sacó su cuaderno del bolsillo—. Esta tarde hice estas anotaciones. Mire. —Se las mostró a Kate y ambos las estudiaron.

- Arlene Paige: bocadillos de queso con salsa de arándanos, inocuos; de queso con *pickle*, envenenados.
- Roy Jennings: sándwiches de queso con salsa de arándanos, envenenados.
- Mason Walsh: prueba ambos, pero sólo un pedazo de los de *pickle* y sufre una intoxicación leve.
- Maclean: ¿toma los de *pickle* y por ello está a punto de morir?

Leyeron la lista en silencio una vez, dos, pero no llegaron a la tercera.

—¡Ahí está! —dijeron a la vez.

—Son los mismos sándwiches. —Kate le arrebató el cuaderno a Carter y señaló con el dedo—. La merienda que se sirvió a Walsh y su acompañante y la de Arlene Paige y Ethan Byrne eran exactas: queso con salsa de arándanos y *brie* con *pickle*.

—Y ambas las llevaba Jennings —añadió Carter.

—Es el nexo —dijo Kate—. Los sándwiches que portaba Jennings y que Maclean le arrebató ya estaban envenenados, pero no eran para Mason Walsh, puesto que la bandeja no contenía ninguno de pepinillos y pasta de anchoas, y Jennings debía de saber que estos eran los que tomaba cada tarde el secretario de Asuntos Exteriores.

—De modo que el objetivo podría ser Maclean, pero puesto que Jennings volvió con otra bandeja exactamente igual y la llevó al despacho del secretario de Hacienda…

—Y puesto que usted mismo acaba de decir —le interrumpió ella— que los bocadillos de queso con salsa de arándanos eran los favoritos de Arlene Paige, que Jennings lo sabía y los había preparado especialmente para ella, y que no estaban envenenados…

Se miraron sonrientes.

—¡El objetivo era Ethan Byrne! —exclamaron a la vez.

Las manos de Carter buscaron las de Kate, que no se las escamoteó esta vez. Dejó que las tomara y bailara con ellas,

acunándolas entre las suyas.

—De modo que Jennings era el asesino. ¿Pero qué motivo tenía para matar a Byrne? —preguntó Kate.

—Se me ocurre una teoría, aunque no sé si la considerara descabellada.

—Si no hay amantes secretos de por medio, probablemente no. Diga.

—Bueno, el tipo de acento ruso que le entregó el sobre sugiere que Byrne está metido en un asunto de espionaje relacionado con los soviéticos. Sea lo que sea, parece bastante obvio que los rusos sabían que Byrne iba a reunirse con su confidente, aunque probablemente desconocían el lugar y la hora, de modo que el único modo de abortar la operación consistía en asesinarlo.

—Es una explicación plausible.

—Es una explicación perfecta. El fracaso de Jennings llevó a Ethan Byrne a hacerle a usted el encargo de recoger el sobre. Ya habían intentado matarlo una vez para impedir que su contacto le entregara la información pactada, de modo que la envió a usted, de quien nadie sospecharía.

—Pero me encontraron.

—A usted no; al hombre que debía entregarle el sobre.

—Bien, parece que vamos poniendo en orden el caso. Ya tenemos el motivo: impedir que Ethan Byrne se hiciera con información probablemente sensible para la seguridad del país. El medio: estricnina. Y también hemos desentrañado la oportunidad: al faltar Dorothea de su puesto, Jennings aprovechó para llevar unos sándwiches envenenados al despacho de Byrne y, con el fin de asegurarse de que su plan tenía éxito, envenenó los de *brie* con *pickle*, pero nos los de queso con salsa de arándanos, que eran los favoritos de Arlene Paige. Sin embargo —Kate frunció el ceño—, hay algo que todavía no hemos explicado.

Carter asintió.

—Sí —dijo—: qué pinta en esta preciosa resolución de nuestro caso la muerte del propio Jennings y quién es su asesino.

Kate se removió inquieta en su sillón. No tendrían nada

hasta que todas las hebras del crimen estuvieran bien atadas.

—Hay una explicación —dijo—. Sólo tenemos que encontrarla.

—Bien, repasemos el caso. Jennings ha de asesinar a Ethan Byrne antes de que cuente con la oportunidad de reunirse con el correo. Para ello, envenena unos emparedados, sin embargo, por el camino se encuentra con Maclean, que se los arrebata, de modo que debe volver rápido a la cocina y preparar unos nuevos sándwiches con el veneno, que son los que lleva al despacho de Byrne. Para su desgracia, cuando llega con la bandeja, Byrne no está. Arlene Paige le dice que el secretario de Hacienda ha salido de forma imprevista. Jennings, a quien probablemente la NKVD había advertido de que el encuentro era inminente, debió de suponer que la súbita salida de Byrne no tenía otro objetivo que el de reunirse con el correo. Su plan había fracasado. Debía de estar pensando en eso cuando Ethan Byrne aparece. Tal vez contemplara su llegada como un guiño del destino. Su objetivo volvía a ponerse a tiro.

—Pero era demasiado tarde. —Kate le relevó en la explicación—. Jennings debió de dar por hecho que el encuentro entre Byrne y su contacto ruso ya se había producido y, además, sabía que Mason Walsh y su invitado morirían, como también lo haría el propio Byrne con los sándwiches que acababa de llevar a su despacho. Ya fuera por el fracaso en la operación que tenía encomendada…

—Que los servicios de inteligencia soviéticos probablemente no perdonarían —la interrumpió él.

—O ya fuera porque considerara que los nuestros acabarían descubriéndolo, Jennings supo que no había salida para él, de modo que…

—Se suicidó. —Charles terminó la frase por ella.

—Es la única explicación, pero no tenemos modo de probarlo.

—¡Claro que sí! —Carter se inclinó hacia ella, le cogió las manos y se las apretó con suavidad—. Las moscas, las moscas —dijo.

Kate lo observó desconcertada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—No he estado mejor en mi vida. —Palmoteó como si ante él revoloteara un enjambre de moscas—. Acabo de dar forma a una idea que ha estado rondándome desde que esta tarde leí el informe forense de Arlene Paige. —Las moscas de finales de verano por fin habían muerto y dejaban de importunarlo. Ahora el pensamiento indefinido y etéreo que resonaba en su cráneo al abandonar el *pub* se delineó con perfecta definición en su cerebro—. En él se establecía que la causa de la muerte se debía a un envenenamiento por estricnina, pero también se señalaba que los restos del relleno de los emparedados que habían quedado adheridos a las servilletas en las que los envolvió y transportó también estaban envenenados, un hecho del que se concluía que el origen del envenenamiento no podía situarse más que en Downing Street. Entonces no le di importancia. Claro que había sido allí. La retahíla de muertos y enfermos por esos sándwiches apuntaban directamente a una persona que se mueve con total libertad por las dependencias gubernamentales. Sin embargo, acabo de recordar el estómago tan fuerte que tienen los forenses.

»Cuando visité a Daniel Wood —siguió—, el patólogo que realizó la autopsia de Jennings, vi cómo se untaba el dedo con los restos de relleno adheridos al papel encerado en el que el cocinero había transportado los bocadillos hasta su casa. Le grité para advertirle y él se rio. Sólo dos de los sándwiches, el que Jennings había comido y otro a medio morder que se encontró en el plato en el que se había servido la cena, estaban envenenados. El resto, como también el relleno adherido al papel, se encontraban limpios. Este hecho sólo tiene una explicación: Jennings los envenenó en su casa. Tal y como acaba de explicar usted, había fracasado y sabía que acabaría siendo cazado por nuestros servicios de inteligencia o siendo sacrificado por los de la Unión Soviética. No había escapatoria para él, de modo que provocar su propia muerte fue la única solución que encontró.

—Lo tenemos —dijo ella.

—Lo tenemos —repitió él—. ¿No le parece insólito comenzar una investigación por asesinato para descubrir que el culpable es la propia víctima?

—No sé si resulta más extraordinario que extravagante o más estrambótico que asombroso.

Se buscaron con la sonrisa y con las manos, que entrelazaron en un gesto de triunfo. Lo tenían. Lo habían conseguido.

Y, entonces, alguien llamó a la puerta.

2

Pritcher saludó con una ligera inclinación de cabeza cuando Carter abrió.

—No ponga esa cara de decepción, miss West —dijo—. Estará de acuerdo conmigo en que, tras desobedecer mis órdenes y presentarse hoy a trabajar en Downing Street, no resultara difícil realizar la inferencia de que, sea lo que sea lo que haya descubierto, vendría corriendo a contárselo a su amigo el inspector. ¿Puedo pasar, Charles?

Carter se hizo a un lado y Pritcher entró en el apartamento.

—Deja que me disculpe por lo de Chapman. Créeme que siento la bribonada —dijo cuando se quitó el abrigo.

—Disculpas no aceptadas, Pritcher.

El agente asintió con un gesto de aceptación.

—Entiendo que estés enfadado, pero no tenía otra opción que pedirle al jefe de inspectores que te relevara del caso. —Miró a su alrededor—. Me vendría bien una copa. Han sido unos días largos y duros. ¿Tienes con qué invitarme?

Carter abrió un mueble bar y sacó una botella de *brandy*. Miró a Kate, pero ella negó. Sirvió un vaso y Pritcher aspiró el fragante aroma del licor antes de dar un sorbo y paladearlo con complacencia.

—Y, ahora, ¿podéis contarme qué habéis descubierto? —preguntó.

Carter apoyó la cadera en el mueble bar y se cruzó de brazos.

—Vamos, Charles. Esa mudez en la que te encierras se

consideraría como obstrucción a la justicia en un tribunal, aunque, si no cambias de actitud, es probable que tu caso nunca llegue a una corte común.

—Creemos que el asesino es Jennings. —La voz de Kate West atravesó el denso silencio que Charles Carter había creado y, una vez, roto, continuó desgranando el caso de acuerdo con las conclusiones a las que ambos habían llegado—. El relato de los hechos nos ha llevado a deducir que Roy Jennings trabajaba para los servicios de inteligencia soviéticos. Sea lo que sea eso que el señor Byrne me mandó a recoger, debe de ser importante. Jennings tenía la misión de evitar que el secretario de Hacienda se hiciera con el sobre que el tipo del callejón me entregó. Puesto que no conocían el lugar ni el momento en el que se produciría el encuentro entre ambos, decidieron abortarlo evitando que una de las partes se presentara.

—Ethan Byrne —dijo Pritcher.

—En efecto. Mason Walsh y Ethan Byrne tenían prevista una reunión para la tarde el cinco de noviembre que, sin embargo, se había anulado. Puede comprobarlo en el dietario personal del señor Walsh. Jennings debía de estar al tanto de esa cita y llevó una bandeja con sándwiches envenenados al despacho de Mason Walsh. Obviamente, no podía introducirlos a través de Elizabeth Gelbero, de modo que probablemente escuchó a través de la puerta y, al no oír ruido, se decidió a entrar. Tuvo suerte, Mason Walsh estaba en el archivo y su visita había salido un momento.

—Dice que son deducciones —la interrumpió Pritcher.

—Tenga paciencia, aún no he terminado.

Vio que Charles Carter la observaba anonadado, pero, frente a ella, Pritcher no le quitaba la vista de encima. Era imposible comunicarse con el policía y hacerle entender que debía permanecer callado. Pidió a los cielos que le impidieran intervenir

—De vuelta al pasillo —continuó—, Jennings se encuentra con que un hombre que no es Ethan Byrne entra en el despacho de Walsh. La cita entre ambos debió de anularse muy poco tiempo antes y el cocinero no llegó a enterarse. Imagine entonces la situación: un hombre va a morir y no es el que debe hacerlo. Una muerte que, por

otra parte, no impide el objetivo que se persigue: evitar el encuentro entre Byrne y el correo que ha de entregarle el sobre. Así que Jennings deduce que la cita se ha anulado y que Byrne debe de estar en su despacho. Vuelve a la cocina y prepara otra bandeja con sándwiches envenenados, y esta vez los lleva al despacho del secretario de Hacienda.

—Que ha salido a comer de forma imprevista —la interrumpe Pritcher.

—Probablemente para encontrarse con su correo. Entonces llega Byrne y Jennings ve el cielo abierto, pero el secretario de Hacienda le dice que no desea merendar. Ha comido demasiado.

—Se siente estragado, de modo que le pide a su secretaria que se lleve los sándwiches. No tendrá que preparar la cena y podrá hacer la maleta con más tranquilidad. Y Arlene Paige muere.

—Esa parte Jennings no la conoció, pero imagine lo que pasó por su mente: el secretario de Asuntos Exteriores y su visita iban a morir, y el auténtico objetivo, Ethan Byrne, lo haría tras mantener la entrevista que deseaban impedir con su muerte. Un fracaso total.

—Estaba cazado.

—Si lograba dar esquinazo a nuestros servicios de inteligencia, aún tendría que escapar de los soviéticos, que probablemente no le perdonarían el desastre.

—Y lo sacrificarían.

—Así que decide poner fin a su vida. Podemos probarlo —dijo Carter, que intervino en la conversación por primera vez.

—De modo que Jennings es el asesino… —Pritcher silbó—. En algún momento llegué a pensar que estaba complicado, pero su expediente era impoluto. Sabíamos que Emily Jennings participaba en actividades revolucionarias junto a Callum Hall, pero él jamás dio motivo para la sospecha. Mañana tendré que echar algunas broncas y es probable que alguien se quede sin trabajo.

—Y, aun conociendo su historial revolucionario y sus simpatías políticas, ¿permitisteis que Hall trabajara en Downing Street? —Carter lo interrumpió.

—Sí. Salvo por esas triviales labores de agitación que llevan

a cabo, tanto él como Emily Jennings estaban limpios, de modo que no había problemas por ese lado, pero es que además consideramos que, puesto que Hall trabajaba en Downing Street, resultaba un objetivo muy apetecible para los soviéticos. Si en algún momento decidían utilizarlo y Hall aceptaba, lo tendríamos pillado.

—Y lo utilizaríais para hacerles llegar a los rusos la información falsa que necesitarais.

Pritcher asintió y dio otro sorbo al *brandy*.

—Roy Jennings, sin embargo, estaba fuera del juego. Hall y Emily se solazaban con un pasatiempo revolucionario inofensivo, pero Roy no. Jamás asistía a las asambleas y sus partidas quincenales en Limehouse eran lo más cerca que estaba de esos bolcheviques. Jamás se inmiscuyó en asuntos políticos. Se limitaba a jugar a los dardos con un rumano que huyó de los soviéticos y los nazis durante la guerra.

—Pues os la coló bien. Intentó matar al secretario de Hacienda, asesinó a Arlene Paige por error y casi lo consigue con Maclean y con Mason Walsh. ¿Qué es lo que se trae Byrne entre manos? —preguntó Carter, pero Pritcher se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Ya.

—En serio —Se inclinó hacia la mesita de centro, donde Carter había dejado la botella de *brandy*, y se sirvió un poco más—, pero debe de ser algo importante. Ni él ha abierto la boca ni su superior ha querido confiarse al mío.

—¿No ha logrado descifrar el documento que me entregó el hombre al que asesinaron en el callejón? —preguntó Kate.

Pritcher sonrió.

—Dijo que no sabía lo que contenía su interior, miss West.

Kate se sintió observada por Carter y notó un conato de sonrojo que, sin embargo, logró sofocar.

—Mentí —dijo.

—Lo imaginaba. Pero no se lo tendré en cuenta.

—Gracias. ¿Lo ha conseguido? —insistió.

—Sí y no.

—No parece una respuesta coherente, señor Pritcher.

—Silas Grant llegó antes de lo previsto y se lo llevó.

—De modo que no sabéis lo que decía el mensaje —apuntó Carter.

Pritcher se encogió de hombros.

—No. Sólo tenemos dos palabras.

—¿Cuáles? —Carter sintió sobre él la mirada acerada de Pritcher y supo que estaba sopesando si hablar o no. Poco a poco el hielo se había roto y, aunque no le perdonaba lo que le había hecho, su naturaleza de policía anhelaba llegar al final de los hechos. Insistió —: Vamos, ¿ya te has olvidado de Laura Craddock? Estoy seguro de que no dudas en absoluto de la lealtad que le tengo a mi país y de mi discreción.

Pritcher aún dudó un instante, pero finalmente habló:

—Operación Clairvaux —dijo.

Carter asintió. Sabía que Pritcher había decidido hablar porque aquellas dos palabras no significaban nada fuera del contexto al que pertenecían. En esa situación, se trataba de una información irrelevante. Sin embargo, ninguno de los dos había contado con el tercer elemento que componía su reunión.

—¿Operación Claraval? —La voz de Kate West resonó en el apartamento clara y cristalina, con ese tono de inteligencia que Carter tan bien conocía.

—¿Le dice algo? —preguntó.

—¿Esto no iba de rusos? —preguntó ella a su vez—. ¿Qué pintan aquí los franceses?

Carter se percató de que Pritcher se encogía ligeramente de hombros.

—¿La URSS o Francia, Pritcher? ¿Ni siquiera puedes decirnos eso?

—Hasta hace un momento habría apostado a que se trataba de la URSS —contestó.

—Que anda detrás del programa atómico norteamericano —dijo Carter. Pritcher se volvió hacia él y el vaso de *brandy* le tembló en la mano.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó con voz ronca y

Carter supo que lo había desconcertado. Una cosa era descubrir la identidad del asesino, incluso sospechar que se trataba de un topo, y otra muy distinta apuntar hacia la diana adecuada.

—No era muy difícil intuirlo cuando uno sabe que Donald Duart Maclean era quien se encontraba con Mason Walsh en su despacho la tarde del cinco de noviembre y que es uno de los pocos hombres que cuentan con total acceso a los archivos de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos. —Carter abortó la sonrisa que pugnaba por asomarle al rostro, pero internamente se regocijó al comprobar cómo las venas del cuello de Pritcher se hinchaban hasta parecer mangueras.

—Te recuerdo… Os recuerdo —se corrigió— que esto es una conversación absolutamente privada y que nada de lo que se está diciendo en esta habitación puede salir de aquí.

—Y yo te recuerdo que, hasta el momento, el único que ha jugado sucio has sido tú. —Carter lanzó la ofensa con todo su corazón, pero no dio tiempo a que Pritcher se recompusiera y contestara. Se volvió hacia Kate—. ¿Por qué cree que los franceses pueden estar implicados?

—En realidad no sé si lo creo. Simplemente el nombre me ha llamado la atención. Clairvaux, Claraval en nuestro idioma, es una región francesa. Allí nació san Bernardo.

—¿Bernardo? —Carter y Pritcher preguntaron al mismo tiempo.

—¡*Aktion Bernhard*! —Carter miró a Pritcher, que negó con la cabeza.

—¿Qué insinúas? ¡Es imposible!

—No, no lo es. Ahora lo entiendo… —Hizo una pequeña pausa que su inconsciente aprovechó para dibujarle una sonrisa en el rostro—. Además de asesinar a Byrne, Jennings tenía un segundo encargo de los soviéticos.

—¿Cuál? —Pritcher se le acercó hasta romper la distancia que socialmente se consideraba aceptable.

—Mi ayudante, el sargento Thorton, descubrió que Jennings guardaba en su casa un buen número de cajas con una cantidad

exorbitante de dinero falsificado. Le seguimos la pista y descubrimos que jugaba a los dardos en un *pub* de Limehouse, siempre con el mismo hombre, ese rumano del que nos has hablado, y siempre con el mismo resultado…

—Jennings ganaba —le interrumpió Pritcher.

—Sí. En cuanto recibía el dinero, tomaba un taxi y se marchaba a casa.

—Dinero falsificado. —El rostro de Pritcher se ensombreció —. ¿Hay algo más que me hayas ocultado?

—No te he ocultado nada. Me sacaste del caso. Has venido a mi casa esta noche y te lo he contado. No puedes quejarte de mi colaboración.

—Ya… —El agente del MI5 resopló antes de beber otro sorbo de *brandy*. Luego los observó de forma alternativa, con detenimiento y calma. Parecía haber recuperado el control—. Y tú crees que esto está relacionado de alguna forma con la *Aktion Bernhard*.

—El dinero de Jennings es una falsificación muy buena. Extraordinaria.

Kate estudió a los dos hombres. Carter permanecía firme, frente a Pritcher, sin quitarle la vista de encima, mientras el agente del MI5 se frotaba la barbilla con el pulgar y el índice, y dejaba que su mirada vagabundeara por el suelo de la salita.

—Y recuerda que la bandeja con los sándwiches envenenados que Maclean interceptó iba destinada a Ethan Byrne

Kate vio cómo Pritcher levantaba la cabeza y posaba en el policía una mirada de inteligencia.

—Así que eso es detrás de lo que andan Byrne y Silas Grant. Dios santo, Charles.

—Con esto se cierra el círculo —contestó Carter—. La Operación Clairvaux es una copia exacta de la *Aktion Bernhard*, pero en esta ocasión auspiciada por los soviéticos. Ese rumano que proveía del dinero…

—Nos engañó —admitió Pritcher—. Creíamos que era un exiliado que huyó tanto de nazis como del Ejército Rojo. Ahora lo

atraparemos.

Durante algunos segundos, los dos hombres callaron y Kate se preguntó qué estarían pensando. No tardó en conocerlo.

—*Aktion Bernhard* —murmuraron de nuevo al unísono.

—Vaya —exclamó con un tono de voz que no dejaba ver su nerviosismo—, parece que san Bernardo les ha iluminado. ¿Hemos dado con algo importante?

—No —Pritcher se giró y caminó hacia el recibidor, agarró su abrigo y abrió la puerta del apartamento, pero antes de salir se volvió hacia ellos—. Creo que es innecesario repetirlo, pero lo haré una vez más. —Miró a Kate y a Carter, y luego echó un vistazo a la sala de estar donde aún se encontraban los dos—. Nada de esta conversación ha de salir de entre estas paredes.

CAPÍTULO 17

1

El silencio se extendió durante unos segundos, los bastantes como para que una persona que no se encontrara en la situación en la que ellos se hallaban lo percibiera incómodo. Para Carter, sin embargo, resultó reparador. Una vez más, habían resuelto el caso juntos y gracias a ellos Pritcher contaba con una información que jamás habría obtenido de ninguna otra forma. Estudió los rasgos de la mujer que tenía frente a él y encontró que, si bien parecía complacida por el éxito de su investigación e incluso, se atrevió a soñar, por encontrarse en su compañía, se mostraba inquieta. Nunca le había hurtado la mirada como lo había hecho en los últimos días. Ahora, sus ojos, puestos en los de él, se mantenían firmes, pero hallaba en ellos una especie de advertencia insólita, de insinuación opaca, casi clandestina. Carecían del brillo que habitualmente los iluminaba.

—¿Por qué le ha mentido? —preguntó—. ¿Por qué no le ha contado que fue Maclean quien introdujo los sándwiches envenenados que portaba Jennings en el despacho de Walsh?

—Porque necesito esa información.

—¿Para qué?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Sé que me ha encontrado diferente estos días —dijo.

—Ya puede saberlo. Ha estado irreconocible.

—Pero necesito que confíe en mí.

—¿Se da cuenta de lo que esa información puede suponer para el Reino Unido?

—Sí, y aun así le pido que confíe en mi buen juicio y me permita usarla a mi discreción.

Él le cogió el rostro por la barbilla y lo ladeó ligeramente para que la lámpara del recibidor lo iluminara en su totalidad. Los ojos verdes de Kate West refulgieron bajo el haz de luz y en ellos no encontró sombra de fraude ni simulación.

—¿Algún día me contará para qué va a usarla?

—Se lo prometo.

—Bien.

—Y ahora —Ella apartó con suavidad el rostro de los dedos de él, que aún la sostenía por la barbilla—, dígame, ¿qué es *Aktion Bernhard*?

—Pritcher acaba de decir que no hablemos de *nada* —recalcó la palabra— de lo que hoy se ha tratado aquí.

—¿Y eso nos incluye a nosotros?

Carter sintió un pequeño escalofrío que le subió por el cuello al oír ese *nosotros*. Hizo un gesto con el que la invitaba a pasar de nuevo a la salita de estar y ella lo siguió sin apartar la mirada. Era su forma de presionarlo. Aguardaba una respuesta y había que dársela.

—Se refiere a una operación alemana que tuvo lugar durante la guerra con la que el Tercer Reich pretendía provocar el colapso de nuestra economía mediante la introducción masiva de dinero falsificado. —El brillo en la mirada de Kate West se intensificó. Había picado su curiosidad—. Al principio de la guerra —continuó—, el frente oriental y las tropas que tenía destinadas en África obligaban a Alemania a un gasto descomunal cuyos efectos comenzaban a notar. A alguien del Departamento de Sabotaje se le ocurrió una idea genial, la de fabricar libras esterlinas e inundar el mercado con grandes cantidades de billetes fraudulentos cuya venta no sólo les reportaría un buen montón de divisas fuertes a cambio de monedas falsas, sino que la imparable marea de libras falsificadas que circularía por el planeta hundiría la economía británica. El plan conseguiría un doble objetivo: la economía alemana saldría fortalecida mientras que la nuestra haría aguas.

—O cómo matar dos pájaros de un tiro —susurró ella desde el sillón en el que había vuelto a sentarse.

—Y tanto. Los alemanes pretendían emitir cien millones de libras en billetes pequeños, de manera que resultara sencillo hacerlos circular. Himmler encargó el proyecto al mayor Bernhard Krüger, un experto en falsificaciones que solicitó la ayuda de Alfred Naujocks, el encargado en falsificaciones de los servicios de seguridad del Estado, quien contaba con especialistas de todo tipo: tinta, impresión, grabado de papel, muchos de los cuales eran delincuentes profesionales

versados en esta materia. Su base de operaciones se situó en el campo de concentración de Sachsenhausen y la Operación Bernhard se puso en marcha. Lo hicieron muy bien. Lograron fabricar bloques de grabado prácticamente idénticos a los nuestros, reprodujeron el papel entelado que utilizábamos para imprimir y consiguieron deducir el método que empleábamos para crear los códigos alfanuméricos de cada billete.

—¿Pero se salieron con la suya?

—Sí, o casi —se corrigió—, aunque gran parte del asunto se ha mantenido y continúa manteniéndose en secreto. —La vio entrecerrar los ojos. La narración iba interesándole cada vez más—. Su primera idea resultó demasiado básica. Pretendían arrojar los billetes falsos desde aviones, dando por supuesto que una gran cantidad de personas no los pondrían a disposición de las autoridades, pero esto tenía un inconveniente: no comprometía al mercado financiero internacional, de modo que se tomaron su tiempo para estudiar cómo llevarlo a cabo con garantías. En 1941 realizaron algunas transacciones de prueba y tuvieron éxito. Ningún banco detectó la irregularidad y al cabo de poco tiempo ya circulaban en Inglaterra los billetes falsos. Todo marchaba bien hasta que un empleado del Banco de Inglaterra realizó un descubrimiento fortuito: encontró dos billetes que llevaban el mismo número. Y aquí es donde llega el verdadero secreto del que —Carter posó la mirada en aquellos ojos verdes que lo observaban asombrado— jamás debe hablar. —La vio asentir en silencio—. Una vez que se tuvo conocimiento de la falsificación masiva de libras esterlinas, al Banco de Inglaterra se le presentaba una disyuntiva difícil. Si detenía la circulación de los billetes fraudulentos introducidos por los alemanes, se perjudicaría la credibilidad financiera del país y crearía una oleada de pánico en los mercados internacionales que podría llevar a nuestra economía hasta el colapso. No podían arriesgarse a que esto sucediera, de modo que optaron por la otra posibilidad.

—Dejaron los billetes falsos en circulación.

Carter asintió.

—El gobierno decidió legitimarlos y poner a salvo la

reputación de nuestra economía. Churchill ordenó una reserva estricta en torno al asunto, que se convirtió en secreto de Estado. Incluso durante los juicios de Nuremberg, nuestro gobierno dejó pasar la operación, pese a que los norteamericanos querían juzgar a algunos de los implicados en la falsificación. —Carter se encogió de hombros—. Lo más práctico parecía echar una gruesa capa de tierra encima y taparlo con ella, aparte de que nosotros mismos habíamos realizado algo similar cuando falsificamos las cartillas de racionamiento que hicimos circular por las ciudades germanas.

—En la guerra no hay honor… —Kate West meneó la cabeza. Su voz le sonó triste a Carter.

—En algunas partes, al menos, no.

Ella desvió un instante la vista hasta posarla en su pierna tullida y Carter se sintió nervioso. No le gustaba que ella manifestara de forma tan patente que sabía lo que se encontraba bajo la pernera del pantalón: una carne disminuida y cruzada de cicatrices cuya visión resultaba desagradable. Por otra parte, aquel gesto parecía indicar que en otras sí lo había y que aquella pierna tullida era una de ellas. Debió de imaginar sus pensamientos porque apartó la vista de la pierna y volvió a mirarlo de frente, cambiando bruscamente el hilo por el que se había desviado la conversación.

—Pero entonces aún hay libras falsas entre nosotros —dijo.

—Y las seguirá habiendo durante mucho tiempo. Supongo que algún día, cuando todo esto haya quedado lo suficientemente atrás como para que la nación se sienta segura, el Banco de Inglaterra los irá eliminando poco a poco y poniendo nuevos billetes, esta vez auténticos, en circulación. Afortunadamente, la mayor parte del papel moneda que aún conservaban los alemanes fue destruido. Se arrojó a los lagos Toplitz y Grundlsee.

—Pero… —Se mordió el labio inferior y Carter supo que había algo que no le cuadraba.

—¿Qué?

—Si los billetes fueron destruidos, ¿de dónde han salido los que estaban en la caja de Jennings?

Carter se encogió de hombros.

—No lo sé, pero, por supuesto, tengo mi propia versión.

—Que es…

—Creo que alguien se ha hecho con el magnífico material y la maquinaria alemana, o al menos con parte de ella, y quizá esté tratando de utilizarla para emular a los germanos.

Ella levantó las cejas y en sus ojos apareció de nuevo el brillo habitual.

—¿Quiere decir que alguien está intentado llevarnos a la bancarrota?

—La presencia de Ethan Byrne en todo este asunto y el silencio con el que Silas Grant lo lleva así lo sugiere, pero puedo estar equivocado. En mi opinión, probablemente en principio Jennings fue sólo una forma de introducir pequeñas cantidades de dinero falsificado en el país y comprobar si el truco aún funcionaba. Por eso el MI5 no detectó que trabajaba para los soviéticos.

—Pero Pritcher ha dicho que tanto Hall uno como Emily simpatizaban con la causa comunista.

—Sí, pero, pese a estar casado con ella, la interacción de Roy Jennings con el movimiento comunista británico era inexistente. Su única relación con ese ambiente era el *pub* de Limehouse en el que se limitaba a jugar partidas de dardos con un rumano que había huido del Ejército Rojo y que para el MI5 no suponía una amenaza. Es probable que Jennings utilizara a Hall y a su mujer como una forma más de poner en circulación parte del dinero falsificado. Luego, y aquí estoy elucubrando, los servicios de inteligencia soviéticos detectaron una fuga de información y averiguaron que el destinatario al que llegaba era Ethan Byrne. Cuando se vieron apurados ante la imposibilidad de interceptar al hombre que iba a transmitir al secretario de Hacienda información crucial respecto de la Operación Clariveux…

—Ordenaron a Jennings que lo matara. Parece estar muy seguro de que detrás de este feo asunto están los rusos.

—No lo estoy —Se encogió de hombros—, pero me resulta la explicación más plausible. El tipo con el que Ethan Byrne la obligó a encontrarse tenía ese acento, usted misma me lo dijo, y, además, al

acabar la guerra corrió la sospecha de que el ejército soviético se había hecho con parte de los materiales que utilizaron los nazis para la falsificación.

—De modo que descartamos a los franceses. —Los labios de Kate susurraron las palabras que Pritcher había articulado a su llegada, un rato antes—: Operación Clairvaux.

—Pronuncia usted muy bien el francés.

Notó que se turbaba y que hacía un esfuerzo por no apartar la mirada de la de él.

—Tengo buen oído —dijo, pero Carter no acabó de creer que esa fuera la explicación real. El misterio que, desde que la conoció, envolvía a Kate West volvió a aparecer ante él. Sin embargo, hizo un esfuerzo por velarlo. No quería ocuparse de eso, no en ese momento.

—En cualquier caso —dijo—, esperemos que el mensaje cifrado que usted consiguió y que casi le cuesta la vida contenga la información necesaria para evitarlo. —Dejó caer las últimas palabras de los labios y calló. De nuevo el silencio imperó entre ambos y él decidió romperlo con algo que deseaba más que nada en el mundo—. Ya que la noche Guy Fawkes no pudo ser, ¿me concederá otra cita, miss West?

La vio bajar el cuello y volver a esconder la mirada en algún lugar del suelo, mientras caminaba hasta la percha y cogía el abrigo. Su renuencia era tan evidente que Carter se abstuvo de insistir. Abrió la puerta para que saliera, pero ella se detuvo un instante bajo el dintel.

—¿Quién es Laura Craddock? —preguntó sin rodeos.

Él frunció los labios e inclinó ligeramente la cabeza mientras elevaba los hombros.

—Me temo que no puedo hablar de ella.

La vio asentir.

—Lo entiendo —dijo—. Todos tenemos nuestros secretos.

Saludó con una ligera inclinación de cabeza y se marchó.

A medida que bajaba por la escalera, la sensación de pérdida iba adueñándose de su corazón. La luz del apartamento de Charles Carter continuaba iluminando el descansillo de su planta, señal de que él seguía allí, con la puerta abierta, tal vez observándola desde la baranda. No volvió la cabeza para comprobarlo. Cuando llegó a la oscuridad del portal, se sintió reconfortada, como el ladrón que logra esquivar a la policía y alcanza su guarida donde le espera el refugio ansiado.

La lluvia parecía haberse tomado un leve descanso cuando salió a la calle, aunque aún chispeaba y las ráfagas de viento traían de forma intermitente grupos de gotas compactas que impactaban contra el rostro. No intentó evitarlas. Necesitaba que el agua limpiara su conciencia y que el aire fresco de la noche atemperara el rubor con que el remordimiento le recordaba el engaño al que había sometido a un hombre bueno. No llevaba el paraguas, de modo que levantó el cuello del abrigo y sacó el pañuelo del bolsillo, con el que se tapó la cabeza, anudándolo con gracia bajo el mentón.

La noche estaba tranquila y silenciosa, aunque fresca. Se arrebujó en el abrigo y echó a andar.

—Ha tardado mucho en salir. —La voz de Pritcher no la sorprendió. De alguna manera que no sabía explicarse, sabía que estaba allí.

—¿Qué quiere? —preguntó sin dejar de andar.

—Él le ha contado qué es *Aktion Bernhard*, ¿verdad?

Se detuvo y se volvió hacia el agente secreto, que la seguía un par de pasos por detrás.

—¿Qué quiere? —repitió.

—Que trabaje para nosotros.

Se habría reído de no ser porque su alma sollozaba allí donde fuera que estuviera. Se llevó la mano al abrigo y apretó en el pecho para calmar la opresión que sentía. Se preguntó si sería el corazón el lugar donde residía el espíritu que alentaba el cuerpo de todo ser humano.

—No —contestó—. Y tampoco quiero volver a verle. He

cumplido con lo que se me ordenó. Estamos en paz.

Iba a volverse y a echar a andar de nuevo. Debía volverse. Quería volverse, pero no lo hizo. Permaneció quieta, frente a Pritcher. La necesidad de confirmar que era así, que estaban en paz y que no volvería a requerirle ningún servicio pudo más que su deseo de huir.

—¿Cree que con esto la deuda queda salvada?

—Usted...

—Yo nunca dije que fuera así.

Era cierto, jamás lo había dicho.

—¿Va a encadenarme al MI5 de por vida?

—No, le estoy ofreciendo un empleo que cuadra perfectamente con sus capacidades: habla francés e italiano, es hábil e inteligente...

—Ya tengo un empleo —le cortó.

—Este le conviene más.

—¿Porque con él compro su silencio?

—Oh, vamos, miss...

—¡No lo diga! No vuelva a pronunciar ese nombre. —Lo había leído en sus labios antes incluso de que estos se movieran—. No deseo trabajar para el MI5. Quiero continuar con mi vida. —Se interrumpió abruptamente—. ¿No me lo va a permitir?

—Sabe que tengo facultad para obligarla.

—Entonces lo que me está proponiendo no es un empleo, sino un chantaje. Si no acepto...

Le vio meter las manos en los bolsillos del abrigo. Su cabello rubísimo y cortado a cepillo estaba empapado por las gotas que le caían encima.

—Si no acepta, ya sabe lo que ocurrirá.

—Tengo información vital que usted desconoce —dijo. Le vio removerse inquieto en la acera. Había hablado con tanto aplomo que Pritcher debió de considerar la veracidad de su afirmación, pero, salvo por ese pequeño movimiento del cuerpo, supo disimular el interés que su frase le había causado.

—¿Qué información? —preguntó.

—Estoy segura de que en el mundo en el que se mueve,

coronel, nada se da a cambio de nada.

—Ahora es usted la que intenta chantajearme. ¿Me está exigiendo su libertad a cambio de información?

Kate dejó que la mirada se escapara por encima del hombro de Pritcher y alcanzara la luz de una farola. Más allá, las sombras de la noche oscurecían la calle. Podría haberse dejado llevar por ellas y consentir en la tentación a la que su cerebro más primitivo la invitaba: liberarse para siempre de aquel hombre y recuperar su vida, quizá incluso permitirse la oportunidad de escapar y comenzar una nueva lejos de allí. Desaparecer para siempre. En aquella tiniebla del espíritu, la luz de la farola parpadeó como una señal enviada desde el cielo y desgarró las sombras de su corazón.

—No —dijo—, no quiero mi libertad. Sólo si consigue que devuelvan el empleo y el caso, para que pueda cerrarlo con dignidad, al inspector Carter, tendrá esa información.

Le vio enarcar las cejas y lanzar una carcajada que reverberó por la calle desierta.

—¿Tanto le importa ese hombre?

—Deme su palabra de honor.

—La tiene.

Le estudió la mirada y en ella encontró que Roger Pritcher decía la verdad.

—Le he mentido —dijo.

—¿Otra vez?

Su confesión le arrancó una chispa de humor. Un hecho aparentemente imposible en aquel autómata de aspecto marcial.

—No fue Jennings quien introdujo los sándwiches envenenados en el despacho de Mason Walsh. —Le vio fruncir el ceño —. Maclean le dijo que se ausentó al aseo y que, cuando volvió, la bandeja ya estaba allí, pero no fue así como ocurrió. Él mismo se la arrebató a Roy Jennings y la introdujo en el despacho. ¿Por qué habría de mentirle? Nadie lo hace sin una buena razón. —Entrecerró los ojos y lo observó con detenimiento. El rostro severo del agente del MI5 delató sus pensamientos. En el cerebro de Pritcher, el significado de aquella revelación comenzaba a cobrar un sentido que lo asustaba.

Él dio un paso adelante y se acercó tanto que ella sintió sobre el rostro la calidez de su aliento.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque necesitaba su palabra de honor.

—Bien —Se separó un paso y pareció cuadrarse ante ella—, ya la tiene, pero usted continúa ligada a mí, de modo que no descarte que algún día vuelva a buscarla. Por hoy puede marcharse.

Sintió que la presión retornaba y le convertía el pecho en una especie de olla sin espita por la que poder liberarla. Asintió en silencio y comenzó a darse la vuelta mientras la lluvia arreciaba.

—Al menos podría mostrarse agradecida.

—¿Por un simple aplazamiento?

—Y porque le perdono el haberle confesado a Ethan Byrne que yo tenía el sobre con el mensaje cifrado.

—*En mi corazón había una especie de lucha que no me dejaba dormir* —recitó con un murmullo a Shakespeare.

—De modo que así se vengó de mí por lo del jefe de inspectores. —Rio—. *El Diablo tiene el poder de asumir una forma agradable* —recitó él a su vez, mientras la recorría con la mirada de arriba abajo.

Kate, esta vez sí, se dio media vuelta y echó a andar. A su espalda, desde la acera, envuelto en las sombras de la noche que la farola no era capaz de disipar, sentía la mirada del hombre que la había arrancado de su acogedora comodidad y revuelto su vida hasta volverla de nuevo insoportable y odiosa.

Unos metros por encima, también a su espalda, ignorante del infierno por el que ella caminaba, quedaba él, Charles Carter, el hombre bueno. Cerró los ojos un instante y dejó que por fin resbalaran las lágrimas, que pronto se mezclaron con las gotas de lluvia que le empapaban el rostro.

Un par de aclaraciones

Estricnina para el té es un trabajo de ficción en el que todos sus personajes son inventados a excepción de Hugh Dalton, ministro de Hacienda desde 1945 a 1947 en el gobierno de Clement Attlee, al que se menciona de pasada en un pequeño párrafo intrascendente para la narración, y Donald Duart Maclean.

En este segundo personaje debo detenerme un poco más. Formó parte de los Cinco de Cambridge, también llamado Círculo de Cambridge, nombre con el que se conoció a un grupo de británicos reclutados por la URSS en el Trinity College de esta universidad y que estuvo integrado por John Cairncross, Guy Burgess, Kim Philby, Anthony Blunt y el propio Donald Maclean. Cinco jóvenes brillantes que destacaron en los estudios y que, tras graduarse, consiguieron importantes cargos desde los que espiaron para la URSS durante años.

Hijo de sir Donald Charles Hugh Maclean y lady Gwendolen, ya en su época de estudiante Donald Duart Maclean reveló sus tendencias izquierdistas. Fue, así, reclutado por el servicio de inteligencia soviético, conocido entonces como la NKVD, si bien logró acceder al funcionariado público al declarar que había abandonado sus simpatías por el marxismo.

En la época en que se desarrolla esta novela, primeros días de noviembre de 1946, Maclean había sido ascendido a primer secretario en la embajada británica en Washington y ocupaba el cargo de secretario del Comité de Política Combinada, un puesto que le otorgaba libre acceso a los archivos de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos. Su afortunada posición le abrió las puertas a información sumamente secreta acerca de la potencia termonuclear norteamericana que trasladó a Moscú y que los soviéticos aprovecharon para evaluar tanto la fuerza de su arsenal nuclear como su capacidad para enfrentarse al de los estadounidenses.

Donald Duart Maclean espió durante diecisiete años para la URSS hasta que, tras ser nombrado jefe del Departamento Norteamericano en el Foreign Office, las sospechas sobre él y su

trabajo como espía ya no podían obviarse. Tras numerosos años de fiel servicio, en 1951 los soviéticos ordenaron a Maclean que desertara y Maclean obedeció. Vivió en Moscú hasta su muerte, en 1983.

Es obvio que el papel que desempeña en *Estricnina para el té* es fruto de mi imaginación. Maclean jamás introdujo una bandeja de sándwiches envenenados en el despacho de Mason Walsh, entre otras cosas porque este nunca existió. Sin embargo, el auténtico Maclean servía de forma más que conveniente a mis intereses como escritora, de ahí que la osadía me haya empujado a utilizarlo como personaje en la novela, pese a que la revelación final que Kate West hace a Pritcher habría supuesto que el MI5 descubriera su faceta de espía, lo que sin duda habría adelantado en cinco años su deserción. Me he permitido la licencia de jugar con este desajuste en los tiempos en favor de la novela y solicito, por ello, al lector su benevolencia.

Por otra parte, quisiera puntualizar que, pese a que la Operación Bernhard realmente existió y se produjo tal y como se narra en la novela, la segunda parte de esta, la supuesta Operación Clairvaux, esa que teóricamente intentan llevar a cabo los soviéticos en la novela tras hacerse con el material alemán que permitió a los nazis falsificar las libras británicas con una fidelidad magistral, no ocurrió jamás. Es, como en el caso de Maclean y la bandeja de sándwiches envenenados, un producto más de mi imaginación con el que di forma a la historia.

Otras novelas de Ana Bolox

Las cosas y casos de la señora Starling

1. *Un cadáver muy frío*.

2. *Muerte en los Hamptons*.

3. *Crimen imprevisto*.

4. *Las dos muertes de Abner J. Finsbury*.

5. *Asesinato en la universidad* (próximamente).

Crispin Horsfall

1. *La tumba de Vera Thwait*.

2. *Asesinato en la mansión Bloodworth*.

Carter & West

1. *Aracne* y *La muerte viene a cenar*.

2. *Quadrivium*.

3. *Estricnina para el té*.

Un caso para Charles Carter (relatos y novelas cortas).

1. *Salto mortal*.

2. *Una broma americana*.

Un regalo para ti

Si quieres estar al tanto de la publicación de mis próximas novelas, puedes unirte a mi **lista de avisos**. Prometo que no te daré mucho la lata y, por pertenecer a ella, podrás descargarte gratis *Muerte en la librería* y *Un suicidio casi de libro*, los dos relatos que dieron vida a la serie de Anne Starling y el inspector Crawford.

Gracias por leer mis novelas. Si tienes un ratito, ¿podrías dejar una valoración y reseña en Amazon?
No te llevará demasiado y me ayudas mucho a dar a conocer mis obras a otros lectores.
¡Gracias!

